



ADRIÁN

UN CORAZÓN INFINITO

AITOR FERRER

ADRIÁN

UN CORAZÓN INFINITO

AITOR FERRER

Primera edición.

Adrián, un corazón infinito

©Aitor Ferrer

©noviembre, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Adrián

Miraba cómo se colocaba el bolso en el hombro y salía por la puerta, sin tan siquiera decir un hasta luego. ¿En qué nos habíamos convertido? Era como si ya fuésemos dos extraños conviviendo en la misma casa.

Algunos días no me lo creía, luego la realidad mandaba y me daba cuenta de que sí, de que esa era nuestra «nueva normalidad», una a la que no me pensaba acostumbrar, ni mucho menos.

No era plan de culparme, cuando te has entregado a tope, cuando no te ha faltado nada por hacer para tratar de salvar la situación y no sirve, solo te queda hacerte a la idea. No por ello dejaba de doler. De hecho, dolía muchísimo ya que a Silvia la había amado por encima de todo y de todos, hasta de mi propia familia, pero parece ser que eso no fue suficiente para ella.

Seguía siendo una mujer de esas que llama la atención, con su melena ondulada castaña, sus vistosos ojos verdes, su altura considerable y un cuerpo muy trabajado, pues Silvia vivía por y para ella.

En fin, resignado, miré a mi hija, a esa preciosidad que adoraba.

—Ya estoy lista, papá. —Escuché tras de mí y dejé la taza de café sobre la mesa.

—Pero qué guapa estás, hija. ¿En qué momento te hiciste tan mayor? —la miré sonriendo mientras ella me daba un beso en la mejilla. Cómo la necesitaba en aquel momento, en el que mi vida sentimental se había convertido en poco menos que un desastre.

—Desde que el calendario pasa para todos iguales. —Levantó su ceja antes de que se le escapase la risilla.

—Echo mucho de menos a esa pequeñaja que solía correr de un lado a otro de la casa, diciendo cosas que escapaban de la lógica, pero reconozco que estoy muy orgulloso de la

persona en la que te estás convirtiendo. Estoy disfrutando mucho con la mujercita que eres hoy.
—Le di un suave pellizco en la mejilla.

—No te pongas melodramático, vamos. —Tiró de mí—. Que hoy nos vamos a desestresar.

—Piensas quemarme la tarjeta—resoplé porque sabía muy bien lo que se me venía encima.

—Lo has entendido a la primera. —Reía mientras se montaba en el asiento del copiloto.

—Tener una hija para esto. —Carraspeé mirándome por el espejo retrovisor mientras arrancaba el vehículo.

—Eres muy presumido papá. —Se reía negando.

—Ya sabes a quién te pareces. —Le hice un guiño y salí del aparcamiento.

—Por cierto, ¿cuándo la vas a echar de casa?

—Dakota, no lo digas de esa manera, por favor.

—¿Qué pinta en nuestras vidas? Ni te mira a la cara, papá, para ella esto es su cómoda forma de vida. Desde que se codea con las modelos gemelas, está sacando su verdadera personalidad. Me duele verte así, pareces un gato de escayola, joder. A mí me da igual, porque sabes que no le paso ni una, pero es que tú no reaccionas. Y por su culpa no tienes relación con los abuelos. ¿Te parece normal? —Se refirió a mis padres.

No le faltaba razón, lo cual no significaba que quisiera dársela para que no se viniese más arriba, pues con su carácter era capaz de liarla. Hice una pausa y analicé mis palabras para no alentar más a la fierecilla de mi hija.

—Tengo la intención de pedirle el divorcio en breve. Ya lo he consultado con mis colegas, abogados especializados en derecho de familia, quienes están preparando un acuerdo que espero que ella acepte. En caso de que no lo haga, iré a juicio y pelearé por darle mucho menos de lo que le ofrezco. No voy a darle el gusto de que se salga con la suya en todo, te lo aseguro.

—Ella solo quiere dinero, eso es lo único que le interesa. Espero que des el paso, porque, una cosa es que hayas mandado prepararlo y otra, que seas capaz de dárselo —me dijo, reprochándome mis dudas. Sabía que me resultaba complicado, que tomar esa decisión no era tan sencillo como romper un huevo para freírlo.

—Pues ella sabrá si quiere ir por las buenas o por las malas, pero ten por seguro, que por las malas tiene mucho que perder. —Le hice un guiño—. Y ahora, disfrutemos del día, cariño.

—Está bien, porque es solo mencionarla y eso me provoca una picazón intensa. Mira, mira, me está dando una reacción alérgica. —Se rascaba en tono de broma.

Dakota, mi hija, a sus diecisiete años, era una joven con mucha madurez. cursaba su último año de bachillerato y era una estudiante excepcional.

Además, de una preciosidad. Su pelo rubio me recordaba mucho al de su madre biológica, mientras que sus ojos, de un profundo azul como el océano, eran más parecidos a los míos. En ocasiones, me quedaba mirando embobado a esa personita que consideraba mi mejor creación.

Dakota, me adoraba, y decía que yo era el padre más sexi del mundo y que podría tener a la mujer que quisiera gracias a esos ojos y a mi pelo negro, que conservaba intacto desde mi juventud.

Mi hija, que siempre ha sido muy ingeniosa y pizpireta, solía decirme que mi pelo era una baza a mi favor junto con mi labia y mi sonrisa, que calificaba como digna de una portada de revista. Resaltaba que tenía una boca grande, labios carnosos y unos dientes perfectamente alineados y muy blancos, lo que contribuía a ese encanto especial que tanto le gustaba resaltar.

Aparte de los ojos, también había heredado de mí esa sonrisa que hacía de ella una jovencita preciosa, tanto, que prefería no pensar en la cantidad de chicos que debían andar ya detrás de ella. Para colmo, contaba con un cuerpo con bastantes curvas y eso la hacía más atractiva aún.

Tuve a mi hija, esa de la que siempre hablo con tanto cariño, cuando cumplí veinticinco años y llevaba dos de noviazgo con su madre. Sin embargo, el destino fue cruel y, trágicamente, ella nos dejó solo seis meses después de haber dado a luz a nuestra hija, víctima de una muerte súbita.

Como os podéis imaginar, fue un golpe muy duro que la vida me dio en el momento más inesperado, llevándosela en su juventud, tan llena de vida como estaba, y justo cuando tenía a una pequeña que apenas había llegado al mundo y que la necesitaba con todo su ser.

No fue una hija buscada, pero con el tiempo aprendimos a abrazar la sorpresa y a llenarnos de alegría ante la inminente llegada de nuestra pequeña. Aún recuerdo con claridad el día que llegó al mundo; estuve un buen rato llorando de felicidad mientras sostenía a Dakota en mis brazos, sintiendo una emoción indescriptible. En ese instante, comprendí que sostenía en mis brazos a quien se convertiría en el gran amor de mi vida.

Sus primeros meses de vida los pudimos vivir de la manera más familiar y alegre posible. Poco a poco, su madre y yo nos fuimos haciendo a la situación y enseguida le cogimos el truquillo a eso de ser padres, pues ya se sabe que los hijos no vienen con un libro de instrucciones.

Después, llegó el fallecimiento de su madre y entonces la cosa cambió. No fue nada sencillo. Primero, tuve que asimilar la pérdida, que no fue cualquier cosa; y luego, enfrentarme a criar solo a una hija, mientras que crecía rodeada de otros niños que sí contaban con un papá y con una mamá.

Un crío puede hacerse muchas preguntas y ponerte en más de un compromiso. Menos mal que Dakota siempre fue tan inteligente como feliz y creció siendo una niña fantástica.

Hice todo lo que pude porque notara su ausencia lo menos posible. De todos modos, no es fácil dividirse, hacer de padre y de madre mientras te ocupas de triunfar en lo profesional, de llevar la casa... A veces, me notaba sobrepasado y entonces miraba la sonrisa de mi hija y todo lo daba por bueno con tal de ver cómo crecía contenta y sin traumas.

Hasta que mi hija cumplió los diez años, solo éramos nosotros dos en casa. Fue entonces cuando conocí a Silvia, y justo al año de conocernos decidimos casarnos. Así, ella se mudó con nosotros y comenzamos una nueva etapa juntos.

Todo se desarrolló a una velocidad sorprendente. Para mí, comenzó una nueva etapa en la que me ilusioné mucho, ya que pensé que vería de nuevo cubierta esa faceta adulta que todos necesitamos, emparejándome con ella.

Al principio, era una persona simpática y muy cariñosa, supo muy bien cómo hacer las cosas. Tenía sus miras y jugó bien sus cartas. Quizás el entusiasmo o las muchas cosas a las que tenía que atender no me dejaron darme cuenta de que me estaba equivocando, de que había algo en ella que indicaba que solo estaba representando un papel. Y eso que actriz no era.

No tardó demasiado en dar la cara. Primero, con detalles que no supe cómo interpretar. Me decía a mí mismo que no es fácil adaptarte a una persona que ya tiene una hija en el mundo, quería pensar que era un proceso.

Con el tiempo, me di cuenta de que no había justificación posible para ella, pues fue volviéndose fría y egoísta, iba completamente a la suya, se comportaba de un modo distante y comenzó a hacer su propia vida hasta el punto en el que ya estaba ahora, que era como si viviera sola.

Para mí supuso el segundo palo de mi vida, pues me había casado con ella con muchísima ilusión y en la confianza de que los tres pudiéramos vivir como una familia. Y no... en los planes de mi mujer no entraba eso.

Silvia, con mi hija no es que se hiciera mucho, porque Dakota no le pasaba ni una ni le permitía que le echase nada en cara y yo tampoco se lo permitía a mi mujer, pero la relación en la casa cada vez era más tensa y ya llevaba tiempo asumiendo que lo nuestro estaba más que roto.

De nuevo, llegó el caos a mi vida con esa mujer de la que me enamoré perdidamente y de la que ahora no sabía ni lo que sentía, pero ese gran amor se me fue apagando. Solo con ver las pocas ganas que tuvo de llevarse bien con mi hija, ya eso fue suficiente para entender que estaba de más en mi vida.

No por ello la eché a patadas ni nada parecido. Como bien sabía Dakota, estaba tratando de hacer las cosas lo mejor posible, pero me costaba poner ese punto final que suponía reconocer un fracaso matrimonial que me quemaba por dentro. Sin prisa, pero sin pausa. Tampoco podía dejar que el tema se alargase demasiado, ya que nos hacía daño a todos. Y debía proteger a mi hija, para quien no deseaba un ambiente así.

Era hora de dejar la mente en blanco y de disfrutar de la compañía de mi niña, una de las pocas cosas que me hacía olvidarme del momento tan amargo por el que estaba atravesando. Conduje hacia la calle principal de la ciudad y metí el coche en un parquin del mismo centro.

Mi hija siempre mostró un fuerte apego hacia mí, por eso solíamos caminar con nuestras manos entrelazadas o bien, con mi brazo rodeando sus hombros. Ella, a su vez, se mostraba feliz al presentarme a los demás, como si fuera un trofeo que estaba orgullosa de lucir. La conexión que compartíamos era tan profunda que solo ella lograba transformar mis días sombríos en una paleta de colores brillantes.

—¿Por dónde tienes pensado empezar?

—Por Zara, ya sabes que es mi debilidad y de ahí salgo con unos *outfits* de lo más elegantes.

—Sí, y yo salgo con la tarjeta temblando.

—¿Qué son unos cuantos cientos de euros menos en la tarjeta de un abogado tan prestigioso como tú? Eres el mejor, papá.

—¿Me estás haciendo la pelota? Si sabes que quemaremos tarjeta igual, Dakota.

—Ya, pero siempre me ha ido bien haciéndolo. —Me sacó la lengua.

—Me sacas los ojos y me da igual. Soy feliz viendo cómo disfrutas comprándote esos modelitos.

—Pues no me lo digas dos veces porque yo podría hacerte muy feliz, papá. —Los ojos le brillaron.

—No te lo tomes tan a la tremenda, que eres capaz de dejar Zara sin existencias.

—Ni que fuera una *influencer*, que las hay con vestidores en los que podrías perderte y no te

encontrarían en días.

—Pues más o menos, hija. Tienes montañas de ropa, ¿o no?

—Y de bolsos, de zapatos, de botas y...

—Para, para, que me mareo.

—Pues prepárate porque esto todavía no ha empezado y te quedan muchas vueltas que dar.

—Hay fiscales que me amenazan menos que tú, hija.

Todo se lo decía con la boca pequeña, pues cualquier cosa que me pidiese me parecía poco, ya que no tenía ningún problema económico, sino todo lo contrario.

La suerte que me faltaba en mi vida sentimental me sobraba en la profesional. Después de muchos años de ejercicio, tenía la suerte de poder elegir a mis clientes y los casos que llevaba eran muy mediáticos, de esos que la prensa se muere por cubrir.

Capítulo 2



Adrián

Justo al entrar en el establecimiento cogí una cesta, porque conociendo a mi hija, iba a hacer falta cuando menos una. Ya me había amenazado con ello y era de las que cumplían su palabra.

Solía salir de compras con ella una vez en cada cambio de estación, la verdad que hacía casi un mes que comenzó el otoño y lo habíamos ido posponiendo porque como comenzó el curso y los fines de semana solía hacer planes con sus amigas, no habíamos encontrado el momento hasta ahora.

Comenzó a echar en la cesta de todo para probarse en el vestidor y no fue suficiente, ya que hasta en los brazos colgando llevábamos más prendas.

Me sentía como un perchero andante y me daba igual, cualquier cosa por verla así de contenta, con esa alegría que se le reflejaba en la cara y esos gestos que me hacía y con los que me derretía. En el bote, me tenía en el bote, por completo.

Me acomodé en un sillón frente al vestidor y la dejé tranquila mientras se probaba la ropa. De vez en cuando salía para pedirme opinión, y la verdad es que yo la veía preciosa con cualquier cosa que se pusiera. No es porque fuese su padre, pero realmente era una chica demasiado bonita.

—No me digas que no estás *in love* conmigo cuando salgo así de ideal—me soltó dibujando un corazón con los dedos.

—Yo estoy *in love* contigo desde el día que te conocí, cariño. Y lo sabes.

—Vale, pues me sigo probando. Si eres feliz viéndome así, ¿quién soy yo para contradecirte?

—Una listilla, eso es lo que eres. Y una loquilla.

—La loquilla que te tiene loco.

—Más o menos. Sigue, venga—la animé porque nos podíamos pasar todo el día allí si la dejaba.

Menos tres prendas, se llevó todo lo demás. Se quedó con bolsos, botas, una gabardina, jerséis, pantalones... No le faltaba ni un detalle, incluso cogió algunos complementos cuando nos dirigíamos a la caja.

Tenía un estilo impresionante. Su madre biológica también lo tuvo siempre. Hay ciertas cosas que se llevan en la sangre, y Dakota definitivamente las llevaba en su esencia, pese a que no tuvo oportunidad de disfrutar de ella. Eso siempre me dolió mucho. Pero prefiero no darle más vueltas y quedarme con que se había convertido en una jovencita que era un ejemplo para seguir en todos los aspectos.

Salimos cargados con un montón de bolsas que llevamos al maletero del coche, listos para seguir disfrutando del día. Teníamos planes para ir a comer algo en la calle y luego continuar con nuestras compras.

—Papá, hoy tenemos que comer en la hamburguesería nueva, todo el mundo habla de ella. La que anuncia el jugador del fútbol.

—Claro, donde te apetezca, cariño.

—Pues entonces, ahí. Unos chicos grabaron un vídeo y se hizo viral. Es un sitio muy chulo, espera que te lo enseñe—me comentó mientras casi me metía el móvil por los ojos. Le encantaba compartir cosas conmigo.

—Ahora me lo enseñas cuando nos sentemos, ¿vale?

—Vale. No me digas que estás cansado ya, porque nos queda mucho por delante todavía.

—Nunca me canso de estar contigo, cariño.

—¡¡Así se habla!! Recuérdame que te nomine para mejor padre del año.

—¿Otra vez con el peloteo?

—Es que nos quedan más compras que hacer—murmuró mientras batía sus pestañas. Era muy melosa y sabía cómo sacarme todo lo que le daba la gana.

Fuimos andando hacia el restaurante donde quería comer y tuvimos que esperar veinte

minutos en la cola para que nos pasaran a una mesa. Mientras, aprovechaba para enseñarme el vídeo. Y después de ese, otros más. Siempre tenía conversación y cosas para compartir. Era muy despierta y le encantaba estar en el mundo.

Sin duda, el lugar al que me llevó se había convertido en el local de moda y estaba a reventar. Pero cuando nos sirvieron la famosa hamburguesa, supe que todo había merecido a la pena. Solo con mirarla, se me hacía la boca agua; esa jugosa hamburguesa, repleta de ingredientes extra de primera calidad, era un verdadero festín. ¡Menuda pinta tenía!

Tenía un hambre voraz y cuando le di un primer bocado, sentí cómo mis ojos se cerraban de placer por lo rica que estaba. Ella me observaba con atención esperando mi reacción. Le fascinaba demostrar que siempre acertaba en sus decisiones.

—¿A que está buena, papá?

—Buenísima, la verdad es que debo reconocer que sí.

—Y eso que tú no eres de comida rápida, aunque ya sabía que esta te gustaría.

—Pero aquí se nota la calidad de los ingredientes y está sabrosísima.

—Si es que no hay nada como tener una hija adulta para que puedas descubrir estas cosas. —Me hizo un guiño—. Por cierto, ¿ya hiciste la transferencia del primer pago para viaje de fin de curso? Ya sabes que esas cuestiones son de vida o muerte.

—Dakota, cariño ¿crees que se me pasaría?

—No, pero yo pregunto —sonreía mirándome con esa dulzura que tenía.

—Sé lo importante que es para ti, hija.

—Sí, sí, como te digo: de vida o muerte—repetía muy convencida. También tuve su edad un día y sabía lo que quería decir mi hija. Cuando eres adolescente, ese tipo de cosas son el eje que mueve tu mundo.

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé.

—Que tiemble Italia, papá, que tiemble cuando ponga los pies allí.

—Italia no sé, pero yo ya estoy temblando de escucharte. No te metas en ningún lío, ¿eh?

—¿En qué lío me voy a meter? ¿Es que te crees que voy a causar un conflicto internacional?

Solo lo digo por ponerte nervioso. Sabes que soy muy responsable.

—Pues ya lo has logrado. Cinco puntos para ti porque me has atacado de los nervios.

—Me encanta ver cómo tienes nervios de acero en los juicios y, sin embargo, con mis cosas te atacas.

—Es que no te imaginas lo importante que eres para mí. Algún día, cuando tengas tus propios hijos, sabrás de lo que te hablo, Dakota.

—No te me pongas tan sentimental, que solo serán unos días. Luego me tendrás otra vez aquí dándote la lata cada día. No tendrás la suerte de librarte de mí.

—Eres demasiado joven para eso. Todavía me quedan unos añitos de disfrutar antes de que...

—De que tenga pareja—me interrumpió porque sabía que era el tema estrella.

—Sabes que tengo contactos en la Policía. Cualquiera que aspire a ese puesto será mirado con lupa por mí.

—Papá, ni se te ocurra espantarme a los novios. Lo mejor será que te salga a ti alguien antes.

—Sí, en eso estoy pensando yo, con un divorcio por delante.

—Un divorcio que tienes que dejar listo lo más pronto posible. No lo olvides.

—No lo olvido, hija, no lo olvido.

—Pues eso.

Estaba empeñadísima en que le diese la patada a Silvia cuanto antes. Y era lógico, porque con ella en casa la tensión se podía cortar con un cuchillo.

Volvimos a hablar del tema de su viaje, que tanto la emocionaba y que en esos días tenía todo el tiempo en la boca. Era lógico, menuda experiencia.

Dakota se iba en abril de viaje de fin de curso a Italia por nueve días y estaba deseosa de llegar a ese punto. Posteriormente sería su examen de EBAU y posterior graduación. Nos esperaba un año movidito y lleno de cambios, ya que ella tenía mucha ilusión por comenzar sus estudios universitarios.

Me emocionaba mucho, igual que a ella. Llevaba toda la vida celebrando cada uno de sus

pequeños logros y, en ese momento ya no eran solo pequeños éxitos, sino que se habían convertido en grandes triunfos.

Mi hija se encontraba a las puertas de tomar una de las grandes decisiones de su vida, como era decidir la carrera que estudiaría. Me daba lo mismo, lo único que deseaba era que escogiese un camino que la hiciese feliz. Ese sería el ideal para mí. Siempre me tendría a su lado eligiera lo que eligiese, eso se lo dejé claro desde su niñez.

Después de comer estuvimos viendo tiendas y más tiendas. Iba pletórica con toda su ropa nueva y yo, feliz de verla tan entusiasmada.

Al final, llenamos el coche entero de bolsas. Ella iba haciendo el recuento por si se nos había quedado alguna, disfrutando con toda la tranquilidad de un día que era para nosotros y solo para nosotros.

—Creo que están todas. Espera, no, ¿las botas militares van en esa? Digo las claritas, porque las negras van en esta.

—Está todo aquí en el coche, cariño. Lo que sucede es que lo llevamos hasta los topes. Voy a tener problemas hasta para conducir con el coche así. Lo mismo, si me paran, me ponen una multa.

—¿Tú no eres quién dice que tiene buenos contactos en la Policía? Pues ya sabes, echa mano de ellos.

—No se te va una, Dakota.

—Es que el mundo es de los espabilados, papá.

—Y que lo digas, hija. Están los espabilados y ya luego tú, que eres un caso aparte.

—A quién saldré, tú tampoco es que seas muy normalito. Eres el abogado de moda, ¿o hace falta que te lo recuerde?

A Dakota se le notaba mucho lo orgullosa que se sentía de mí, lo mismo que yo de ella. Y estar juntos, pasando un día así, era como un premio para los dos.

Regresamos a casa a la nueve de la noche. Silvia no estaba, eso sí, había dejado una nota diciendo que cenaba fuera. En ese punto estaba, en el que ni siquiera me enviaba un mensaje al móvil.

Realmente, tanto mi hija como yo, lo agradecemos. Para como estaban las cosas, era mucho mejor que cada cual fuese por libre; ella por su lado y nosotros por el nuestro. Así podríamos

cenar en paz y sin malas caras.

Siempre he disfrutado de la vida en casa. No paré hasta conseguir la que siempre había soñado y me sentía realmente a gusto en ese chalé que contaba con una cocina y salón amplios, cuatro dormitorios (dos de ellos con vestidor y cuarto de baño privado), un baño adicional en el pasillo para las visitas y, por si fuera poco, con jardín, un porche y una piscina... Todo estaba muy cuidado, puesto que lo compré sobre plano y lo decoramos con mucho mimo, con un estilo minimalista, eso sí, con espacios despejados y en tonos claros...

Cada una de las estancias contaba con cristalerías que daban al jardín, por lo que la luz entraba a raudales en toda la casa. Entre ellas se encontraba mi despacho, puesto que yo trabajaba desde allí.

Mi despacho me proporcionaba esa tranquilidad que necesitaba para estudiar mis casos y para elegir también aquellos por los que debía decantarme. Iba al grano a esas alturas de mi vida, ya que no estaba para perder el tiempo.

Cuando ya tienes una reputación como abogado, como era mi caso, enseguida sabes reconocer qué tipo de casos te interesan coger y cuáles prefieres evitar. Además, una vez que contactaba con mis clientes, solía reunirme con ellos de manera virtual, sin tener que desplazarme ni salir de mi zona de confort.

Esa noche preparé una sopa con fideos, jamón y huevo duro para los dos. Habíamos estado todo el día picoteando de todo por la calle y ahora nos apetecía tomar algo más ligero, además de descansar viendo una película que ella había elegido.

Cenamos charlando animadamente. Nunca nos faltaba conversación, aparte de que mi hija contaba con un humor muy inteligente y sabía sacarle punta a todo.

Tras la cena, ella se fue hacia la despensa y supe muy bien lo que estaba preparando: un surtido de distintos chocolates.

A Dakota le flipaba el chocolate y eso también lo había heredado de mí. Me gustaba cuidarme, hacía ejercicio a diario y miraba lo que comía, lo cual no quiere decir que no me diese mis caprichos.

—Es que, si no te das caprichos, papá, no es que vayas a vivir más, sino que se te hará la vida muy larga—me decía ella risueña cuando puso la bandeja de chocolates variados sobre nuestras piernas.

Se reía y tenía toda la razón. Bastantes problemas nos da la vida de vez en cuando, como para hacérsela más triste.

Era urgente resolver lo de Silvia, eso me rondaba en la cabeza todo el día, ya que no podía dejar que sus desplantes y ausencias no arruinaran las fiestas navideñas. Quería concentrarme en lo que realmente importaba: disfrutar de momentos con mi hija. Eso era lo único que ahora mismo me preocupaba.

Para mí, en realidad, las Navidades han sido las épocas más significativas y familiares del año. Y ella, como bien decía Dakota, no pintaba ya nada en nuestra casa ni en nuestras vidas. Silvia se había convertido en una extraña que no hacía más que incordiarnos.

—Papá, voy a poner una peli que se titula *Con quién viajas*, ¿te parece? Va de cuatro desconocidos que hacen un viaje de Madrid a Murcia, gracias a una aplicación de viajes compartidos, y dicen que es muy chula. Además, quien conduce es Salva Reina, y ya sabes que me parto de risa con ese actor.

—Es verdad, cariño. Pues nada, vamos a verla.

Se reía mucho mi hija con todo. Comenzó a buscarme otra vez, porque eso se le daba genial.

—¿Y si fuera yo quién viajase así con desconocidos en coche? ¿Tú qué dirías?

—Diría que no sales de casa, eso es lo que diría, listilla. Solo de pensar que te pueda pasar algo, se me ponen los vellos de punta.

—Ay, eso es porque soy tu niñita, ¿a que sí?

—Claro que sí. Y esa cara la conozco, ¿me vas a pedir algo más?

—Un iPad no estaría mal y también quiero...

—Tú por pedir que no quede, hija.

—No, no, tú tranquilo por eso. Piénsalo, ¿no eres más feliz cuando haces feliz a tu niñita?

—Serías una abogada excelente, hija—le sonreí negando, porque nadie como ella para darle la vuelta a las cosas.

Empezamos a ver la película y me estaba resultando bastante divertida, aunque quien me sacaba de verdad la risa era ella, al reírse también. Su risa era como la banda sonora preferida de mi vida. Siempre fue así, y estoy seguro de que siempre lo será.

Capítulo 3



Noelia

A medida que transcurrían los días, se iba notando más que estábamos a mediados de octubre. No es que hiciera un frío polar para congelarse, pero sí que el fresquito había empezado a dejarse notar, sobre todo, cuando caía la tarde.

Estaba terminando de arreglarme para ir a la casa de mi hermana a comer por su cuarenta cumpleaños, y mientras tanto, podía escuchar la música que sonaba en la habitación de mi hija mientras hacía lo mismo.

Miriam era mi mundo, la tuve con veinticinco años y, a sus diez años, era una niña de lo más educada, simpática y siempre con una sonrisa en los labios. Le apasionaba la pintura y también escuchar música clásica, aunque como todo buen casi adolescente, el pop era lo que más oía.

Ambas cosas las había heredado de mí, ya que cuando necesitaba relajarme, cogía un cuaderno y un carboncillo para dibujar mientras escuchaba algo de música para desconectar.

Era casi la una y debíamos salir en breve, solo que aún faltaba mi marido por llegar.

Cuando acabé de ponerme los botines cogí el móvil para enviarle un mensaje:

Noelia: *¿Dónde estás? Espero que no te hayas olvidado de la comida por el cumpleaños de mi hermana, tenemos que salir en quince minutos para su casa.*

Mientras cogía el abrigo y el bolso me llegó su respuesta.

Vicente: *No puedo ir, tengo una comida de trabajo.*

Suspiré, sintiéndome cansada y tremendamente agotada, ya que no era la primera vez que se perdía una comida con mi familia o que no venía a casa, simplemente.

Guardé el móvil, cogí el regalo para mi hermana, llamé a la puerta de mi hija y cuando la abrí sonrió mientras apagaba la música.

—¿Estás lista, cariño?

—Sí, ya estoy. ¿Papá ya ha llegado?

—No va a venir.

—¿Hoy tampoco? —Frunció el ceño.

—El trabajo, ya sabes —sonreí con esa pena que me daba tener que mentirla—. Qué guapa te has puesto —dije cuando llegó a la puerta con su abrigo en la mano.

—Tú sí que vas guapa.

Si no fuera por ella, haría mucho tiempo que habría dejado todo.

El camino en coche lo pasamos cantando, había algunas canciones de las que ella solía escuchar que me gustaban y siempre me las ponía cuando íbamos juntas a cualquier sitio.

No tardamos mucho en llegar a casa de mi hermana, pues vivíamos a quince minutos en coche la una de la otra, y a otros veinte de nuestros padres.

En cuanto Míriam bajó, fue corriendo hacia la puerta, esa que no tardó en abrirse y mostrar a mi sobrina Sofía sonriendo y con los brazos abiertos. Tenía solo dos años más que mi hija y siempre se habían llevado bien, más que primas, eran como hermanas y las dos decían que tenían dos madres.

—Hola, tía. —Me dio un abrazo cuando me acerqué a ella.

—Hola, preciosa —la besé en la mejilla.

—¡Qué bien!, huele a arroz —dijo mi hija.

Fuimos hacia la cocina y allí estaban mis padres, Manuel y Carmen, que a sus sesenta y cinco años ya estaban jubilados después de toda una vida como médicos, mi hermana Carolina y mi cuñado Jesús.

—¿Qué tal se ha levantado la cumpleañera? —pregunté acercándome a ella para darle un abrazo.

—Como si fuera un día cualquiera, no noto diferencia por cumplir cuarenta años.

—A partir de los cincuenta la cosa cambia, hija —contestó mi madre—. Hola, cariño. —Me dio un abrazo.

—Si a partir de los cincuenta es peor, a mí que me congelen ya como a Walt Disney.

—Cuñado, pero si tú vas a estar igual de bien dentro de ocho años que ahora. —Reí.

—Nunca se sabe, igual voy a peor y acabo como una momia.

—Las momias son más antiguas, tío, esas tienen miles de años. —Rio mi hija.

—No hagas caso a mi padre, que delira.

—Hola, papá —sonrió y me dio un abrazo de esos que solían reconfortarme sin necesidad de que le dijera si estaba mal.

—¿Y Vicente? ¿Viene ahora? —preguntó mi hermana.

—Tenía trabajo —contestó mi hija, y cerré los ojos soltando el aire.

—¿Me ayudáis a poner la mesa, chicas? —les dijo mi cuñado, y ambas asintieron.

Cuando cogieron cada uno varias cosas para ir poniendo la mesa, me hizo un guiño al pasar por mi lado y sonreí. Era un buen hombre, algo que no podía decir de mi propio marido.

—¿Otro plantón? —preguntó mi hermana.

—Es el cuarto en lo que va de mes, Noelia —dijo mi madre sin que me diera tiempo a responder.

—Hija, si no estáis bien...

Miré a mi padre y sonreí, disimulando como pude para que no viera nada en mis ojos; pero él, al igual que mi madre, ya tenían mucha vida recorrida.

—Noe, no puedes seguir así. ¿Se molesta acaso en darte una excusa creíble?

—Ya has oído a Míriam, Carolina —le contesté—, me ha dicho que tenía una comida de trabajo.

—Una comida de trabajo, una reunión con unos clientes para cenar, desayuno con el director del banco. ¿Ha pasado de dueño de una empresa de compraventa de coches a ministro, y no nos hemos enterado?

—Carolina —la reprendió mi madre.

—No, mamá, ni, Carolina, ni nada. Ya he callado bastante. —Me miró de nuevo—. Sé que lo vuestro va cada vez peor y no quiero verte hundida.

—Nos estamos separando. —Ya estaba dicho, sin medias tintas ni paños calientes, del tirón y sin pensar más.

Mi hermana me miró con los ojos abiertos, mi madre dejó salir un leve gritito por la inesperada sorpresa y mi padre comenzó a negar.

—Sabía que algo os pasaba —dijo él.

—¿Pero vive en la casa? —preguntó mi madre.

—Sí, solo por la niña. Hace dos meses que no estamos bien y decidimos darnos un tiempo.

—Ese repentino viaje a su pueblo por la muerte de un tío suyo, en el que estuvo fuera de casa un mes —contestó mi hermana.

—Sí. Pero a su vuelta nada mejoraba, hace un par de semanas decidimos lo de la separación. Por el momento, está en casa hasta que decidamos cómo contárselo a Míriam, qué hacer con la casa y todo eso. Mi abogado espera que lleguemos a un acuerdo cuando el divorcio se haga firme.

—Madre mía, ¿y llevas comiéndote esto tú sola, dos meses? No eres más tonta, hermana, porque no estudias para serlo —resopló.

—No he venido a hablar de mí, ¿vale? Estamos aquí para celebrar tu cumpleaños y es lo que vamos a hacer.

—Mamá, la mesa ya está —dijo Sofía desde la puerta.

—Vale, cariño. Ya vamos todos —sonrió ella.

Salí de la cocina y fui hacia el salón donde mi cuñado estaba abriendo la botella de vino.

—Para que se airee, ¿no? —sonreí.

—Exacto. ¿Una copa?

—Pero poco, que después tengo que conducir.

—¿Todo bien? —preguntó mientras llenaba dos y me ofrecía una.

—Me estoy separando.

—Vaya. —Me miró sorprendido—. ¿La niña sabe...?

—No, no sabe nada. Aún estamos pensando cómo contárselo a ella.

—Pues con la verdad y cuanto antes mejor, eso sin duda.

—Lo sé —sonreí.

—Y pensar que os veía bien juntos, que erais una buena pareja.

—Ya ves, hasta las buenas parejas se dejan. —Me encogí de hombros dando un sorbo.

—Si necesitas hablar, ya sabes dónde estoy.

—Lo sé, gracias. —Me dio un abrazo y un beso en la sien.

Conocía a Jesús desde que empezó a salir con mi hermana estando en la universidad, ambos cursaban la carrera de Medicina solo que él iba dos cursos por delante. Hacía la pila de años de eso, como decía Carolina, pero seguían tan enamorados el uno del otro como el primer día.

Yo llevaba once años casada y doce de relación, y ya estaba a las puertas de un divorcio que esperaba que fuese tranquilo y amistoso. Quién me lo iba a decir cuando entré aquella tarde en la empresa de Vicente para comprarme un coche con las tres «B»; bueno, bonito y barato, como decía mi hermana.

—¡Ya viene el arroz! —gritó mi hija.

—Se nota, se nota. —Reí—. Qué bien huele, ¿por qué siempre te ha salido el arroz tan bueno, hermana?

—Será porque lo hago con mucho amor, como mamá.

—No, no, el de tu madre está bueno porque le pone ese toque de pimentón justo para el sabor.

—Y por el marisco, Manuel, mi arroz está bueno también por el marisco.

—¿Y el mío no tiene marisco? Vamos, lo que tiene una que escuchar —resopló mi hermana.

Después de que Carolina colocara la paellera en la mesa y mi madre sirviese unas deliciosas croquetas de pollo junto con una ensaladilla, nos sentamos. Comenzamos a servirnos esos entrantes disfrutando de cada bocado y sin dejar nada en las fuentes mientras charlábamos animadamente.

Sofía me preguntó si podía quedarse Miriam a dormir con ella, al parecer, estrenaban en una de las plataformas de televisión que teníamos una película que las dos querían ver. Mi hermana dijo que podrían pedir *pizza* para que cenaran y acepté. Esa noche, a solas con Vicente en casa, sería perfecta para hablar de nosotros sin tener que preocuparme por mi hija, al menos hasta que decidiéramos cómo contárselo.

El arroz le quedó buenísimo, como siempre, y al igual que con los entrantes, no dejamos ni un solo grano en la paellera, y de eso se encargaron mi hija y mi sobrina, pues cuando había arroz no dudaban en repetir.

Cuando recogimos la mesa, mi madre se quedó preparando el café y mi hermana la tarta, mientras los demás esperábamos en la mesa para comenzar a cantarle a la cumpleañera.

—¡Ya vienen! —dijo mi sobrina, que se había quedado haciendo guardia en la puerta.

—*Cumpleaños feliz...* —Comenzamos a cantar, y cuando mi hermana entró con la tarta en la mano, la vi sonreír mientras se acercaba a la mesa—. *Te deseaaaamos toooodos, cumpleaaaños feeeliz.*

Sopló las velas y aplaudimos, momento en el que mi madre fue repartiendo las tazas de café para los adultos, y un par de chocolates calientes para las niñas.

—Está buenísima —dije tras el primer bocado de la tarta, que era de nata por fuera con pepitas de chocolate, con un bizcocho de lo más esponjoso en tres capas, y entre medias dos capas de trufa.

—Es de un obrador que han abierto nuevo aquí cerca, el pan de leña también es de ahí —contestó Jesús.

—Y estaba riquísimo también —dijo mi padre.

Después del café y la tarta, llegó la hora de los regalos; ese momento que, por muy mayores que nos hiciéramos, siempre disfrutaríamos como niños.

Mis padres le reglaron un abrigo de paño negro hasta las rodillas que le encantó, yo le había comprado un bolso en color *beige* que me había chivado mi sobrina que quería, y Jesús le regaló un conjunto precioso de pendientes con forma de estrella y una pulsera de brazaletes rígida con dos estrellas en el centro, de oro blanco.

Nos tomamos otro café aprovechando que las niñas iban a la habitación de Sofía y fue el momento en el que mi hermana me dijo que, si Vicente y yo estábamos decididos a divorciarnos, hablásemos con Míriam cuando antes para que supiera que sus padres dejarían de compartir casa no tardando mucho.

Eran las siete cuando mis padres se despidieron de nosotros y me pidieron que les pusiera al tanto de todas las novedades.

Yo también aproveché para irme a casa, y Carolina me recordó que tenía cita para Míriam en su clínica el lunes siguiente.

Mi hermana y Jesús abrieron su propia clínica de medicina privada y allí atendían a toda la familia.

Quedé en pasar a recoger a mi hija por la tarde del día siguiente. Al despedirnos, me dio un abrazo y un beso que me llenaron el alma. Mi hija tenía ropa aquí, al igual que mi sobrina tenía ropa en mi casa, así que no era un problema que hubiera venido sin una mochila.

Subí al coche y tras ponerlo en marcha me despedí con la mano de todos y me marché a casa, preparada para hablar con mi marido.

Capítulo 4



Noelia

Tras llegar a casa y ponerme el pijama, bajé a la cocina para prepararme un té con limón caliente, ese que me tomaría en el sofá con la manta sobre mis piernas mientras esperaba que llegase Vicente.

La verdad era que nuestra relación no era la misma que siempre, no teníamos esa chispa de los primeros años ni mucho menos, y el hecho de que él pasara más tiempo trabajando que en casa con su familia, tampoco ayudaba.

No, esto no era algo reciente; se trataba de una situación que se había prolongado en el tiempo, y soporté todo por el bienestar de nuestra hija y por el amor que aún sentía hacia él.

Pero como decía mi cuñado, había cosas que por mucho que quisiéramos a alguien no deberíamos permitir ni perdonar. Y yo lo hice.

Hacía tres años que tuve una sospecha y acabé descubriendo que era cierta solo un mes después. Al igual que en estos últimos meses, mi marido pasaba mucho más tiempo trabajando del que, a mi modo de ver, debería; creí que podría estar con otra persona y resultó que sí, que llevaba cinco meses liado con una de las comerciales de su empresa.

Al principio quiso negarlo, pero después de que le dijera que yo misma los había visto, me pidió perdón llorando de tal modo, diciéndome que aquella había sido la última vez, que me amaba y que había sido una estupidez que nunca debió cometer.

Le perdoné porque llevábamos muchos años juntos y teníamos una niña en común, no podía alejar a mi hija de su padre porque ella le quería. Pero mi hija ya tenía diez años y tonta no era, ella veía los desplantes que me hacía su padre y en esas noches en las que no venía a casa, se sentaba conmigo en el sofá para ver una película con la cabeza sobre mis piernas.

Cuando el té estuvo listo, fui al sofá para tomármelo viendo un poco la televisión, aunque más

que verla estaba puesta para hacerme algo de compañía mientras me quedaba mirando hacia el jardín.

Mi casa estaba hecha a capricho, tenía dos plantas y estaba decorada completamente a mi gusto.

En la planta baja estaban el salón, la cocina y un aseo.

Desde la puerta principal se entraba directamente al salón, era amplio y con una pared entera de ventanales que daban al porche cerrado y al jardín trasero, de modo que la luz natural siempre estaba presente en ese espacio.

Tenía dos sofás y en el centro una mesa de café de cristal además contaba con una zona de comedor con una mesa grande de madera y ocho sillas.

En el mueble de la televisión había una vitrina donde tenía fotos de Míriam desde que era una bebé, así como un par de las que más me gustaron del día de mi boda.

La cocina también era muy espaciosa, tenía una pared entera de armarios altos y bajos, los electrodomésticos más modernos y funcionales, y una isla en el centro como barra de desayuno con cuatro taburetes.

En la segunda planta estaban las habitaciones, la principal contaba con un cuarto de baño con ducha y bañera, una cama de tamaño bastante grande en el centro, y una pared entera como armario empotrado.

Las otras dos habitaciones eran iguales, un poco más pequeñas que la principal, pero contaban también con cuarto de baño propio y un armario empotrado. Una era la de Míriam, la otra donde dormía Sofía cuando se quedaba en casa.

El exterior era lo que más me gustaba, si era sincera, puesto que el porche, acristalado por completo, también contaba con calefacción por lo que me podía pasar horas allí sentada con mi cuaderno de dibujo tomando café, té o chocolate caliente.

Desde él se accedía al jardín, que, aunque no era muy grande lo teníamos de lo más completo con una piscina y una zona para preparar barbacoas familiares. Esas que hacía mucho que no celebrábamos en casa.

Eran casi las nueve cuando miré el móvil, fui a la cocina para dejar la taza de té y al volver le mandé un mensaje a Vicente.

Noelia: *¿Vendrás a cenar? Es para preparar algo.*

No le dije que quería hablar con él porque era más que probable que, de saberlo, no pensara aparecer con tal de evitar lo que tenía que decirle.

Su respuesta no se hizo esperar.

Vicente: *No me esperes, tengo una cena con un cliente.*

Noelia: *¿De verdad vas a seguir evitando venir a casa? ¿Hasta cuándo retrasaremos la decisión de cómo decirle a Miriam que nos estamos separando?*

Vicente: *¿Sigues con eso? Creí que después de la última conversación no íbamos a hacerlo. Esto solo es otro bache, ya te lo dije.*

Era increíble el modo en el que mi marido podía llegar a dar la vuelta a las cosas a su antojo. ¿Solo otro bache? ¿En serio? Fue él quien dijo que después del tiempo que nos dimos había comprendido que la separación era lo mejor.

No sabía si pretendía de volverme loca o si simplemente no lograba entender lo que me estaba diciendo, de verdad que no.

Noelia: *¿Cómo que solo es otro bache, Vicente? Hace tiempo que no estamos bien y lo sabes, ni siquiera hemos compartido cama más que para dormir, nos hemos convertido en compañeros de piso con una hija en común, nada más. Encuentra un hueco en tu apretada agenda de ministro para hablar conmigo sobre esto, porque quiero decírselo a Miriam de la mejor manera, y que nuestros abogados lleguen a un acuerdo.*

Dejé el móvil en el sofá mientras suspiraba cerrando los ojos al tiempo que apoyaba la cabeza en el respaldo. Hacía meses que estábamos con eso y ahora me decía que no era más que un bache, era para flipar, en serio.

Me enamoré de aquel chico cinco años mayor que yo, risueño y simpático, de cabello castaño y ojos azules como el cielo a primera vista, uno de esos flechazos que a nadie le hacían sentir indiferente, y ya no quedaba nada de ese amor en mí.

Por más que lo había intentado no veía la manera de que lo nuestro funcionara, y mucho menos cuando, sin decírselo a él y tampoco a mi familia, estaba cien por cien segura de que se acostaba con otra.

Respiré hondo y solté el aire lentamente para calmarme, pero sabía que en ese momento necesitaba hacerlo de otra manera. Me preparé otro té con limón, tomé la manta para cubrirme con ella, cogí el cuaderno de dibujo y mis carboncillos, así como los auriculares, y salí al porche para acomodarme en el balancín donde me gustaba pasar las horas.

Tras conectar la emisora de radio que solía escuchar algunas noches, abrí el cuaderno y

comencé a dejar que los trazos fueran fluyendo uno tras otro en el papel.

Sonreí al darme cuenta de que estaba haciendo un retrato de mi hija. Míriam se parecía mucho a mí, había heredado mi cabello negro, ese que también tenían mi padre y mi hermana, solo que en vez de los ojos marrones como los míos, los de ella eran del mismo azul que el de su padre.

En ese momento escuché una suave melodía de acordes de piano y no tardé en reconocer la voz de Pastora Soler.

«Ya no sé lo que duele más, si perderte o perderme yo. Si al final te he fallado a ti, o a mí...»

No era la primera vez que esa canción me acompañaba en una de estas noches, mientras yo estaba rodeada de la soledad de mi casa porque mi marido no iba a venir y mi hija se había quedado con su prima.

Y hablando de mi preciosa niña, me llegó un mensaje de mi hermana al móvil acompañado de una foto de Míriam y Sofía tiradas en el suelo, con los codos apoyados en él, las manos en las mejillas y sonriendo con la cabeza inclinada hacia el centro de modo que ambas se tocaban, y las piernas flexionadas hacia arriba y cruzadas.

Estaban preciosas, y a pesar de que Sofía era rubia con los ojos verdes, se parecían mucho.

Noelia: *No pueden estar más guapas mis niñas. Es que me las como.*

Carolina: *¿Has hablado ya con el ministro?*

Noelia: *No viene, tiene una cena de trabajo.*

Carolina: *Claro, ha debido quedar con otros ministros para una cena de otoño. ¿No será que tiene amiguita nueva? Le perdonaste una vez, pero por favor no le perdones una segunda.*

Suspiré porque no iba a contarle a mi hermana la verdad, no quería que me dijera que ella tenía razón y que perdonarle, hacía tres años, había sido la peor decisión que pude tomar porque tal como ella vaticinó, me había vuelto a engañar de nuevo.

Noelia: *No le perdonaría. Dales un beso a las niñas. Nos vemos mañana. Te quiero.*

Carolina: *Yo también te quiero, y sabes que siempre podrás contar conmigo. Buenas noches, cariño.*

Había acabado el retrato de mi hija y para cuando quise darme cuenta, mientras los minutos iban pasando, fui haciendo trazos nuevos en otra hoja hasta que acabé dibujando a las niñas en

esa bonita foto que me había enviado mi hermana.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando me estaba metiendo en la cama, después de haber llorado sentada en el balancín del porche pensando en por qué mi matrimonio hacía meses que no tenía solución.

¿En qué momento perdí a mi marido? ¿Cuándo el chico de veintiocho años que conocí dejó de sentir algo por mí?

Cerré los ojos mientras me abrazaba a la almohada, dejando la mente en blanco como tantas y tantas noches antes había hecho, hasta conseguir quedarme dormida.

Y no sabía qué hora era cuando noté peso en la cama, me desperté y encontré a Vicente allí arrodillado a mi lado.

—¿Vicente? —Fui a encender la luz, pero no me dio tiempo, pues me cogió ambas manos para colocarlas sobre la almohada por encima de mi cabeza.

—¿Así que como no follamos, nos vamos a tener que separar? Pues vamos a ponerle remedio.

—¿Qué dices? —Entré en pánico y abrí los ojos como si fuera un búho, vamos que me desperté de golpe.

—¿Quieres que solucionemos esto? Pues solucionémoslo.

—¿Has bebido? Por Dios, para —le dije apartando la cara para que no me besara.

—¿Rechazas a tu marido? Eso que hay otro, estás con otro y por eso la insistencia de que nos separemos, de que hablemos con la niña y los abogados lleguen a un buen acuerdo.

—Estás borracho, no sabes lo que dices. Y quita de encima, que no quiero hacer nada contigo.

—Claro, porque aprovechando que estabas sola, habrás traído aquí a tu amante. ¿Estás mojada todavía? —preguntó metiendo la mano por dentro de mi pantalón y las braguitas para tocar mi zona, pero conseguí que me soltara las muñecas y le aparté, aprovechando que caía de espaldas en la cama para levantarme.

—¿Te has vuelto loco? ¿De verdad me acusas tú a mí de estar con otro, y encima, de traerlo a casa? Vete —señalé la puerta—, vete porque en ese estado no te quiero en casa.

—No me voy a ir de mi casa.

—Te vas a ir porque borracho no quiero que estés aquí. Vete a un hotel, a la empresa o donde te dé la real gana, pero aquí no te quiero.

—No juegues, Noelia, si quieres que los abogados lleguen a un acuerdo, no juegues.

—No estoy jugando, solo te pido que te vayas porque en este estado no te quiero cerca, y mucho menos que mañana la niña te vea así.

—Me voy, pero te lo advierto, el divorcio puede ser un infierno para ti.

No dije nada, porque sabía que mientras estuviera borracho no entraría en razón ni haría caso de lo que fuera a decirle.

Se levantó de la cama mientras se arreglaba la ropa y salió de la habitación. No tardé en escuchar a puerta de la calle cerrándose con un sonoro portazo que podría haber hecho tambalearse los cimientos.

Eran las cinco de la mañana, y por mucho que quisiera volver a dormirme ya no podría, más que nada porque temía que se le ocurriera volver y darme otro susto de esos.

Cogí el móvil, bajé a la cocina para prepararme un delicioso chocolate caliente, me acomodé en el sofá con la manta suave y calentita, y encendí la televisión para distraerme viendo alguna de los cientos de películas que había en una de las plataformas.

No entendía cómo habíamos llegado a esto, pero esperaba ponerle fin a todo cuanto antes.

Capítulo 5



Noelia

Otro inicio de semana y el día había amanecido con el cielo ligeramente gris y, por lo que estaba escuchando en las noticias de esas horas, tendríamos lluvia.

Estaba terminando de preparar el desayuno para Míriam y para mí mientras ella acababa de vestirse para ir al colegio, siempre la dejaba de camino a la gestoría en la que trabajaba y aprovechábamos para repasar los temas que había dado el día anterior.

Era una buena niña y una estudiante de lo más aplicada, algo de lo que me sentía súper orgullosa.

Acababa de dejar sus tostadas y el vaso de leche con cacao en la isla, cuando la vi entrar.

—Qué hambre tengo —dijo mientras dejaba la mochila en un lado.

—¿Hambre? Pero si anoche te comiste una hamburguesa grande, con patatas y unos *nuggets* de pollo. ¿Cómo puedes tener hambre? —Reí.

—Estoy en esa edad en la que no tardaré en dar el estirón, y ya sabes lo que dice la abuela de eso, que tengo que comer mucho. —Cogió la tostada con mantequilla y mermelada y le dio un buen bocado—. Qué rica, haces las tostadas buenísimas, mamá.

—¿Solo las tostadas? —Arqueé la ceja.

—Todo, vamos, que cocinas muy bien, como la abuela.

—Menos mal que tú valoras lo que hago. —Reí.

—¿Papá ya se ha ido? —preguntó de manera inocente, pero ella sabía que anoche, cuando se acostó después de cenar, aún no había vuelto porque tenía mucho trabajo, así que mentí.

—Sí, salió temprano de casa.

—Mamá —se quedó mirando su vaso de leche antes de volver a hablar—, ¿papá nos quiere?
—Aquella pregunta me dejó en *shock*, porque no pensé nunca que mi pequeña pudiera darse cuenta de algo, pero estaba claro que tonta no era.

Y sabía que Vicente a ella la quería, al menos siempre fue así, pero ahora con esto que estaba pasando tenía mis dudas, y que una madre dudara del amor de un padre por su hija, no era algo bueno, la verdad.

—Claro que te quiere, cariño, no pienses nunca lo contrario.

—Me quiere —suspiró—, pero yo he preguntado si nos quiere, a las dos.

—A su manera también me quiere —sonreí quitándole importancia—. Venga, termínate el desayuno que tenemos que irnos.

Miriam asintió y mientras desayunábamos revisamos en su mochila que llevara todo lo necesario para ese día. Me había dicho que iban a hacerles un examen de lengua y la tarde anterior la pasamos en el sofá con la mantita repasando los temas que entrarían.

También les harían una prueba oral de deletreo, y me pidió que buscara las palabras más largas y complicadas en Internet para repasar esa parte, acabamos muertas de risa porque había algunas palabras con las que nos trabábamos las dos al pronunciarlas completas.

Ella era todo mi mundo, la persona por la que me levantaba cada mañana y que hacía que sonriera incluso en momentos en los que no tenía ganas ni de mirarme a un espejo.

La vida con Vicente no era lo que siempre hablamos, y ahora que iba a perderle definitivamente, temía que mi hija pudiera echarme en cara algunas cosas, pero ella veía esos desplantes que nos hacía y, aun sin decir nada, sabía que se daba cuenta de las cosas.

Guardó en la mochila su sándwich y el zumo para el recreo, nos pusimos los abrigos y salimos de casa para coger el coche e irnos.

Yo la llevaba al colegio, al mismo al que iba mi sobrina Sofía, aunque fuera dos cursos por delante, y mi padre era el encargado de recogerlas a las dos para que se quedaran con ellos en casa hasta que fuéramos a recogerlas por la tarde.

—Mamá, dime una palabra para deletrear —me pidió cuando estábamos paradas en un semáforo.

—¿Fácil o difícil?

—Como quieras, estoy lista para cualquiera —sonrió.

—Vale. —Me quedé pensando un momento y dije una bastante larga—. Oftalmólogo.

—Estoy lista, pero ¿no la había más cortita? —Nos echamos a reír, pero la deletreó a la perfección.

Cuando llegamos al colegio vimos a mi sobrina Sofia bajando del coche en el que estaban mi hermana y mi cuñado, ellos siempre iban juntos al trabajo así que dejaban a la niña antes y, al igual que yo, comenzaban con su jornada.

Me despedí de mi pequeña deseándole mucha suerte en el examen antes de que bajara para irse con su prima, saludé a Carolina y Jesús al pasar por su lado y puse rumbo a la gestoría.

Por suerte, contábamos con un parquin cerca en el que todos los empleados podíamos dejar el coche, porque estando en el centro de la ciudad era un poquito complicado encontrar aparcamiento, sobre todo, en días como hoy donde amenazaba con lluvia.

Entré en la gestoría y ya estaban muchos de los compañeros en sus puestos, encendiendo los equipos y preparándose un café.

Estaba dejando el bolso en mi mesa cuando llegó mi jefe, Rober, hablando por teléfono en un tono poco amistoso.

—Noe —le miré—, ven a mi despacho ahora, por favor —dijo con el móvil aún en la mano, y asentí.

Rober tenía cuarenta años, dirigía la gestoría desde los veintiocho cuando su padre le pidió que tomara las riendas junto con él, dado que ya llevaba seis en ella, y hacía cinco que estaba solo al mando tras la jubilación de este. Yo llevaba allí quince años, entré siendo una joven becaria que trabajaba solo por las tardes mientras terminaba mis estudios, y ahora era secretaria del jefe.

Encendí el ordenador, dejé todo preparado y fui a su despacho, llamé un par de veces y entré en cuanto me dio paso.

—Buenos días, Rober —sonreí.

—Buenos días, preciosa. Tengo un problema y necesito que me eches una mano —dijo mientras buscaba entre un montón de carpetas que tenía en la mesa—. La empresa de mi primo va a tener una auditoría, ya sabes que no tienen nada y todo lo llevan al día, pero de esas aleatorias que hay y suelen hacer que los empresarios tengan los retortijones de la muerte —reímos—, y quiere que ayudes a su secretaria para organizar todo bien.

—Claro, no hay problema.

—Genial, porque la pobre chica lleva solo dos años en el puesto, tiene veintiséis y está cagadita de los nervios, palabras de mi primo. Viene de camino con el ordenador portátil y todos los documentos que tienen digitalizados para que reviséis bien, imprimáis y esas cosas que ya sabes.

—Vale —asentí, y vi que seguía buscando entre las carpetas—. ¿Qué buscas, un tesoro escondido?

—Ya quisiera yo —resopló—. Me dijo Luis el viernes que me dejaba aquí una carpeta que tenía que revisar hoy a primera hora, y no veo el nombre de la empresa.

—¿Cuál es?

—Ramírez e Hijos —contestó.

—Vale, esos son del gremio de la construcción, las carpetas que usamos son de color *beige* —dije acercándome y él dejó de buscar porque me puse yo a ello, mirando cada carpeta de ese color hasta que la encontré—. Aquí tienes.

—¿Te he dicho alguna vez que eres la mejor secretaria del mundo?

—Alguna —sonreí.

—Si no estuviéramos casados, ya serías mi mujer.

Me eché a reír porque eso nunca sería posible. Él era un hombre encantador, simpático y de lo más cariñoso y atento, pero también era gay.

—Siempre me paso varios minutos buscando las carpetas, esto a veces es de locos —suspiró.

—Pues creo que vamos a ponerle solución ahora. ¿Cuándo llegará la secretaria de tu primo?

—En una media hora.

—Perfecto, voy bien de tiempo entonces. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor, hoy lo necesito.

Asentí, fui a preparar los dos y en ese momento vi que llegaban María y Luis, un par de compañeros contables de la gestoría con los que mejor me llevaba y siempre salíamos a hacer el

descanso para el desayuno juntos. Los saludé, le llevé el café a Rober y volví a mi puesto para imprimir unos letreros.

Cuando tenía todo, entré en el despacho de Rober y mientras él trabajaba, despejé una de baldas de la estantería que tenía junto al escritorio, coloqué las bandejas y sobre ellas puse los letreros con el gremio de las empresas que teníamos como clientes para que quienes tuvieran que dejarle alguna que revisar las pusiera en el lugar correspondiente.

—Listo, así no te pasarás media mañana buscando —dije cuando terminé de colocar las que tenía sobre la mesa en cada bandeja.

—¿Cómo no se me ocurrió esto antes?

—Pues no sé, tal vez porque, igual que tu padre, te pones nervioso si no encuentras algo a la primera y das mil vueltas sin pensar en nada —sonreí.

—Qué sería de mí sin ti —suspiró.

—Eso me pregunto yo.

Se echó a reír y le dejé trabajar, cuando volví a mi puesto entro una chica preguntando por mí, cargada con un maletín, y resultó ser Julia, la secretaria del primo de mi jefe. Cogí algunas cosas y nos fuimos las dos a una de las salas disponibles que solían usar los demás para reunirse con los clientes.

Esa chica me recordaba a mí en mis primeros años como secretaria, estaba nerviosa y no quería meter la pata.

Nos pasamos toda la mañana allí, a base de cafés, recopilando y organizando todo, pedimos unas ensaladas a la cafetería de al lado donde iba a desayunar con mis compañeros, y a las cuatro de la tarde teníamos todo más que listo.

—Me has salvado de una buena, Noelia, de verdad, muchas gracias —dijo mientras guardaba todas las carpetas con los papeles para la auditoría.

—No ha sido nada, mujer, es parte de mi trabajo.

—Aun así, gracias. Es mi primera auditoría y no quería que mi jefe tuviera problemas.

—Si hay algo que tiene vuestra empresa, es que lleváis todo bien controlado, no tendréis ningún problema.

—Me quedo más tranquila, desde luego —sonrió—. Gracias otra vez, Noelia.

—No hay que darlas, en serio.

Nos despedimos, Rober entraba en ese momento, preguntó qué tal todo y dijimos que perfecto y listo para la auditoría, y fue al despacho a echar esas últimas horas de trabajo, igual que hice yo.

A las seis y media recogí mis cosas y tras despedirme de todos, salí para ir a recoger a mi niña a casa de mis padres.

Cuando llegué, fue mi padre quien abrió y, como de costumbre, me dio un abrazo.

—¿Qué tal el día, hija? —preguntó al ir hacia el salón.

—Bien, como siempre —sonreí.

Al entrar, Míriam se levantó de la mesa donde estaba haciendo los deberes con Sofía y vino corriendo.

—¡He aprobado, mamá! Me ha salido un examen, perfecto. Y lo de deletrear, ha sido pan comido. —La abracé.

—Me alegro mucho, mi vida, pero ya sabía que lo harías bien.

—Es una empollona. —Rio mi sobrina.

—Le dijo la sartén al cazo —resopló mi madre—. ¿Quieres un cafelito, cariño? —me preguntó.

—Sí, gracias.

Fue a prepararlos y mientras, me senté con las niñas para ayudarlas con las matemáticas, que no se les daban mal, pero siempre les venía bien un poco de ayuda.

Me tomé el café con unas galletitas que había comprado mi madre con canela que estaban muy buenas, y a las siete y media cuando llegaron mi hermana y mi cuñado a por Sofía nos despedimos todos para ir cada pajarillo a su nido, como decía mi madre.

En el camino, Míriam no dejaba de decir lo bien que le había salido el examen y yo me sentía feliz y orgullosa por mi niña a partes iguales.

Cuando llegamos, no vi el coche de Vicente y eso significaba que, posiblemente, tampoco viniera a casa a cenar y dormir. Míriam bajó con un suspiro, pero no dijo nada. Tenía la sensación de que mi pequeña comprendía mucho más de la situación de lo que yo quería, y eso me daba terror y pena a partes iguales.

Si llegado el momento del divorcio, su padre le diera a elegir con quién prefería vivir, ¿qué respuesta daría?

Tenía claro que si lo elegía a él y yo debía conformarme solo con las visitas pactadas, no iba a poner objeciones, pero me moriría si mi niña no estuviera conmigo todos los días.

Capítulo 6



Adrián

Silvia estaba tomando un café en la cocina cuando aparecí después de ducharme para coger uno y llevármelo a mi despacho.

—Buenos días, Silvia.

—Buenos días —murmuró sin quitar la vista de la pantalla del móvil—. Mis padres quieren invitarnos a la celebración del cumpleaños de mi madre el viernes por la tarde —seguía sin mirarme.

Para eso sí, para lo que le interesaba, quería contar conmigo. Siempre era la misma historia. Ella quería manejarme como si fuera un muñeco e iba a ser que no.

—No, no contéis conmigo —dije causando que me mirase con desprecio, pero sin alterarse. Ni siquiera me daba importancia para eso, ni para alterarse lo más mínimo.

Hubiese preferido que saltase, que me dijese lo que fuera, que mostrase que le importaba algo, que tenía sangre en las venas.

Me preparé el café y, cuando iba hacia el despacho, apareció Dakota que ya iba a toda prisa para irse hacia el instituto. Solía ir contenta. A mi hija, a excepción de todo lo que tuviese que ver con Silvia, daba la impresión de gustarle mucho su vida.

—Buenos días, papi. —Me dio un beso en la mejilla.

—Buenos días, cariño. ¿Quieres que te acerque? No tengo problema en hacerlo, ya lo sabes.

—No, ya vienen en camino Ainoa y su madre. Pero gracias.

—Perfecto. ¿No te llevas nada para tomar a media mañana? —le pregunté con el típico interés

de padre, y negó— Ten cuidado, cariño. Luego nos vemos.

—Claro. No te preocupes por nada—me comentó dándome un beso en la mejilla.

Era muy cariñosa y pese a que la suya era una edad en la que otros chicos se apartan mucho de sus padres, tuve la suerte de que en su caso no era así. Menos mal, porque bastante tenía con el plan que había en casa, que no había quien lo aguantase a consecuencia de Silvia.

La situación se estaba volviendo cada vez más insostenible. Su presencia, cargada de toxicidad, viciaba el aire. Mi mujer actuaba de esa forma, y en algunos momentos me resultaba extraño que siguiera manteniendo esa actitud, teniendo en cuenta que parecía que vivíamos en planetas distintos.

Me encerré en el despacho a trabajar en uno de los casos que más urgía y más de cabeza me traía, ya que tenía que dejarlo lo suficientemente atado como para sacar de esta a uno de los empresarios más importantes de España y que estaba acusado de blanqueo de capitales.

En ese tipo de casos, no solo me dejaba la piel como profesional porque lo hice toda la vida, sino que sabía que estaba en el punto de mira de los medios y que cualquier paso en falso podía costarme caro, muy caro.

No había pasado ni una hora cuando Silvia abrió la puerta de mi despacho. Me jugaba el cuello a que no era para nada importante. Ella no respetaba ni siquiera mi trabajo. Era así, se había convertido en alguien que solo miraba por sí misma. O más bien, lo fue siempre y el tiempo que estuvo bien conmigo fue una estrategia para engatusarme.

—Te quería comentar que he estado mirando un coche que me gusta muchísimo y estoy pensando en cambiar el mío porque ya tiene dos años —me comentó como si fuera importante, como si la vida se le fuese en ello.

—El mío tiene cuatro y ahí sigue. No voy a comprar ningún coche, Silvia.

—Tengo derecho a hacerlo.

—No, ya no tienes derecho a nada. Y ahora. —Señalé hacia la puerta indicándole que saliera del despacho.

—Soy tu mujer y tengo mis derechos.

—No te vas a gastar ni un duro más de mi patrimonio, Silvia. —Mi tono era relajado y pasota. Seguía mirando hacia la pantalla del ordenador.

En otro momento me hubiese alterado muchísimo. Ya no, esa etapa había pasado.

—Es que no me puedo creer lo que estoy escuchando. No sabes lo que dices.

—Lo sé muy bien, Silvia. Quien parece no haberse dado cuenta de que las cosas han cambiado, eres tú. Esto ya no va de que abres el pico y a continuación tienes todos los caprichos en tu mano —negué con la cabeza.

—Te la estás jugando, te lo advierto.

—¿Se trata de una amenaza?

—No, se trata de una realidad. Te voy a dejar en la ruina. Reza porque no te pida el divorcio.

—Mi demanda ya está en marcha. Por una vez, me he adelantado a tu jugada. Es hora de que esto cambie, ya que me has hecho sufrir en demasía a lo largo de estos años.

—Atrévete a pedirme el divorcio y verás que te dejo como a un pavo a punto de ser cocinado. Te voy a desplumar por completo.

—Te recuerdo que tenemos capitulaciones firmadas.

—Sí, ya sé que no puedo tocar el dinero de tu empresa ni tengo derecho a los inmuebles que posees, pero te recuerdo que sí tengo derecho al cuarenta por ciento de todo lo que haya en tus cuentas personales.

Se sabía muy bien la lección. Estaba en todo y quería jugar sus cartas como si algo de lo que dijese me fuera a asustar.

—Todo tuyo, ¿firmamos ya? —Levanté la cara de la pantalla y la miré fijamente.

—¡Voy a hablar con mi abogado! —Se alteró porque le molestaba que le hablase con tanta tranquilidad de algo que en otro momento de mi vida me hubiese sacado de mis casillas.

—No sabía que tenías uno, pero adelante, de paso me puedes dar los datos para que el mío le envíe el acuerdo que está preparando por si no queréis ir a los tribunales. Es solo por acelerar el proceso, ya sabes—le solté con mucha tranquilidad y arqueando una ceja.

—Iré a donde haga falta, pero te voy a dejar hasta sin aliento —dijo cerrando la puerta de un golpe después de salir.

—Como desees—añadí con toda la ironía porque sabía muy bien que ese tipo de comportamiento es el que más descoloca y porque no dejaría que se me subiese a la chepa.

—Eres un verdadero imbécil si crees que esto se quedará aquí —exclamó después de volver a abrir la puerta. Ella la ganaba o la empataba. Poco me conocía si creía que lo iba a permitir.

—Muy bien. Y ahora, si no te importa, termina de marcharte de una vez porque no tengo tiempo para tus jueguecitos.

—¿Jueguecitos? Te vas a enterar, te lo juro.

—No, si ya me estoy enterando. Me empecé a enterar hace ya tiempo. Cierra la puerta de una vez y déjame trabajar, que yo sí tengo que hacerlo —le exigí.

Menos mal que fui listo, y tuve la astucia necesaria para darme cuenta de que estaba conociendo a una Silvia que no se parecía en nada a la mujer de la que me había enamorado. Como decía, tuve la perspicacia de establecer capitulaciones que me permitieran proteger tanto la casa familiar como algunos apartamentos que había adquirido como inversión y que estaban alquilados. Además, aseguré que nada que tuviera que ver con mi bufete, que operaba como una empresa, se viera afectado; solo tendría que darle el cuarenta por ciento de lo que tuviera en mis cuentas personales. Lo que ella no se podía imaginar era que, desde que hacía varios meses, todo había cambiado, hice que mis cuentas solo tuvieran un saldo de diez mil euros, así que se iba a llevar poco, además de un buen disgusto.

En el acuerdo que estaban preparando mis abogados le daban la posibilidad de llevarse los diez mil euros completos y ahorrarnos ir a juicio, pero es cuando se iba a encontrar en la cuenta menos de la mitad, así que allá ella.

Por culpa su culpa, tuve un enfrentamiento con mis padres y estos me dijeron literalmente: «Te va a sacar hasta la cera de las orejas».

Esa frase se me quedó tan grabada, que me sirvió para actuar cuando comencé a darme cuenta de la realidad de muchas cosas, de ahí a que casi todo mi patrimonio estuviera puesto en la empresa.

De todas maneras, estaba convencido de que Silvia no iba a hablar con ningún abogado ni me había tomado en cuenta. La conocía demasiado bien y se pensaba que mi negativa de comprarle el coche era porque estaba enfadado y que se me pasaría. Esta vez no, esta vez estaba decidido a limpiar mi casa de mal rollo y vivir feliz junto a mi hija, esa que era mi pilar más importante.

Ya no le valdrían ni sus caritas ni sus manipulaciones. Con su actitud, dando su verdadera cara, se había llevado por delante todo lo que había entre nosotros. Me había tomado por idiota y se había equivocado.

Estuve ocupado hasta la una de la tarde preparando todo para el juicio, momento en que me llamó mi abogado para decirme que lo tenía todo listo y que se lo iba a hacer llegar a nuestro

domicilio para que, o colaboraba o se buscaba un abogado para el proceso. No dudé en darle vía libre para que lo hiciera de manera inminente, porque si algo tenía claro es que quería resolver esta situación lo antes posible.

A veces hay situaciones difíciles que es mejor dejar atrás lo más pronto posible. Un divorcio, especialmente si es con alguien que te ha engañado y durante bastante tiempo, es uno de esos momentos que necesitas resolver tan pronto como puedas. Es importante deshacerte de esa carga para poder seguir adelante con tu vida antes de que las cosas se compliquen aún más. Aunque a veces nos cueste aceptar, la realidad es que las circunstancias pueden volverse más complicadas si no tomamos decisiones más pronto que tarde.

Me dirigí hacia la cocina para preparar la comida, dado que hoy no contábamos con la chica que tenía contratada para ayudarnos en las tareas de la casa, quien solía venir tres veces a la semana para limpiar y preparar la comida. En los días restantes, me las apañaba yo solo, especialmente desde que Silvia comenzó a pasar de todo. En los días de más trabajo, optaba por pedir comida a domicilio para facilitarme la tarea.

Cocinar me relajaba. Puse algo de música, y comenzó a sonar Antonio Orozco con esa letra suya *«Nos faltó una mentira entera, una falsa espera y una tarde fea...»*

Sonreí irónicamente de nuevo porque pensé que no, que en nuestro caso no había faltado nada de eso porque Silvia se había encargado de que tuviésemos cada una de esas cosas tan chungas. Y un buen puñado más.

La vida no se trata solo de lo que te sucede, ya que en muchas ocasiones no puedes evitar los golpes que te da. Se trata más bien de la actitud que tomas antes esas situaciones. Y yo estaba aprendiendo a tomármelas con mucha más filosofía, adoptando una actitud más positiva y de buena onda, como decía mi hija.

Troceé un pollo y lo salpimenté poniéndolo en la bandeja del horno rodeado de patatas y trozos de verdura. A la niña y a mí nos encantaba de este modo y, para cuando llegara del instituto, ya se lo tendría listo.

Regresé a mi despacho para aprovechar esos cincuenta minutos que tardaría en estar listo. Silvia me puso varios mensajes provocándome con el tema del coche, ya se le había olvidado lo hablado del divorcio, pero lo iba a tener que afrontar en breve. Y digo afrontar porque no es que le importase mucho nuestro matrimonio, pero sí la vida tan acomodada que este le aportaba. No le contesté absolutamente a nada y mi paz no me la iba a robar.

Estaba aprendiendo a hacerlo bien con ella. Me había costado dar el paso porque aposté por crear una familia con esa mujer. Una vez visto lo visto, eso sí, entendí que estaríamos mil veces mejor solos que mal acompañados con alguien así.

Saqué el pollo del horno y comencé a preparar la mesa para mi hija y para mí. Silvia no iba a venir a comer, como ya nos tenía acostumbrados últimamente.

—Hola, hija. —Me acerqué a darle un beso.

—Papá un nueve en Física y un nueve y medio en Inglés. —Levantó sus dedos en modo victoria.

—Felicidades, mi amor, estoy demasiado orgulloso de ti.

—Gracias, papá. Por cierto, el fin de semana lo mismo viene Ainoa.

—Perfecto, cariño.

—Es que vamos a estudiar y a hacer planes de chicas también.

—Me parece genial, siempre te he dicho que...

—Que, si me organizo bien, tendré tiempo para todo—me interrumpió.

—Veo que tomas buena nota.

—Sabes que sí. Me gusta picarte y no por eso dejo de reconocer que eres el mejor padre que se puede tener.

—¿Eso me ha caído del cielo o es que me va a costar algo? —bromeé.

—Déjame adivinar. Por tu forma de decírmelo, ya te han pedido algo hoy. Y sé quién ha sido.

—Mejor no entro en detalles.

—Échala, papá, échala cuanto antes. Si quieres, hago los honores y le doy una patada en el culo.

—Mejor te pones cómoda y vienes a almorzar, que ya está lista la comida.

—Y huele que no veas, es cierto.

—¿Tienes hambre?

—Como para comerme a mi padre por los pies, ¿responde eso a tu pregunta?

—Suerte que soy previsor y me metí a tiempo en la cocina—le sonreí.

Capítulo 7



Noelia

La semana había ido avanzando y Vicente no apareció por casa ni una sola noche. Míriam le llamó el lunes para contarle que había aprobado el examen y le preguntó si llegaría para la cena, pero dijo que tenía trabajo que hacer.

Esa noche pedí *pizza* para celebrar juntas su aprobado y vimos una película, se fue a la cama con la más bonita de sus sonrisas.

No sabía dónde habría pasado las noches mi marido y esto me hacía preguntarme por qué él pensaba que no seguiría adelante con la decisión de separarnos, si realmente nos habíamos vuelto prácticamente dos extraños que ya ni siquiera compartían piso.

Era jueves, acabábamos de llegar a casa después de estar un rato con mis padres cuando fui a buscar a Míriam, apenas habíamos bajado del coche cuando comenzó a llover nuevamente.

Entramos en casa, y ambas fuimos directas a la ducha y a ponernos nuestros pijamas antes de cenar. Teníamos la intención de preparar una deliciosa pasta boloñesa y estábamos ansiosas por disfrutar de un buen plato.

Cómodas y listas para cocinar, nos pusimos entre las dos manos a la obra mientras repasábamos algunos temas de Ciencias Sociales que entrarían en el examen del día siguiente.

Cuando terminamos, nos sentamos a la mesa para cenar sin esperar a que llegara mi marido, pues, para ser honesta, no pensé que fuera a hacerlo. Sin embargo, para nuestra sorpresa, tanto de la niña como mía, él apareció de repente por la puerta.

—¿Estáis cenando sin mí? —preguntó algo molesto.

—Pensé que no vendrías, llevas toda la semana muy liado con el trabajo —contesté mientras me levantaba.

—Podrías haber preguntado, al menos.

—¿Para qué, papá? —dijo Míriam— Siempre das la misma respuesta. —Se encogió de hombros sin mirarle.

—¿Qué has dicho?

—Que nunca estás en casa, que no vienes a cenar, no nos acompañas a casa de los tíos o de los abuelos.

—Tengo mucho trabajo, y si queréis seguir viviendo como dos princesitas y que no os falte de nada, tendré que trabajar día y noche sin descanso.

—Vicente —protesté, dolida por el modo en el que había hablado a nuestra hija.

—¿Qué? ¿Acaso miento? No os falta de nada; tenéis ropa, comida, un techo en el que vivir, y yo mientras trabajo para que viváis a todo lujo.

—No eres justo, papá —murmuró ella mirando a su plato, y vi que tenía los ojos vidriosos.

—¿No soy justo?

—Vicente, por favor —le pedí acercándome a él.

—Esto es lo que querías, ponerla en mi contra.

—Yo no quería nada. Vamos a la habitación, por favor.

Miré a mi hija, le dije que siguiera cenando y que enseguida volvíamos. Fui tras mi marido hasta nuestra habitación para hablar de una vez por todas.

—¿Qué haces? —pregunté al ver que tenía una bolsa de deporte en la cama.

—Coger algo de ropa, salgo de viaje esta misma noche.

—¿Y para eso montas este espectáculo de que no te hemos esperado para cenar?

—¿Por qué cojones has puesto a la niña en mi contra? —gritó tras lanzar una camisa sobre la cama de mala manera.

—Yo no la he puesto en tu contra, siempre le he hablado bien de su padre y lo que me pase contigo, me lo guardo para mí.

—Eres una zorra. ¿Crees que no sé que tienes a alguien para el que te abres de piernas?

—Pero ¿qué estás diciendo? Has perdido la cabeza, Vicente, no hay nadie en mi vida. No soy como tú, jamás te sería infiel.

—Debí darme cuenta antes, debí imaginar que lo de necesitar un tiempo separados era para eso: follarte a otro sin miedo de que viniera a casa y os sorprendiera, y después pedirme la separación. No sé qué has hablado con tu abogado para que haga tus peticiones, pero no vas a sacarme un duro —me amenazó.

»¿Quieres el divorcio? Perfecto, pero antes de que firme ese papel, y sé que llevará tiempo, voy a seguir viviendo en mi casa. —Escupió esas palabras dejando claro que él la había comprado y, prácticamente yo vivía ahí de prestado—. Además, veré a mi hija cuando me dé la puta gana, no vas a quedarte con ella para meterle mierda en la cabeza sobre su padre.

—¿Os vais a divorciar? —Me giré al escuchar la voz de mi pequeña y entré en pánico, no era así como quería que lo supiera.

—Pregúntale a tu madre, es la que ha tomado la decisión —contestó él.

—No es mamá sola —dijo para mi sorpresa—. Tú no te preocupas por que estemos bien, nos dejas solas.

—Esto es increíble —resopló mientras seguía guardando ropa en la bolsa.

—Cariño, vuelve abajo, que ahora voy yo —le pedí a mi hija dándole un beso en la frente.

—¿Es que ya no nos quieres? —le preguntó y vi el dolor en sus ojos— ¿No quieres a mamá con lo buena que es?

—¿Buena? —gritó dando un paso hacia nosotras y me puse delante de ella, nunca nos había puesto una mano encima pero tal y como estaba en ese momento, no me la quería jugar— No es tan buena como quiere hacer ver.

—Ella pasa todas las noches en casa, tú no.

—Míriam, cariño, vuelve abajo, por favor —insistí.

Mi hija se fue con los ojos húmedos y tratando de no derramar una sola lágrima, pero la conocía y en cuanto no la viéramos, acabaría llorando.

—Eres un gilipollas, no era así como quería que la niña supiera...

—¿Qué, Noelia, que su madre se acuesta con otro?

—No me acuesto con otro.

—No vas a sacarme un duro del divorcio, que te quede claro.

Terminó de guardar sus cosas en la bolsa, la cogió y fue hacia las escaleras para marcharse. Pasó por delante del salón y no fue capaz de decirle nada a la niña, que estaba sentada a la mesa sin probar bocado.

Cerró con un portazo que hizo que hasta ella se sobresaltara, no tardé en escucharla sollozar y me partía el alma verla así. Mi niña siempre había querido mucho a su padre, y sabía cuánto le dolía que le hubiera hablado así, y que fuéramos a divorciarnos.

—Cariño. —Me senté a su lado y le froté la espalda mientras ella se secaba las lágrimas—. Lo siento mucho, no quería que te enterases así.

—Cuando te pregunté si papá nos quería, dijiste que me quería mucho, pero no que a ti te quisiera, porque ya os estáis separando, a que sí —dijo con la voz rota por el llanto.

—No quería mentirte, y quería que tu padre y yo te dijéramos esto de la mejor manera.

—No soy tan pequeña, mamá, me podías haber dicho la verdad. Veo que papá no viene, que nos deja solas, y no puede ser porque siempre esté trabajando.

—No llores, cariño, que me duele verte así. —La abracé y se echó a llorar aún más, cerré los ojos y yo misma sentí las lágrimas cayendo por mis mejillas.

—¿Tendré que elegir con quién quedarme? —preguntó— Porque yo quiero estar contigo.

—Te quedarás a vivir con uno, y pasarás fines de semana con el otro.

—Pues me quedo contigo.

—Ay, mi vida.

Nos quedamos allí sentadas llorando sin decir nada unos minutos, hasta que me dio un beso y, tras secarse las lágrimas, siguió cenando.

Cuando acabamos de cenar nos fuimos al sofá con la manta y pusimos una película antes de que se fuera a dormir, solo que acabó quedándose dormida apoyada en mi costado.

Mi niña era lo más bonito que tenía en mi vida, la quería con todo mi corazón y no dejaría que su padre le hiciera daño o quisiera ponerla en mi contra.

La cogí en brazos poco después y la llevé a su cama, me quedé con ella, observándola dormir como tantas veces había hecho desde que nació, preguntándome qué habría sido de mí si no la tuviera.

Le di un beso en la frente y la escuché murmurar mi nombre, sonreí y tras arroparla bien, salí de la habitación sin hacer ruido.

No podía creer que Vicente hubiera hecho aquello, sin pararse un solo minuto a pensar en lo que podría provocar en nuestra hija.

Bajé de nuevo, porque no iba a conciliar el sueño y necesitaba un momento de soledad y tranquilidad, me cubrí con la manta y, tras coger el cuaderno de dibujo, salí al porche para acomodarme en el balancín y dejar que los trazos fluyeran solos.

Cuando quise darme cuenta, eran las doce y media. Dibujar me hacía perder la noción del tiempo de tal manera que, al terminar, tenía la mente despejada lo suficiente para conciliar el sueño.

Me metí en la cama después de comprobar que tenía puesta la alarma en el móvil para el día siguiente, y cerré los ojos esperando que el sueño me acabara venciendo completamente.

Capítulo 8



Adrián

Estaba preparándome un café cuando vi aparecer a mi hija, se vino directa hacia mí para saludarme con un beso y ese abrazo que nunca le faltaba, como cada día desde que era chiquitita.

Me había salido muy cariñosa y era algo que me llenaba mucho, pues yo también lo era. Soy de los que disfruta mucho con un abrazo, con un beso o con una caricia. Y en ese momento solo me llegaban por parte de mi niña.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, cariño. ¿Qué planes tienes para hoy? —le pregunté porque mi vida giraba en torno a ella, que siempre fue mi pilar fundamental, el que me sostenía y al que agarrarme en los peores momentos.

Esta mañana no había instituto porque había una huelga a la que ella no iba a asistir y nos íbamos a tomar el día para nosotros.

Dakota era muy responsable, sabía organizarse perfectamente y no me hacía falta estar encima de ella para que cumpliese con sus obligaciones, porque lo hacía muy bien. Es más, en ocasiones debía recordarle que saliese y que hiciese planes, que estaba en un curso muy importante, pero que las cosas funcionan mejor cuando te airas y luego las retomas.

Yo no tenía nada que hacer hoy, pensaba quedarme en casa, ya que Silvia me había dicho que estaría ausente todo el día y la verdad que para mí era un alivio, porque últimamente la convivencia con ella era un auténtico calvario.

—Pues hoy no tengo planes, tengo algo que estudiar y quiero quedarme en casa contigo.

—Como quieras cariño, pero por mí no lo hagas —le dije sonriéndole.

—Me gusta pasar tiempo contigo, últimamente estás algo más disperso.

—Bueno, pues hoy es nuestro día, solos, padre e hija. —Pasó por mi lado y me pegó un pequeño pellizco en el costado, era de esos que se daban como muestra de cariño.

A veces estudiaba y hacía planes con su amiga Ainoa, como me había anunciado para ese fin de semana, aunque no iba a ser ese día, que parecía querer dedicarme en exclusividad.

Me sentía muy feliz de ver que no solo la cuidaba yo a ella, sino que también le gustaba a ella cuidarme a mí. No lo digo en plan egoísta, ni mucho menos, sino porque mi hija con eso demostraba tener un gran corazón y estar convirtiéndose poco a poco en una adulta que merecía la pena. No como otras, de las que prefiero no hablar y que no le llegaban ni a la suela del zapato.

Nuestra relación siempre había sido perfecta, éramos padre e hija, pero también éramos muy buenos amigos, ya que solía contarme todo lo relacionado con su vida fuera de casa. Eso me daba mucha seguridad porque son edades complicadas y prefería estar al tanto de su vida.

Y sabía en estos momentos que tenía que contarme algo, lo sabía por la forma en la que me estaba mirando mientras preparaba unas tostadas para los dos.

—Dakota, suelta ya lo que tienes que decir, que, si no, se te va a indigestar el desayuno. —La miré directamente a los ojos.

—Bien, tú lo has querido. —Rebufó—. ¿Qué estás haciendo que todavía sigues casado con esa mujer? ¿Por qué no te separas ya? —volvió a resoplar— ¿Quieres que te cuente lo que me pasó ayer? —me preguntó indignada y tragué saliva. Intuía que me subiría por las paredes con lo que me contase.

—Estoy esperando...

—Ayer salí con mis amigas a dar una vuelta por la tarde —se mordió el labio inferior y eso ya sí me preocupaba algo más, ella no solía dar rodeos al hablar conmigo—, pues resulta que mis amigas y yo vimos a tu querida mujercita muy cariñosa con alguien y, cuando digo cariñosa, ya sabes a lo que me refiero. Eres muy listo y no tengo que darte más pistas.

—¿Silvia estaba con otro hombre? —pregunté pensando que ya sí que había llegado lo suficientemente lejos. Me esperaba muchas cosas de ella, me había defraudado a lo grande, aunque eso ya era el colmo.

—Sí, papá y no un hombre cualquiera, estaba con tu amigo Javier, por eso no te lo he dicho antes, no por lo que ella está haciendo, sino, por con quién lo está haciendo —seguía hablando de lo más indignada—. Lo que tienes que hacer cuando vuelva hoy es mandarla a tomar por culo y

que se ría de su madre. Que ya está bien, que lleva años sacándote los ojos y encima ahora cachondeándose de ti, porque es lo que está haciendo.

Me había quedado callado porque de Silvia me lo podía esperar, pero de Javier no, él siempre había estado a mi lado, éramos amigos desde hacía muchos años. Me dolió enterarme así, pero de esto no iba a morir ni mucho menos, al revés, esto es lo último que necesitaba para terminar de decidirme.

—Cariño, cálmate, ya llevaba tiempo dándole vueltas a separarme y con esto ya no hay marcha atrás —le confirmé.

—Perfecto, pues hoy cuando vuelva le dices que se vaya y no permitas que te chantajee, además, le saqué unas cuantas fotitos besándose con ese traidor. Que no se crea que somos tontos y ella muy espabilada.

Mira que era lista mi hija, con esas fotos tendría más para conseguir mi propósito, se iría con una mano delante y otra detrás, a partir de ahora que fuese Javier quién le comprara todos sus caprichos.

—Venga, ahora vamos a terminar de desayunar y vamos pensando qué podemos hacer de comer para el medio día. ¿Quién hará de chef y de pinche hoy?

—Esa es la actitud, papá. Y vamos a poner música y a bailar mientras cocinamos, que esa no nos va a dar el día. Bastantes disgustos te ha dado ya la muy.... ¡¡Si es que me tengo que morder la lengua!!

—Venga, relax, si ya ha caído. No tiene nada que hacer en mi vida, hija.

—Es que nunca tendría que haber estado en ella, papá.

—Lo sé. Ya no puedo dar marcha atrás, solo siento el daño que todo esto te pueda haber ocasionado. No quiero que nunca tengas que pagar por mis errores.

—¿Daño? Voy a engordar tres kilos de la satisfacción cuando la vea salir por la puerta y sin poder quemar más la tarjeta, que la tiene siempre echando fuego.

—Venga, al fuego nos pondremos nosotros, que me encantará cocinar hoy contigo.

—Y menearte al mismo tiempo, que debes tener las caderas oxidadas y tienes que ponerte en el mercado otra vez —me sonrió con picardía.

—Sí, en eso estaba yo pensando. Y a ti no se te ocurra pensar que me vas a meter en una de esas Apps de ligue, que te conozco.

—Papá, que tampoco soy tan peligrosa.

—No, solo como una caja de bombas. Tienes mucho carácter y eso me encanta de ti, hija.

—Lo he heredado de ti, así que sácalo para ponerla de patitas en la calle ya, que no se aproveche de ti ni un puñetero día más. Se le acabó el cuento y no porque se le haya desteñido el príncipe azul como a otras, sino porque ella es la bruja. Solo le falta la verruga y la escoba, aunque esa una escoba no sabe ni cómo se maneja.

—Eres tremenda, hija, tremenda.

A los dos nos gustaba de vez en cuando meternos en la cocina y olvidarnos de todo, nos poníamos música y hacíamos recetas que sacábamos de Internet, se nos daba muy bien, la verdad, y lo que menos me apetecía era seguir hablando de Silvia.

—Hoy soy yo la chef, papá, que la última vez fuiste tú. —Me guiñó el ojo la muy descarada.

—No sabes tú nada, lo que no quieres es tener que ir recogiendo, pues mientras que hago algunas llamadas que tengo que hacer, ve tú empezando con esto.

Terminamos de recoger las cosas del desayuno y nos fuimos cada uno a hacer nuestras cosas.

No pensaba hacer nada hoy relacionado con el trabajo, pero ya que Dakota iba a estudiar un rato antes de ponernos a cocinar, yo haría algunas llamadas y eso que adelantaba para el lunes.

Después de perder a la madre de Dakota, lo pasé verdaderamente mal, me quedé solo con un bebé, bueno solo del todo no, que mis padres me ayudaron mucho en aquel tiempo.

Eso no lo iba a olvidar nunca, que lo dieron todo como abuelos. Siempre me llevé bien con ellos hasta que la relación se torció porque todo aquello en lo que estuvo metida Silvia se me terminó estropeando.

Como digo, tras morir la madre de Dakota, me costó salir hacia delante, pero con el paso de los años el dolor fue remitiendo, después conocí a Silvia y pensé que por fin había tenido suerte, que sería la mujer de mi vida. Pero no fue así, la verdad es que ni yo mismo entendía cómo había aguantado tantos años al lado de una mujer que no merecía la pena.

No me dolía lo que ella me había hecho, me dolía lo que ese que decía ser mi amigo me estaba haciendo y no era porque yo siguiera enamorado de ella, que no era el caso, era por el hecho de la traición de él.

A estas alturas de mi vida, ya no iba a dejar que me afectara, que fueran felices, pero lo más lejos posible de mi hija y de mí.

Escuché que Dakota ya me estaba llamando para que me fuera a la cocina y no tardé en presentarme allí.

—Bueno, ¿qué has pensado cocinar? —pregunté.

—Me apetecen unos tallarines con langostinos, ¿te parece bien?

—Por mí perfecto, y de entrante podíamos poner una ensalada César, que nos encanta a los dos.

—Listo, venga ponte a pelar los langostinos y después puedes ir cortando la lechuga —dijo dando una palmada al aire.

—Me podré echar una copa de vino para tomarla mientras cocinamos, por lo menos, ¿verdad?

—No sé yo, déjame que me lo piense. —Se puso el dedo en la barbilla mientras hacía como la que se lo pensaba. — Venga te dejo, pero si me echas una a mí también.

En mi vida había girado la cabeza tan rápido hacia una dirección.

—Dakota, no te pases que sigo siendo tu padre, tú si quieres te bebes un refresco, que solo tienes diecisiete años.

Sé que ella no bebía y que lo quería era pincharme un poco, tenía que reconocer que ya no era una cría, pero para mí seguiría siendo mi niña.

—Que es broma hombre, un poco más y te haces un esguince en el cuello —dijo riéndose.

—Eso le vas a provocar tú a más de uno a tu paso, que estás tan guapa que vas a partir cuellos, hija.

—Papá, no empieces. Tú lo que quieres es sonsacarme por si hay algún chico en mi vida. Y para eso utilizas tus tácticas de abogado. Serás muy listo, pero yo no soy tonta.

—Vaya. En fin, cocinemos entonces.

—Sí, venga, que quieres saber tú mucho—me decía picándome y yo tranquilo, porque en el fondo sabía que en el momento en el que tuviera algo importante que contarme, lo haría.

Nos pusimos manos a la obra, íbamos preparando todo entre bromas y charlas triviales, me encantaba pasar los días así con mi hija.

Sonaba Karol G y ella se movía con mucha gracia. Bailaba muy bien. No es porque sea mi hija, pero lo hacía casi todo bien. Cantaba a la par que sonaba la letra *«Aquella noche sin sueño me hice amiga del alcohol...»*

—De eso nada, que ya lo hemos hablado, ¿me oyes?

—Papá, que sabes que no bebo. Relájate y baila conmigo, ven. —Me cogió de las manos y comencé a darle vueltas mientras ella, que disfrutaba mucho bailando, me dedicaba la mejor de sus sonrisas.

Entre tanto baile, también cocinamos. Había ganas de comer y formábamos un buen equipo entre fogones, como en todo.

Los tallarines le salieron buenísimos, esta vez fue ella la que cocinó y yo el que la iba ayudando, pero como ya había comentado antes, a los dos se nos daba estupendamente la cocina.

Disfrutamos mucho del almuerzo, como siempre. Ella me contaba sus cosas y yo la escuchaba con interés, pese a que andaba un poco disperso por todo lo que me había contado acerca de Silvia y Javier, que era algo que no me vi venir en ningún momento y que escocía. Sin duda, la gota que terminó de colmar el vaso.

Una vez que terminamos de recoger la cocina, decidimos irnos al salón, yo con un café y ella con un cacao, donde estuvimos jugando a algunos juegos de mesa. La tarde se nos pasó volando, casi sin darnos cuenta.

Estábamos terminando la última partida, cuando escuchamos el sonido de la puerta al abrirse y posteriormente unos tacones.

Ya había llegado esa que viciaba el aire a su paso. Se notaba que el ambiente se tensaba en cuanto entraba.

Dakota se levantó tan rápido que tuve que sujetarla de la muñeca, conociendo a mi hija, estaba loca de ganas de enfrentarse a ella, pero las cosas había que hacerlas desde la más absoluta calma.

Si la persona con la que te vas a enfrentar te nota alterado o ve que te puede llevar al límite, gana ella y tú pierdes. Eso no iba a sucederme, no tenía intención de darle esa satisfacción, sobre todo, porque ya no me afectaba en absoluto lo que tuviera que ver con ella.

—Tranquila hija, que no te vea alterada, tú vales mucho más, demuéstrole la clase que tienes y que a ella le falta —le murmuré para que no nos escuchara—. Mañana le llega el acuerdo de divorcio, por favor, no lées nada. Si dices ahora algo puedes poner la situación más tensa.

—Espero que mañana le llegue, no la aguanto más.

—Te lo prometo. Así será.

Supe que le quedó claro que así sería. Nunca le había mentido a mi hija y no pensaba hacerlo jamás. Esa cría era todo lo que tenía en la vida, lo que más amaba y merecía poder confiar en su padre. Además, que ya ardía en deseos de decirle a Silvia que se fuera con viento fresco, que a mí no me tomaba más el pelo y que se largase con su nuevo Romeo a sacarle los ojos como el cuervo que era.

Ni siquiera hizo el menor aprecio al pasar por mi lado ni tampoco lo necesitaba. Es más, contaba con información privilegiada gracias a mi hija y eso supone tener poder.

Capítulo 9



Adrián

Los chillidos de Silvia se escuchaban desde el pasillo y es que le acababa de llegar la propuesta de divorcio para un posible acuerdo.

Tenía previsto que así fuera y también mi hija estaba avisada, así que no me inmuté. Me lo tomé como si la cosa no fuese conmigo.

—¿¡Diez mil euros, en serio!?! —preguntó abriendo la puerta del despacho y en tono fuerte. Venía con un auténtico ataque de ira. Hasta el rostro lo traía desencajado.

—Si hay acuerdo sí, de lo contrario será muchísimo menos —respondí desde la tranquilidad, sin hacer el menor aprecio y sin entrar en su juego.

—¿Me haces esto después de seis años casados? Es que no me lo puedo creer, me echo las manos a la jodida cabeza, ¿de verdad?

—Bueno, no creo que sea yo el que haya llevado a nuestro matrimonio a este punto. Así que tú verás.

—¿Qué querías, una sumisa en tu casa que estuviera todo el día cocinando rico, con una sonrisa y limpiando la casa? Esa no soy yo, lo sabes. Y lo sabías cuando te casaste conmigo. Soy mucho más que eso, soy una mujer moderna, soy una mujer que sabe lo que quiere y que...

—Jamás te pedí eso ni lo hiciste, corta el rollo de víctima ya, porque no te servirá para nada. Solo quería seguir teniendo a mi mujer, como antes, que salías y entrabas, pero tenías tiempo para mí. Ya ni siquiera duermes junto a mí ¿y tienes la desfachatez de decirme que quería una sumisa cuando todo te lo di? No voy a entrar en tu juego, Silvia, ni lo intentes.

—Quiero cien mil euros —dijo muy enfadada—. Los merezco porque me corresponden. Te he entregado varios años de mi vida.

—Antes tienes que pasar por encima de mi cadáver. Diez mil euros ahora o te juro que no ves ni un duro en el juicio, porque demuestro que nada de lo que ganaste con tus modelajes lo aportaste a la economía familiar. No me hagas sacar mi parte más fea.

»Y cuando puedas, ve recogiendo tus cosas y marchándote de aquí, ya no es tu lugar. Ah, y ya, por último, sobre eso que has dicho... No me has entregado nada. Has vivido como una reina todos estos años en los que no te faltó de nada, que no es lo mismo.

—¡Eres un maldito cabrón! Y te mereces cada cuerno que te he puesto —dijo señalándome con el dedo.

—Por supuesto, por imbécil me lo merezco —afirmé también con la cabeza y manteniendo la calma—. Recoge tus cosas y vete. Ya te has reído bastante de mí. No volverás a hacerlo, de eso me encargaré yo.

—Lo haré, pero ya le puedes decir a ese que te representa, que, o me ofrece más dinero o me limpio el culo con esto. —Levantó la mano moviendo los papeles—. No te vas a salir con la tuya, niño.

—¿Niño? —Arquee la ceja y aguanté la risa.

—Vuelve a llamar a mi padre niño y te vas hasta sin las muelas del juicio —dijo Dakota apareciendo por detrás—. Y recoge ya tus cosas, o las saco yo por la ventana y las vas a tener que recoger del jardín. Y procura no contestarme, ya te has cachondeado bastante. Sigue tirándote a todo lo que se te pone por el camino.

—Dakota, espérame en el salón —le dije.

—No, no me voy. Esta va a sacar sus cosas ahora mismo de nuestra casa. No tiene respeto ni por ella misma. Aquí no pinta nada.

—Pues mi coche me lo pienso llevar.

—Todo tuyo —le contesté.

Me miró con mucho asco y salió por la puerta. Dakota la siguió y yo me levanté para ir también porque no me fiaba de que se pudiera liar de alguna manera. No solo porque las dos se pudieran pelear, sino porque a Silvia se le ocurriera llevarse algo que no le pertenecía.

A esas alturas y con el cabreo que llevaba encima, consideraba capaz de cualquier cosa a esa mujer que había demostrado de sobra no tener vergüenza ni escrúpulo ninguno, tampoco. Menuda joyita salía por la puerta. No solo engordaría mi hija, también lo haría yo. Ese día comenzaba el resto de mi nueva vida y cerraba un capítulo que nunca debí abrir.

Silvia comenzó a meter todo de mala manera en sus maletas y las fue poniendo en el pasillo. Hasta en bolsas de basura metió sus productos de cremas, maquillajes y perfumes, así como las colecciones de zapatos.

Había montañas de bolsas porque lo que acumuló en aquellos años no era normal. Como me solía recordar mi hija, me había desplumado, porque todo eso salió de mis cuentas. El dinero que ganó, se lo quedó para ella. Y encima todavía quería llevarse mucho más del mío. Por encima de mi cadáver, como le confirmé.

La ayudamos a sacarlo todo. No se atrevía a decir ni media palabra, ya que era consciente de que Dakota estaba lista para atacarla como un perro que está a punto de morder.

No se merecía ni los años que había pasado junto a nosotros, ni mucho menos, que la hubiera querido tanto como la quise. Estuvo conmigo para tener una vida que mostrar orgullosa llena de comodidades.

—Espero que lleguemos a un acuerdo, pero no a este que me has planteado. Sabes que no es justo —dijo antes de montarse en el coche. Se notaba que estaba desanimada, ya que no se esperaba que yo le plantase cara. Ya no me importaba porque la confirmación de su infidelidad provocó que lo poco que sentía por ella se terminase de esfumar.

—No esperes sacarme más de lo que te ofrezco porque antes lo regalo al primero que pase. — Le cerré la puerta del coche y salió de la casa.

—Una menos —murmuró Dakota rodeándome por la cintura.

—Siento haber estado tan ciego, hija. —La abracé.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, pero la próxima vez que le eches el ojo a alguien, antes tiene que pasar por una inspección y aprobación mía. Que tú tendrás muy buen criterio para tu trabajo, pero el ojito para las mujeres lo tienes cegato —me sonrió.

—Casi tengo que admitir que será lo mejor, pero costará que eso vuelva a suceder.

—No escupas muy alto, que puede caerte encima.

—Muy convencida te veo. Y te lo repito, no muevas un dedo para buscarme novia, que te conozco.

—Que no, papá, bastante tengo con mis líos con los chicos —me provocó. Sabía muy bien cómo desviar mi atención en un momento así de tenso y delicado.

—¿Qué insinúas con eso de líos de chicos?

—Para el carro, que es broma. Bastante tengo con todo el jaleo de este curso. Si es que a veces siento que no me da la vida para todo —suspiró.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la mía, ¿lo sabes?

—Obvio —me respondió sacándome la lengua.

Entramos en la casa y nos pusimos a preparar la comida. Hicimos una pasta que era algo rápido y que a los dos nos encantaba.

A pesar del día del que se trataba, o precisamente por eso, también pusimos música y ella me hacía bailar y cantar a cada momento. Dakota era como un chorrito de alegría, me tenía muy loco mi niña.

—Ahora esto sí que es un hogar —murmuró ella antes de darle un trago al vaso de agua.

—Qué rápido te adaptas a todo —contesté riendo.

—A lo bueno es fácil acostumbrarse y más cuando solo hacía que estorbar. Papá, es que has estado muy ciego. Si a mí alguna vez el amor me deja así, sácame de ese estado, por favor.

—Bueno, ¿algo más?

—Solo quiero que no vuelvan a jugar contigo. Eres demasiado noble, papá.

—Tranquila, de todo aprende uno. No me volverá a pasar. Silvia me ha dado una gran lección y, aunque al principio suspendí el examen, ahora creo haberme enterado bien.

—Eso espero por tu bien.

—Tenlo por seguro, hija.

—¿Y los abuelos? ¿Qué pasa con ellos? Porque te recuerdo que están vivos.

—Sabes que no me gusta hablar de eso. Me pone muy mal, hija.

—Son tus padres y os amabais, papá. Estás deseando ir a abrazarlos, pero sois todos unos orgullosos de mierda. Os cuesta mucho dar vuestro brazo a torcer. Ya está bien de idioteces.

—Dakota, esa boca —le reocriminé carraspeando. No me gustaba que hablase así por mucho que tuviese toda la razón.

—No es tan fea esa palabra comparada con vuestro distanciamiento, así que da ejemplo y ve a abrazarlos. ¿Acaso te gustaría que un día hubiera esa desunión entre nosotros? Piénsalo, eres su hijo y por mucho que estén cabreados, te quieren igual que tú me quieres a mí.

»Piensa un poco con la cabecita, que parece que solo la utilizas para tus casos mediáticos. —Me dio tela de caña—. ¿O qué ocurriría si un día me apartase de ti por completo?

—Te buscaría bajo tierra, que es lo que deberían haber hecho ellos.

—Papá, pero si esa mujer te puso en su contra. ¿Cómo iban a venir estando ella? No seas cabezón, por favor —dijo mientras ponía los platos sobre la mesa—. Quiero volver a tener a mi familia unida. No se lo tengas en cuenta. No estaban en posición de mover ficha y todo por culpa de alguien a quien tú metiste en nuestras vidas. Reflexiona sobre eso y ve a buscarlos.

—Tranquila, cariño, todo se andará.

—No lo dejes para muy tarde, muchas veces nunca se sabe lo que la vida nos tiene deparado.

—Bueno, tampoco te pongas intensa que te vienes muy rápido arriba. Déjame que vaya paso a paso porque todo a la vez es demasiado, se me hace bola.

—Hazlo papá, si no lo haces por ti, a pesar de estar deseándolo, hazlo por mí, que eso me causa más dolor del que te imaginas. No te he hablado demasiado de ello en los últimos meses para no agobiarte más. Sin embargo, ahora que esa se largó, siento que ha llegado el momento.

—Lo haré, te prometo que lo haré, pronto —dijo sentándose y mirándola con una sonrisa.

—Te amo, papá.

—Y yo a ti hija. —Le cogí la mano por encima de la mesa y me la llevé a los labios para darle un beso mientras ella sonreía feliz.

Se la notaba muy relajada y con ganas de arreglar las cosas. Dakota era muy familiar y había sufrido las consecuencias del mal rollo que Silvia sembró en nuestras vidas.

Tenía claro que debería dar un paso adelante porque mi hija me lo estaba pidiendo y porque era importante para ella. Tan importante que no se me ocurriría dejar el tema de lado, solo que necesitaba algo más de tiempo para digerir todos los cambios que se avecinaban en mi vida.

Hoy era fiesta local, por lo cual ella no había tenido instituto, así que aprovechó para pasar el día estudiando y yo llamé a mi abogado para ponerlo al tanto de todo.

—Va a ceder al acuerdo. Su actitud lo deja bien claro y esa manera de irse tan

precipitadamente indica que no tiene más armas con las que luchar. Sabe que ha perdido la batalla de antemano, por muchas ganas de guerra que tenga.

—Yo creo que también, al menos lo espero. Quiero cerrar este capítulo de mi vida lo antes posible. No quiero que me ocupe más tiempo. Bastante me ocupó ya una persona que ha demostrado que no vale ni para estar escondida.

—Lo sé. Intenta mantenerte en calma y que no te robe la paz.

—Eso me repito a cada momento. Todo estará bien, solo necesito acabar con esto.

Y así era. Lo bueno de todo es que había tenido todos estos meses para ir asimilando que ya no quedaba nada y ahora, aunque se acababa de marchar, no dolía tanto como debería. En este punto me tenía que sentir afortunado.

Me había ido preparando, haciéndome a la idea de que es mucho mejor estar solo que mal acompañado, aparte de que solo no me encontraría nunca al lado del torbellino Dakota.

Comenzar de cero, pero rodeado de las personas importantes. No entendía cómo había podido estar tan ciego... Pero lo estuve y era hora de seguir adelante.

Tras la charla con mi colega abogado, y dado que el tiempo invitaba a ello aquel día, cogí un libro y salí a leer al jardín. Me tumbé en una hamaca y, para mi sorpresa, al poco de estar allí llegó Dakota con un par de zumos de naranja y se tumbó también a mi lado.

—¿Tú no ibas a estudiar?

—Claro y lo voy a hacer aquí. —Me señaló a sus apuntes.

—Como cuando eras pequeña, que cada vez que me volvía, estabas detrás de mí, pisándome los talones. Hay veces que creo que todo ha cambiado, ¿y sabes? Luego llegan momentos como estos y me doy cuenta de que no ha cambiado nada. O eso, al menos es lo que quiero pensar.

—Tranquilo, papá, que todo va a ir bien. —Me acarició la mano.

Dakota siempre tenía «la mala costumbre» de salvarme la vida. Lo hizo años atrás cuando murió su madre y volvía a hacerlo en aquellos momentos en los que Silvia también había muerto para mí, porque aquel día concluí que la que todavía era mi mujer (por muy poco tiempo ya) estaba muerta y enterrada para mí.

Quien parecía más viva que nunca era mi preciosa hija. Sus ojos brillaban especialmente en un día que sabía muy bien que la necesitaba. No solo los padres estamos para los hijos, también ellos lo están para nosotros. Y, en más ocasiones de las que creemos, nos enseñan mucho.

Sabiendo que estaba muy liada y que la comida italiana le fascinaba, le dije de acercarnos a un restaurante que era de sus preferidos. Por esa razón, unas horas después soltó los apuntes, se fue a arreglar y escuchaba música en su dormitorio cuando lo hacía.

Yo también la escuchaba en el mío. Escuchaba *Barbie de extrarradio* de Melendi, porque la letra venía totalmente al pelo, ya que decía: «*Me olvidaré de tu amor de garrafón, me olvidaré de tus besos de Judas...*». Eso entre otras muchas cosas que parecían haberlas escrito expresamente para Silvia, quien ya pasaría a ser historia en mi vida. En una vida en la que pondría el contador a cero.

Capítulo 10



Noelia

Llegamos a casa de mis padres ese domingo a tiempo de ayudar a poner la mesa.

Habían pasado diez días desde que Vicente provocó que nuestra hija supiera que estábamos a punto de divorciarnos, y en este tiempo su abogado estaba en conversaciones con el mío para llegar a los mejores acuerdos.

Yo apenas comía, notaba que había perdido algo de peso y hasta mi hermana me decía que acabaría por caer enferma, pero es que no me ponía las cosas fáciles para el divorcio.

—Hija, estás más delgada —dijo mi madre nada más verme entrar en la cocina.

—Eso le digo yo. —Secundó mi hermana.

—¿No estás comiendo bien?

—Como lo que me entra, mamá.

—Es por el divorcio, ¿verdad? Cariño, sabes que es lo mejor si ya no hay manera de arreglarlo.

—Lo sé, pero después de tantos años no es lo que esperaba, la verdad.

—¿Cómo lo lleva Míriam? —preguntó mi hermana.

—Mejor de lo que pensaba, si te soy sincera. Entiende que entre su padre y yo las cosas no están bien, y no es que ayuden esos mensajes y audios que me envía diciéndome que no va a darme un duro.

—Eso lo puedes usar como prueba en el juicio.

—Sí, mamá, el abogado ya tiene todo lo que me va llegando.

—¿Y en qué punto de las negociaciones estáis? —Curioseó mi cuñado, que había entrado unos momentos antes para coger el vino.

—En el que él toca las narices, imagino. —Fue mi hermana quien contestó.

—¿Con quién se quedará la niña?

—Mamá, eso no se pregunta, ni se duda.

—Haz caso a Carolina, Carmen, que se quedará con Noelia —dijo mi cuñado.

—Sí, porque tengo trabajo y con un horario normal, y porque a él cuidarla no le va bien que tiene una empresa que dirigir.

—Madre mía, ni que fuera el CEO de una multinacional con oficinas por todo el mundo —protestó mi hermana.

—Se ha quitado a la niña para rehacer su vida a su antojo —suspiró mi madre.

No dije nada, pero sabía que, si Vicente me permitía a mí quedarme con la niña, era porque su nueva amiga no quería cargas familiares más de lo necesario, que bastante sería con que él tuviera a la niña los fines de semana que le tocasen, y por satisfecha me daba con eso, de verdad.

Terminamos de poner la mesa entre todos y nos sentamos a disfrutar de la carne asada con patatas que había hecho mi madre, esa que estaba tan tierna y jugosa que se deshacía en la boca.

Las niñas estaban hablando de tener un sábado de chicas en el cine, y eso nos incluía a mi hermana y a mí, pues hacía tiempo que no lo pasábamos las cuatro juntas.

Mi padre no dejaba de mirarme, estaba sentada a su derecha y, de vez en cuando, me cogía de la mano a modo de consuelo.

Tras el café, que acompañamos con unos pasteles que habían traído mi hermana y mi cuñado, mi padre se quedó en la cocina un momento mientras los demás íbamos al salón.

La casa de mis padres, esa en la que nos habíamos criado Carolina y yo, era un piso de tres dormitorios en la cuarta planta del edificio.

El salón era amplio, contaba con una zona de comedor con una mesa y ocho sillas, y la de salita de estar como la llamaba mi madre, con dos sofás, una mesa de café y un mueble con

vitrinas y cajones donde estaba la televisión.

La cocina era espaciosa, tenía una pared entera llena de armarios y en la de enfrente una mesa para desayunar.

La habitación principal era la más grande, contaba con cuarto de baño propio y un armario empotrado, mientras que las otras dos eran más pequeñas y compartían el baño del pasillo.

A pesar de haber sido médicos, nunca quisieron abandonar aquella primera casa que se compraron de recién casados, decían que en ella había tantos recuerdos que era ahí donde querían pasar el resto de su vida.

Entré en la cocina y vi a mi padre sentado a la mesa con una botella y una copa de licor al lado.

—¿No invitas? —pregunté y sonrió al escucharme.

—Claro, coge un vaso.

Me senté frente a él y tras servirme un poco de ese licor de café que él solía tomar a veces, di un sorbo.

—¿Qué te preocupa, papá?

—Tú y la niña, cariño, eso me preocupa —suspiró.

—Estamos bien.

—Tú no lo estás, Noelia. Ahora mismo estás pasando por un divorcio y, sé que no debería decir esto, pero no me fio de Vicente.

—Mi abogado no dejará que haga nada que nos perjudique a Míriam y a mí.

—Hija, la primera vez que ese hombre te engañó con otra y le perdonaste, todos te apoyamos porque sabíamos que le querías. Pero en el fondo sabíamos que eso os acabaría pesando de un modo u otro. Eres mi hija y siempre podrás contar con nosotros, pero ese hombre no será nunca santo de mi devoción.

—Ni yo te voy a pedir que lo sea —sonreí—. No deja de ser el padre de mi hija, pero no ha hecho las cosas bien, yo quería que todo fuera con más calma, al menos a la hora de contárselo a ella.

—Mientras la niña esté bien y esto no le afecte mucho, todo perfecto.

—Si te refieres al colegio, ya la has visto estos días, sigue como siempre, con buenas notas y estudiando.

—Y tú sin comer, que es lo que deberías hacer —suspiró.

—No seas como mamá y Carolina, por favor, que comer, estoy comiendo.

—Sí, como un pajarillo, seguro. ¿Os dejará la casa? —Cambió de tema.

—Voy a ser sincera, igual que el abogado lo fue conmigo ayer. Esa casa la compró Vicente y nunca ha estado a mi nombre, así que no creo que nos permita estar en ella.

—Casi mejor, que lo mismo era capaz de darte la manutención por la niña y encima pedirte un alquiler.

—No creo que llegase a eso.

—Fíate del diablo...

Sonreí, di un sorbo al licor y nos quedamos allí charlando de todo y nada a la vez, como habíamos hecho tantas veces desde que tenía quince años.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era mi abogado, así que me disculpé con mi padre para ir a la que había sido mi habitación para hablar tranquila.

—Julián, no esperaba una llamada tuya en domingo —dije cuando descolgué.

—Hola, Noelia. Perdona que te moleste, pero el abogado de Vicente me ha enviado un correo, dice que no ve bien la cantidad de manutención que estamos pidiendo. Y me parece una gilipollez, pero ese letrado sabe que es en base a lo que él cobra mensual.

—Contaba con que pusiera trabas por todo —suspiré—. ¿Qué más dice?

—Pues, que como tú tienes un sueldo también alto, podríais apañaros bien para encontrar algo dónde vivir de alquiler, comer y demás, y que la manutención la bajemos, que reduzcamos seiscientos euros de lo que pedimos.

—¿Qué?

—No te preocupes porque no voy a ceder, me da igual que tengas un buen sueldo, como si tu

jefe decide ponerte mañana de socia gerente y te suben el sueldo. Solo quería que estuvieras al tanto de que no va a ser un divorcio muy amistoso que digamos.

—Genial —suspiré—. Al final voy a tener que darle la razón a mi padre, que piensa que, si nos dejara la casa, me pediría un alquiler.

—No te diría yo que no, la verdad.

—Gracias por avisarme, Julián.

—Te llamo si hay más novedades.

—A ver si son buenas —suspiré—. Adiós, Julián.

Colgué y me quedé sentada en la cama, vi una de las fotos que tenía allí de mi época adolescente y pensé en cómo les iría a esas amigas que tuve entonces.

Solo había dos con las que me llevaba mejor, pero hicimos carreras diferentes y lo último que supe de ellas fue que una se había casado con un arquitecto con el que se fue a vivir a Galicia, y la otra con un médico de Barcelona.

—Tía, ¿estás bien? —Miré hacia la puerta y vi a Sofia allí parada.

—Sí, cariño —sonreí—. ¿Y tú? —pregunté dando una palmadita en la cama para que viniera a sentarse a mi lado.

—Yo no me voy a divorciar. —Me eché a reír, porque mi sobrina tenía ese miso punto bromista de su madre y mío.

—Y si puedo darte un consejo, cuando te cases asegúrate de que lo haces con el adecuado. Pero no hablemos de eso que solo eres una niña todavía. —Le pasé el brazo por los hombros—. Me refería a las clases, aunque imagino que tan bien como siempre.

—Sí, en eso voy bien. Y sobre lo de que solo soy una niña... —Carraspeó—. Ayer me bajó por primera vez el periodo.

—¿Qué me dices? ¿En serio?

—Sí.

—Madre mía, igual que a tu madre y a mí, con doce años. ¿De verdad ya eres una mujercita? Si hace nada te cogí en brazos por primera vez —sonreí.

—Eso dijo mi madre —resopló.

—Es cosa de familia, porque tu abuela nos dijo lo mismo. —Reímos—. ¿Y cómo estás?

—Con molestias, pero me dio un calmante mi madre y algo mejor lo llevo.

—Ay, cariño, qué rápido habéis crecido tu prima y tú —suspiré.

—¿Te puedo contar un secreto, pero no se lo dices a Míriam?

—¿Qué pasa, Sofía?

—Antes ha estado llorando, dice que le da miedo que su padre quiera separarla de ti.

—Eso no va a pasar, ella estará conmigo siempre. —Le di un beso en la sien—. ¿Te puedo pedir un favor, de mujer adulta y nueva mujercita?

—Verás la que me vais a dar las tres ahora con esto. —Volteó los ojos y me eché a reír—. Dime.

—Si alguna vez ves que Míriam no está bien, quiero que me lo digas, es mi hija y solo quiero lo mejor para ella.

—Vale.

—Gracias, mujercita.

—Me voy. —Se levantó y fue hacia la puerta medio protestando, pero se giró antes de salir—. Tía, que sepas que eres una buena madre, y la mejor tía del mundo.

—Gracias, mi vida —sonreí, sintiendo un nudo en la garganta.

Cuando se fue me puse en pie y vi por la ventana que estaba lloviendo. En ese momento sentí las lágrimas cayendo por mis mejillas y las fui retirando poco a poco.

No quería decir nada a mi familia, pero no estaba bien. No creí que el divorcio me haría pasarlo tan mal, pero me afectaba más de lo esperado porque sufría por mi hija.

Escuché pasos en el pasillo y me sequé las lágrimas, no tardé en escuchar la voz de mi hermana.

—¿Estás jugando al escondite o algo?

—No, boba. —Reí—. Me llamaron y vine aquí para hablar.

—¿Quién?

—Julián.

—Tu abogado.

—Ese mismo.

—¿Trabaja los domingos? Qué aplicado.

—Recibió un correo del abogado de Vicente.

—Sorpréndeme, ¿qué quiere esa rata?

Suspiré, le dije lo que me había comentado Julián y se quedó con la boca abierta, sobraba decir que de su boca no salieron palabras de cariño hacia mi futuro exmarido.

—Sabía que después de que le perdonaras aquello, tenía que haberle puesto un laxante en la comida.

—Joder, Carolina.

—Eh, que estoy siendo muy benevolente con ese idiota, se habría cagado vivo una tarde, habría acabado en mi clínica y una vez allí, le habríamos dado los mejores cuidados.

—Eres médico, tu deber es salvar vidas, no quitarlas.

—No habríamos perdido mucho con él, y sabes que tendrías un buen dinero del seguro de vida.

—Menos mal que sé que hablas en broma.

—Ya me conoces. —Se encogió de hombros—. Bueno, ¿qué hay de la casa familiar?

—La compró él, y se la quedará él.

—El padre del año, vamos —suspiró—. Si eso pasa, no se te ocurra buscar un alquiler, quiero que os quedéis en casa.

—No, no puedo hacer eso.

—Claro que puedes, eres mi hermana pequeña y estoy para ayudarte en lo que pueda, y ahora mismo, esto es en lo que puedo ayudarte, a ti y a la niña. Y te lo digo antes de que te lo pida mamá —me advirtió.

—A ver si voy a tener que escoger la mejor casa. —Reí.

—Sabes que tendréis vuestras propias habitaciones, y como te conozco y te encanta relajarte dibujado en tu porche, en el mío también puedes. —Hizo un guiño.

—Os daré algo el tiempo que estemos allí, hasta que encuentre un piso para las dos.

—Claro que sí, en eso mismo estaba pensando, en que me dieras un alquiler —resopló—. El tiempo que necesites para encontrar algo para las dos, os quedáis. Y si lo miras bien, podemos turnarnos para llevar a las niñas al cole, una semana cada una.

—¿Qué haría sin ti, hermana? —La abracé y ella sonrió.

—Solo hago lo que sé que tú harías por mí.

—Si tuviera un marido como el tuyo, sin duda, como el mío, en cambio...

—Uf, el tuyo seguro que me haría pagar el gas, la luz y el agua que consumiéramos. Ahora que vas a divorciarte, ¿te molesta si te digo que el ministro es de la hermandad del puño cerrado? —Arqueó la ceja.

—No, no me molesta porque lo he visto en estos últimos años. Antes no era así, ha cambiado mucho de cómo le conocí.

—La gente por desgracia cambia, y hay quien lo hace para mal. Ojalá no tuviera que estar aquí contigo, cada vez más cerca de tu divorcio, ojalá, Vicente no te hubiera engañado aquella vez.

—¿En qué fallé, Carolina?

—¿Tú? Por el amor de Dios, no se te ocurra pensar que tú fallaste en algo para que él buscara lo que tenía en casa, en otra parte. Lo único que has hecho desde que empezasteis a salir, fue quererle con todo tu corazón. Él fue quien falló, cariño, no tú, y os ha fallado a las dos.

—Gracias por ser mi hermana mayor.

—No me dieron otra para elegir. —Se encogió de hombros y le di un manotazo en el hombro.

—Mira que eres boba.

—Las gracias te las doy yo por permitirme ser tu hermana. Sabes que te quiero mucho. —Me abrazó—. Y no estás sola, ¿vale, cariño? Jesús, nuestros padres y yo, estamos contigo para lo que necesites. —Me dio un beso en la mejilla—. Ahora vamos a tomarnos otro café, que Jesús ha bajado a por más pasteles.

—Esto es para que coma, ¿verdad?

—No, no, por favor. Es que me apetecía más dulce.

—Ya —sonreí.

Regresamos al salón y cuando mi niña me vio, me regaló una preciosa sonrisa. La adoraba, y por ella sería capaz de hacer lo que fuera.

Capítulo 11



Adrián

Eran las nueve de la mañana cuando estaba en el despacho y me habló mi abogado diciéndome que Silvia había aceptado el acuerdo y que tenía que transferirle los diez mil euros a su cuenta.

Por fin, un problema menos. Había esperado más tiempo de la cuenta para hacer eso que tanto ansiaba; divorciarme por fin de ella y comenzar una nueva vida sin cargar con la mochila que me suponía tenerla a mi lado creyéndose con todos los derechos cuando lo único que aportaba ya al matrimonio eran cuernos.

Sentí un alivio inmenso en ese momento que sabía que todo terminaba de manera legal y que ya no tendría nada que ver con ella. Todo llega y había llegado la hora de cerrar ese capítulo de mi vida.

El buen ambiente en casa se estaba generando a la velocidad de la luz, y eso era para mí muy importante. Me sentía realmente mal por haber soportado todo lo relacionado con Silvia en los últimos tiempos, y lo peor era que mi hija también tuvo que pasar por eso. Esa culpa me pesaba en el corazón, y ver que las cosas mejoraban me daba cierto alivio.

En cierto modo, me sentía en deuda con Dakota, si bien sabía cómo poder saldarla. No actué bien con ella, tendría que haberle hecho caso antes. No me volvería a pasar una cosa así.

Y lo de mi amigo había sido un varapalo de lo más grande, pero bueno, que tampoco estaba dejando que me afectara en lo más mínimo, ya que había aprendido de esta una muy buena lección. Quien actúa como él lo hizo, tendría apariencia de amigo, pero no lo era en lo más mínimo.

Terminé de enviar unos correos y salí de casa con rumbo a un lugar donde solía desayunar, pero que no visitaba desde hacía tres años. Reconozco que, a medida que me acercaba, sentí un nudo en la garganta y casi me pongo a llorar de la emoción.

Hay decisiones que cuesta mucho tomar y eso que uno mismo reconoce que, cuando rebasas esa línea que tanto esfuerzo te supone, comprendes que era tu obligación y, es más, que también debiste hacerlo antes.

Bajé del coche y me dirigí hacia el interior de la cafetería. Los vi de lejos y se me dibujó una tímida sonrisa en la cara. Por supuesto que los quería, cómo no los iba a querer.

Vacilé un poco justo al entrar. Las rodillas las sentía como si fueran de gelatina. Y entonces me acerqué porque ya no había vuelta atrás y porque, en el fondo de mi corazón, estaba deseando arreglar las cosas con ellos. Como siempre, ahí estaban mis padres desayunando como lo hacían religiosamente desde hacía unos años.

No me habían visto y fui sigilosamente para que no lo hicieran hasta que estuviera justo en medio de ellos. Solté el aire flojito y tragué saliva para no romper a llorar. Decían que los hombres no lloraban, pero yo debía de ser de otro planeta. Nunca he dudado en hacerlo cuando ha llegado el caso. Tengo claro que llorar no es un síntoma de debilidad, sino una forma de canalizar las emociones. Y sentir emociones equivale a estar vivo.

—Tienen muy buena pinta estos churros. —Metí la mano por medio de los dos y cogí uno llevándomelo a la boca. Ellos solían desayunar tostadas, pero de vez en cuando, se daban el caprichito y hoy estaban dándoselo.

—Hijo —murmuró mi madre levantando la cara y de lo más emocionada. Obvio que no me esperaba y su mandíbula comenzó a temblar. Se iba a echar a llorar y eso hizo que mis ojos comenzaran a lagrimear de nuevo.

—Pensé que me habías desheredado. —Abrí mis brazos y ella se levantó entre lágrimas a abrazarme con todas sus fuerzas. Vi cómo mi padre lloraba emocionado con la cabeza cabizbaja.

—Te amo, hijo. Te amé desde el mismo día en el que llegaste al mundo, te he seguido amando desde entonces y te amaré hasta mi último aliento.

—Yo también, mamá. Perdóname por lo estúpido que he sido. Miro atrás y entiendo que he cometido muchos errores. En cualquier caso, te prometo que no fue mi intención en ningún momento haceros daño.

—No tengo nada que perdonarte, hijo, solo quiero que seas feliz. Lo mismo que él. —Señaló a ese hombre que aún no había despegado sus labios, a su compañero de vida y quien fue mi referente hasta que dejamos de hablarnos. El hombre junto al que me dio vida.

Me abracé a mi padre y este rompió a llorar como un niño pequeño. Se me hizo tal nudo en la garganta que no fui capaz de mencionar ni una sola palabra. Él tampoco. La escena fue muy emotiva porque no podíamos despegarnos. Opino que un abrazo, igual que una imagen, vale más

que mil palabras, así que por esa razón le seguí abrazando.

—La niña nos dijo que te estás separando —murmuró mi padre con mucho cariño.

—Sí, ya firmó hace un rato el acuerdo de divorcio. —Apreté los dientes—. Todo ha terminado y ahora sé que ni siquiera debió comenzar nunca.

—No puedo decir que lo siento, pero sí que me alegro de que no os hayáis visto en un conflicto judicial —dijo mi madre, quien sabía muy bien que no era amigo de esas cosas en lo personal, por muy abogado que fuese.

—No hay que sentirlo, hay que alegrarse. Todos visteis lo que yo era incapaz de ver y que me costó mucho hacerlo. Ojalá os hubiera hecho caso antes, porque os habría ahorrado mucho sufrimiento a todos.

—No te lamentes, ahora estás en el camino correcto. Te mereces alguien que te ame como te mereces y que no te vea como una opción, sino como su persona favorita. Y ese alguien aparecerá. Te mereces, hijo, tener lo mismo que yo tengo con tu padre.

—Tenéis razón en todo, pero por ahora mejor no pensar en mujeres que con la adolescente que tengo en casa, ya tengo bastante. No me faltará distracción y eso que no para de hacer bromas sobre que me tengo que meter en el mercado. Qué os voy a decir de Dakota que no sepáis.

—Y bien buena que es mi niña —comentó mi madre, mientras que mi padre asintió con la cabeza, como si estuviera confirmando una verdad como un templo.

La adoraban desde el mismo momento que la vieron por primera vez. Jamás salió de mis labios una queja de ellos como abuelos y, si nos distanciamos, nada tuvo que ver con eso, sino con el hecho de que durante un tiempo vi demasiado por los ojos de Silvia y eso, como padres, les dolía y nos llevó a enfrentarnos.

Les propuse que vinieran a casa a comer, de esa manera, cuando la niña saliese del instituto, se llevaría una grata sorpresa. No dudaron ni un segundo en aceptar, así que después de un desayuno tranquilo, nos fuimos al mercado para comprar los ingredientes de la paella de marisco que mi padre tenía pensado preparar.

De él me venía la afición por la cocina que también heredó mi hija. Me hacía muy feliz volver a tenerles en mi casa y, sobre todo, en mi vida.

Llegamos a casa alrededor de la una de la tarde, y mi padre se puso a picar las verduras y a preparar el fondillo de la paella. Mientras tanto, mi madre se dedicó a hacer unas croquetas de jamón y pollo, para dejarlas en el frigorífico para otro momento, ya que eran las preferidas de

Dakota.

Abrí una botella de vino blanco y serví tres copas. A mis padres les encantaba tomarlo cuando comían paella, era algo que parecía que iba unido, pues no eran los únicos. Infinidad de personas en España lo elegían para acompañar este plato.

Escuchamos el sonido de la puerta al abrirse y, de inmediato, una sonrisa iluminó el rostro de mi madre. Sabía que, para todos, ese momento tenía un significado muy especial.

—Papá, qué rico huele... ¿¡Qué es esto!? —preguntó al darse cuenta de la presencia de sus abuelos y corrió a darme un abrazo— ¡¡¡Los has traído!!!

—Sí, hija, te prometí que lo arreglaría rápido. Y siempre cumplo mis promesas.

—¡Abuelo, te como! —dijo dirigiéndose hacia él y abrazándolo— Y a ti también te como esa cara bonita que tienes. —Se dirigía a mi madre.

Dakota sentía auténtica pasión por ellos. Desde que era pequeña, se ponía a dar saltos de alegría cuando los veía y la forma tan cariñosa de dirigirse a ambos era la mejor prueba de lo que cuento.

Era increíble verla tan feliz y a ellos tan emocionados en ese momento, al igual que yo, que no podía reprimir las lágrimas, por más que intentaba tragar saliva. De hecho, sentía que mi garganta se estaba secando. Di un trago a la copa de vino mientras me dejaba llevar por la intensidad de este momento tan conmovedor.

Se trataba de mi familia. Por fin volvían a estar en mi vida todos los que nunca debieron irse y, por el contrario, el mal bicho de Silvia, que era una de las formas que utilizaba Dakota para referirse a ella, ya no formaba parte de ella.

La paella estaba deliciosa, y es que no puedo repetirlo más veces, realmente no hay nadie que sepa hacer un arroz tan rico como mi padre. Mi hija, como de costumbre, no pudo resistirse y repitió, completamente rendida a ese plato que tanto le gusta y que su abuelo prepara con tanto cariño.

Mi hija no paraba de picar a mi padre con los Reyes, ya que ellos la consentían tanto o más que yo.

—Tienes que elegir solo dos regalos —le decía mi padre bromeando.

—Si solo son dos, pues un piso y un coche —le dijo ella descarada. Y porque no insistía más que, si no, hasta capaces eran de hacerle caso.

—Tú le has dicho que pida dos regalos. Ahora te aguantas —le dijo mi madre a mi padre.

—No, cariño, era broma, mejor haz la lista de regalos —le contestó su abuelo después de recapacitar lo caro que podía salirle darle dos únicas opciones.

—Comenzamos a entendernos de nuevo, abuelo —soltó ella graciosa y todos nos reímos.

Mis padres tenían una conexión muy fuerte con Dakota y, además, ella no tenía ningún tipo de relación con sus abuelos maternos, quienes decidieron no tener contacto con ella. Tuvimos que aceptar esa decisión, aunque, obviamente, ni la entendíamos ni estábamos de acuerdo con ella.

En cuanto terminamos de comer, mi padre se fue hacia el frigorífico y sacó una tarta de queso con leche condensada que era de las preferidas de su nieta, y que compraron también en esa cafetería en la que les encontré.

Cuando se trataba de complacer a su nieta, todo les parecía poco.

—¡¡Muero con esa tarta!! —exclamó, abriendo los ojos mucho cuando le vio avanzar con la bandeja. Ella la había comido allí muchas veces en su compañía.

—Yo sí que muero contigo, mi niña.

Era una delicia verlos juntos. En ese instante, recapacité sobre los muchos momentos familiares que me hubiese perdido al lado de todos ellos de no haber dado mi brazo a torcer.

Partimos la tarta y ella se tomó una porción tremenda, porque su abuelo se la cortó. Y si le llega a decir que la quiere entera, los demás no la probamos.

Mi hija no tendría madre, pero siempre pensé que, si alguna vez me sucedía algo malo, quedaría en las mejores manos. De eso jamás tuve duda.

Mientras se relamía con la deliciosa tarta, le daba la razón a su abuelo sobre que un día ellos dos probarían a hacerla juntos en la cocina. Disfrutaba mucho pasando tiempo con ambos.

Después, y ya estaba tardando, salió de nuevo el tema de Italia y de ese viaje de fin de curso que tantísima ilusión le hacía. Les enseñaba el recorrido, los planes que tenían y tomaba nota de todo lo que le decían, pues mis padres eran viajeros y estuvieron allí más de una vez.

Dakota les sonreía y los escuchaba. Era estupendo comprobar que, aparte del cariño, también sentía un gran respeto por ellos. Mi niña podría parecer una loquilla como cualquier otra de su edad, pero era increíblemente responsable y contaba con infinidad de valores que muchos adultos quisieran para sí.

Se lo pasó pipa con aquella inesperada reunión familiar de la que pudo disfrutar tan pronto como reunió el valor para reanudar esa bonita relación con mis padres que nunca debió romperse.

Capítulo 12



Adrián

Escuché unas risas en el salón y hacia allí que fui. Me apoyé en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho viendo la imagen de mi hija con su mejor amiga.

Ainoa había venido a casa para pasar el fin de semana y, la verdad, era una niña llena de vida. Siempre estaba sonriendo y veía la vida en color de rosa. Me encantaba ver cómo lograba encontrar lo bueno incluso en las situaciones más complicadas. Saber que mi hija tenía a alguien con esa actitud a su lado me llenaba de alegría.

Estaban las dos sentadas en el suelo sobre unos cojines, con la espalda apoyada en el sofá. Estaban disfrutando de una película de comedia que no paraba de hacerlas reír a carcajadas.

—¿Qué hacen mis chicas? —dieron un grito y es que no me esperaban.

—Adrián, en tu vida pasada tuviste que ser ninja, porque a sigiloso no te gana nadie. —Ainoa y sus ocurrencias.

—Muy graciosa, sí señor, aparte de ver películas, ¿qué más pensáis hacer?

—Había pensado montar un botellón aquí en casa, solo seríamos unas diez personas —me contestó Dakota.

—Para el próximo fin de semana tal vez, para este mejor nos quedamos los tres tranquilos y sin alcohol de por medio —le dije con ironía mientras le guiñaba un ojo.

—Adrián, por lo menos nos podrías dejar beber una copita esta noche.

—Te digo lo mismo que a Dakota, mejor lo dejamos para la semana que viene.

—Pues con algo nos tendremos que divertir, ¿y si te abrimos un perfil en una página de esas

que buscan pareja? —lo decía totalmente en serio.

Eso es lo que me hacía falta a mí, con el peso que me había quitado de encima y quería encasquetarme a otra.

—Vosotras no tendréis páginas de esas abiertas, ¿verdad?

—Claro que sí, ¿de dónde te crees que sacamos los ligues tu hija y yo? —soltó aguantando la risa.

—Ainoa para, no ves que se está poniendo blanco, que ya tiene una edad y le puede dar algo —dijo mi hija riendo—. Papá no escuches a la loca esta, que todo es broma.

—Qué paciencia tienen tus padres para aguantarte —dije volteando los ojos.

—No digas tonterías, si sabes que soy como una hija para ti. —Vino hacia mí para darme un beso—. Entonces, ¿te buscamos pareja? —Le guiñó un ojo a mi hija.

—Mejor lo dejamos así, porque con la suerte que tiene con las mujeres, seguro que la siguiente es una asesina y nos termina matando a todos.

Anda que mi hija me tenía mucha fe.

En el fondo, sabía que tenía razón, no en lo de que la próxima fuera una asesina, sino en lo que respecta a mi suerte con las mujeres. Era mejor quedarme como estaba en este momento; seguro que salía ganando.

—Oye, pues no me parece mala idea eso de que me abráis un perfil en Tinder o en Badoo. —Les iba dar un poco de su juego, a ver por dónde salían.

—¿Lo dices en serio, papá? —me preguntó mientras se levantaba para mirarme mejor—. Espero que sea una broma, porque ahí no creo que encuentres una mujer de las que a ti te gustan.

—Por probar no pierdo nada, total si no sale algo serio, por lo menos me divertiré un rato —les dije intentando aguantar la risa para que no me pillaran.

—Esto es culpa tuya Ainoa, a ver qué haces ahora, lista.

—Pues qué voy a hacer, ayudarle a abrir su perfil y darle mis consejos sobre cuáles escoger. —Se encogió de hombros.

—Estás majara y vas a volver a mi padre así también —resopló—. Papá, que esas cosas nunca

salen bien.

No lo pude aguantar más y estallé en carcajadas, parecía mentira que se lo hubiera creído, conociéndome como me conocía.

—Cariño, que es broma todo, parece que no me conoces.

—Uff, menos mal; no, si conocerte te conozco, pero pensé que te habías dejado llevar por la loca esta.

—Hija, que yo solo quería ayudar a tu padre para que duerma calentito.

—Para dormir calentito no le hace falta nadie, con ponerse más mantas, va estupendamente.

—Bueno, demos esta conversación por terminada y vamos viendo qué podemos preparar o pedir para cenar. ¿Qué os parece *pizzas*? —pregunté.

—Por mí, perfecto —dijo Dakota.

—Por mí, también. Podemos cenarlas aquí mientras vemos una peli de miedo, más que nada para que el pobre de tu padre no piense en el amor. —No se callaba ni debajo del agua, la niña esta.

—Dakota, llama a la pizzería que nos gusta y pide las *pizzas* que queráis, para mí quiero de cuatro quesos.

Y así lo hizo, mientras ellas seguían en el salón, yo me fui a darme una ducha tranquilamente.

Cuando sonó el timbre recogí el pedido y me fui al salón donde las chicas ya tenían en la mesa los platos y la bebida.

Las convencí para poner la película después de la cena, no era plato de buen gusto ver una película llena de sangre y sobresaltos.

La verdad es que me lo pase muy bien cenando con mis niñas, Ainoa no paraba de soltar disparates, con los cuales, nos tenía a mi hija y a mí muertos de risa.

Después de recogerlo todo, nos acomodamos los tres en el sofá para disfrutar de esa película que ellas querían ver.

Se tiraron todo el tiempo gritando de miedo. Cada vez que las veía saltar del susto, me reía de ellas.

Al final, optaron por ponerse cada una a mi lado y acurrucarse a mis costados.

Cuando terminó la película, nos fuimos todos a dormir. Ainoa se quedaría en casa hasta el domingo por la tarde, que sus padres vendrían a recogerla.

Me levanté temprano y me fui a la cocina para prepararme un café y empezar a sacar las cosas del desayuno. Las chicas eran también madrugadoras y no tardarían en entrar por la puerta.

Me tomé el primer café y estaba echándome el segundo cuando las escuché hablando mientras venían hacia la cocina.

—Buenos días, preciosas. ¿Cómo habéis dormido?

—Buenos días, papi, de lujo —me dijo mi hija mientras me daba un beso.

—Buenos días, Adrián, yo he dormido regular, tu hija no veas cómo ronca la condenada. —Se acercó a darme otro beso mientras se reía.

—¡Yo no ronco, capulla! —dijo Dakota haciéndose la ofendida.

—No, no roncas, pero me encanta pincharte. —Le sacó la lengua.

Vaya dos estaban hechas, si fueran hermanas y tuvieran que estar todo el día juntas, se matarían la una a la otra continuamente.

Mientras estábamos desayunado decidimos que para ese día saldríamos a comer fuera y que así nos diera un poco el aire.

Íbamos a comer a un restaurante que nos gustaba a Dakota y a mí mucho, donde servían unas carnes a la brasa muy buenas y después pasaríamos por una pastelería a comprar algunos dulces para la merienda.

Las dejé hablando de sus cosas y me fui a mi despacho a ojear unos documentos que necesitaba revisar para el caso en el que estaba inmerso en estos momentos.

Al final entre papeles se me fueron dos horas, así que tenía el tiempo justo de darme una ducha e irnos para el restaurante.

A Ainoa le encantó la comida y es que no era para menos, pedimos como entrante unos gambones a la plancha y una ensalada.

Como plato principal, Dakota se decantó por un solomillo ibérico de cerdo, acompañado por

una salsa de champiñones con unas patatas a lo pobre, que tenía una pinta estupenda.

Ainoa se pidió lo mismo, pero ella quiso salsa a la pimienta verde y las patatas a lo pobre las cambió por unas patatas fritas.

Y yo me decidí por un entrecot de ternera a la parrilla, aderezado con un poco de sal marina, y, como guarnición, una patata asada con un poco de alioli. El entrecot estaba en su punto, por fuera un poco tostado y por dentro jugoso.

La verdad es que fue una comida de lo más amena con mis dos chicas.

Pagué la cuenta y nos dirigimos a la pastelería, ya que nos cogía de camino. Le dije a Ainoa que llamara a sus padres para que vinieran a casa a merendar con nosotros, cosa que aceptaron de buen grado. La verdad es que sus padres eran un matrimonio muy unido, y yo me llevaba bien con los dos, no es que tuviéramos una amistad, pero en ocasiones como esta sí que nos tomábamos un café junto con una buena charla.

Llevábamos un rato en casa, cuando llegaron sus padres.

Como siempre, me preguntaron si su hija la había liado con alguna de sus bromas y les contamos lo del perfil en las páginas de citas que me quería abrir su hija, causándoles una carcajada de lo más grande.

Ellos, mejor que nadie, conocían cómo eran las bromas de su hija. La tarde se nos pasó demasiado rápido, se despidieron y quedamos en que ya nos tomaríamos otro café un día de estos.

Mi hija y yo estábamos cansados, por lo tanto, cenamos algo rápido y nos fuimos a la cama, ya mañana sería otro día.

Capítulo 13



Noelia

Decir que los días que fueron transcurriendo hasta llegar aquí habían sido fáciles, era mentir.

La convivencia en casa con Vicente fue como de costumbre, él muchas noches no aparecía en casa para cenar y tampoco dormía en ella.

Eso sí, una de las mañanas que yo estaba trabajando pasó por casa para cambiar sus cosas a la habitación libre, al menos si decidía ir a dormir no tendría que compartir cama con él.

La relación con la niña fue decayendo más cada día, ella le llamaba súper contenta y emocionada para decirle que había aprobado un examen difícil, y él sencillamente decía que muy bien que tenía prisa.

Una de las veces le llamé para decirle que tuviera un poco más de tacto y delicadeza con su hija, y no se molestó ni en contestar, directamente colgó.

Por suerte, todo el asunto del divorcio a mi pequeña no le estaba afectando en los estudios, porque de haber sido el caso no nos habríamos quedado en la casa, aunque lo hice por consejo de Julián, mi abogado, para tratar así de que el juez obligara a Vicente a que nos permitiera quedarnos la casa puesto que para la niña un cambio sería perjudicial.

Toda mi familia me apoyaba, y en este momento se encontraban conmigo en los pasillos de los juzgados esperando para poder entrar y firmar de manera oficial el divorcio, salvo las niñas, que estaban en el colegio.

—Noelia. —Me giré al escuchar la voz de Julián—. Lamento el retraso, pero estaba en otro juicio y la cosa se alargó un poco.

—Tranquilo, vamos bien de tiempo.

—Bueno, ¿tienes todo claro?

—Sí, no te preocupes.

Vimos llegar a Vicente con su abogado y, tanto mis padres como mi hermana, le miraban con cara de asco, no era para menos, ese hombre estaba a punto de dejar a su nieta y sobrina sin casa, pero bueno, se había convertido en un egoísta.

Lo peor era que no venía solo, sino que le acompañaba esa que mi abogado y yo sabíamos que era su amante. Era increíble la poca vergüenza que tenía mi casi exmarido.

—Podemos ir entrando —nos dijo Julián, y mi madre no dudó en cogerme la mano para mostrarme su apoyo incondicional.

Entramos en la sala y, mientras mi familia se quedó en los bancos que estaban junto a la mesa donde Julián y yo nos habíamos sentado, la amante de Vicente lo hizo en el contrario.

El juez entró en la sala, tomó asiento y procedió a leer el papel que tenía delante antes de hablar con los abogados. El primero en exponer el caso fue Julián, quien dijo lo que habíamos estado hablando durante las últimas semanas.

Tras contarle que después de un breve periodo de tiempo en el que no tuvimos contacto decidimos de mutuo acuerdo separarnos y solicitar el divorcio, ambos letrados habían estado en conversaciones para llegar a un acuerdo y que este fuera lo más apropiado posible para las dos partes.

Cuando le tocó el turno al abogado de Vicente, volvió a arremeter con el hecho de que yo trabajaba y tenía un buen sueldo por lo que querían una bajada de la manutención de, al menos, trescientos euros. El juez se negó diciendo que la cantidad solicitada por mi abogado era la que se ajustaba al dinero que él cobraba mensualmente.

Y entonces salió el tema de la casa, ese sobre el que Julián también me había advertido.

—Dado que fue mi cliente quien la compró hace ya varios años, y quien cubre los gatos de la hipoteca, su exmujer no puede obtener la mitad de dicha casa porque él la adquirió antes de contraer matrimonio. De modo que debería abandonar la vivienda en el plazo máximo de tres días.

—Menudo miserable. —Escuché que decía mi padre, y al mirar vi que mi hermana le pedía que se calmara.

—Bien. Letrado —el juez miró a Julián—, su cliente pide la custodia de la niña, y han llegado a un acuerdo de visitas.

—Así es, señoría.

—¿Dispone su cliente de una vivienda donde pueda residir la niña?

—Sí, señoría. Tanto los padres como la hermana de mi clienta pueden alojar a ambas hasta que mi cliente encuentre una vivienda propia, ya sea en alquiler o en propiedad.

—Perfecto, en ese caso, en este momento apruebo la sentencia de divorcio, quedando la custodia en poder de la madre y concediendo las visitas al padre, quien deberá abonar una manutención mensual de mil doscientos euros para la menor puntualmente antes del día cinco de cada mes, en caso de incumplimiento, la madre de la menor podrá solicitar que le sea reclamada y abonada de inmediato. Buenos días.

Tras ponerse en pie, todos hicimos lo mismo y le vimos salir de la sala. Julián y yo nos acercamos a mis padres y les comenté que, tanto Míriam y yo, viviríamos en casa de mi hermana de manera temporal, pues llevaba unos días viendo algunos pisos que tal vez podría comprar dado que podía permitirme una hipoteca no muy alta.

—Me alegro de haberte podido ayudar en este caso, y ya sabes, si tu exmarido no cumple con las mensualidades de manutención, me avisas y hablo con el juez.

—Claro, muchas gracias por todo, Julián.

—Lamento no haber conseguido que os pudierais quedar en la casa, pero al menos la pensión ha sido intocable. Os dejo, que tengo otro juicio en veinte minutos.

—No sabía que la gente se divorciase tanto hoy en día —comentó mi madre.

—Se sorprendería, Carmen, se sorprendería —sonrió Julián.

—Bueno, pues creo que es hora de que empiece con la mudanza —dije con un suspiro cuando salíamos de la sala.

—Sí, más te vale, porque quiero todas tus cosas y las de tu mocosa lejos de mi vista —me dijo la mujer que había venido con Vicente.

—¿Y quién eres tú para hablar así a mi hermana? —preguntó Carolina con el ceño fruncido.

—La nueva señora de la casa, ¿quién si no? —sonrió con malicia.

—¿Estabas todavía casado con mi hija y tenías otra amante? —gritó mi padre, y vi que los de seguridad se acercaban hacia nosotros.

—Papá, cálmate —le pedí.

—¿Cómo voy a calmarme si este idiota ha engañado dos veces a mi hija? Debí seguir mis instintos cuando te conocí, sabía que no eras de fiar.

—Eres un desgraciado, Vicente, con lo que te ha querido siempre mi hermana.

—Tres días, ni uno más —me advirtió Vicente refiriéndose a que tenía que dejar su casa en ese plazo.

En cuanto salimos del juzgado, Jesús llamó a un paciente suyo que conocía al dueño de una empresa de mudanzas para que le diera el número de teléfono, en cuestión de veinte minutos me había resuelto el problema y mandó un camión y un equipo de seis personas para que nos ayudaran a Carolina y a mí a recoger todo.

Tanto mi hermana como él, se habían cogido ese día libre en la clínica para acompañarme, así que mi cuñado recogería a las niñas en el colegio, irían a comer a casa de mis padres y después se iría a la suya para organizar las habitaciones que ocuparíamos Míriam y yo.

Era alrededor de las cinco y media de la tarde cuando Carolina y yo terminamos de recoger todo y cargarlo en el camión de mudanzas, que se encargaría de llevar nuestras cosas a casa de mi hermana, donde Jesús y las niñas estarían esperándolo.

—Tengo tantos recuerdos aquí —dije cuando nos quedamos solas, en medio del salón.

—Lo imagino, pero ahora te toca vivir una etapa nueva. —Me abrazó—. No puedo creer que ese capullo tuviera la poca vergüenza de llevar a su amante al juicio. ¿Puedo preguntarte algo?

—Si quieres saber si sabía que me engañaba, sí, lo sabía, pero no le dije nada a él, al menos no hasta que necesité usar esa carta por medio de mi abogado.

—Por la manutención.

—Exacto —sonreí—. Cuando Julián le dijo a su abogado que podíamos demostrar que me estaba engañando desde hace meses y que la casa la quería para meter allí a su nueva amiga, conseguimos que no redujera nada, aunque sabíamos que el juez se lo denegaría.

—Qué cabrón —resopló—. Oye, ¿ese no es el *whisky* favorito de Vicente? —preguntó mientras señalaba una de las botellas que había en la vitrina del salón que hacía las veces de mueble bar.

—Sí, ese por el que paga una fortuna.

—Pues se me está ocurriendo algo...

—¿Qué vas a hacer, Carolina? —pregunté cuando la vi ir hacia la vitrina y coger la botella.

—Darle un pequeño escarmiento. —Se encogió de hombros y fue con la botella en la mano a la cocina.

Abrió la nevera y vi que cogía un bote de salsa picante que teníamos ahí porque le gustaba a Vicente, y entonces sacó una jeringuilla del bolso.

—No voy a preguntar por qué llevas una jeringuilla en el bolso, no lo voy a hacer —dije.

—Soy médico, nunca sabes cuándo puedes necesitar una.

—Dios mío. —Volteé los ojos.

Vi que llenaba la jeringuilla con salsa picante y lo añadía al *whisky*, acción que repitió en tres ocasiones.

—Verás qué rico va a estar cuando se tomen una copita a nuestra salud tu ex y la amiguita nueva —me dijo mientras agitaba la botella para que se mezclase bien—. El cóctel está listo. —Caminó de nuevo hacia el salón y dejó la botella—. Podemos irnos, que no tenemos ya nada más que hacer aquí.

Salimos, cogí aire, y justo ahí empezaba mi nueva vida.

Capítulo 14



Noelia

Había pasado varios días viendo casas y después de mucho pensarlo, aunque en la de mi hermana estábamos bien, me decidí a ir esa mañana a hablar con el gestor de mi banco para hacerme una idea de cuánto me quedaría de hipoteca si compraba el piso de dos dormitorios y un cuarto de baño con salón y cocina tipo *loft* que tanto a Míriam como a mí, nos había gustado.

No quería invadir la casa de mi hermana durante mucho tiempo porque ellos como pareja tenían todo el derecho del mundo a tener intimidad, aunque Carolina insistía en que no les molestábamos, sino al contrario, le venía bien que estuviéramos allí.

Estaba en la gestoría recogiendo para salir cuando entró Rober que venía de una reunión fuera.

—¿Ya es tu hora del café? —preguntó al ver que me ponía el abrigo.

—Sí, pero hoy ni lo tomo, voy a ver si me darían una hipoteca para comprar un piso.

—Oye, si te piden algo para ayudar, cuenta conmigo, ¿de acuerdo?

—Jefe, ¿sabes que eres un amor? —sonreí y me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Qué idiota fue Vicente, mira que perder a una mujer como tú —suspiró.

—En un rato vuelvo.

—Tranquila, no hay prisa.

Salí de la gestoría y, a pesar de que hacía un fresquito importante, no llovía, que la lluvia y yo no éramos grandes amigas cuando llevaba tacones.

Entré en el banco y vi a Mario, mi gestor, que estaba atendiendo a un cliente y al cruzarse con mi mirada, me pidió con la mano que esperara un momento.

Me senté y empecé a hablar con mi hermana por mensaje, quien me proponía que compráramos entradas para ir al cine ese sábado, solo nosotras cuatro. Era una buena oportunidad para pasar una tarde divertida de chicas, algo que las niñas llevaban días comentando y planeando.

Cuando Mario despidió a su cliente, se acercó a mí y estrechamos la mano.

—Me sorprendió que me llamaras ayer para concertar la cita —dijo cuando nos sentamos en su mesa.

—Bueno, es que me acabo de divorciar hace poco, y he estado viendo casas.

—¿En serio? Pensé que querías mirar una segunda residencia o algo así, cuando me hablaste de una hipoteca, no que fuera para ti. Joder, lo siento.

—Son cosas que pasan. —Me encogí de hombros.

—Bueno, entonces, quieres ver qué hipotecas puedo ofrecerte.

—Sí, teniendo en cuenta que tengo treinta y cinco años, y que no es un piso muy caro, tengo la esperanza de poder comprarlo. Además, sabes que cuento con ahorros.

—Lo sé.

Eso era algo que desde el principio tuvimos claro tanto Vicente como yo, cada uno tendría su cuenta donde cobraríamos la nómina, y una cuenta conjunta para gastos de casa. Ahora con el tema del divorcio abrí una cuenta para la niña en la que yo podía manejar el dinero para cuando pasara la manutención, ya que tuvo la poca decencia de preocuparse por si me gastaba ese dinero en algo que no fuera para la niña.

Mario revisó mi cuenta, estuvo mirando lo de las hipotecas que tenían disponibles y cuál de ellas se adaptaría mejor para mi comodidad y no ir muy ahogada, y sonreí al ver que sí podría hacer frente a la hipoteca y los gastos fijos de la casa. Le estuve enseñando fotos del piso por el que me había decidido ir a ver y hacer una oferta de compra, y dijo que para la zona en la que estaba, era un precio bastante bueno.

El problema con el que no contaba era con que me dijera que no iban a poder darme la hipoteca.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Noelia, si pensabas pedir una hipoteca por este importe, ¿cómo se te ocurrió solicitar un préstamo de doscientos mil euros hace tres semanas?

—¿Cómo? —en *shock*, así me había quedado— No sé de qué préstamo me hablas, Mario, yo no he pedido nada.

—Pues aquí me sale que tienes un préstamo con nuestra entidad, no en esta sucursal, sino en otra que hay cerca del mercado de la plazoleta.

—No, yo no he pedido ningún préstamo. Tiene que haber un error.

—No lo hay, mira. —Giró la pantalla del ordenador y vi que efectivamente había un préstamo de doscientos mil euros que se había solicitado a mi nombre, tres semanas atrás, y que estaba asociado a mi número de cuenta, donde comenzarían a cobrarme la cuota de ochocientos cincuenta euros al mes durante los próximos veinte años.

—Yo no he pedido este préstamo, Mario. ¿Crees que estaría aquí para pedirte una hipoteca? Pero si el piso que quiero cuesta la mitad que ese préstamo.

—Por eso me extrañaba.

—De verdad que tiene que haber un error, o se han confundido en algún número o algo.

—No puedo acceder a nada del préstamo porque no es nuestro, así que te sugiero que vayas allí para hablar con los de la sucursal.

—Esto debe ser una broma, en serio.

—Tranquila, si se trata de algún error lo solventarán.

—Eso espero, porque me veo pagando veinte años un préstamo que no he pedido.

Salí de la sucursal con las piernas temblándome, fui a la gestoría y hablé con Rober para pedirle permiso e ir a la sucursal que me había dicho Mario para enterarme bien de lo que había pasado, y me dijo que, sin problema.

Fui hasta allí en coche, entré y al comentarle a la chica de la ventanilla de caja mi problema, me pasó con el director del banco.

Él llevaba allí apenas dos semanas, le habían trasladado después de que la antigua directora se diera de baja por maternidad, al parecer estaba de cinco meses, pero tenía un embarazo de riesgo.

—Pues la última semana que ella trabajó fue cuando se solicitó el préstamo que dicen que está a mi nombre y asociado a mi cuenta —dije nerviosa.

—Déjeme el DNI, por favor, voy a comprobar todo.

Se lo di, tecleó, revisó y cuando tuvo todo más que visto, me dijo que no había ningún error, que el DNI que tenían en los papeles del préstamo una copia del mío, que la firma era la mía y que no había sido por causa de ningún baile de números.

—Pero es que yo no he pedido ese préstamo, y no quiero que me descuenten esas cuotas de mi cuenta.

—Lo lamento mucho, pero si ahora se arrepiente...

—¡Que no me arrepiento, joder! Es que yo no he pedido eso.

—Pues el cheque fue cobrado.

—¿Dónde?

—No puedo...

—Si se le ocurre decirme después de que han concedido un préstamo por arte de magia a una persona que nunca antes había venido a esta sucursal, que no puede darme esa información, le monto un pollo de narices.

—Señora, como usted comprenderá el banco no concede préstamos así, sin más.

—Por favor, solo quiero que me diga dónde han cobrado este cheque.

Cómo de histérica me debió ver ese hombre para que, apiadándose de mí, me dijera que el cheque lo habían ingresado en la cuenta de otra sucursal bancaria que no era suya, justo al día siguiente de haberme sido entregado. Sin embargo, lo que no pudo decirme debido a las normativas de protección de datos fue el nombre de la persona en cuestión, y eso lo comprendí perfectamente.

Salí de allí sin color en la cara, o tal vez con un tono verdoso por las náuseas y las enormes ganas de vomitar que tenía.

Alguien debía haber suplantado mi identidad porque, de lo contrario, no entendía nada.

Llamé a mi hermana para ver si podía hacerme un chequeo rápido, con este asunto notaba que

tenía la tensión por los suelos.

En cuanto me vio y me tomó la tensión me dijo que sí, que la tenía baja, y me echó la bronca porque decía que eso era de no comer bien.

—No, hermana, esto es porque alguien ha pedido un préstamo a mi nombre y la primera cuota la descontarán en mi cuenta en breve.

—Espera, ¿qué has dicho? ¿Tú has bebido? ¿Quién iba a pedir un préstamo a tu nombre? Por Dios, Noe, estás delirando. —Me tocó la frente.

—Carolina, que no tengo fiebre. —Le quité la mano—. Que es verdad lo que te digo, hermana, que alguien ha pedido un préstamo en una sucursal del banco donde yo tengo cuenta, está a mi nombre, y me lo van a cargar a mí. Si me niego a pagarlo acabaré en los juzgados.

—Madre mía, Noelia, pero ¿cómo han podido hacer eso?

—No tengo ni idea, alguien debió hacerse pasar por mí, ya que tenían mi DNI, y yo no le he perdido ni nada. Voy a hablar con Julián a ver si él puede averiguar algo —suspiré—. Al final, ese hombre me hace clienta vip del bufete.

—Bueno, igual en algún momento le puedes pagar en especias, ya me entiendes.

—Por Dios, Carolina —resoplé.

—Mujer, era para que te rieras un poco, que has llegado aquí con un color verde en la cara, que ni Fiona la de Shrek.

—La madre que te parió. —Volteé los ojos y acabamos riendo.

Con la que tenía yo encima no sabía ni cómo podía reírme, de verdad que no.

Pero iba a poner solución a eso, o al menos hablar con Julián para ver cómo podía resolver ese asunto que a mí se me escapaba.

Capítulo 15



Adrián

Aproveché para ir a comprar algunos regalos de Navidad y para Reyes, ya que me gustaba comenzar a adquirirlos con bastante antelación. Los compraba personalmente, a pesar de que hoy en día era más cómodo hacerlo por Internet.

A mí me gustaba ese ritual de ir a buscarlos, de quedarme mirando cada cosa que me ofrecían y llegar a la conclusión de cuál sería aquella que más le gustase a cada uno de mis seres queridos.

Las iba guardando en mi vestidor hasta que llegaba el momento de colocarlo todo y, para entonces, ya se me habría acumulado una montaña de regalos para sorprender no solo a mi hija, sino también a mis padres, quienes se merecían de sobra cualquier esfuerzo que hiciera por ellos.

Había comido con Dakota en casa cuando ella regresó del instituto y ahora la había dejado estudiando para el examen que tenía al día siguiente. De ese modo, evité que viniese conmigo, ya que soy mucho de dar sorpresas y para eso necesito ir solo. Ella lo sabía y, por esa razón, tampoco insistió en acompañarme.

Mi hija llevaba mandándome al WhatsApp desde hacía dos semanas un montón de imágenes de las cosas que quería para Reyes. Siempre le terminaba comprando todas y un montón de sorpresas que no se esperaba.

Sabía de sobra que siempre salía bien parada y es que tiraba la casa por la ventana en esas fechas porque tenía una niña estupenda que se lo merecía todo y a la que, además, quería compensar por lo mal que lo había pasado con lo de Silvia.

No, no es que pretendiese comprarla con regalos ni nada parecido, aunque reconocía que algún aliciente extra le debía dar.

Me dirigí con el coche al centro de la ciudad y dejé el coche en un parquin que por suerte no estaba lleno. Me ponen un poco nervioso las aglomeraciones, pero no fue el caso, por fortuna.

Estaba siendo un noviembre muy frío y lo noté nada más pisar la calle tras salir del aparcamiento. Iba bien abrigado y me vino de perlas, pues notaba el vaho saliendo de mi boca porque las temperaturas se habían desplomado, como nos habían advertido.

Fui a la perfumería de la que me había mandado varias capturas con algunas cremas para su rutina facial, un perfume y varios productos de maquillaje que eran tendencia en las redes. La verdad es que Dakota se preocupaba mucho por su apariencia, y eso se notaba en su piel, que era tan suave como un melocotón. A menudo, sin darme cuenta la acariciaba cuando se tumbaba a mi lado en el sofá para ver alguna película o simplemente para pasar el rato. A pesar del tiempo, parecía que no había perdido esa piel tan delicada que siempre tuvo desde que era una bebé.

Cogí un carrito pequeño para ir metiendo todo. Me iba a volver loco con tanto producto, además de que eran todos similares. Vi a una dependienta colocando un producto y me animé a preguntarle.

—Perdone, ¿sería tan amable de ayudarme?

—¿Será por amabilidad? Claro que sí. ¿Qué estás buscando? —me preguntó divertida y mostrando lo simpática que era. Así daba gusto, que en otras tiendas hay gente que parece que te hace un gran favor atendiéndote.

—Esta crema no la encuentro.

—Con esta sueño hasta yo de lo viral que es. Sígueme que seguro que juntos la encontramos en el stand de esa firma. —Debía ser la encargada porque iba vestida diferente a las demás, pero en la misma línea. Caminé detrás de ella sin dudar, decidido a darle a Dakota uno de sus múltiples caprichos.

—Mi hija me ha vuelto loco con las capturas de pantalla de las cosas que quiere de esta perfumería.

—No sabes cómo te entiendo. Pero tranquilo, que tu hija tendrá todo lo que haya pedido, porque ya me encargo yo de echarlo en tu carrito. Tú relájate que esto es peor que estar mirando los cartones del Bingo desesperado por ver tu número.

—Buena comparación. —Me eché a reír por lo divertida que era. Y tenía toda la razón. Y más en mi caso, que no entendía nada de cosméticos y me encontraba muy perdido.

—Aquí la tienes. —Me la enseñó y la echó en el carrito—. Enséñame qué más estás buscando y te ayudo. Así podrás quitar esa carilla de miedo —observó cómica.

—Este perfume. Si lo encuentras, me habrás salvado la vida.

—Buen gusto el de tu hija, sí señor. Sígueme que ese sí que lo tengo bien localizado. Y no, esto no es para tanto. No morirías tú solo buscando, aunque igual caerías desmayado en el intento.

—Genial —sonreí tirando de aquel carrito—. Y estoy de acuerdo, al menos caería desmayado.

No me podía reír más con esa mujer que no me extrañaba que fuera la encargada porque más arte no podía tener. Noelia, que así se llamaba, me ayudó a encontrar fácilmente todos los productos, aunque algunos no tan fácilmente que dio más vueltas que un crío en una feria.

—A ver, sumemos todo que como ves —señaló a los carteles—, hay promociones diferentes.

No solo era divertida, sino avispada. Y me había guiado por la tienda haciéndome el recorrido muy fácil, cuando para mí hubiera supuesto una tortura.

Sacó el móvil y se puso a sumar cada producto al lado de la máquina de escaneo que le iba dando los precios. Lo hacía todo con mucha soltura, disfrutando de su trabajo y también con la satisfacción de que me marchaba muy contento con el carro llena hasta los topes. Así lo percibí yo.

—A ver la multa —murmuré carraspeando y haciendo que se riese.

—Doscientos treinta y cinco euros, cosa que si gastas trescientos euros te hacen un veinte por ciento de descuento, es decir, te descuentan sesenta euros, con lo cual, puedes echar en tu cesta otro perfume como el de tu hija para mí, pasarlo por tu cuenta y con el descuento a mí me habrá salido gratis y tú no habrás pagado de más.

—Muy inteligente por tu parte. —Me reí viéndolo claro.

—Qué mínimo, ya que te he ayudado.

—Bueno, es tu deber. —Carraspeé.

—Pero bueno ¡ni que yo trabajara aquí! —Se echó a reír—. Encima que vengo a cogerle unas mascarillas de un euro a mi hija y pierdo el tiempo contigo me dices que es mi deber. Menos mal que eres guapo y, no solo me vas a sacar el perfume gratis, sino que te voy a dejar hasta que me invites a un café.

—No eres... —Me llevé la mano a la cara y me eché a reír—. Coge el perfume y dame las mascarillas de tu hija que te has ganado que lo pague yo.

—Menos mal. —Se llevó las manos al pecho consiguiendo que me saliera otra carcajada más—. Si ya sabía yo que me deberías una y de las gordas si te ayudaba.

La dependienta que envolvía todo y lo metía en las bolsas de las firmas correspondientes sonreía al vernos a nosotros a carcajadas sueltas y es que, no era para menos. La había confundido con una de la tienda y de esto me iba a acordar toda mi vida y no porque fuera algo que no le pudiera pasar a cualquiera, sino porque estuvo media hora ayudándome con todo.

Lo que me quedó claro de Noelia fueron un par de cosas: que no trabajaba allí y que tenía arte para dar y regalar.

Ella permanecía a mi lado, súper contenta y orgullosa, y sí que me hicieron el descuento y su perfume salió gratis. También pagué las cinco mascarillas que le había cogido a su hija. Era lo mínimo que podía hacer por su ayuda, por la cual es que hubiera pagado directamente.

—Esto es lo tuyo. —Le di sus bolsitas cuando salimos.

—Pero a mí me invitas al café, que esto te salió gratis.

—Por supuesto. Elige dónde te apetece.

—Viendo lo que te has gastado en la perfumería para tu hija. Creo que tienes pinta de poder pagar en aquella pastelería un café y un dulce. —Me señaló a una muy cara que tenía gran fama.

—O dos, los que quieras. —Le hice un gesto con la cabeza para dirigirnos hacia ella.

—Pues si te pones así, me llevo también una docena para mi casa, que a mi hija le encantan.

—¿Cuáles le gustan a tu peque?

—Ella es muy de trufas de chocolate.

—¡Marchando una bandeja de trufas también para tu niña!

—Eres muy generoso, pero una docena es mucho, que se pondrá malita de la tripa.

—Seguro que su guapa mamá también es golosa y la ayuda.

—Tú lo que quieres es cebarme, ¿por qué eres así de malo conmigo cuando solo he querido ayudarte? —Me miró pícara.

—No creo que unos cuantos dulces arruinen esa figura tuya.

—¿A que sí? ¿A que tengo tipo de modelo?

Sin saberlo, me recordó a que Silvia lo era y aparté rápidamente cualquier pensamiento suyo de mi mente porque no quería que me arruinase ese momento tan bonito que estaba viviendo con una desconocida que sacaba mi risa a cada momento.

Mientras disfrutábamos de la merienda, de manera sorprendente, comenzamos a compartir detalles sobre nuestras vidas. Ambos habíamos pasado recientemente por un divorcio y compartíamos la experiencia de ser padres de una niña.

Parecía como si estuviésemos viviendo momentos paralelos y, a pesar de que la diversión dominaba la conversación por su parte, en ciertos momentos ambos nos sentimos muy identificados y hasta nos costó sacar fuera eso que nos oprimía el corazón.

—Parece que el destino nos juntó para que podamos desahogarnos un poco —dijo, mientras hacía unas muecas muy divertidas con su cara.

—Eso parece. La verdad es que es toda una gran casualidad. A poco de las Navidades y con un cambio de vida brusco.

—Al menos tú estás en tu casa, pero yo vivo de prestada —suspiró.

Me causó mucha lástima la forma en la que lo dijo. Ya estaba al tanto de eso porque me lo acababa de contar.

La verdad es que el marido había sido muy cruel con ella y no pensó en las consecuencias que también acarrearía su hija. Había que tener poco corazón, como el poco que también tenía mi exmujer que se pensaba que me iba a desplumar como a los pollos.

Había que tener mal corazón para hacerle lo que ese malnacido le hizo. Lo único que estaba en mi mano era prestarle apoyo y escucharla, porque a veces lo que necesitamos es sentirnos comprendidos. Para cualquiera es muy duro tener que marcharse de su casa, pero si encima te ocurre eso con una niña de corta edad, ya es un desastre total.

Y no por eso parecía haber perdido la alegría, que ya tenía mérito la cosa. Noelia me pareció una luchadora y un ejemplo de mujer. Qué injusto me resultaba que alguien como ella se viera sin casa y sin ayuda del padre de su hija cuando otras personas, como Silvia, lo tuvieron todo en su mano y lo desperdiciaron, tirando su matrimonio por la borda.

Estuvimos una hora charlando de lo más divertida y nos intercambiamos los teléfonos quedando en volvernos a ver otro día.

—Dame un toque que te agendo—me pidió.

Le gasté la broma de darle el mío con un número mal y, al marcar, le decían que el número no

existía.

—O sea, que todavía no me conoces y ya te quieres librar de mí. Este número no es. Vaya táctica tan patética, abogado.

—Ahora te lo doy bien. Solo quería ver qué cara ponías y lo que me decías.

—Pues ahora no lo quiero. Ahora vas a anotar tú el mío y me das el toque cuando te dé la gana.

Lo hice y se lo di sobre la marcha. Ella descolgó y comenzó a hablarme con una mueca cómica.

—Anda, pero si eres el que no tiene ni idea de cremas. Pues nada, si quieres que te vuelva a ayudar, me tendrás que pagar con otro perfume.

—Igual me sale caro y, aun así, me interesa.

—Las dos cosas son ciertas.

—Nos van a tomar por locos si nos oyen hablar por teléfono el uno al lado del otro.

—Eso también es cierto. —Me guiñó el ojo antes de salir andando.

Seguí con interés esos andares con la mirada. En la mano llevaba la bandejita con la docena de trufas que les regalé a su hija y a ella. Crucé los dedos para que se volviese en algún momento antes de perderla de vista, ¡¡y lo hizo al doblar la esquina!!

Capítulo 16



Noelia

Salí esa mañana temprano de casa para ir a por churros, y estaba preparando el chocolate caliente cuando mi hermana entró en la cocina.

—¿Te has caído de la cama? Que es sábado, niña.

—Buenos días a ti también. —Reí.

—Buenos días, cariño. —Me abrazó desde atrás y me dio un beso en la mejilla—. Acabo de engordar solo con el olor. ¿En serio has ido a por curros?

—Claro, para el desayuno. Es lo menos que puedo hacer ya que estamos acopladas en tu casa.

—Si te vuelvo a oír decir eso, me enfado. No estáis acopladas, sabes de sobras que nuestra casa es vuestra, y podéis quedaros el tiempo que necesitéis.

—Es que no tendríamos que estar así, Carolina —suspiré.

—A ver, la vida a veces viene de aquella manera, pero saldrás de esto, ya verás. ¿Sabe Julián algo ya de ese préstamo?

—No, está en ello, y mientras a mí o me quitan el dinero de la cuenta, o me hago otra cuenta y paso lo que tengo para que no me lo quiten, y me arriesgo tres meses sin pagar a ver si resolvemos.

—¿Es lo que te ha aconsejado Julián?

—Es lo que he pensado yo, pero es que no quiero arriesgarme.

—Pues no lo hagas. Mira, vamos a hacer una cosa.

—No se te ocurra decirme que ese dinero lo pones tú, que te conozco.

—Pues sí, es justo lo que iba a decirte —sonrió mientras empezaba a sacar tazas para el chocolate—. Lo hablé con Jesús y vamos a ayudarte con eso, en cuanto lo resuelvas, y no importa el tiempo que tardes, ya hablaremos.

—En serio, Carolina, no podéis estar ahí para mí todo el tiempo.

—Es lo que hay. —Se encogió de hombros—. Por cierto, las niñas quieren ir hoy al centro comercial, ¿qué te parece?

—Por mí perfecto, me apetece un sábado de chicas.

—Buenos días, señoras —saludó mi cuñado.

—Madre mía, qué manera de echarnos años encima —protestó mi hermana.

—¿Por qué? —Jesús frunció el ceño.

—¿Señoras? ¿En serio? —Carolina arqueó la ceja y me eché a reír.

—Ah, eso, bueno, yo...

—No digas nada, que la cagas más —suspiró—. Señoras, por favor, ni que tuviéramos ochenta años.

—¿No ha tomado café? —me preguntó Jesús en un susurro.

—No, hoy hay chocolate —respondí riendo.

—Creo que voy a tener que ganarme su perdón.

—Jesús, que te estoy escuchando.

—Entonces, señorita, ¿qué tiene que hacer este humilde siervo para ganarse su perdón?

—Hermana, aprovecha y pide. —Reí.

—Pensaré en algo, o mejor, piensa tú, cúrratelo. —Se encogió de hombros mientras cogía un churro para darle un bocado.

—¿Cuñada? ¿Alguna idea?

—Cena romántica en un buen restaurante y después, una noche loca. —Reí—. Me ofrezco a llevarme a las niñas a casa de mamá y papá esta noche, pensarlo.

Ambos se miraron y, por la sonrisa de mi hermana cuando me miró a mí, supe que me había pillado. Yo no quería seguir siendo una carga para ellos, y si llevarme a la niña una noche para que tuvieran intimidad era una posibilidad, lo haría.

Al final, mi hermana me dijo que sí, que aceptaban esa propuesta y le puse un mensaje a mi madre para comentarle que nos iríamos las tres a pasar la noche con ellos. Encantada estaba de saber que tendrían compañía.

Terminé de hacer el chocolate y en cuanto tuvimos todo servido en la mesa, fuimos a despertar a las niñas que al escuchar que había churros para el desayuno, salieron corriendo de las habitaciones.

Me encantaba ver a mi pequeña con su prima, siempre se habían llevado genial y eran como hermanas. Carolina y Jesús no tuvieron más hijos porque mi hermana no podía, la llegada de Sofía fue prácticamente un milagro como le dijeron sus colegas médicos, y yo, bueno, yo cuando quise tener otro bebé me enteré de que mi marido me engañaba con otra.

—Este chocolate está buenísimo —dijo mi sobrina.

—Y los churros, y los churros —comentó mi hija.

—Es un vicio, no hay duda —añadió Carolina.

Y mientras desayunábamos les comenté a las niñas que después de comer nos iríamos las tres a pasar la tarde al centro comercial y después a casa de los abuelos a cenar con ellos y dormir allí, ambas empezaron a aplaudir.

Tras el desayuno, mientras mi hermana y yo le dábamos una pasadita de limpieza a la casa, Jesús fue a revisar unos expedientes médicos al salón y las niñas cogieron sus cosas del colegio para hacer los deberes.

Cuando terminamos con la limpieza y después de poner una lavadora y guardar ropa, volvimos a la cocina para preparar la comida, íbamos a hacer un guiso de carne que a mi hermana le salía buenísimo, y en ello estábamos cuando me llegó un mensaje que no esperaba recibir.

Adrián: *Buenos días, Noelia, ¿le gustaron a tu hija las mascarillas?*

Sonreí al leerlo, hacía un par de días que había conocido a ese hombre que me resultó bastante simpático. Y esos ojos azules que tenía, eran imposibles de olvidar.

—¿Y esa sonrisa de quinceañera? —preguntó mi hermana.

—¿Eh? ¿Qué sonrisa?

—La que tenías hace medio segundo en la cara. ¿Quién te ha escrito?

—Oh, nadie.

—¿Nadie? A otra con ese cuento. ¿Es tu abogado? ¿Al final sí que le vas a pagar en especias a partir de ahora?

—No, no es Julián, es solo alguien que conocí en la perfumería el otro día.

—¿En la perfumería? ¿Ahora la gente va a ligar allí? Qué modernos, en mis tiempos se ligaba en las discotecas y después, por Internet. Oh, y hablando de ligar, hay un médico en la clínica que se acaba de divorciar también, te lo puedo presentar ahora que estás soltera de nuevo y en el mercado.

—Carolina, por Dios, que no tengo cuerpo yo para nuevos amores —resoplé.

—Pues la sonrisa que tenías al leer el mensaje del señor de la perfumería decía mucho.

—Es solo que me ha hecho gracia que se acordara de que le cogió unas mascarillas a Míriam.

—Me estoy perdiendo mucho en este asunto. —Frunció el ceño—. ¿Podrías contarme toda la historia?

—Para empezar, me confundió con una dependienta de la perfumería.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes —sonreí, y le conté todo.

Carolina me escuchaba sin interrumpir, tan solo se le escapaba una risilla de vez en cuando igual que a mí al recordar aquella tarde. Le dije que estaba en la misma situación que yo, que era abogado y que era un hombre de lo más simpático.

Cuando le dije que las trufas que había llevado el otro día también las pagó él, la vi sonreír.

—Bueno, si me permites un consejo, igual abierta al amor no, pero a una bonita amistad con alguien con quien poder hablar, sí —dijo con una sonrisa mientras me acariciaba la mejilla—. Y te ha escrito, así que, no sé, pero eso debe ser una buena señal.

Tal vez ella tenía razón, en lo de que me vendría bien un amigo con el que hablar, además él tenía una hija adolescente y seguro que nos entenderíamos bien y podríamos darnos algunos consejos sobre ese asunto.

Noelia: *Buenos días, Adrián. Quedó encantada y le dio un par de ellas a mi sobrina, ahora las tengo a las dos hablando de esas mascarillas. ¿Tienes bien escondidos los regalos de tu hija? Mira que, si es como la mía, los acabará encontrando.*

Adrián: *Están a buen recaudo, no los encontrará. Quería invitarte a cenar, a no ser que te parezca muy atrevido por mi parte.*

Noelia: *¿Esta noche? Lo siento, pero no puedo, me llevo a mi hija y mi sobrina a pasar la noche con mis padres, para que mi hermana y mi cuñado tengan una noche a solas, ya me entiendes. Pero sí aceptaría un café mañana por la tarde, si te viene bien, claro.*

Adrián: *Me va genial, ¿en la cafetería del otro día a las cinco?*

Noelia: *Perfecto, nos vemos allí mañana.*

—Otra vez sonriendo —dijo Carolina—. ¿De qué habéis hablado?

—Me invitaba a cenar esta noche.

—Le habrás dicho que sí. —Giró la cabeza tan rápido que apenas fue un visto y no visto.

—No, porque me llevo a las niñas a casa de mamá y papá, ¿recuerdas?

—Por Dios, ¿es por nosotros? Ya tendremos una noche a solas.

—Que te calles —protesté—. Vamos a tomar café mañana por la tarde, a las cinco.

—Vale, pues nosotros iremos a comer a casa y después nos traemos a las niñas.

—Perfecto, pero es solo un café, borra esa sonrisita que tienes.

—Mujer, sonrió porque me alegro, vas a tener un amigo.

—¿Quién va a tener un amigo? —preguntó mi cuñado entrando en la cocina para prepararse un café.

Y claro, mi hermana que era un poquito cotilla le contó a su marido nuestra charla de unos minutos antes. Hasta él se alegró de que fuera a salir con alguien a tomar café.

El resto de la mañana la pasamos cocinando y ayudando a las niñas con los deberes antes de comer.

Tras el café, las tres nos vestimos, preparamos una bolsa con ropa y dejamos a los tortolitos en casa para que tuvieran varias horas de intimidad.

Cuando llegamos al centro comercial fuimos directas a la perfumería en busca de esas mascarillas que querían volver a comprar. Cogimos una cestita para echarlas y acabamos con varias cositas más.

—¿Quién quiere unas crepes para merendar? —pregunté al salir.

—Eso no se pregunta, mamá. —Rio Míriam.

—Sí, tía, eso es que ni se duda.

—Pues vamos a por esas crepes.

Nos sentamos en la terraza de la cafetería, pedimos crepes para todas, café para mí y ellas iban a compartir un batido extragrande de helado de chocolate.

Vaya dos golosas teníamos en la familia.

Mientras merendábamos, dijeron que querían entrar en una tienda de ropa a echar un vistazo y hacer la lista de regalos que iban a pedir para Reyes. Si había algo que las dos tenían en común era que más que juguetes, siempre ponían en su carta ropa que necesitaban para el cole o el día a día. Aunque siempre había algo que no esperaban y la sorpresa era mayor.

Entramos en la tienda y les di a cada una un papel y un boli para que fueran anotando, aunque yo estuve atenta a todo y me quedé con la imagen de algunas prendas.

Al salir vi a lo lejos a mi ex, ese que paseaba con su nueva amiga del brazo.

—Mamá, ¿aquel es papá?

—Sí, cariño —respondí.

—Que no nos vea —me dijo, tirando de mi brazo al igual que mi sobrina para entrar en otra tienda.

—Niñas, que parece que estamos huyendo de él. —Reí.

—No, solo que no quiero verle. El otro día le llamé para decirle que había aprobado el examen de Matemáticas, y ni tiempo me dio a hablar, solo dijo que estaba muy ocupado.

Sí, así era Vicente, ese hombre al que nunca en la vida propondría para postularse como candidato al premio de padre del año.

Que a mí me hubiera hecho desplantes era una cosa, incluso que me quisiera dejar en la calle tras el divorcio, pero ella era su hija y no merecía ese trato.

—Para acabar de divorciarse, se le ve de lo más sonriente —comentó Sofía.

—Seguro que ya conocía a esa mujer de antes.

Razón no le faltaba a ninguna, pero tampoco quería dársela y alentar nada, no quería que mi pequeña odiara a su padre, aunque méritos para que le quisiera más no es que Vicente estuviera haciendo, la verdad.

En cuanto le vimos alejarse lo suficiente salimos de la tienda y entramos en una papelería a por algunas cosas que necesitaban para el cole, y ya aproveché para coger un nuevo cuaderno de dibujo y algunos carboncillos para mí.

Terminamos la tarde de chicas y fuimos a casa de mis padres, donde nada más entrar, nos llegó ese olor a tortilla de patatas que mi madre había preparado para la cena.

Y mientras dejaba mis cosas en mi antigua habitación, sentí unos nervios repentinos al pensar en Adrián y el café que nos tomaríamos al día siguiente.

No por el café, obviamente, sino porque había quedado con un hombre al que apenas acababa de conocer.

Pero como decía mi hermana no era malo tener un amigo, y al estar recién divorciado y ser padre, igual que yo, nadie mejor que él entendería muchas de las cosas por las que estaba pasando ahora.

Capítulo 17



Noelia

Llegué puntual a la hora que había quedado con Adrián en la cafetería y, cuando entré, le vi sentado en una de las mesas mirando el móvil.

Mi hermana me había dicho que me olvidara de los nervios y simplemente disfrutara de la tarde y una charla con un amigo, sin más, y eso iba a hacer.

Sonreí mientras me acercaba y vi que estaba leyendo una noticia en Internet.

—¿Es que los abogados no descansan los fines de semana? —pregunté, y se giró para verme, sonriendo.

—Ya ves que no —respondió mientras se ponía en pie y nos dábamos un par de besos—. ¿Es el perfume que te regalé? —preguntó.

—Bueno, decir que me lo regalaste... —Me quité el abrigo y vi que los ojos de Adrián me echaban un buen vistazo.

Me había puesto un vestido de lana en color marrón clarito que me gustaba mucho, era cómodo y ligero, llevaba un cinturón negro como complemento, al igual que los botines, el abrigo y el bolso.

—Te lo regalé —sonrió.

—No, te salió gratis con las compras, que es diferente —le recordé.

—¿Segura que no eres abogada? —Arqueó la ceja.

—Si lo fuera, a mi ex le habría podido sacar hasta los higadillos, como dice mi hermana, pero no, soy la eficiente secretaria del jefe de una gestoría.

La camarera se acercó a tomarnos nota y pedimos café que acompañamos con unos pastelitos que vi al entrar y tenían una pinta buenísima y deliciosa.

Preguntó cómo estaba mi pequeña y sonreí, se notaba que era padre y que sabía bien que, para cualquier madre del mundo, que preguntaran por sus hijos era de agradecer.

Y al igual que hablamos de mi pequeña mientras nos tomábamos aquellos bocados dulces, también hablamos de la suya. Se notaba por el modo en el que hablaba de ella, el orgullo que sentía por sus logros, por esas buenas notas que llevaba a casa y lo responsable y madura que era su hija.

—Así que nuestras niñas son un par de buenas estudiantes —sonreí tras llevarme a la boca uno de los dos pasteles que quedaban.

—Eso parece, sí —sonrió igual que yo—. Aunque si Dakota me escuchara decir que es una niña, creo que me estaría mirando con llamaradas en los ojos.

—Ya será menos. —Reí—. Aunque sí, teniendo diecisiete, es casi una mujer.

—Ha crecido demasiado rápido —suspiró.

—Sí, siento lo mismo. A veces miro a Míriam y pienso en cómo ha sido posible que, de ser una bebé pequeñita entre mis brazos, haya pasado a ser la niña que tengo en casa.

—Eso es, antes me despertaba de madrugada para darle el biberón, y ahora es ella la que a veces me despierta de madrugada si nos hemos quedado dormidos en el sofá viendo una película.

—Dios, nos han hecho mayores a nosotros.

—¿Mayor tú? Pero si estás en la flor de la vida, como dice mi hija. Yo ya he pasado la barrera de los cuarenta.

—Pues quién lo diría, si no tienes ni canas. Mi cuñado tiene tu edad y ya se le ve alguna que otra.

—Eso dice Dakota, que sigo conservando el color de pelo de siempre.

—Mi cuñado diría que eres digno de estudio, claro que él es médico, y esa es una frase que usa mucho.

—Seguro que es un buen tipo —dijo mientras cogía el café para darle un sorbo.

—Es como un hermano —sonreí—. La verdad es que dejarnos a la niña y a mí quedarnos con ellos en su casa, es algo que le agradeceré siempre. Y podría haberme quedado con mis padres, pero, mi hermana insistió y sé que lo hizo porque así mi pequeña estaría más distraída con su prima y no pensaría en lo que pudiera descentrarla.

—¿Cómo llevas lo de ser una mujer soltera de nuevo? —Curioseó.

—Teniendo en cuenta que los meses anteriores al divorcio lo nuestro era como una convivencia compartiendo casa, no lo llevo tan mal. —Me encogí de hombros.

—Entonces como yo. —Rio—. Ahora tengo a mi hija diciendo que vuelvo a estar en el mercado.

—Uf, eso dice mi hermana. Ayer me comentó que uno de los médicos de su clínica se acaba de divorciar.

—No me digas más, está pensando en organizarte una cita.

—Capaz es, desde luego. —Volteé los ojos y Adrián se echó a reír—. Pero le advertí que no quería, ahora lo importante es mi niña, solucionar algunas cosas y encontrar algo para vivir las dos solas, no quiero molestar más de lo necesario en casa de mi hermana.

—Son las circunstancias, Noelia, la vida a veces viene así.

—Lo sé, pero desde que me fui de casa de mis padres siendo tan joven, no pensé que volvería a vivir con ellos, o con mi hermana como es el caso.

—Ya imagino. Pero bueno, todo acabará bien. ¿Ya estás buscando algo para alquilar? —Volvió a beber de su café mientras me miraba con esos ojazos que tenía por encima de la taza.

—Sí, estoy mirando, pero tengo algunos temas que arreglar.

No le comenté nada a él de ese préstamo desorbitado que alguien había solicitado a mi nombre, porque tenía a Julián trabajando en ello y no quería que pensara algo raro de mí. La verdad es que yo no había firmado nada, pero, aun así, seguíamos sin poder averiguar mucho más de lo poco que ya sabía, porque tal como dijo, esto llevaría un poco de tiempo.

Y mientras tanto a mí me partía la vida porque iban a quitarme un dinero de la cuenta que necesitaba más que el comer, como decía mi madre, y que iba a pagar mi hermana. Aquello era de locos.

Tras el café me propuso dar un paseo por allí aprovechando que no llovía, y acepté.

Salimos de la cafetería, cargados con una cajita de trufas cada uno, eso sí, porque se empeñó en que le llevara unas poquitas a mi niña, y caminamos por allí charlando sobre los regalos de su hija que tenía a buen recaudo.

—La verdad es que nunca le dio por buscar, pero por si acaso, siempre los he puesto en el altillo del armario en mi habitación, detrás de varias mantas.

—No puede ser, yo hago lo mismo. —Reí.

—Será porque como ahí no llegan. —Rio.

—Míriam, ni subiendo a un taburete.

—Creo que Dakota con un taburete sí llegaría, al menos ahora, que está más alta que cuando tenía diez años. —Frunció el ceño—. Creo que voy a tener que buscar otro escondite, o comprar una caja fuerte y camuflarla detrás de alguna estantería.

—Me da. —Reí—. ¿Una caja fuerte para guardar los regalos? Eso sí que no lo había escuchado nunca.

—Pues es una opción, ahora que lo pienso.

—Eres muy simpático, ¿lo sabías, señor abogado?

—Vaya, gracias.

—Es que soléis tener fama de serios, pero tú no lo pareces.

—Si le dijeras eso a mi hija, te diría que en el trabajo sí que soy muy serio, pero no en la vida privada y personal. Me gusta separar ambas cosas. Cuando llego a casa, me olvido de todo y solo soy Adrián. Aunque a veces trabajo en el despacho en casa y el abogado serio se queda dentro de ese despacho cuando acabo.

—Apenas te conozco y te aseguro dos cosas. —Levanté los dedos—: La primera, que eres un gran padre, no hay más que verte hablar de tu hija. Y la segunda, que sí eres un hombre muy simpático.

—Coincido contigo, porque tú también eres una gran madre, y, además, muy simpática.

—Y buena encontrando cosméticos.

—Eso, sobre todo. —Rio—. Y pensar que te confundí con una encargada de la perfumería

aquel día. Debiste pensar que estaba loco, o algo.

—Entonces qué pensarías tú de mí, que te seguí el rollo y no porque pensaras que era una dependienta, sino porque te vi más perdido que un pulpo en un garaje.

—Para un hombre que no está muy acostumbrado a pasear por los pasillos de las perfumerías, sí, estaba perdido. Pero por suerte encontré a mi hada madrina.

—¿Hada madrina? Por Dios, esas conceden deseos. —Reí de nuevo.

—¿Y qué hiciste sino conceder los deseos de mi hija? Me llenaste el carrito con todo lo que me pidió.

—Visto así, sí, fui como un hada madrina, pero no como la de Cenicienta, que esa mujer era una abuelita entrañable.

—No, tú no eres una abuelita —sonrió de medio lado y a mí me entró de todo al ver esa sonrisa.

Seguimos caminando y llegamos hasta una cafetería donde entramos a tomar otro café caliente, el frío de estos días de noviembre era un poquito más intenso que de costumbre y calaba hondo.

Continuamos con la charla y entramos en varios temas, aunque todos ellos relacionados con la paternidad y nuestras respectivas hijas, se notaba que ambos sentíamos pasión por ellas.

Después del café, regresamos paseando hasta donde habíamos dejado los coches y, no sabía cómo, di una mala pisada y acabé perdiendo un poquito el equilibrio, suerte tuve de no torcerme el tobillo, y de que Adrián me cogiera casi al vuelo.

—¿Estás bien? —preguntó cuando quedé pegada a su cuerpo.

—Sí, no sé cómo he pisado. Solo me habría faltado eso, un tobillo torcido —resoplé.

—¿Te duele algo?

—No, no, estoy perfecta. Gracias a Dios, porque cuesta abajo como vamos, me he visto rodando como una croqueta.

Y solo unos segundos después los dos estallamos a reír en carcajadas porque sí, al igual que yo me imaginaba rodando calle abajo, él también me visualizaba de ese modo.

Me acompañó al coche y nos despedimos con un leve abrazo antes de que abriera la puerta, y una vez que estaba sentada, le vi ponerse en cuclillas antes de cerrarla.

—Sigo queriendo invitarte a cenar —dijo mirándome con esos ojos azules que tenía—. Y hay algo más que... Venga, me la juego.

Se acercó a mí, y sentí sus labios sobre los míos en un roce tan rápido y fugaz que podría haber parecido que no había habido beso.

—Te invito a cenar el viernes.

—Yo, no sé si podré, tengo que hablar con mi hermana y ver si pueden quedarse con la niña.

—Dime algo estos días —sonrió y se incorporó de nuevo—. Conduce con cuidado, parece que va a ponerse a llover de un momento a otro.

—Vale, sí. Adiós, y gracias por los cafés y las trufas.

—A ti por aceptar mi invitación, espero que la cena también me la aceptes.

Cerró la puerta, puse el coche en marcha y tras decirle adiós con la mano, gesto que me devolvió, me fui para casa pensando en ese breve beso que acababa de darme.

Había sido algo atrevido por su parte y, si no me hubiera quedado en *shock* en ese instante, posiblemente le hubiera dado una bofetada.

Y seguro que era lo que esperaba recibir, porque se había arriesgado a ello con ese beso.

Cuando llegué a casa justo se puso a llover, menos mal que ya estaba entrando. Saludé a todos, dejé las trufas en la cocina y mi hermana dijo que iban a pedir *pizza* para cenar.

Fui a mi habitación con la intención de cambiarme, y antes de darme una ducha y ponerme el pijama, decidí mandarle un mensaje a Adrián para que supiera que había llegado a casa sin problemas.

Adrián: *Perfecto. Espero que me confirmes lo de la cena del viernes, buenas noches, Noelia.*

Suspiré dejando el móvil en la mesita de noche, y, mientras me duchaba, no dejé de pensar en que solo quería invitarme a cenar, no era algo tan descabellado así que, ¿por qué no aceptar?

Adrián era un hombre simpático, teníamos temas de conversación de sobra y me parecía un tipo majísimo.

Hablaría con mi hermana y, si no tenían inconveniente en que saliera a cenar el viernes y dejara a la niña con ellos, aceptaría la invitación para salir a cenar con un nuevo amigo.

Capítulo 18



Noelia

Esa mañana estaba terminando de revisar unos correos cuando entró Gabriel, el marido de Rober.

—Buenos días, lindura —me saludó con su habitual sonrisa.

—Buenos días, Gabriel.

—¿Está mi querido esposo disponible? Le he llamado tres veces al móvil y me salta el buzón de buzón. Creo que quiere darme platón para el desayuno. —Volteó los ojos.

Gabriel era un encanto, igual que mi jefe, era rubio y tenía unos ojos verdes de lo más llamativos.

—Está en la sala de reuniones, lleva una mañana de locos con un cliente.

—Vale, o sea que tengo que esperar a que termine. Pues me voy a su despacho.

—Claro, yo voy a salir a tomar café.

—¿Y esa sonrisilla? —preguntó arqueando la ceja— O me dices que el café es de importación y delicioso, o es que has quedado con alguien.

—Adiós, casi jefe —sonreí saliendo por la puerta.

Razón no le faltaba, pero tampoco iba a ir yo aireando por ahí que había quedado con alguien para tomarlo. Y con alguien me refería a Adrián, que me había enviado un mensaje hacía solo media hora para preguntarme si tenía un ratito para el café, y dijo que vendría hasta aquí cuando le comenté que sí.

Llovía un poco y el frío calaba hondo, eso era lo que peor llevaba, que enseguida me estremecía por leve que fuese la brisilla que me diera.

Abrí el paraguas una vez en la calle, y caminé hacia la cafetería de la esquina; no era a la que iba habitualmente, pero no quería que hubiera cotilleos de oficina después si alguien me veía.

Entré y vi que Adrián ya estaba sentado en una de las meas. Se veía guapísimo con el traje gris marengo, ese que resaltaba el azul de sus ojos.

—Hola, preciosa —saludó al verme acercarme mientras se ponía de pie.

—Hola —sonreí, y Adrián se inclinó para darme un beso en la mejilla.

Nos sentamos y cuando se acercó la camarera pedimos un par de desayunos completos, vamos, café y tostadas de jamón para ambos con un zumo de naranja.

—Me ha sorprendido que me escribieras —dije cuando se fue a por nuestro pedido.

—Tenía un hueco libre hasta la hora de comer y me acordé de ti y lo mucho que te gusta el café.

—Me gusta más el chocolate, pero vale, el café también es una necesidad en mi vida —sonreí.

—Así que trabajas por aquí cerca.

—En la gestoría del final de la calle.

—Ya sé dónde enviarte bombones o flores.

—Espera, ¿qué? No. —Reí—. No me envíes nada, por Dios.

—Solo bromeaba —sonrió.

Nos trajeron los desayunos y seguimos hablando sobre el trabajo. Él, como abogado, no podía hablar de sus casos, pero me contó que llevaba algunos que resultaban ser muy mediáticos.

Esta era la tercera vez que nos veíamos y la verdad es que me gustaba compartir esos ratos con él. Adrián me parecía un hombre de lo más interesante y tenía conversación de todo tipo, no había silencios incómodos entre nosotros en ningún momento.

Y había dicho en serio eso de que me había sorprendido de que me escribiera para tomar café conmigo, porque seguro que tendría muchas otras personas con las que tomarse un descanso.

Le llamaron por teléfono y se disculpó un momento para hablar en la calle, al menos había parado de llover y no se calaría hasta los huesos.

Me llegó un mensaje de mi madre diciéndome que había preparado tortilla de patatas y croquetas de puchero para comer y que nos lleváramos a casa cuando fuera a recoger a las niñas, y conociéndola como la conocía, tendríamos croquetas para cenar los cinco, al menos esta noche y mañana.

Y eso mismo fue lo que me respondió mi hermana en un mensaje cuando se lo dije.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una sonrisa preciosa? —Levanté la cabeza la vi a Adrián observándome.

Tenía la mano apoyada en el respaldo de mi silla y, sin que me lo esperara, igual que hizo unos días atrás, se inclinó para besarme.

Fue un roce breve al principio, y a ese le siguieron otros dos besitos más.

Cuando se apartó y por la sonrisilla que se le dibujó en los labios, sabía que tenía las mejillas como dos tomates de rojas, porque ese hombre, además de que me cayera bien y me resultase de lo más simpático, me ponía un poquito nerviosa.

Tragué saliva mientras se sentaba de nuevo frente a mí y se disculpó por la interrupción, pero era una llamada de trabajo que debía atender.

—No te preocupes, los abogados siempre estáis ocupados.

—No siempre, pero es cierto que solemos tener mucho trabajo. A veces es un poco agotador, pero como te dije, desconecto en cuanto entro en casa, no quiero que afecte a la relación con Dakota.

—Es lo mejor, separar una cosa de otra.

—Me gusta cómo te has sonrojado —dijo con una media sonrisa.

—Qué manera de ponerme más nerviosa, hijo —resoplé y soltó una carcajada—. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Ponerme nerviosa? Te aseguro que no es intencionado.

—No, eso no, ya sé que te sale de manera natural. Me refiero a...

—Al beso. —Terminó por mí.

—Besos, más bien, que hoy han sido varios y el otro día, uno.

—Porque me apetecía —contestó cogiendo mi mano por encima de la mesa mirándome a los ojos—. Simplemente por eso. ¿Te he incomodado?

—No, no, es solo que me ha pillado por sorpresa.

—Esa era la intención —volvió a sonreír.

Terminamos el desayuno y como ya habíamos quedado en que nos veríamos el viernes para cenar, nos despedimos en la calle con un beso en la mejilla, solo que el suyo fue en la comisura de mis labios. Me dio un leve apretón en el brazo mientras sus labios estaban cerquita de los míos, y cuando se apartó comencé a caminar de vuelta a la gestoría.

No pude evitar pensar en si estaría ahí aún, mirando cómo me alejaba y, sin pensarlo mucho más, miré por encima del hombro comprobando que sí, que Adrián seguía allí parado, con las manos en los bolsillos, mientras yo me marchaba.

Y me hizo un guiño por el que sonreí sonrojándome de nuevo mientras volvía a mirar al frente.

No sabía qué era lo que tenía ese hombre que, además de ponerme nerviosa, hacía que me sintiera diferente a como me había sentido otras veces.

En mi vida, además de Vicente, tan solo había habido otro chico, ese novio del instituto con el que empecé a salir a los diecisiete años hasta dos años más tarde, cuando nos dimos cuenta de que queríamos cosas distintas.

Entré en la gestoría y vi una nota de Rober en mi mesa junto con a un par de carpetas, en la que me decía que les echara un vistazo porque según decía el cliente, había un descuadre que no encontraban.

Durante el resto de la mañana, me dediqué a trabajar intensamente. Opté por pedir una ensalada para comer allí mismo y, al encontrar el descuadre, lo anoté y dejé las carpetas sobre la mesa de Rober.

Cuando llegó la hora de irme, recogí mis cosas y salí de la gestoría para ir a casa de mis padres a por las niñas.

En cuanto mi madre me vio, abrió los brazos para achucharme.

—Ay, mi niña, pero qué guapa te veo —sonrió.

—Pues será que he cambiado de pintalabios, mamá, porque estoy igual que siempre.

—No, te veo más guapa desde que estás soltera.

—Anda lo que me dice. —Me eché a reír.

—Es verdad, tienes hasta mejor color de cara.

—Ponme un café, anda, que eso sí que me da mejor color de cara. —Le di un beso en la mejilla y fui hacia el salón donde estaban las niñas haciendo los deberes—. Hola, cariño.

—Hola, mamá. —Me dio un abrazo y le dejé un beso en la frente.

Hice lo mismo con Sofía y después fui a saludar a mi padre, que estaba viendo la televisión.

Me tomé el café en la cocina con mi madre mientras terminaba de meter las más de cien croquetas en los táperes para que me llevara a casa de Carolina y cenar. Cuando acabé de tomármelo, las niñas recogieron todo y nos despedimos de mis padres.

—La abuela se ha pasado con las croquetas —dijo Sofía al entrar en ascensor.

—Creo que vamos a tener para cenar hoy y mañana, además, de congelar unas cuantas. —Reí.

—Tenemos croquetas para una semana, mamá.

—Por lo menos.

Sí, cuando mi madre hacía croquetas, no es que hiciera un par de docenas, no, ya que ella decía que más valía que sobrara y no que nos quedásemos con ganas de comerlas.

Capítulo 19



Noelia

La semana había ido pasando y, entre el trabajo, la niña, algunos mensajes que estuve intercambiando con Adrián y la mañana en que tomamos café, me di cuenta de que ya era viernes y estaba a solo una hora de que nos viéramos.

Escuchaba las risas de Míriam y mi sobrina en la habitación de Sofía y me hacían sonreír a mí, la verdad era que tener a su prima en estos momentos le había venido bien.

Este fin de semana le tocaba estar con su padre, de hecho, tendría que haberla recogido ya, y ella esperaba con la bolsa de ropa preparada puesto que debía estar al caer.

Después de una ducha y maquillarme un poco, me alisé el pelo con las planchas de Carolina y estaba echando un vistazo al armario para ver qué ponerme. Justo en ese momento mi hermana llamó a la puerta.

—Hola, hola —sonrió—. Dios mío, Noelia, dime que no vas a llevar ese conjunto de ropa interior.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —Fruncí el ceño.

—Cariño, esto dice: «hola, soy una abuela de ochenta años», en vez de «¡hola, soy tuya esta noche!» —gritó con entusiasmo.

—Espera, ¿qué? No puede ser cierto que estés pensando que Adrián y yo... Dios, Carolina, eso no es lo que va a pasar esta noche.

—Hermanita, acepta un consejo que soy cinco años mayor que tú. —Apoyó ambas manos en mis hombros para mirarme a los ojos—. Una cena puede llevar a otras cosas, y está claro que os habéis pasado toda la semana hablando por mensajes. Estáis los dos solteros en este momento, ¿qué pasa si os dais un homenaje?

—Madre mía, ¿tú has bebido? Porque no hay otra explicación, vamos.

—Me acabo de tomar un té, pero no llevaba alcohol. En serio, Noe, ponte otra ropa interior, que esto es antimorbo total.

—Pero vamos a ver, Carolina, ¿qué no entiendes de la frase «no voy a acostarme con él»?

—Vale, ya te busco yo algo —dijo yendo hacia el cajón de la cómoda en el que tenía mi ropa interior.

—¿Qué? No, ni se te ocurra, vamos. —Me puse delante—. Voy a usar esto porque es cómodo, que voy a cenar, no a hacerle un estriptis.

—Madre mía, de aquí a que te eches novio otra vez, te saldrán telarañas —resopló.

—Que me acabo de divorciar, por el amor de Dios.

—¿Y? Ese matrimonio estaba muerto y enterrado desde hacía tres años, aunque le perdonaras aquella infidelidad. Y desde hacía tiempo, si tenía otra amiga, dudo que te pusiera un dedo encima.

No respondí, simplemente me limité a ir hacia el armario para seguir escogiendo la ropa que iba a ponerme.

—Bueno, si lo miras bien, el conjunto es negro, no tiene encajes ni nada, pero se ve sexi.

—Por Dios —resoplé mientras cogía un vestido negro de punto con manga larga y que me llegaba un poquito por debajo de las rodillas.

—¿Vas a ir a un entierro?

—Sí, al tuyo como no me dejes tranquila. Me estás poniendo de los nervios.

—Quita, que nerviosa me tienes tú a mí.

—¡Oye! —protesté cuando me hizo a un lado del armario.

Ni caso, es que no me hizo ni caso, guardó el vestido negro y miró entre todas las prendas que tenía colgadas. Acabó cogiendo una falda azul marino que tenía desde hacía un par de años, entallada y que para una cena sí que era perfecta, y una camisa gris de seda que me regaló ella en mi último cumpleaños.

Añadió al conjunto unos zapatos de tacón negros finísimos, que tenía para las reuniones familiares, y las medias.

—Que hace frío y no puedes llevar las piernas al aire —dijo tras colocar todo en la cama.

—¿Y con este frío quieres que me desnude en el asiento trasero del coche? Qué tengo, ¿quince años?

—¿Perdiste la virginidad con quince?

—¿Qué? No, joder, tenía diecisiete.

—Para empezar, si él tiene la edad de mi marido, dudo que te quisiera echar un polvo de veinteañeros en el coche.

—Dios, en serio Carolina, deja de hablar del sexo que no voy a tener esta noche.

—Vale, vale. Ya me voy.

Resoplé volteando los ojos al verla salir, estaba fatal si pensaba que en una primera cena con un hombre al que acababa de conocer, alguno de los dos iba con la idea de tener sexo, en fin.

Me vestí y una vez estaba lista, tuve que darle la razón a mi hermana, me veía bien pero no se lo diría a ella.

Cogí el abrigo, el bolso y el móvil, y salí hacia el salón.

—Mamá, qué guapa estás —me dijo mi niña sonriendo.

—¿Verdad que sí? —contestó mi hermana.

—Voy a cenar con una compañera de trabajo —mentí—. Diviértete este fin de semana con tu padre, ¿vale, cariño? —Le di un abrazo y un beso en la mejilla.

—Y tú también, mamá.

Me despedí del resto de la familia y fui hacia el coche para ir al restaurante en el que me había citado Adrián, ese que, al llegar, vi que era uno de los mejores de la ciudad y que la mitad de este estaba dentro de un hotel.

El restaurante tenía una fachada impresionante, la entrada estaba adornada con luces suaves dando un toque de lo más delicado, y a cada uno de los lados contaba con una gran maceta de

barro y un arbolito.

Dejé el coche en el parquin del hotel tal como me indicó uno de los empleados del restaurante y subí hacia él.

Al cruzar la puerta del restaurante se apreciaba ese ambiente cálido y acogedor que recibía a los clientes, y llamaba la atención la decoración que combinaba el estilo moderno con el clásico en cada rincón.

Las mesas eran de madera y cubiertas con elegantes manteles blancos, mientras que las sillas estaban tapizadas en terciopelo en un suave tono *beige*. Los candelabros que pendían del techo eran verdaderas obras de arte de época, añadiendo un toque de distinción y sofisticación al ambiente.

De fondo sonaba una música suave que acompañaba perfectamente ese ambiente, y las ventanas dejaban ver las vistas de la ciudad de modo que el contraste de la calle oscura con las luces de las farolas y el interior del restaurante era algo perfecto para una velada

No tardé en ver a Adrián en la barra tomando una copa de vino, sonreí acercándome y cuando se percató de mi presencia, sonrió de vuelta.

—Hola —saludé.

—Hola. Estás muy guapa esta noche.

—Gracias, tú también te ves muy bien con ese traje azul marino.

—Te voy a ser sincero, me ha vestido mi hija. —Arqueé la ceja—. Espera, que me he explicado mal. No es que me haya vestido ella, es que ha sido la que ha elegido la ropa.

—Ah, vale. —Reí—. Tranquilo, mi hermana ha hecho lo mismo.

—Tiene buen gusto —sonrió—. ¿Quieres una copa o pasamos directamente a la mesa?

—Vamos a la mesa si quieres, no es que vaya a beber mucho.

—Vale.

Nos acompañó uno de los camareros hasta la mesa que había reservado Adrián y, tras acomodarnos, pidió una botella de vino blanco de la que él estaba tomando.

Cuando me sirvieron la copa y di un sorbo, me sorprendí al saborear aquel líquido dulce y

afrutado.

Nos tomaron nota y pedimos lo mismo, tartar de atún rojo con aguacate, cebolla morada y un toque de salsa de soja, y raviolis rellenos de queso a la carbonara.

—La verdad es que todo lo que he visto en la carta sonaba bien —dije cuando nos quedamos a solas.

—Sí, en este sitio se come muy bien.

—He visto que parte está incorporado al hotel —comenté cogiendo la copa para dar un sorbo.

—Sí, los dueños de ambos llegaron a un acuerdo y por eso están casi unidos. Bueno, ¿qué tal ha ido tu semana?

—Bien, trabajando y ayudando a la niña con los deberes, como de costumbre. Mi vida de mujer divorciada que vuelve a la soltería no es muy diferente a la de casada, aunque bueno, al menos no veo a mi ex ni soporto sus continuos desplantes.

—La niña se ha quedado con tu hermana, ¿no?

—En realidad, cuando le dije a Míriam que esta noche saldría a cenar con una compañera de trabajo y que tendría una noche de chicas sin mí, me recordó que le tocaba pasar el fin de semana con su padre, imagino que no me acostumbro a esto de que tenga visitas con él.

—O sea que se ha ido con tu ex.

—Debió irse poco después que yo, sí —sonreí.

—Vale, ahora volviendo al hecho de que estás cenando con una amiga. —Carraspeó—. Creo que me faltan algunos atributos y me sobran otros.

—Dios, lo siento, es que no estoy preparada para decirle a mi hija que salía con un amigo, hombre. Ella no sabía que mi ex me estaba engañando antes de divorciarnos, y la semana pasada le vimos a él y su nueva compañera en el centro comercial.

—Si te sirve de consuelo, Dakota encontró a mi exmujer con mi ex mejor amigo, se acostaba con él.

—Ostras, eso sí que fuerte.

—Ya ves, cada uno tenemos lo nuestro —sonrió.

Nos trajeron los entrantes de la cena y mientras degustábamos aquella deliciosa mezcla de sabores maridados con el mejor vino, seguimos hablando de todo aquello que nos pasaba por la cabeza, sin olvidar que nos reíamos por cualquier cosa y que me sentía la mar de cómoda con Adrián.

Durante toda la cena se sucedieron miradas de lo más cómplices, hubo algún que otro momento en el que me cogió la mano por encima de la mesa de manera cariñosa, y noté incluso que las miradas de Adrián llevaban algo más oculto.

De postre pedimos mousse de chocolate negro con base de galletas y estaba buenísima. Nos invitaron a un chupito y yo pedí uno de mora sin alcohol.

—En el hotel hay un local tipo discoteca —dijo Adrián tras pagar la cuenta—. ¿Te apetece una última copa?

—Sin alcohol, por favor. —Reí.

—Hecho. —Hizo un guiño y posó la mano en la parte baja de mi espalda.

Fuimos hacia la entrada del hotel y de ahí pasamos al local donde fuimos a la barra y pedimos, *whisky* para él y un agua con gas y una rodajita de limón para mí.

La verdad era que había bastante gente allí disfrutando de la noche del viernes, animados tomando una copa, riendo y bailando al son de la música.

Nos quedamos en la barra charlando y hubo un momento en el que mientras me miraba, deslizó el dorso de la mano por mi mejilla a modo de caricia, sentí un leve escalofrío por la columna y cuando vi que se inclinaba, me preparé para un beso.

Sus labios se posaron en los míos en un roce suave y cálido, y cerré los ojos en el momento en el que nuestras lenguas se encontraron.

Aquel beso estaba siendo el mejor que me habían dado en años.

—Lo siento, pero llevaba queriendo hacerlo desde que te vi llegar —dijo con la frente apoyada en la mía.

—No ha estado tan mal, no te disculpes hombre —sonreí.

—Vale, me alivia saber que no he perdido la práctica en los besos.

—No sé si antes besabas así, pero no me quejo, vaya.

—¿Puedo repetir?

—Sería de locos, pero... vale.

Ambos sonreímos y acabamos besándonos de nuevo, solo que el beso nos llevó a dirigir la mano libre por el cuerpo del otro y, mientras que yo deslizaba la mía por su torso, él bajaba la suya por mi espalda hasta darme un apretón en la nalga.

El hecho de que hiciera tanto tiempo que alguien no me tocaba, hizo que me estremeciera mientras sentía una leve punzada de deseo en cierta parte que ni yo misma me había tocado en los últimos tiempos.

—Si no paro ahora, soy capaz de subirme a una habitación de este hotel —murmuró mirándome con los ojos cargados de un deseo que no podía obviar.

Y entonces pensé en mi hermana, en eso de que podría dejarme llevar por una vez y que no le hacía mal a nadie.

—No soy de irme a la cama con nadie así, tan pronto —contesté.

—Entiendo.

—Pero si no subo contigo a una habitación, posiblemente me arrepienta en cuanto entre en casa porque también me apetece.

—¿Estás segura? —Me acarició de nuevo la mejilla.

—Sí —sonreí.

Me dio un último beso y, tras pagar nuestras bebidas, fuimos hacia la recepción del hotel donde, apenas unos minutos después le entregaron la llave de la habitación.

Subimos en el ascensor y fuimos dándonos cortos besos todo el camino hasta que llegamos a la sexta planta, entrelazó nuestras manos y caminamos hacia la puerta.

Nada más abrirla y entrar en la habitación, nos devoramos en un beso urgente, nos fuimos desprendiendo de la ropa y cuando llegamos a la cama, me recostó en ella para seguir besándome desde el cuello hasta mi zona íntima.

Dejó una lenta lamida en el clítoris que me hizo estremecer de pies a cabeza, y no tardó en dar otra pasada mientras con el dedo tanteaba un poco la entrada de mi vagina.

De manera lenta, pero intensa, me fue llevando hasta el momento en el que dejé salir un grito de mi garganta tras sucumbir al placer y liberé el clímax.

Sobraba decir que fue así de rápido e intenso porque hacía un tiempesito que yo no tenía sexo.

No tardó en volver a besarme de nuevo con esa pasión que me iba a volver loca mientras sus manos acariciaban cada centímetro de mi piel.

Le vi levantarse un momento y regresó con un preservativo en la mano que no tardó en ponerse para, segundos después y mientras me besaba, penetrarme despacio hasta quedar completamente unido a mí.

—Oh, por Dios —gemí mientras se movía, comenzando a hacerlo cada vez más y más rápido.

Me agarré a sus hombros con fuerza y acompasé mis movimientos a los suyos, hasta que los dos, varios minutos después, llegamos de nuevo a ese momento culmen sucumbiendo al placer.

—¿Todo bien? —preguntó con la frente apoyada en la mía.

—Genial —sonreí soltando el aire con un leve suspiro.

—Está la noche pagada y también el desayuno.

—¿Quieres que me quede a dormir?

—Me gustaría, sí.

—Vale, pero solo porque creo que no podría dar un solo paso. Me tiemblan las piernas.

—Ah, entonces tampoco he perdido la práctica en temas de sexo, tomo nota —comentó y me eché a reír.

Había sido algo rápido, pero de lo más intenso, y a pesar de que no entraba en mis planes irme a la cama con él, ahí estaba, viéndole ir hacia el cuarto de baño para asearse y volver con una toalla húmeda que pasó por mi zona con un cuidado que me dejó impactada.

Se acomodó a mi espalda, nos cubrió con las sábanas y pasó el brazo por mi cintura.

Aquella había sido una locura, pero qué locura tan placentera.

Capítulo 20



Adrián

Estaba deseando verla. Contaba las horas. Reservé mesa en un lujoso restaurante que suponía que sería de su gusto, ya que era muy minuciosa para todo y aquellos platos de cocina de diseño que servían en él era más que posible que le entusiasmaran.

Desde que estuve con Noelia en aquel hotel en la anterior ocasión, ansiaba volver a hacerlo, volver a experimentar el placer de sus caricias. Con esto no estoy queriendo decir, ni mucho menos, que mi idea fuese la de quedar con ella para darle un revolcón, hablando mal y pronto, pero que tampoco podía negar que esperaba volver a compartir esa intimidad con alguien que me atraía tanto.

A la hora convenida, la vi salir de la casa de su hermana, brillando con una luz especial. Su sonrisa, tan encantadora y fresca, iluminaba todo a su alrededor. Había algo en su dulzura que, combinado con ese toque de picardía, me tenía completamente cautivado.

Estaba sosteniendo el móvil porque acababa de recibir un mensaje, y en el momento en que ella me miró y empezó a acercarse, se me resbaló de las manos por lo mucho que me había impactado.

Me bajé de inmediato y ella miró hacia atrás, como temiendo que su hija la pudiera observar por la ventana. Y en el instante en el que comprobó que estábamos a salvo de miradas, me dio un beso.

Hice por alargarlo todo lo que pude. Me encantaba su sabor, la manera tan dulce en que se entregaba a mis besos y la sonrisa que me regalaba después. Todo en ella era refinado y, al mismo tiempo, sencillo, accesible y arrebatador porque, lo supiera o no, tenía un encanto irresistible.

Su vestido negro, que se ajustaba a su figura, era realmente un espectáculo para la vista. No podía evitar fijarme en él, era como un imán. Era de punto, con un escote que lo hacía sexi y

elegante a la vez. Lo complementaba con unos modernos botines y un cinturón muy llamativo. Sobre los hombros, llevaba una de esas chaquetas de pelito que tan de moda estaban. Su melena, perfectamente alisada, su maquillaje de noche y sus labios rojos resaltaban aún más su belleza... Cielos, ¿cómo podía tener tanta suerte?

—Estás... estás deslumbrante —le comenté en cuanto cesó ese beso y le abrí la puerta del coche para que entrase.

—Tú tampoco vienes nada mal —me respondió mientras hacía ese gesto tan suyo de mordisquearse un poco el labio inferior por los nervios.

Yo estrenaba un traje de chaqueta también en negro, combinado con una camisa blanca y sin corbata, para darle un toque más desenfadado.

Subió al coche y enseguida estuvimos en el restaurante. Aunque el trayecto no era largo, se me hizo muy corto.

Siempre que estaba con ella, parecía que el tiempo se acortaba a mi alrededor.

El metre nos esperaba. Era de mi total confianza. Escogí uno de esos restaurantes que siempre me gustaron porque a pesar de lo glamuroso, no había un excesivo postureo como en otros recién inaugurados en los que la gente parecía estar asistiendo a una gala de los Grammy más que a cenar.

Enseguida nos situaron en una mesa que solían reservar para mí. Contaba con una zona acristalada con preciosas vistas.

—Guauuu, si da la sensación de que aquí se está metida en una burbuja más que en la terraza de un restaurante —me comentó.

—No estaría mal... No es mala idea, una burbuja para ti y para mí.

—No, no estaría mal.

Pedí vino, el mejor de la casa. Noelia me producía unas sensaciones tales que la garganta se me secaba a su lado. Y a ella parecía ocurrirle lo mismo a juzgar por el modo en el que tomó ese primer sorbo.

Había una conexión increíble entre nosotros. Era evidente que ella había anhelado con todas sus fuerzas que llegara esa noche para vernos, al igual que yo.

Ella parecía estar algo inquieta, tanto que, al dejar su copa sobre la mesa, la chocó con la mía y a punto estuvo de verter el contenido sobre el blanco e impoluto mantel.

Sus mejillas adquirieron un tono carmesí intenso, y, afortunadamente, mis reflejos son rápidos, lo que me permitió corregir la situación antes de que se volviera incómoda.

—Gracias, qué patosa —me dijo entonces un tanto apurada.

—Nada de patosa y, además, que no ha ocurrido nada.

Aquel vino blanco, proveniente de una de las mejores cosechas de su prestigiosa marca, continuaba intacto en la copa. Y sería una mentira afirmar que mi imaginación no fantaseó con la idea de derramarlo sobre su suave y sedosa piel, esa misma con la que anhelaba fusionarme.

Ella también mostraba un aire travieso y lleno de deseo, aunque dudo que pudiera percibir en mi mirada esa fantasía que, lejos de avergonzarme, me puso muy duro. Hay aspectos de la naturaleza masculina que son inevitables de contener, y lo que sentí en ese momento sucedió sin más.

Hicimos la comanda cuando el camarero se acercó a nuestra mesa. Se dejó llevar por mis recomendaciones al entender que conocía la carta.

Me decanté por unas exquisitas tartaletas de espárragos y salmón, junto con unos bocaditos de langosta como entrante. Para el plato principal, me decidí por una ternera rellena de foie, de la mejor calidad, que se deshacía en la boca con cada bocado. Y, por supuesto, todo esto regado con un vino de primera.

En mi caso, bebí con total moderación, puesto que debía coger el coche de nuevo. No necesitaba que el alcohol corriera por mis venas en grandes cantidades para sentirme audaz y atreverme a acercarme a una mujer, y menos a Noelia, con quien la química era palpable y en nuestras miradas se podía leer el deseo que ambos compartíamos.

La conversación con ella me resultaba muy interesante. Hacía tanto tiempo que no me sentía así... Y no podía evitar reírme a carcajadas con sus cosas. Era tan ocurrente, poseía una chispa única, y esa mezcla de dulzura y humor me hacía desear devorarla en ese instante, justo ahí, sobre la mesa, como si fuera el postre más exquisito.

Llegó un momento en el que me ensimismé tanto que apenas me di cuenta de que me estaba hablando.

—Adrián, ¿estás aquí? —me preguntó pasando divertida sus dedos por delante de mis ojos.

—Claro, claro, qué era eso que me decías.

—Que si te apetece compartir postre. Es que me resultará demasiado uno para mí sola. Y más si vamos a ir a bailar y a...

Lo dejó ahí. Era muy elegante. Ya lo había dicho; tenía tantas ganas como yo de que terminásemos la noche juntos. Y así sería.

El primer postre, ya que sabía que el plato fuerte lo disfrutaría a solas con ella, fue un delicioso *coulant* de chocolate blanco acompañado de helado de vainilla y una mezcla de frutos rojos. Una auténtica delicia que saboreamos mientras nuestras miradas se entrelazaban, sin perderse ni un instante. Con cada segundo que transcurría, la tensión sexual entre nosotros crecía, y no era eso solo; su mera presencia hacía volar las manecillas del reloj.

A pesar de esa sensación de que el tiempo volaba a su lado, por suerte aún teníamos una buena parte de la noche por disfrutar.

—¿Te apetece bailar un poco? —le pregunté al salir del restaurante.

—¿Lo dudas? —me respondió divertida.

No se trataba solo de algo que nos gustaba a ambos, sino que también caldearía tanto el ambiente que estaba seguro de que llegaríamos a lo justo al hotel, ese en el que elegí una cómoda *suite* para pasar la noche con alguien que daba la impresión de merecerlo todo.

Fue ella quien me comentó a qué local de baile le apetecía que fuésemos.

—En ese estuvimos una noche con las amigas de Carolina y nos lo pasamos genial. Es de música latina —me comentó.

—La mejor elección. Pues no se hable más, allá que vamos.

Me pareció genial. Nunca había estado allí antes y el ambiente era elegante, sin estar abarrotado de personas que, en lugar de disfrutar de la música, parecen más interesadas en mostrar su vida en las redes sociales.

A nosotros no nos interesaba nada de eso. Lo que deseábamos era bailar muy pegados. Y así lo hicimos desde el primer momento, ya que sonó una *kizomba* y es el baile ideal para ello.

Nuestras caderas se entrelazaron de manera perfecta, como si fuéramos una extensión el uno del otro. Cada paso que daba parecía ser anticipado por ella, como si compartiéramos un lenguaje secreto. Esa sonrisita traviesa que me dedicaba era la prueba de nuestra conexión, una complicidad que desbordaba sensualidad, porque Noelia, en su esencia, era pura atracción.

Sonaba *Lento* de Daniel Santacruz. Sensuales, de sus labios iban saliendo las palabras que componían su sugerente letra, esa que me hacía arder... «*Y que me gusta lento, ay!! Llévame despacio que no hay prisa...*»

Era ella quien me la cantaba entre susurros y yo quien, al ser el hombre y tener que llevar la iniciativa en ese tipo de bailes, la tomaba. Me encantaba tenerla así de cerca, que se tratase de un baile tan pegado, ya que me daba la posibilidad de comprobar cómo se le aceleraba el pulso y cómo los latidos de su corazón iban a más y a más, mientras su sonrisa llevaba mis fantasías a lo más alto.

Tomamos algunas copas, aunque enseguida elegí cócteles sin alcohol que me permitiesen pasármelo de lujo bailando con ella y no ponerla en peligro al volver a subírnos al coche y ponerme al volante. Eso no me lo hubiese perdonado a mí mismo jamás, aparte de que nunca pondría en peligro mi propia seguridad tampoco. La vida es demasiado bonita para jugártela por unas copas.

Cuando sentimos que nuestras energías se agotaban y ya no podíamos seguir en la pista, decidimos acercarnos a la barra para tomar un respiro y seguir charlando. Noelia tenía una forma de cautivar me que era única; cada palabra que salía de su boca me mantenía hipnotizado y nunca me cansaba de escucharla.

Me sonó el teléfono en ese instante. Se trataba de una equivocación porque quien llamaba preguntaba por un tal Samuel con insistencia. Para hacerme entender, tuve que acercarme a la puerta y alejarme un poco del ruido.

Al volver, vi cómo un chico insistía en bailar con ella. La tomaba por el brazo y Noelia, entre risas y gestos de que no, se resistía. La miré con una amplia sonrisa y entendió que no me molestaba en absoluto, por supuesto que no. Y eso que también se dejaba ver el deseo en los ojos de ese otro chico.

Siempre he sido de pensar que es una suerte cuando algo así te sucede. Otro mira a la mujer que te acompaña con esos ojos y tú sabes que la noche la terminará contigo, ¿se puede tener más suerte? No es una cuestión de rivalidad, sino de agradecer al universo lo bueno que te sucede.

Mientras tomaba pequeños tragos de mi copa, observaba cómo se movía con ese chico. Su forma de bailar era completamente diferente a cuando lo hacía conmigo. Derrochaba arte, porque lo tenía, pero cuando estaba a mi lado, se entregaba por completo, no había comparación.

En el instante en el que fue a dejar de bailar con él, una chica me agarró de la muñeca y me llevó a la pista. Hubiera sido descortés actuar de otro modo, así que terminé bailando una canción con ella, mientras Noelia nos observaba con una sonrisa tranquila y comprensiva.

En cuanto nos vimos libres ambos, nos dimos un beso en la barra, y vaciamos nuestras copas con prisa para no dejarlas abandonadas. Tomé su mano para llevarla de nuevo a la pista de baile, listos para desatar nuestra energía y disfrutar al máximo de la noche.

Comenzaba a sonar bachata en ese momento y, por tanto, me tuve que separar algo más,

aunque el comienzo de la canción lo bailamos también muy pegaditos.

Sonaba *Apretaíto* de Charles Luis, «*A ti nadie te va a tirar, ya yo te disparé, y esta noche se baila, a a a a apretaíto, bebé...*»

Nos estábamos cociendo a fuego lento sobre la pista de baile. Ella se movía de una manera tan insinuante que no me sentía capaz de quitarle los ojos de encima. Estaba deseando exprimir los minutos. Se notaba lo bien que nos sincronizábamos sobre la pista. Y no solo allí.

Mi imaginación estaba en plena ebullición, visualizando ese otro momento en el que dejaríamos atrás el baile vertical para entregarnos al horizontal sobre la cama de esa *suite* de hotel que ya estaba deseando probar con ella. Deseaba con todas mis fuerzas revivir el sueño de tenerla desnuda entre mis brazos, de saborear cada centímetro de su piel, de que su esencia me envolviera cada vez más intensamente, y de poder susurrarle al oído esas palabras que la hacían arder en las llamas del deseo.

Capítulo 21



Adrián

Ya íbamos camino del coche. La llevaba cogida por la cintura y soñaba con el momento de entrar con ella por la puerta de la *suite* y poder dar rienda suelta a todo eso que mi imaginación había ido dando forma durante la noche.

Por cierto, y hablando de formas, la suya, tan bonita, se arqueó de repente al írsele el cuerpo hacia delante. Por supuesto que no la dejé caer, agarrándola con fuerza. Entonces le dio la risa.

—¡¡Mierda!! Mis mejores zapatos de tacón. Se fueron, chao, ya no me servirán más — comentó mientras se agachaba y enseguida se levantó con uno de los tacones en la mano.

—Anda, si se ha quebrado...

—¿Quebrado? Esto ya no sirve más que para utilizarlo como arma arrojadiza, en todo caso. — Me miró con él en la mano.

—Espero que no estés pensando en atentar contra mí. Soy bueno. —La miré con un puchero y saqué su risa.

—Lo pareces. Pareces un buen tío y, encima, es que lo estás, eso no se puede negar. —Me hizo un gesto de que le parecía irresistible y quien no se pudo resistir a pellizcarle las nalgas fui yo.

En ese instante, dio un gracioso bote hacia delante y por segunda vez estuvo a punto de caer, ya que con un zapato bien y otro sin tacón, estaba totalmente inestable.

—¡¡Cuidado!! ¡¡Que te la pegas!! —La sujeté.

—Ya te digo que no puedo echar el paso. Tendré que ir descalza y eso que el suelo debe estar bien fresquito.

—No lo consentiré, de eso nada —le contesté decidido.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Prestarme tus zapatos? No son nada femeninos y encima no veas si son grandes, ¿qué número calzas? Si pareceré que voy metida en un par de barcas...

—No, no pensaba dejarte nada, ¡¡más bien hacer esto!! —le anuncié mientras la cogía en brazos.

No se lo pensó mucho para rodearme con sus piernas y besarme en ese momento en el que mi cuerpo elevó su temperatura de golpe en varios grados. Debió ser así porque sentí fiebre.

La llevé hasta el coche casi sin ver. Nos besábamos, reíamos, ¡¡si hasta se puso a chillar!! Una vez dentro, me miró lujuriosa. Ya digo que ella sí que bebió algunas copitas y que estaba de lo más simpática.

—Venga, tú mete la llave que yo le doy a la palanca.

Lo llevé a cabo y cumplió con su promesa. Solo que, como ya imaginaréis, no se refería a la de cambio. Me costó conducir con ella tan decidida, deseando que la fiebre de mi pasión aumentara sin cesar. No era malestar lo que me provocaba, sino un ardiente deseo de poseerla.

Subimos en el ascensor, sintiéndonos como dos caramelos a punto de derretirse, ansiosos por llegar a la *suite*. Al abrirse las puertas, nos topamos con una señora mayor que soltó una risa traviesa al darse cuenta de que me vi obligado a pegarme a Noelia, ya que mi bragueta había aumentado de tamaño considerablemente y no era plan de pasearme así por el hotel.

—¡¡Qué cara ha puesto la señora!! —Se reía ella picante.

—Pues sí, pero que digo yo que dónde irá tan elegante y a estas horas de la madrugada, con lo mayor que es.

—Pues lo mismo va a buscar un gigoló, ¡¡que la noche es joven!!

—La noche sí, ella ya no tanto, la verdad.

—Es verdad, por eso tenemos que aprovechar ahora que somos jóvenes. Trae la llave, que voy abriendo.

Su actitud era desinhibida, el alcohol la soltaba y yo me estaba divirtiendo a lo grande a su lado. Cuando entró y se encontró con lo que había preparado, su expresión se iluminó de emoción.

—Qué bonito y romántico, por favor —suspiró.

—No más bonito que tú, preciosa. —La besé.

—Tengo que ir al baño un momentito, ¿vale?

—Claro, pero no tardes mucho. —Le guiñé el ojo.

Hice una llamada al servicio de habitaciones mientras entró. La idea que tuve durante la cena con el vino podría hacerla realidad con champán, el cual podría beber a placer, pues ya no conduciría más hasta por la mañana. Aparte, que tampoco pensaba emborracharme, salvo que fuese de Noelia... De ella sí que podría emborracharme por completo, ya que ese cuerpo suyo me resultaba adictivo.

La situación fue de lo más inesperada, ya que ni yo me di cuenta de que debía avisarla, ni ella se percató de que estaba abriendo la puerta para que me entregaran el pedido. En ese momento, salió de lo más sexi, luciendo un conjunto de lencería que dejaba poco a la imaginación, acompañado de unos movimientos tan felinos que no solo me dejaron sin aliento a mí, sino que también impactaron al chico que subió la bandeja con el champán y las fresas con nata que había encargado.

La expresión de sorpresa en su rostro fue digna de ver, mientras se apresuraba a regresar al baño, y yo no puede contener las carcajadas.

—Sal ya, que se ha ido, Noelia.

—Eso me lo das por escrito, letrado, que no me fío.

—En serio, ¿crees que te lo diría si continuase aquí? Mujer, que ha sido un descuido.

—Un descuido que le ha alegrado la noche al chaval, pero a mí me ha dejado muda.

—¿Muda tú? Seguro que no, que me estás contando. Y, además, que debes estar acostumbrada a dejar a los hombres sin aliento.

—Que no, que yo soy una chica normal —me comentó, cosa que me resultó deliciosa, abriendo un poco la puerta para comprobar que le decía la verdad.

La atrapé de nuevo y volví a levantarla en mis brazos, sintiendo su calidez. La llené de besos, mientras dejaba caer suavemente sobre el colchón. Antes de hacer cualquier movimiento, me quedé ahí, hipnotizado por su belleza, mirándola embelesado durante unos segundos.

—Preciosa, realmente eres preciosa.

No me contestó. Se mordió el labio inferior y me resultó de lo más excitante. Descorché la botella de champán, le retiré con mimo la ropa interior y lo primero que hice fue depositar unas gotas en su boca, pues así me lo pidió, entreabriéndola.

Las siguientes gotas se deslizaron por el canalillo de su pecho, creando un pequeño río que serpenteaba entre sus senos, avanzando hacia su ombligo, donde finalmente cayeron.

La situación era realmente chispeante y nunca mejor dicho, al tratarse de champán. La deseaba con una intensidad desbordante, y lo dejé claro por la manera en que saboreaba cada sorbo, como si mi existencia dependiera de ello.

Noelia estaba ya de por sí muy excitada, y con ese movimiento por mi parte, se humedeció todavía más. Su abdomen se elevó con un suave movimiento, su cuerpo se curvó seductoramente y acercó su intimidad a mis labios de una forma irresistible.

Dejé que unas gotas cayeran sobre él, sobre ese sexo que me atraía con una fuerza irresistible. Con mi lengua, las fui recogiendo, saboreando cada una de ellas con avidez. La imagen se grababa en mi retina, mientras que sus gemidos iban de mis oídos al cerebro, de donde se negaban a desvanecerse.

Unas cuantas gotas más dejé que cayeran suavemente, deslizándose hacia el interior de su vagina, apenas unos milímetros, ya que mi lengua se movía nuevamente con destreza para atraparlas y mantenerlas en su lugar.

Noelia se aferraba a las sábanas con una intensidad palpable, y era imposible no notar cómo el placer se intensificaba en ese cuerpo que tanto me fascinaba, en ese cuerpo que me mantenía en un estado de ebullición constante.

Mientras mi lengua llevaba a cabo esa incursión en su vagina, mis dedos acariciaban su clítoris. Moría por ver cómo le pasaba, cómo volvía a retorcerse por el placentero efecto de un orgasmo que la invitaba a chillar para mí.

No me detuve hasta percibir esa especie de palpitaciones que surgían en su interior. Supe que estaba a punto de suceder y deseé saborear el resultado de lo que había desencadenado con mi lengua, sintiendo su esencia sobre ella como si fuera un torrente de fuego.

Se acodó entonces sobre la cama. Me quería dentro y me lo hizo saber.

—Penétrame ya, no esperes más, por favor —me rogó mientras llevaba mi boca hacia la suya, mientras me daba un largo beso.

Lo que comenzó como un beso apasionado se convirtió rápidamente en una experiencia indescriptible, mientras mi miembro se adentraba en ese estrecho y cálido canal de su vagina, llevándome a un mundo de sensaciones. Su abundante lubricación facilitaba cada movimiento, haciendo que mi deseo se intensificara con cada centímetro que recorría de su interior, sintiendo cómo mi pene se endurecía cada vez más y más, atrapado en un placer que parecía no tener fin.

Cuando llegué dentro, la cogí fuerte por las manos y comencé a moverme con ella haciendo presión, buscando esa postura que la hiciera delirar por completo.

Me movía con fuerza, sin permitir que perdiéramos el contacto visual en ningún momento, pues si algo me ponía de aquello era notar lo muy excitada que se encontraba.

Fueron muchas mis embestidas y cada vez llegaba más adentro. Con sus pies sobre mis hombros, pues así se los puse, entraba tanto en Noelia que daba la impresión de que, en lugar de dos cuerpos, formábamos solo uno.

Sus pechos, tan tersos y pidiendo guerra también gracias a la dureza de sus pezones, fueron los destinatarios de las caricias de mis dedos primero, para dar luego paso a ese juego de lengua que condujo a que se corriese de nuevo, en esa ocasión conmigo dentro.

Es difícil describir el placer que noté en ese momento en el que se estrechó más y más para mí, hasta el punto de que me oprimió tanto que de mi garganta se escapó un rugido. Un rugido que fue la señal de que me iba a pasar también.

La noche apenas comenzaba, y lo que habíamos vivido hasta ese momento era solo la punta del iceberg. Nuestras ganas, acompañadas por el burbujeante champán y las fresas con nata para introducir también en esos juegos... Al final, casi nos encontramos el amanecer, con el corazón latiendo a mil por hora y sin haber pegado ojo.

La noté tan cansada como satisfecha en el momento en el que nos decidimos a cerrar los ojos durante un rato antes de abandonar la *suite*.

El sexo con Noelia estaba a otro nivel, me gustaba muchísimo. Pero lo curioso del caso era que no me gustaba menos cuando, tras hacerlo, nos quedábamos tumbados el uno al lado del otro.

Me estaba sorprendiendo mucho con todo aquello, si bien notaba que no era el único sorprendido. Nuestros caminos se habían cruzado en momentos complicados a nivel sentimental para ambos, en momentos en los que ninguno esperaba encontrar nada y, ni mucho menos, lo buscaba.

Tal vez lo que hacía que todo se sintiera tan mágico era el momento en que observé cómo sus párpados se iban cerrando poco a poco, y en ese instante, deseé que el tiempo se detuviera.

La abracé fuerte para que se durmiera y ella respondió a mis abrazos con otros. No teníamos intención de soltarnos sobre un colchón en el que derrochamos muchísima pasión.

Un rato después me desperté. Ella continuaba plácidamente dormida. La hubiese dejado descansar todo el día, pero era hora de volver a casa, cada uno a la suya.

Se sorprendió al ver la hora que era.

—Buenos días, ¿por qué tiene que pasar el tiempo tan deprisa? Si parece que acabo de cerrar los ojos.

—Hace ya un ratito. Tampoco tanto, porque estuvimos... Bueno, ya sabes.

—Ya. Liados hasta las tantas —me sonrió.

—Me temo que nos tenemos que ir, pero antes ¿tienes tiempo para desayunar?

—Sí, claro. No seré persona hasta tomarme un café.

—Pues voy pidiendo el desayuno y que nos lo suban.

—Me estás malacostumbrando, si después pido el libro de reclamaciones cuando dejes de hacerlo, que no te coja por sorpresa.

—¿Y quién te ha dicho que dejaré de hacerlo?

—Estamos entrando en terreno pantanoso. Ve pidiendo ese desayuno mientras me doy una ducha.

—Lo pediré rápido y me ducharé contigo.

—Entonces, igual no salimos a tiempo de la *suite* y te cobran un día más. Además, tengo que volver —suspiró.

—Y yo también. Venga, dúchate, desayunamos y te llevo a tu casa.

—A casa de mi hermana, querrás decir.

—La casa de uno es allí donde le quieren.

—Eso ha sonado muy bonito —suspiró de nuevo.

Entendía los momentos por los que estaba pasando y no debían resultarle fáciles. Me ponía en su piel y comprendía que no era nada justo lo que le había sucedido y, a pesar de ello, estaba allí, dedicándome la más bonita de las sonrisas de buena mañana. Valía mucho.

Capítulo 22



Noelia

Estábamos a solo unos días de Navidad, y ya se notaba en las calles, no solo por la decoración y el olor a castañas asadas que había por algunas de ellas y por las plazas, sino por los niños que ya estaban acabando las clases.

Y hablando de niños, mientras estaba dejando una carpeta en el despacho de mi jefe, me llegó un mensaje de mi madre con las notas de Míriam. Sonreí al ver que mi pequeña había aprobado todo, algo que me hacía feliz porque el divorcio no le había afectado.

—Vaya sonrisa tienes —dijo Rober entrando en ese momento en su despacho.

—Como para no tenerla, ya que mi niña ha aprobado todas.

—Si es que es igual de lista que su madre —sonrió—. Por cierto, ahora que te pillo a solas...

—No me digas que me vas a despedir, por favor, que me da algo.

—¿Despedirte? ¿Qué dices? Ni que estuviera loco, vamos. Lo que sí voy a darte son vacaciones.

—¿Vacaciones? ¿Por qué?

—Porque sí, porque te las mereces. Mira, con todo lo del divorcio sé que lo has pasado mal y te quedaste hecha una mierda, aunque no lo digas, ese hombre llevaba contigo media vida casi, y tienes a la niña sin cole, así que, este año, en vez de que la dejes con tus padres, quiero que disfrutes de ella. Os sentará bien estar juntas.

—Madre mía, si es que eres el mejor jefe del mundo. —Le di un abrazo.

—Así me gusta, que sonrías más que te ves guapísima.

—Te has ganado un regalito de Navidad, por buena gente. —Le hice un guiño.

Volví al trabajo y le mandé un mensaje a mi madre para decirle que iba a llevar una tarta de nata y trufa para merendar por las notas de mi niña, y las de Sofía que sabía que también era buena estudiante y seguro que había aprobado todas.

Y justo cuando llegaba a mi puesto, vi que había un hombre allí esperando, de espaldas al pasillo por el que yo caminaba.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle? —pregunté, y cuando se giró, me quedé parada y con los ojos abiertos—. ¿Adrián? ¿Qué haces aquí? No me digas que necesitas una gestoría.

—No —sonrió—, pero pasaba por aquí y pensé en invitarte a café.

—Ya, pasabas por aquí —sonreí mientras negaba—. Dame un momento que cojo mis cosas y vamos a tomar ese café.

Asintió, cogí el bolso para guardar el móvil y cuando iba a ponerme el abrigo, él me ayudó.

Habían pasado varios días desde que cenáramos aquella primera vez en la que acabamos en la habitación del hotel, y después de esa nos habíamos vuelto a ver para un café en domingo por la tarde, una comida en sábado, y otra cena que acabó igual que la primera.

Salimos de la gestoría y, en cuanto nos alejamos lo suficiente, me pasó el brazo por la cintura mientras se inclinaba para darme un beso en los labios, sonreí y continuamos caminando hacia la cafetería de la esquina, donde nos acomodamos y pedimos un par de desayunos completos.

Cuando nos los trajeron, hablamos del tema que a los dos tanto nos gustaba, que no era otro que nuestras hijas.

Al igual que yo, él estaba de lo más contento porque Dakota había aprobado todas, y sin duda se había ganado todos y cada uno de los regalos que había pedido en esa lista que fue tachando con mi ayuda en la perfumería la primera vez que nos vimos.

—No te he preguntado —dijo tras dar un bocado a la tostada—, ¿tu ex ha cancelado alguna visita más con la niña? —preguntó, y es que el fin de semana de nuestra primera cena, cuando llegué a casa a la mañana siguiente después del desayuno, vi a mi hija estudiando en el salón y mi hermana me dijo que, como Vicente no aparecía, le llamó y dijo que no podía ir a buscarla.

—Sí, ha cancelado alguna más —suspiré.

—Pues no lo entiendo, debería estar feliz de ver a su hija.

—Eso dice mi familia, pero qué le vamos a hacer, debe ser que le estorba en su nueva vida. — Me encogí de hombros—. Yo lo siento por mi niña, pero ella misma dice que no sabe de qué nos sorprendemos si ya nos daba plantones mientras vivíamos con él.

—Pues lleva la razón. No sé si preguntar si va a ver a su padre estas Navidades.

—No, no le va a ver. Se va de viaje fuera de España, debe ser que ahora le va mucho mejor el negocio.

—Yo no me perdería unas Navidades con Dakota, en la vida.

—Es que hay padres, y luego está mi ex, que un premio por padre se llevaría, pero al peor de mundo.

—Por suerte te tiene a ti —sonrió.

—Sí, y mi jefe me acaba de dar vacaciones de Navidad, así podré estar con ella.

—Eso es genial. ¿Y qué planes tenéis?

—Mis padres se van a pasar Nochebuena y Navidad al pueblo, con unos primos de mi padre que no tienen hijos, van todos los años para al menos cenar una noche con ellos. Mi hermana las pasa en casa de los suegros, y nosotras solitas en casa de mi hermana. Ya para fin de año lo pasamos todos juntos, o bien donde mis padres, o donde mi hermana, eso aún está por ver. ¿Y vosotros? ¿Cenáis en familia? —Di un bocado a la tostada mientras él bebía de su café.

—Como vosotras, Nochebuena y Navidad, solos. Mis padres van a una fiesta así que estaré con la mujercita de mi vida —sonrió y me contagió a mí, porque me encantaba ver ese brillo en sus ojos cuando hablaba de su hija—. En fin de año sí cenaremos con ellos.

—Seguro que Dakota querrá salir esa noche con las amigas.

—No, no, ella en ese aspecto aún no se ha soltado. —Rio—. Y mejor, que se espere a los dieciocho que no estoy preparado para algunas cosas.

—Yo mucho menos.

—Oye, se me está ocurriendo algo —dijo mientras dejaba el café en la mesa.

—¿El qué?

—¿Y si os venís Míriam y tú a cenar con nosotros?

—¿Cuándo?

—En Nochebuena, así no estaremos solos. Podéis quedaros a dormir, tenemos sitio, y comemos el día de Navidad.

—No, no, eso es una locura.

—Bueno, una más —sonrió de medio lado a sabiendas de que desde la primera noche que nos acostamos, y que nos pareció una locura, habíamos hecho unas poquitas ya.

—Es que, además, ya tengo todos los regalos guardados en el altillo del armario de mi hermana, así que no sé cómo podría llevarlos a tu casa.

—No hace falta que los traigas todos, puedes sacar unos cuantos y guardarlos en el maletero del coche. Los demás, se los puedes dar para Reyes.

—Una gran idea, para que me vean los vecinos de mi hermana y se piensen que estoy robando. —Reí.

—Venga, dime que sí, que será divertido. Así las niñas se conocen, que estoy seguro de que se van a caer muy bien.

—O nos vuelven locos en dos días, vete a saber.

—Es una posibilidad, sí, pero estoy dispuesto a correr el riesgo. No sé, llámame loco, pero me apetece pasar esos días contigo y conocer a tu hija —dijo mientras me cogía la mano por encima de la mesa.

—No sé, Adrián, es que es una locura mucho mayor que no ir a dormir una noche a casa de mi hermana y después decirle dónde estuve. Estamos hablando de dormir en tu casa.

—Te aseguro que por muy cómodo que sea el colchón de un hotel, el de mi cama lo es más.

—A ver, a ver, ¿no decías que tenías sitio en la casa? ¿Por qué me hablas de tu cama? Mira que, si hiciera la locura de llevar a mi niña a tu casa, no sería para dormir contigo.

—No me refería a mi cama, pero que también tiene un colchón muy cómodo.

—Verás, que tú quieres hacerme el lío. —Reí.

—Solo quiero que no paséis esa noche solas, nada más.

Era una locura, desde luego, pero mentiría si no dijera que yo también quería ver a nuestras hijas juntas, solo para ver si realmente se caerían bien, aunque seguramente que así fuera.

—Es una locura, Adrián, una de las más grandes que se me hayan pasado alguna vez por la cabeza.

—Así que te lo estás planteando, vale, bien. ¿Qué podría decirte para convencerte del todo? Tal vez... ¿que soy un buen cocinero?

—Eso suena muy bien, sí —sonreí.

—Y si prometo sorprenderte, ¿qué me dices?

—Me habías ganado con lo de que eres un buen cocinero. Es una locura, de verdad, pero vale, iremos a cenar con vosotros.

—Que vivan las locuras, entonces. —Hizo un guiño y sonreí negando.

Sí que era una locura, sí, pero si no iba a cenar, posiblemente pasara toda la noche pensando y preguntándome ¿cómo habría ido la cena?

Capítulo 23



Adrián

Me levanté bien temprano para ir a hacer las últimas compras para la cena de Nochebuena que era esa noche y, a la vuelta, pasaría a recogerlas por su casa, tal y como habíamos hablado.

Me hacía una tremenda ilusión. Todo me estaba resultando tan inesperado y a la vez tan sorprendente... Sin duda tenía que ver con esa magia de la Navidad de la que se suele hablar.

Mi hija no me puso ninguna objeción porque sabía que estaba viviendo un momento bonito y le había prometido no hacer ninguna locura, pero me veía feliz y me apoyaba en todo. La realidad es que le pareció genial la idea de que vinieran a casa a pasar con nosotros estos dos días.

Me daba muchísima alegría que así fuera, porque de otra manera no lo habría hecho. Habíamos creado un clima familiar estupendo desde que se marchó Silvia y desde luego que no me hubiese arriesgado a estropearlo. Pero Dakota, una vez más, me demostró lo grande que era en todos los sentidos. Y hasta parecía hacerle ilusión también.

—Buenos días, papá. —Apareció estirándose por la cocina.

—Buenos días, amor mío. —Me acerqué a darle un abrazo.

—Estoy pensando en irme contigo a hacer la compra. No me apetece quedarme en casa —se ofreció y me pareció la mejor de las ideas.

—Claro, vente. Vamos bien de tiempo. ¿Quieres un vaso de leche con cacao? Que tienes que desayunar algo.

—No, hoy un café.

—Marchando uno clarito para mi niña preferida.

—Bueno, ahora cuando conozcas a la hija de Noelia quizás...

—Cállate que estás más guapa —le dije y me hizo una burla antes de echarse a reír. Por descontado que lo decía en broma, lo cual no significaba que no tuviese cuerda para rato para darme caña con el tema.

—Papá, es que te has quitado una ruina y traes dos —bromeó carcajeando.

—Te la estás buscando... —Me reí señalándola con el dedo mientras terminaba de salir el café.

—Eres un enamoradizo, papá. Y lo sabes.

—Toma el café y rápido, que ya estoy listo. Y como sigas así, ten en cuenta que te dejo en tierra, no te subes en el coche.

—A sus órdenes. ¿Qué plan tienes de comida aparte del marisco que vas a comprar? Porque tendrás que deslumbrarlas con tus dotes de chef. Vamos digo yo, ¿no? —me preguntó pícaro encogiéndose de hombros.

—Haré como que no he escuchado eso. Quiero hacer unos solomillos con champiñones y, además, preparar un variado de entrantes.

—Va a sobrar mucha cena. Por la noche no comeremos tanto.

—Pues la tendremos para la comida de Navidad, ese es el plan. Y así estaremos más libres por la mañana.

—¿Y el consomé que tanto me gusta? —me preguntó para picarme una vez más. No estaba en sus pensamientos parar. Me la iba a dar mortal.

—También habrá consomé. —Volteé los ojos y ella reía de ver cómo me desesperaba.

Menos mal que tenía paciencia con sus bromas. Es más, en el fondo me resultaban muy divertidas, aunque no se lo confesase para no alentar más a mi fierecilla.

Se vistió rápidamente y apareció abrigada como la que se va al polo norte. A friolera no le ganaba nadie.

—Pero ¿se puede saber dónde vas así? Si el pompón de ese gorro es más grande que tú —me burlé también refiriéndome a uno muy chulo que llevaba, a juego con su gran bufanda y con los guantes. Entre que se había tapado el pelo y se tapó la boca con la bufanda, apenas se le veían

más que sus bonitos ojos.

—No, si tú dices que soy muy grande en todos los sentidos...

Dakota tenía respuesta para todo. No me resultaba nada fácil dejarla muda precisamente.

Nos dirigimos al mercado central, y directamente fuimos a la zona de marisco porque allí estaba todo de lo más fresco y con una pinta que entraba por los ojos.

Me gustaba mucho hacer la compra de una forma relajada. Y si era con mi hija, mucho mejor. Entre los dos pudimos elegir a nuestro antojo.

No escatimé en hacerme con unos buenos manjares para esos dos días; me dejé llevar por todo lo que se me antojaba a la vista. Compré centollo, langosta, langostinos, bocas, patas y hasta cuatro vieiras, que se me ocurrió que quedaría genial gratinarlas.

—¿Y ahora? —me preguntó cuando pagué.

—A la zona de frutería para comprar los champiñones y la verdura que me hace falta y luego ya vamos a por los solomillos. Y con eso, vamos acabando.

—Pero luego las vamos a recoger. ¿Qué tienes pensado para comer?

—Pasaremos antes de ir a casa por un Burger King y compraremos unos menús. ¿Qué te parece? Así estaremos más libres. Bastante será con todo lo que tenemos que preparar para la noche.

—Un planazo, eso es lo que me parece. Por eso eres mi padre favorito —dijo la muy descarada enganchándose a mi brazo—. Otra cosa será que un día conozca a otro padre, igual que te va a pasar a ti con la niña de Noelia. —Silbó haciéndose la tonta y le di un pellizco en el costado. No estaba dispuesta a parar, no.

Era lo mejor, comprar algo rápido para comer, ya que luego me pasaría toda la tarde en la cocina con Noelia preparando la cena y la comida del día siguiente. Estaba deseando verla. Era una idea sensacional la de reunirnos para pasar esas fechas tan entrañables.

—Papá, ¿qué tal si pasamos por una tienda de chuches y compramos una cuantas para Míriam y para mí? —se refirió a la niña de Noelia y me pareció perfecto que la nombrase en esta cuestión. Se suponía que la tenía en mente y eso era importante para mí.

—¿Y qué tal si compramos para los cuatro? ¿O resulta que Noelia y yo no tenemos boca?

—Muy bien dicho, sí señor, defendiendo a su amiguita —bromeó de nuevo y es que estaba hoy de lo más divertida, aunque ella realmente lo era.

Nos montamos en el coche y salimos del aparcamiento del mercado para dirigirnos a una tienda de chuches que estaba a las afueras del centro en una zona muy cómoda para aparcar.

—¡¡Esto es el paraíso de las chuches!! —gritó emocionada.

—Ya veo que te lo parece, ya...

—¿Lo ves? Eres mi padre favorito. Si es que no puede ser otro.

—Eso espero, con lo que me cuestas...

—¿Me estás vacilando? Si apenas te doy gastos.

—Apenas, apenas. —Carraspeé divertido.

Dakota se emocionó tanto que comenzó a coger tantas cosas que yo miraba a la joven dependienta que no dejaba de sonreír. Mi hija estaba viviendo un día muy dulce, y nunca mejor dicho, y yo no podía parar de mirarla y de pensar que era estupenda, mi mejor creación como siempre decía.

—Su novia está viviendo todo un sueño —me comentó en un momento dado muy risueña.

—Es mi hija... —murmuré y se llevó las manos a la boca riendo.

—Como ahora se lleva tanto lo de la diferencia de edad... Pues me ha dado por pensar....

—Sí, sí, pero aún es menor —sonreí.

—Por pocos meses, papá, que te estoy escuchando. Vete asimilándolo —contestó la muy descarada y la dependienta sonrió encogiéndose de hombros como diciendo que me enterase de que ya se me hacía mayor.

Y seguro que me iba a enterar, porque por mucho que se tratase de una niña maravillosa, su mayoría de edad suponía que daría pasos de esos que a los padres nos producen escalofríos pensar.

La cestita la llenó entera y le faltaron hasta manos. Había comprado un arsenal de chuches, bombones, chokolatinas y trufas para todas las fiestas. Ella era así.

—Son ciento catorce euros.

—Papá mira qué barata te he salido a comparación con lo que te has gastado en marisco —me soltó junto con una de sus amplias sonrisas.

—Lo mismo es —murmuré negando mientras pasaba el móvil por el datáfono.

—No, claro que no. Mi compra es todavía bastante mejor y mucho más barata. Deberías mostrarte agradecido.

—Ah, pues si se es así, muchas gracias, bonita.

—De nada, papá. —Me guiñó el ojo y me dio un beso.

Nos fuimos hacia el coche y Dakota se paró delante de una tienda de ropa de dormir, se veía en el escaparate los maniquís formando una familia y todos con el mismo pijama.

—Debe de ser divertidísimo. ¿Nos marcamos un «todos con pijamas iguales» para dejar inmortalizada una foto chulísima? Deberías pensarlo porque es una gran idea, como todas las que tengo, por otra parte.

—¿Por qué cada vez que hablas me cuesta el dinero? —Le vacilé de nuevo porque por supuesto que lo haría.

—Papá, por favor, échale ganas a la Navidad, que hoy tenemos familia nueva —dijo tirando de mí hacia el interior, mientras que reía a carcajadas.

Se lo estaba pasando bomba con mi invitación. Y cierto que estaba encantada porque de otro modo no habría consentido participar como lo estaba haciendo. Para mí era la mejor de las señales y, si había para ello que quemar tarjeta, lo haría hasta que echase humo.

—Ni se te ocurra —le advertí cuando la vi mirando unos en tonos pasteles.

—Vale, algo más neutro. —Rebufó—. Mira qué chulada. Son súper pijos y hay para los cuatro. ¿Qué talla debe de tener ella, una XXL?

—Te la sigues buscando. —Me reí—. Pero me gusta este con la camiseta blanca y el pantalón de cuadritos azules y rojos.

—Se ve muy fino y con la cuerdecita en la cinturilla. Estoy de acuerdo, para que no digas que no te dejo elegir a ti.

—Pero si lo has señalado tú primero.

—¿No me digas? Si no me he dado cuenta —me respondió con picardía.

La dependienta nos ayudó con las tallas y aprovechó para camelarse a Dakota y terminar endosándonos otro pijama más para cada uno.

—Papá, es lindísima esa chica. Qué bien nos ha tratado. He salido encantada con ella.

—Claro, nos vendió ocho pijamas, como para no ser lindísima.

—Dicho así suena muy bruto, pero la realidad es que nos vendió dos para cada uno. Por Dios, es que has traído dos de golpe a la familia. ¡No se te puede dejar solo! —exclamó abrochándose el cinturón de seguridad.

—No paro ya el coche hasta llegar a casa. Me ha costado la mañanita casi ochocientos euros. Y la cuenta puede ir subiendo a niveles que prefiero no pensar si sigo haciéndote caso.

—Haber comprado para hacer una paella, no todo ese marisco que llevas. ¿A mí qué me cuentas?

—La culpa es solo del marisco, ¿verdad?

—Papá, no es día para discusiones. —Me hizo un guiño y me reí mientras conducía hacia la casa de Noelia a la que ya había avisado para que fuese saliendo—. Se trata de Nochebuena y todo debe ser paz y amor.

—Ah, vale, que se me había olvidado.

—Pues aquí está tu hija favorita, de momento —le dio mucho énfasis al «de momento»—, para recordártelo.

—No sé qué haría sin ti, hija favorita.

—Pues aburrirte como una ostra. O, mejor dicho, tener más tiempo para echarte novias, como eres tan enamoradizo.

—¿Y a ti? ¿Te gusta algún chico?

—Ni se te ocurra tratar de desviar el tema con tus trucos de abogado, que conmigo no te sirven. Yo te conozco como si te hubiera parido.

—Eso díselo a tu abuela, a ver lo que opina cuando fue ella quien las pasó canutas para darme a luz.

—Normal, con lo cabezón que eres.

—¿Me estás diciendo que tengo la cabeza grande?

—No, grande tampoco, que no pareces una chincheta ni nada. De hecho, eres un padre muy sexi. Lo que la tienes es dura.

—Vale, ya lo has mejorado. Muchas gracias.

—Muchas de nada, papá. Oye, ¿estás nervioso?

—No, ¿por qué habría de estarlo?

—Porque la familia crece. Es un día importante.

—Y tu guasa también crece, hija.

—Oye, ten cuidado con el del patinete. —Me señaló a uno que venía volando bajito.

—Sí, que casi se me mete en el coche, ¡qué susto!

—Eso será porque se quiere unir también a la familia. Pobrecito, ¿qué te parece si lo dejamos? Si ellas pueden, lo mismo el chaval está solo en el mundo y es Navidad, papá.

—¿Ese gamberro en mi familia? Antes muerto —le contesté rapidito porque tenía pinta de serlo.

—Es que es muy mono, papá. Así podríamos estar emparejados los dos: tú y yo. —Me vaciló ella, a quien también le encantaba hacerlo.

—Hija, te estás jugando los regalos de Reyes.

—No podrías hacerle eso a tu hija favorita y menos cuando sabes que está en un momento tan delicado. Voy a conocer a mi nueva familia y puedo sufrir un ataque de celos.

—Dakota, a mí con esas no, no me seas melodramática.

—Papá, y yo que lo decía de corazón. —Continuaba con las bromas hasta que estallamos en carcajadas al mismo tiempo.

Capítulo 24



Adrián

Llegamos a la puerta de su casa donde ya se encontraban esperándonos con una maletita con sus cosas. Me parecieron ideales las dos, qué monada de madre e hija. Compartían muchos rasgos físicos y en Míriam vi a una mini Noelia que me enamoró también.

—Verás que se nos quedan de ocupas —bromeó mi hija y tuve que aguantarme la carcajada antes de salir del coche a saludarlas y a meter sus cosas en el maletero.

Lo hice, y por supuesto que Noelia se mostró encantada. Yo no lo estaba menos, aunque no se lo hubiera reconocido a mi hija para que no se riese de mí, sin duda que se trataba de un momento de lo más emocionante. Y para ella también lo era.

Dakota se bajó también y se presentó a las dos. Luego Míriam se acercó a mí sacando morros para darme un besito. Me agaché y lo dejó en mi mejilla. Era realmente deliciosa, como su mami. Un encanto de niña total.

Teníamos mucha suerte con nuestras hijas porque, seamos sinceros, a la hora de iniciar una nueva relación eso es fundamental. Te toca un peque que sea un petardo total y es capaz de terminar boicoteando la relación.

—Es preciosa —dijo Dakota acariciando el pelo de Míriam y refiriéndose a ella.

—Gracias —le contestó con esa vocecilla tan dulce y bonita.

Se notó la buena onda entre ambas desde el primer momento. Noelia también la captó y le salió la más bonita y agradecida de las sonrisas. Para ella, igual que para mí, era sensacional que las niñas se llevaran bien. En realidad, mi hija ya no lo era, aunque la sentiría así de por vida; como mi niñita.

Dakota se sentó detrás con la pequeña y Noelia conmigo delante. Se la notaba muy nerviosa y

no dejaba de sonreír. Le acaricié ligeramente la mano para que se tranquilizase. Me la hubiese comido a besos, pero no era plan.

Mi hija se puso rápidamente a darle conversación a la niña y esta entró en ella muy fluidamente, parecía que se conocían de bastante tiempo. Dakota sabía muy bien cómo hacer las cosas y, por mucho que se riese de la situación, me echaría un gran cable como lo estaba haciendo.

Al ver que estaban charlando, agarré por un momento la mano de Noelia con algo más de firmeza y se la acaricié de nuevo. Ella apretó los dientes y yo le hice un guiño antes de volver a poner la mano en el volante. Se notó que la tranquilizó porque fue soltando con lentitud el aire de sus pulmones.

Paré en la ventanilla del Burger King y pedimos los menús para llevar. Creo que a Noelia y Míriam le hizo tanta ilusión como a Dakota el comprarlos. Estaban de lo más divertidas, decidiendo cuáles se llevaban.

Y para qué hablar de los helados, que también compramos... Que si el King Fusion con no sé qué sirope, que si el... La fusión la tenía yo en la cabeza, que me estaban volviendo loco entre las tres, encantadoramente loco, pero loco, al fin y al cabo.

Por fin, arrancamos con todo lo que ellas eligieron metido en las bolsas. A mí me daba lo mismo su contenido, lo que me importaba era la compañía. Y esa no podía ser mejorada.

Llegamos a la casa y entre todos comenzamos a sacar las bolsas y Dakota le iba explicando a la pequeña lo de los pijamas mientras Noelia me miraba arqueando la ceja por haberlos comprado.

Esa sola idea ya bastó para que Míriam diese saltitos de alegría. Todo le entusiasmaba y al resto igual de verla así. Era la chiquitita y normal que mirásemos con lupa sus reacciones, aunque Noelia también estaba muy pendiente de todo lo que dijese o hiciese mi hija.

La pequeña estaba fascinada con la casa y decía que le encantaba todo, no menos que a su madre, que no dejaba de decir que lo tenía todo impecable y que era una maravilla la luz que había. Se notaba que les gustaba realmente, que lo decían de corazón, con unos ojitos brillantes que me alegraban la mañana.

Nos sentamos a comer en el salón frente a la chimenea, las chicas en un lado y nosotros en el otro.

—Mamá qué amigo más guay te has sacado, tiene una hija que es mi amiga ya —comentó la peque entusiasmada y sin parar de dar pequeños mordisquitos a su hamburguesa.

—Di que sí, tenemos que aliarnos por lo que pueda pasar —le contestó Dakota causándonos unas risas—. Y ahora nos vamos a escaquear a mi habitación a echarnos en la cama y ver una peli romántica de Navidad, ¿te parece bien? —le preguntó dándole un codazo y todo, como si la conociese de toda la vida.

—Me encanta la idea —le respondió Míriam, a quien le hubiese gustado cualquier plan que le propusiese mi hija, puesto que la miraba con los típicos ojitos de admiración con los que se mira a una hermana mayor.

—Y nos llevaremos un montón de chuches —le ofreció Dakota para rematar, sabiendo que la cría no podría resistirse.

—¡¡¡Sí!!! —Aplaudió emocionada la niña.

Y así hicieron, tal y como comieron se fueron a la habitación a ver una película y dejarnos a solas con el tema de la comida.

A Dakota le sobraba inteligencia para saber que se trataba de un día de presentaciones muy especial y que, por tanto, tendríamos cosas que comentar entre ambos.

—Parece que se han caído bien —murmuré dándole un beso en los labios.

—Tienes una hija que es un amor. Dakota tiene una madurez increíble. Ya me lo habías comentado y, pese a ello, me ha dejado impresionada.

—Vaya, y yo que creía que quien te había impresionado era el padre.

—El padre causa en mí otras sensaciones que no puedo contarte en este momento. —Se mordió el labio interior.

—Uff, ¿por dónde íbamos? Sí, te decía que tu hija también es muy madura. —La volví a besar.

—Gracias por invitarnos, Adrián.

—No podría tener un mejor plan para esta noche, que pasarla con vosotras. —Le apreté la nalga.

—¿En serio me lo dices? Para mí es importante saber que estáis cómodos.

—¿Cómodos? Estamos encantados.

—Tu hija también, ¿verdad?

—No lo sabes bien. Dakota es tremenda cuando no le gusta alguien. Se nota de lejos y no es el caso; le habéis caído sensacional.

—Qué suerte tenemos. Al menos en eso —suspiró.

—Y la tendréis en todo. Tú confía. —Le guiñé el ojo.

Nos pusimos manos a la obra y comenzamos a cocer el marisco mientras tomábamos un café acompañado de un chupito de licor de almendras. Su compañía era un verdadero placer. Había mucho trabajo por delante y lo haríamos con todo el gusto del mundo.

Luego preparé el relleno de las vieiras mientras ella sellaba los solomillos para apartarlos y echar la cebolla y los champiñones para dorarlos, antes de regresar la carne y echar el vino.

Ella tenía puesta música de la lista de reproducción de su móvil. De vez en cuando, sonaban unos temas que cantábamos a la vez mientras seguíamos cocinando de lo más relajados.

Me gustaba el repertorio que tenía, en el que había incluido muchos temas de los años ochenta y con los que yo crecí gracias a mis padres que siempre tenían la radio puesta.

Los dos cantamos y hasta saltamos a la vez, levantando los brazos, cuando sonó el famoso *A quién le importa* de Alaska y Dinarama. Menudo *temazo*. Y ella que reía y me apuntaba con el dedo.

Noelia era una mujer muy divertida y con un sentido del humor único. Me gustaba lo implicada que estaba en la cocina y lo que estaba disfrutando de ello.

Preparamos también la sopa para el consomé que hicimos de un caldo de puchero con el que al día siguiente haríamos croquetas con la carne. Como ella decía, había que aprovecharlo todo.

Tres horas pasamos en la cocina antes de dejar todo recogido y listo para la cena. Luego solo sería calentar y presentar en los platos.

Nos tumbamos un rato en el sofá, abrazados, mientras nos besábamos y deseábamos, porque eso era lo que nos pasaba.

—¿Nos vamos a mi habitación? —le propuse viendo la tensión que estábamos creando. No nos podíamos quedar allí así.

—Claro —sonrió.

Nos fuimos sin hacer ruido. Las niñas seguían en la habitación de Dakota y yo cerré la mía con el pestillo.

Nos tocaba un ratito de intimidad antes de ponernos a trabajar de nuevo. Y creé el clima propicio poniendo algo de música sensual, que, además, pudiese amortiguar cualquier sonido que saliese de nuestras bocas, por mucho que supiéramos que ambas estaban en la casa y que, por tanto, debíamos ser discretos.

La fui desnudando poco a poco. No me cansaba de contemplar su cuerpo desnudo. Cada vez que aparecía ante mí me parecía un nuevo y sensual espectáculo.

La forma en la que se movía, como haciendo eses sobre la cama... Noelia era la provocación en sí misma. Ya tenía mis manos en sus caderas, mis labios en sus labios y mi sexo... Mi sexo hacía presión en el suyo mientras nos íbamos rozando.

No es que tuviésemos todo el tiempo del mundo, pero tampoco ninguna prisa. Nos íbamos moviendo con lentitud, disfrutando con cada uno de los gestos.

Al poner mi sexo sobre el suyo noté que lo estaba empapando, que su lubricación era total. Quise seguir comprobándolo y para ello introduje mis dedos con suavidad. Ella soltó un gemido bajito que me resultó absolutamente delicioso. Continué con mis dedos hacia dentro. Me los estaba empapando mientras que sus ojos brillaban como dos faros en la noche.

Noelia me guiaba con sus jadeos, sabía muy bien cómo quería que mis dedos se movieran dentro de ella mientras que con la otra mano iba amasando sus nalgas, con fuerza, con determinación, como tanto le gustaba.

Cuando aparté mis dedos, y mientras los probaba, tomó mi sexo y se lo llevó a la boca. Tenía muy claro qué era lo que quería y también que, con lo lubricada que estaba, no necesitaba ninguna ayuda extra. Sin embargo, quiso lamerlo como para reafirmar esa erección que era más que evidente.

Me resultaba tan sexi la forma en la que clavaba sus ojos en los míos mientras me practicaba sexo oral... Se mostraba como un animalillo salvaje, sexi a rabiar... Yo iba controlando la entrada y la salida del aire de mis pulmones mientras sus sedosos y gruesos labios me envolvían por completo y notaba el calor de su boca, de esa boca en la que me perdería y no volvería a salir de ella.

Era mucha la química de ambos en la cama. Tanta, que resultaba difícil imaginar que nos conociéramos desde hacía tan poco tiempo. Y sí, allí estábamos sobre el colchón, con la seguridad de saber qué era eso que enganchaba al otro.

A mí me tenía hipnotizado con su sensualidad. Tuve que echar el freno porque su boca le

hacía maravillas a mi pene, y porque no entraba en mis planes terminar así.

Fui saliendo de ella con lentitud y entonces agarré sus manos.

—Te quiero dentro —me susurró antes de que se me ocurriera contradecirla, antes de que mi lengua bajase y demorase la penetración.

Entendí que ese era su deseo y me moría por complacerla. El vaivén de sus caderas me excitaba más y más. Me coloqué en la entrada de su vagina e hice presión. La tenía agarrada por las manos y ella apretó fuerte en el momento en el que entré del todo y llegué hasta lo más íntimo de su ser, penetrándola de una fuerte estocada como sus ojos me estaban pidiendo.

Reprimió el alto jadeo que hubiera soltado en ese instante y, en su lugar, de su boca salió uno mucho más sordo, pero igualmente intenso. Sus manos apretaban más y más las mías.

Comencé a moverme al ritmo que me lo pedían sus excitados ojos. Notaba cómo tragaba saliva, cómo entreabría los labios, cómo me dejaba caer con sus gestos que más excitada no podía estar. Al mismo tiempo, notaba esa humedad que iba a más dentro de ella, y la penetraba una y otra vez, hasta que su gesto me hizo ver que le iba a pasar. Y entonces se puso la mano en la boca para no chillar.

Vi venir que se la mordería y la aparté. En su lugar puse la mía. No quería que se hiciese daño. Me mordió llegado el momento y le sonreí. Se trataba del mordisco más sugerente del mundo, como todo lo que venía de Noelia.

Capítulo 25



Adrián

Las niñas aparecieron por la cocina cuando ya estábamos calentando la cena y presentando todo en los platos.

—Hombre, las perdidas.

—Papá, que hemos estado en la habitación, por favor. —Volteó los ojos.

—Por eso, las perdidas. —Carraspeé y Noelia me miraba sonriendo.

—No te me conviertas en un padre controlador, que eso no mola nada. —Me apuntó con el dedo.

—No, mejor conviértete en un papi chulo, aunque eso ya lo eres. —Me miró la pequeña Míriam.

—Mírala ella —le contestó con orgullo su madre.

—Mamá, la habitación de Dakota me encanta. Hemos estado tumbadas en su cama viendo pelis chulísimas y comiendo chuches. Me he puesto hasta... —Echó el freno.

—Espero que te hayas dejado hueco para cenar, mira que hay mucha comida y no se puede dejar tirada.

—Sí, sí, si tampoco he comido tantas. —Disimuló buscando la mirada cómplice de Dakota. La cosa apuntaba a que se iban a llevar muy bien aquellas dos.

—Mi padre es que creyó que íbamos a celebrar un banquete —contestó mi hija causándonos una carcajada.

—¿Y acaso hacen falta muchos invitados para celebrarlo? —pregunté mirándola mientras contenía la risilla.

—Papá, te has pasado. Aquí hay más comida que en el comedor del colegio de Harry Potter. —Se partió de risa y la pequeña asentía con la cabeza.

—Pues mira, ya tenemos comida para varios días. —Le hice un guiño y Noelia y su hija nos miraban sonriendo—. Que vosotras habéis estado tumbadas, pero esta preciosa señorita y yo nos hemos hartado de cocinar. —Miré a Noelia.

—Mamá, Dakota dice que nos vamos a duchar ahora y nos pondremos todos los pijamas nuevos para cenar. Me encanta la idea, es súper glamurosa —señaló la peque con esa voz tan delicada y tierna que tenía. Me recordaba a la Dakota de años atrás, a esa que un día fue una niña y que se estaba convirtiendo en toda una mujer.

—¿Desde cuándo es glamuroso cenar en pijama? —pregunté.

—Papá, no digas nada más que sales perdiendo. Te recuerdo que eres el que los pague.

—Serás... —La cogí de la coleta y le di un pequeño tirón.

—¡Ostras!, que me vas a hacer un estiramiento. Y gratis.

—Pues no me seas más payasa. Y te recuerdo también, que será lo único que me salga gratis contigo.

—No te quejes, anda. Si en el fondo te encanta mimarme.

Dakota se fue a ducharse con Míriam a la habitación de esta y Noelia lo hizo en el baño de mi dormitorio. Yo me esperé a que salieran para ir a hacerlo yo.

No tenía ninguna prisa y prefería que ella pudiera hacerlo con total tranquilidad. Si algo tenía claro era que deseaba que se sintiese como en su propia casa, lo mismo que su hija.

Mientras, fui preparando las bandejas y colocando todo presumiblemente perfecto. Quería dejar una mesa de lo más impecable y llamativa. Era una noche bonita para compartir con ellas dos.

—Yo ya estoy lista —murmuró Míriam apareciendo por la cocina—. ¿Te puedo ayudar? —Se notaba que estaba muy bien educada y que sabía que debía colaborar.

—Claro, preciosa. ¿Qué te parece si vas colocando estos panecillos en la panera? —le

pregunté por darle una tarea acorde a su edad.

—Tienen muy buena pinta, me gustan los de cereales —decía mientras lo colocaba con mucho mimo. Le ponía mucho cariño a todo, igual que su madre, eso se notaba.

—A mí también me gusta mucho ese y el de pipas. —Se lo señalé. Para mí era muy importante caerle bien. Sabía que de eso dependía en gran parte la tranquilidad de su madre.

—A mi mamá le gusta este. —Señaló al campero.

—Ese está riquísimo también y, sobre todo, para hacer montaditos.

—Sí —sonrió—. A mí me encantan los serranitos.

—Dakota también es una fanática de ese.

—Pues podríamos hacerlos un día, ¿te parece bien?

—Por supuesto, cariño —le dije cuando apareció la madre ya lista con el mismo pijama que su hija y el que nos pondríamos todos.

Hasta en pijama estaba guapísima. Valía mucho y no le hacían falta grandes arreglos para volverme loco. Solo con mirarla... Teníamos por delante una noche familiar muy emocionante y eso me alegraba, aunque se me harían muy largas las horas hasta verme de nuevo a solas con ella en la intimidad de mi dormitorio.

Me duché mientras pensaba que ojalá todo fuera tan bonito como en estos momentos. Tenía miedo, lo reconozco, y es que de nuevo me sentía en un punto tan especial que me daba temor tanto avanzar, como también no hacerlo.

En cierto modo, me resultaba inevitable pensar en que un día también comencé bien con Silvia y en que todo terminó fatal, aunque a ella me agarré como a un clavo ardiendo, por mucho que no lo viera en su momento. Mi ex supo hacerlo y me engatusó.

Si lo analizaba bien, no era lo mismo porque ya había aprendido a identificar ciertas señales en la vida y entre ambas no existía ningún parecido. Silvia interpretó un papel, mientras que había una naturalidad en Noelia que parecía muy suya. No tenían nada que ver, como si pertenecieran a especies distintas.

Pero la vida es que era realmente sorprendente, no me había dado tiempo a vivir las mieles de la soltería cuando ya me estaba enganchando a una mujer que me estaba devolviendo todo eso que se me había olvidado desde hacía mucho tiempo y que tan bien me hacía sentir.

En realidad, si lo pensaba bien, a mí me gustaba estar en pareja, así que lo de «las mieles de la soltería» no eran tales para mí. En realidad, solo prefería estar solo a mal acompañado, como es lógico, pero soy de los que piensa que las personas vivimos en mejor con un compañero a nuestro lado.

—Papá, a mí hoy me echas una copita de vino que ya voy a cumplir dieciocho años —dijo mi hija cuando entré en la cocina—. ¿O prefieres que me vaya de botellón a escondidas?

—No hay vino para las menores.

—¿A que me escapo de casa ahora y os tengo toda la noche buscándome?

—Me voy contigo —murmuró Míriam y la madre le dio una colleja—. Mamá, que es mi amiga y a las amigas no se las deja solas y menos en la noche. Adrián —ahora se dirigió a mí—, dale una copita de vino que ella ya es casi adulta y es Navidad —me pidió como si no pudiese alegar nada en contra de eso.

—¿Y ahora voy a tener dos en contra de mí? ¡¡Esto es mucho peor que un juicio!!

—Bueno, solo me tengo que camelar a Noelia y nos tendrás a las tres —murmuró mi hija.

—A mí ya me tienes camelada, pero en eso prefiero no meterme porque si pasa algo, el sentido de la culpabilidad va a ser demasiado grande. Entiendo que es entrar en terreno pantanoso. —Hizo el gestito como de que se pudiera hundir.

—¿Por una copa de vino? Si en la fiesta de mi cumpleaños hicimos botellón y me bebí hasta el agua de los floreros. Luego me cayó una bronca por parte de mi padre, pero lo bien que me lo pasé no me lo quita nadie.

—Adrián —me insistió Míriam juntando las manitas y defendiendo a su amiga—. Peor es que fume y tú la dejas en la ventana de su cuarto.

—La madre que parió a la niña, que me acaba de vender —murmuró Dakota mirando hacia atrás.

—¿No lo sabía tu padre? —preguntó Míriam llevándose la mano a la boca y con gesto de preocupación por haber metido la pata. Era para verla.

—Tranquila, ya lo sabe. Me pilló algún que otro paquete de tabaco, pero lo que no sabía es que me los fumo en la ventana de mi habitación.

—¿Sigues fumando? —le pregunté nada conforme.

—Papá, ya, que parece que vivo en una dictadura.

—Dios lo que te ha dicho —dijo la pequeña tirándose a plomo en la silla de la cocina y viendo que el ring se ponía más intenso. Noelia no dejaba de aguantar la risa.

—Me acaba de apetecer un refresco. —Se dirigió Dakota a la nevera para intentar que nos olvidásemos del tema. No era día para discutir.

—Yo otro, hermana —le dijo Míriam, y Dakota se giró mirándola impactada por lo que le había dicho.

—Jamás nadie se atrevió a tanto —murmuró antes de echar una carcajada.

Noelia miró a su hija con un gesto de que no se embalara, pero reconozco que a mí me hizo mucha gracia con la naturalidad que se lo soltó. Míriam era una niña lindísima.

—Tú sí que te estás atreviendo a más cosas de las que deberías, así que ya hablaremos del tema del tabaco y que sepas que, por listilla, hoy te has quedado sin copa de vino —le advertí a Dakota.

—Si no me la ibas a servir de todas formas. Este pleito ya ha quedado listo para sentencia. —Hizo como que daba con la maza y me sacó la sonrisa también.

Nos sentamos a la mesa, creando una imagen entrañable de familia perfecta para una fotografía. Todos lucíamos pijamas a juego, lo que añadía un toque de calidez y complicidad a la escena.

Dakota, que como todo buen adolescente de hoy en día andaba con su móvil siempre a mano, lo tomó.

—¡Venga, sonreíd todos! ¡Que va un selfi!

Buscó el mejor ángulo. Siempre le quedaban estupendas. Tenía mucho arte para eso. Para eso y para todo lo que se proponía, porque era una crac.

Nos la enseñó y le había quedado genial.

—Me la pasas a mí, por favor —le pidió Noelia.

—Papá, pues me pasas tú su contacto, aunque también podríamos hacer un grupo de WhatsApp para pasarnos las de todos estos días —propuso.

—Lo veo muy bien —asintió Noelia.

—Y ahora suelta el móvil ya, hija. Sabes que en la mesa está...

—Totalmente prohibido, ¡¡a tus órdenes!! —Me hizo el saludo militar.

—Dirás que soy un padre estricto yo...

—Hay ciertas líneas rojas que es mejor no rebasar en una cena de Nochebuena.

—Por cierto, y cambiando de tema —soltó Míriam mirándola cómplice para echarle el cable —. ¿Tenéis pensado que cantemos villancicos después de la cena? Porque he traído, ¡¡panderetas para todos!! —nos anunció.

—Claro, sin problema. Hay un rapero que canta unos muy chulos, yo lo sigo en Insta —nos comentó Dakota.

—¿Un rapero? Es que yo soy más de pop —le comentó la peque.

—Y eso no está mal, pero cuando escuches a ese rapero, te vas a enamorar.

—Ya, porque será muy guapo.

—Eso también. —Rio ante la inocencia de Míriam.

La cena transcurrió de lo más animada. Al final de los postres, y cuando sacamos las bandejas con los turrones y dulces, nos sentamos en el sofá.

—¡¡Gorritos para todos!! —dijo mi hija mientras los sacaba de una bolsa. Eran rojos, los típicos de Santa Claus.

—¿De verdad nos tenemos que poner esto? —le pregunté.

—Te quejarás, si tienen lentejuelas y todo... Papá, que son chulísimos.

—Y de lo más glamurosos —volvió a soltar esa palabra Míriam, que parecía ser una de sus preferidas.

Ella fue a por las panderetas y yo abrí unas botellitas de licor de hierbas, de chocolate y también de fresa y nata, pues sabía que eran del gusto de Noelia. Para las chicas, licor de mora sin alcohol.

Miriam sacó las panderetas y las repartió también.

—Yo os haré de DJ —se ofreció Dakota y buscó uno de esos villancicos raperos sobre los que nos advirtió.

—Prefiero que me torturen a seguir escuchando esto, hija —le comenté tras el primero.

—Papá, qué exagerado. Vale, busca los que quieras que voy a la cocina a por turrón de Lacasitos, que veo que es el preferido de Miriam y se ha terminado.

Estaba en todo. Actuaba como una hermana mayor con ella.

—Vale, pero déjame mientras tu móvil y busco yo los villancicos —le comentó la peque.

—Porque me caes muy bien, porque debes saber que mi móvil no se lo dejo a nadie.

—Doy fe. Es el bien máspreciado de cualquier adolescente —añadí.

—¿Qué es un bienpreciado, mamá? —le preguntó a Noelia.

—Lo que sois vosotras para Adrián y para mí.

—Un gasto y un coñazo —le soltó entonces Dakota.

Noelia rompió en carcajadas.

—Hija, esa boca, por favor, que van a pensar que te he sacado de un polígono.

—Qué va, allí solo fuimos a hacer el botellón el día de mi cumpleaños.

—Tú sigue y te quedas sin celebrar tus dieciocho.

—No serías un padre tan cruel, no me asusta.

—Vale, pues entonces te dejaré sin tu viaje a Italia.

—Ya me callo y voy a por el turrón, papaíto de mi alma —me sonrió y me envió un beso y un todo.

Menuda la que pudieron liar las dos con los villancicos y las panderetas mientras Noelia y yo nos tomábamos unas copitas.

Miriam era muy ocurrente y enseguida adaptó una de las letras del famoso villancico *«Pero mira cómo beben los dos ahí escondidos, pero mira cómo beben por ver a...»*

—Si no estamos escondidos, hija —le aseguró su madre.

—Pues deberíais, porque beber a cara de perro delante de mí no está bonito —se quejó Dakota.

Cuando estuvieron ya molidas, se fueron a la cama.

—Buenas noches, que tengáis dulces sueños y que soñéis con los angelitos —nos deseó Miriam.

—Eso será si encuentran la cama, que lo mismo con la borrachera que se van a pillar...

—Dakota, no digas eso, que tú tienes que dar ejemplo.

—Mira quién fue a hablar. Me las piro, vampiro. Y no os olvidéis, con la emoción, de lo que no os tenéis que olvidar —me dijo en clave mirando a la cría.

—Claro que no.

Tenía programado colocar los regalos a eso de las seis de la mañana. Así, todo estaría dispuesto para cuando las chicas se levantasen.

Seguí allí, bebiendo con ella, aunque no por demasiado tiempo. A Noelia se le estaban subiendo las copas a la cabeza por momento que pasaba y se mostraba con tantas ganas de intimidad como yo, aunque no por eso dio por terminada su ración de alcohol de esa noche.

Al pasar por delante del dormitorio de las niñas, comprobamos que estaban dormidas. Era muy dulce, porque Dakota, que siempre dormía con la luz totalmente apagada, dejó la de su mesilla de noche encendida.

—Eso es porque a mi niña le da miedo la oscuridad total —me comentó ella.

—¿Miedo? Venga, tira para el dormitorio que yo te meteré de todo menos miedo —le dije con la lengua muy suelta por el efecto del alcohol.

Capítulo 26



Adrián

Estábamos en mi dormitorio y hasta allí nos llevamos una botella de champán. Y eso que ya teníamos un buen número de copas cada uno encima.

—Estoy borracha como un piojo —me decía mientras apoyaba su hombro en mí—. Pero no te preocupes, que como eres abogado, lo mismo quieres que te firme mi consentimiento. Trae un boli que te lo firmo —continuaba muerta de la risa.

—También voy un poco perjudicado. No hace falta, veo de sobra que consientes.

—Consiento, consiento... Si eres capaz, no me hagas tuya, después del calentón que me has dado ahí fuera.

—¿Te he dado un calentón?

—Sí, sí, llevas toda la noche calentándome, no te hagas el tonto.

—Ya, ya, ¿y eso por qué?

—Porque me miras de un modo que no veas. Si hasta se me derretían los hielos de la copa cada vez que me mirabas.

—¿Y tú qué? —La agarré por la cintura y le di un besazo de tornillo.

—¿Yo? Pues aguantando el tipo por las niñas que, si no, te tiro sobre la mesa y me subo encima. Barra libre. —Rio.

—No, si barra libre hemos hecho también, aunque de copas. Ven aquí...

—No, no. Ahora te esperas, ¿no llevas toda la noche haciéndome esperar? Pues ahora más.

—Pero pobre de mí, ¿qué iba a hacer si no? Deseaba mucho hacerte mía, lo cual no quiere decir que pudiera servirte rellena sobre la mesa.

—Eso es lo que estás deseando, rellenarme como a un pavo, pues te toca esperar, que has sido muy generoso y también te tengo un regalito.

—Pues me lo das mañana junto con los de Santa Claus, preciosa, que no puedo esperar.

—¿Santa Claus? Santa paciencia la que debo tener contigo. —Se moría de la risa.

—Si eres tú quien me está haciendo esperar.

—Sí, sí, y más que vas a esperar. Quédate aquí que ahora vengo. —Señaló que se iba al baño —. Y no se te ocurra escaparte y mucho menos dormirte.

—¿Te imaginas que me duermo con ese pecado que tienes que está hecho para el cuerpo?

—¿Qué dices? ¡¡Estás más borracho que yo!! —Se partió.

—Esto... Vale, con ese cuerpo que tienes que está hecho para el pecado, ahora sí —corregí.

—¿Ahora sí? Ahora vengo, mejor.

Giró sobre sus talones y entró en el baño. Lo tenía todo preparado en una bolsita y, cuando salió, casi me caigo de la cama de lo despampanante que venía.

Se había puesto un precioso corsé, en negro y rojo, con tanga y medias a juego, así como altos tacones. A pesar de eso, me tuve que reír y no solo porque pegó un fuerte tropezón antes de llegar a mí, que casi se cae y la tuve que coger al vuelo, sino porque venía quejándose.

—Yo no sé cómo puede apretar esto tanto si no es de los chinos. —Señalaba al corsé.

Venía espectacular, que conste, aunque había algo que no me cuadraba.

—Lo llevas puesto del revés, preciosa —le indiqué.

—¿Qué dices de al revés? —me preguntaba mientras miraba hacia atrás con tal movimiento de cuello que parecía la niña del exorcista.

—El corsé, que te lo has puesto al revés.

—Eso no puede ser, es que ves doble por culpa del alcohol que corre libre por tus venas.

—No, de verdad, que está al revés.

—Anda, pues es verdad, el escote me lo he puesto en la espalda, así se me están clavando las varillas, qué dolor.

Se dio media vuelta y trató de andar con sensualidad, como lo hacía siempre. Solo que esa noche lo tenía un poco más complicado y dio otro tropezón que casi la hace entrar como un misil en el cuarto de baño.

La escuché refunfuñar allí dentro mientras esperaba. Por fin salió y cogió su móvil para poner música.

Vi claro que me iba a dedicar un estriptis y di un largo sorbo de mi copa, pues estaría un tanto borrachillo, pero tan excitado que la garganta se me secó por completo.

Sonaron los primeros acordes de la canción y ella hasta dio un salto.

—¡¡Que esta no es!! —chilló mientras quitaba la que enseguida me di cuenta de que era esa tan famosa de Melody, la de *El Baile del Gorila*.

—Joder —solté.

—No, no, esa no es para joder, no te flipes tanto —me contestó con la lujuria en los ojos—. Otra cosa es que estés cachondo como un mono, que ya veo que lo estás.

Me tenía que morir de la risa con todo lo que decía y eso que era muy cierto, porque mi erección me delataba. Comenzó a sonar entonces otra que sí, que ya me cuadraba. Y con sus movimientos comencé a perlarde de sudor porque me estaba poniendo al rojo vivo.

Era *You can leave your hat on* de Joe Cocker y ella, pese a su estar piripi, comenzó a meterse en el papel.

Hasta así estaba sensual y más con esa ropa que se había traído y que me tentaba una barbaridad. El bailecito, para mayor tortura, lo comenzó haciendo sobre mis piernas, pues me hizo sentarme al borde de la cama.

Hasta le costó encontrar postura, porque mi miembro miraba hacia arriba y casi me doblo en dos de la risa cuando, junto a sus primeros movimientos, acompañó una frasecita que me soltó: «Esto qué es, ¿estoy subida en un balancín?»

Me la hubiera comido ya en ese mismo momento, no dejando que se levantase, pero no era lo que tenía pensado. A continuación, se metió mucho en el papel y sus roces conmigo fueron descomunales, me estaba abrasando la piel con sus movimientos.

De pronto, era como si no le hiciera efecto el alcohol. Me miraba con muchísimo deseo mientras se contoneaba. Me quedaban sus pechos cerca, toda una tentación. Traté de cogerlos con mis manos y no me dejó. Tenía muy claro que era su momento y así me lo hizo saber.

Entonces, se levantó y me dio la espalda. Cogió un pequeño sombrero para seguir la letra de la canción y, poco a poco, se lo fue quitando todo al ritmo de la música salvo ese sombrerito.

Y entonces noté que sentía verdadera taquicardia y no era para menos, pues la belleza de su cuerpo y esa forma de moverse me resultaba verdaderamente irresistible.

No dudé en levantarme cuando apenas quedaban un par de frases de la canción. Ella me miró intensa y le di la vuelta, poniendo las palmas de sus manos contra la pared.

Deseaba saborearla más que nada en el mundo. Deseaba devolverle de algún modo ese favor que me había hecho, ese baile que me había regalado y que me puso duro, muy duro... También Noelia me miraba como si quisiera que le diera duro, solo que en aquella ocasión sí que debería esperar.

Me fui agachando lentamente al tiempo que las yemas de mis dedos acariciaban su suave piel. Notaba cómo se le iba erizando centímetro a centímetro. Ella volteaba la cabeza para ver lo que estaba haciendo y para que sus ojos y los míos se encontrasen. Siempre buscábamos ese contacto visual en la intimidad.

Al estar totalmente desnuda, no me fue difícil llegar hasta su sexo. Estaba acucillado y separé con lentitud, como quien abre el más preciado de los regalos, sus labios vaginales. Me sonrió de lado y le devolví la más sugerente de las sonrisas.

La boca se me hizo agua al hundir mis dedos en su sexo y encontrarlo tan mojado como lo encontré. Me acerqué e introduje mi lengua en él. Soltó un gemido placentero y me prometí que no sería el único, que serían muchísimos los de esa noche.

Con mis dedos, alcancé también su clítoris, el cual ya comenzaba a asomar por la mucha excitación. Empecé a estimularlo mientras que la punta de mi lengua la saboreaba por dentro y llegaba a la conclusión de que, de todos los exquisitos sabores que probé esa noche, aquel era mi preferido.

Noelia jadeó y jadeó. Intensifiqué el ritmo de mi lengua y de mis dedos. Noté cómo su piel también se perlaba de una fina capa de sudor. Puse la mano sobre ella y ardía. La dejé allí, sujetando su cadera, como temiendo que su cuerpo pudiera ceder sobre sus altos zapatos de tacón por la mucha excitación que alcanzaría.

Además, al estar apoyada en la pared, echaba el trasero hacia atrás y no digamos cómo me provocaba eso. Lo de Noelia no era de este mundo, con ese trasero respingón y con esa forma tan

tentadora que me llamaba una y otra vez. Palmeé una de sus nalgas y justo en ese momento se corrió.

Me miró con un erotismo tal en los ojos que comprendí que más irresistible no la había. Hasta por la forma de indicarme su orgasmo me lo parecía. O, mejor dicho, en ese momento, me lo parecía más que nunca.

Quedó laxa tras él, como si sus rodillas tuvieran la consistencia de la gelatina. Entendí entonces que había llegado el momento de llevarla a la cama y, es más, es que moría por hacerlo.

En su rostro se dibujó una sonrisa muy insinuante cuando la tumbé bocarriba, momento en el que echó mano de mi copa de champán porque apenas le salía la voz del cuerpo.

A continuación, me ofreció beber de la misma copa y lo hice con lentitud mientras ella me observaba con la lívido grabada en las pupilas.

Era sugerencia pura, Noelia lo era. La ladeé ligeramente y subí una de sus piernas a mi hombro. Así la penetré mientras que con una de mis manos tomaba uno de sus pechos, el cual pellizqué. Fui de menos a más hasta que sus jadeos no paraban, entrelazándose unos con otros.

—Y ahora yo —me pidió levantando la mano como si estuviese en clase. Me hizo tanta gracia el gesto que no pude reprimir la risa—. Oye, no te rías de mí —me advirtió—. Tú lo has querido, ahora vas a saber lo que es bueno.

Cogió el pequeño sombrero y se lo puso. No era de *cow girl* precisamente ni mucho menos, pero le daba lo mismo porque lo utilizó como si fuese una amazona con ganas de cabalgar sobre mí. Hasta el gesto con la mano en alto hacía mientras trataba de que el cuerpo no se le fuese hacia atrás, porque entre las copas y el meneo, a punto estuvo un par de veces de caerse de la cama.

En esa postura le vino un segundo orgasmo que celebró apretando tanto mi pene que tuve que hacer un gran esfuerzo para no correrme en ese mismo instante. Lo logré y entonces, salí de ella.

La quería a cuatro patas delante de mí y así la coloqué. Su trasero me quedaba a la vista y se trataba realmente de todo un espectáculo. Para colmo, comenzó a moverlo en un gesto provocativo que me hizo arder más todavía y eso que creí que no sería posible.

Todo lo era con Noelia y entonces, mientras la penetré, le di una palmada en una de las nalgas. Creí que me había pasado con la emoción, pues vi que cogía un poco de color, aunque ella tenía otros planes.

—Si me vas a dar, dame fuerte, Adrián —me retó.

—Es que no quiero...

—¿Crees que me voy a partir? ¡¡Que me des fuerte!! ¡¡Así!! —me exigió mientras ella misma se dio una nalgada que sonó en toda la habitación—¿Lo ves? Así me pone.

No tuve más remedio que hacerle caso y, aun a riesgo de ponerle el trasero calentito, se lo palmeé bastantes veces. Cuanto más lo hacía, más excitada se mostraba.

Y mientras, me pedía también que aumentase el nivel de mis embestidas, algo que hice y terminó agarrada al cabecero de la cama como si fuese a salir volando.

Cuando le pareció que ya estaba bien, se dio la vuelta y se puso de pie, provocándome. La seguí y la tomé en brazos. Me rodeó con sus piernas y la penetré mientras que iba de un lado a otro de la habitación con ella besándome.

—Así, ¡¡dame vueltas!! —me pedía.

Entre el alcohol que llevábamos encima y las vueltas, terminé cayéndome sobre la cama.

—No te me duermas, ¿eh? —me pidió la muy loquilla cuando no lo hubiese hecho ni majara.

Y, para asegurarse, cogió el contenido de mi copa y me lo echó en la cara. Menos mal que cerré los ojos a tiempo que, si no, me los pone guapos.

—¡¡Noelia!!

—Si era solo por asegurarme, que la noche no ha hecho más que empezar.

Sin duda que era así, no me lo podía creer. Y entonces bebió a morro de la botella de champán y me dio a beber también.

Un rato después, ya lo habíamos hecho de todas las maneras.

—Creo que hemos practicado todas las posturas del Kamasutra, ¿crees que nos falta alguna? —me preguntó después de que me alivié a la par de ella, sincronizando su último orgasmo con el mío.

—Creo que no...

—Pues eso hay que mirarlo en Internet. Busca, busca —me pidió.

—Oye, que ha sonado como si fuese un perro.

—No, más bien eres un toro.

—Espero que no lo digas por mis cuernos. —Reí porque ya me tomaba a broma los que me puso Silvia.

—No, no, que lo digo por tu potencia. Y por tu control. Que «la potencia sin control no sirve de nada» —me soltó como en el spot publicitario de Pirelli.

Me tenía que reír sí o sí con ella. Me quedé allí, acariciando su cuerpo al completo y enroscando mis dedos en su pelo. Me hubiese quedado así por tiempo indefinido. Es más, no pensaba en el tiempo ni era algo que me preocupase.

A Noelia se le fueron cerrando los ojos poco a poco. Me resultaba ideal la posibilidad de dormir con ella en mi cama, de tenerla entre mis brazos toda la noche, de poder velar sus sueños.

A punto de caer del todo en brazos de Morfeo, o mejor dicho en los míos, me dedicó una última sonrisa porque era así de generosa. Le correspondí con otra y chisté en su oído para que se quedase dormida del todo.

—Lo que quieres es que me calle ya, pero mañana habrá más y mejor. Y sí, es una amenaza —murmuró.

—Eso espero y que no dejes de amenazarme en ningún momento.

—Si es que los hay masoquistas —sonrió.

Me emocionaba tanto tenerla en mi cama que ni siquiera tenía ganas de cerrar los ojos y eso que estaba abatido tras un día tan intenso. Me quedé allí, besando su rostro y admirando su belleza en la penumbra del dormitorio hasta que comprendí que el sueño podía conmigo y apagué la luz de mi mesita de noche.

Me quedaba con sus palabras, con que al día siguiente habría más y mejor... con ella siempre mejor. Me estaba calando muy hondo aquella mujer que conocí comprando perfumes y cremas. Por cierto, que olía igual de bien que todas ellas.

Capítulo 27



Adrián

No eran ni las seis de la mañana cuando me fui al salón sin hacer ruido y dejé unos regalitos sobre el sofá para las chicas y hasta para mí.

Ese último detalle lo tuve porque me sentía muy contento aquella Navidad y porque no quería que se sintiesen mal, no esperaba nada por su parte más que esa impresionante compañía que me estaban dando y que era, sin duda, el mejor de los regalos. Así también tendría algo que desenvolver delante de las chicas.

Me preparé un café y tomé una pastilla, ya que sentía un ligero martillazo en mi cabeza. Más que ligero, un tanto intenso, en realidad, como si estuviesen tirando un muro en ella. Normal, siendo conscientes de que el día anterior nos habíamos bebido todo lo habido y por haber. Cuánto me reí con ella hasta que cayó dormida. Y ese estriptis que me dedicó... Ese no lo olvidaría jamás. Me sacaba la sonrisa con solo recordarlo.

No tardó en aparecer por la cocina Dakota. Lo hizo feliz como ella era. Nunca pudo dormir hasta tarde en una mañana tan especial como aquella.

—Papá, espero que esos regalos que hay en el sofá sean todos para mí —murmuró en mi oído causándome una carcajada. Cuando sabía de la noche anterior que había para los cuatro. Era así, tenía un humor que me enamoraba.

—Son para todos, preciosa. —Le acaricié la cara y puso un gesto de tristeza—. Pero para ti hay algo especial, espera. —Fui hacia el mueble del salón para coger una cajita que tenía para ella.

—Espero que compense bien el sufrimiento —sonrió viendo que era de una de sus firmas de joyería favorita.

—Yo también lo espero.

—Es preciosa la pulsera papá, y no es la típica de los *charms*.

—¿Te gusta? —le pregunté deseoso de comprobarlo, aunque el brillo de sus ojos ya me había contestado.

—Muchísimo. Pónmela. —Estiró su muñeca y cuando se la coloqué me dio un abrazo—. Ya estás perdonado, aunque la verdad lo hubieras estado sin este regalo. Sé cómo eres y todo el amor que tienes para todo el mundo. —Me besó la mejilla—. Me súper encanta —repitió con guiño de ojo incluido—. Y feliz Navidad, papi.

—Feliz Navidad para ti también, mi vida —le contesté con la emoción contenida, ¿en qué momento se hizo una mujer que ni cuenta me di?

Se marchó con la pulsera en alto, haciendo un bailecito. Ya sabía que iría a hacerle una foto a su muñeca que publicar en sus redes. Como para cualquier adolescente, le eran muy importantes, si bien siempre cuidé mucho de que nunca se expusiese demasiado en ellas.

Un rato después apareció Noelia con su hija que se habían encontrado en el pasillo. Venían felices también.

—Ya estamos todos. No cabíamos en casa y parió la abuela —dijo mi hija causando que le diera un cate—. Joder, papá, que es un dicho y no nada malo.

—Tienes razón, preciosa, te hemos invadido tu espacio —le dijo Noelia acercándose y acariciándole la espalda—. Feliz Navidad para todos.

—Estoy bromeando. Míriam me ha ganado por completo —decía mirando a la niña y sonriendo—. Feliz Navidad para vosotras también.

—Mamá, ahora te la tienes que ganar tú —le indicó la niña, que era otra que sabía más de lo que le habían enseñado.

—Creo que lo voy a tener más difícil. —Carraspeó.

—No, no, de verdad que no, con que me trates de usted, me hagas mi cama, me recojas mi plato y no hagas ruido, ya me has ganado —le contestó y le di otro cate—. Joder, ni bromear se puede —decía mientras Noelia reía a carcajadas.

—Me lo pones fácil, sí —le contestó ella.

—Mamá, ya sabes, ponle el desayuno.

—Esa es mi hermana —le contestó Dakota devolviéndole lo del día anterior y chocando los cinco con ella en el aire, para lo que la peque dio un saltito.

Nos sentamos a desayunar antes de abrir los regalos, con lo cual las niñas lo hicieron a la velocidad de la luz para descubrir qué le habían traído.

Teníamos ya preparado un rico tronco de Navidad que encargamos en esa misma pastelería donde nos dirigimos el día que nos conocimos y donde compramos las trufas. Allí lo vi y me pareció la mejor idea para celebrar un desayuno navideño en familia, pues así nos sentíamos.

Las niñas lo degustaban con mucha ansia porque ciertamente estaba delicioso, aunque yo notaba que ni demasiado apetito tenía en presencia de Noelia. Se trataba de eso tan típico de los comienzos de cuando notas que la emoción te impide comer bien, dormir bien...

Ella, por su parte, me hacía un gestito como de que le dolía también la cabeza y le pasé una pastilla por debajo de la servilleta, un gesto que no se le pasó por alto a ese par de listillas.

—¿Qué es eso que te ha dado, mamá?

—Es... es... —Se mostró dudosa.

—Es una pastilla porque cuando coges una cogorza, al día siguiente te duele la cabeza como si estuvieran tirando dentro de ella fuegos artificiales, más o menos. Y no me mires así, papá, que yo solo bebí una vez. Lo digo por lo que se escucha por ahí, tú sabes.

—Dakota, no me, no me... que me, que me...

—Papá, habla ahora o calla para siempre, como en las bodas, pero no me vuelvas majara, ¿o es que el alcohol te trabó la lengua?

—Te la estás jugando, hija.

—Y en el día de Navidad, qué valor —murmuró Míriam mirando hacia abajo y causando la risa de todos.

En ese día tan bonito y familiar, en realidad tan solo ponía unos regalitos, ya que éramos de vivir fuerte el día de Reyes.

Por fin llegó el momento de desenvolverlos. Dakota estaba nerviosa, como cada año, aunque era Míriam en realidad quien se mostraba atacada. Era una delicia verla, moviendo sus pies nerviosamente dentro de sus zapatillas porque no podía dejarlos quietos.

Nos sentamos, Noelia y yo, en la parte del sofá libre mientras ellas comenzaron a abrir sus tres paquetitos que era lo que había para cada uno.

—No debías de haber hecho esto —me dijo Noelia cuando le puse los suyos delante sobre la mesa para que lo descubriera.

—Es lo mínimo, preciosa. ¿Sabes lo que estoy disfrutando, haciéndolo?

—Ay, pero es que...

—Es que nada. Solo espero que te guste.

—Y yo te adelanto que solo con el detalle que has tenido, tengo claro que me gustará.

A las niñas le había comprado una sudadera Vans a cada una con la que se quedaron prendadas, no menos que con las deportivas Adidas clásicas y el cofre con calcetines de Snoopy que las volvieron locas. Las dos vinieron hacia mí a darme un abrazo.

—Muchas, muchas gracias. Nunca Santa Claus había acertado tanto con mi gusto —me dijo Míriam.

—Con el mío sí, pero es que yo estoy todo el día como un lorito detrás de ti diciéndote lo que me gusta, papá. Gracias.

—Te toca —le murmuré a Noelia que aún no se había atrevido a abrir los regalos.

—No debías...

—Ya, para y ábrelos, deja de decir cosas que no me van a convencer de que no hice lo correcto. —Le di un beso en la mejilla y sonrió.

A ella le había comprado un bolso de piel, una cazadora y unas botas altas. Se echó a llorar de la emoción y la abracé fuerte.

—No me merezco tanto.

—Claro que te lo mereces, preciosa. No lo dudes jamás.

—Pero es mucho.

—Mañana lo devolvemos. —Me reí.

—Espera un momento. —Se levantó y se dirigió a la habitación. Las niñas ya se habían ido a la de Dakota con sus regalos.

—¿De dónde has sacado eso?

—De la maleta. Yo también me acordé de ti y de tu hija. —Puso seis paquetitos en la mesa—. Estos son de las niñas y estos dos tuyos, espero que te gusten.

—Pues claro que me gustaran. —Le acaricié la mejilla emocionado.

El primero era un estuche con una corbata de firma. Era preciosa y había tenido un gusto exquisito. El segundo era un bolígrafo también de firma que era una maravilla. Le di las gracias mientras me la comía a besos.

—Tú sí que no debiste hacer esto, preciosa. No vas tan desahogada como yo.

—Tampoco estoy en la ruina, no te pases. Cuento con unos ahorritos y, además, sigo teniendo estas dos manitas para trabajar. —Me las enseñó.

Las niñas bajaron y vieron esos regalos que no se esperaban. Al igual que yo, a las dos le había comprado lo mismo; un neceser de Victoria's Secret y una paleta viral de sombras de ojos y es que a Míriam también le gustaba mucho el tema de maquillaje pese a su corta edad.

—¡¡Muero de amor, mamá!! Santa Claus llegó este año muy generoso. Gracias. —Abrió mucho los brazos.

—Yo también te doy las gracias. Es todo muy chulo.

—Debemos habernos portado muy bien para recibir tantos regalitos —opinó ella.

—¿La oyes, papá? Dicen que los niños son los que hablan siempre con la verdad por delante.

—Sí, los niños y los borrachos.

—De borrachos mejor no hablamos...

—Dakota, no te pases, que te la estás jugando. Recuerda lo de Italia.

—Pues que eso decía yo, papi, que se está quedando un precioso día de Navidad.

Se pasaron toda la mañana entre el salón y el dormitorio de Dakota, que ciertamente le encantaba a Míriam. Su madre opinaba que la miraba con esa admiración con la que se ve a las

hermanas mayores, aun sin serlo. Se llevaban los años suficientes para que pensase que el mundo de mi hija era apasionante.

Además, que Dakota contaba con un tocador muy cuqui, como ella decía, en el que sentó a la peque y la estuvo maquillando. No como a una puerta, porque la dejó muy natural, aunque sí lo suficiente para que la cría se emocionase y todo.

—Mamá, ¿a qué parezco una *influencer*? Dime la verdad.

—Hija, pero si a ti esas cosas no te llaman la atención, tú con tus pinceles ya tienes bastante.

—¿Pintas? —le preguntó Dakota.

—Sí, ¿no te lo había contado? Pinto como mi madre. Ella hace unos cuadros alucinantes.

—Hija, qué bien me vendes. Ni que fuese yo ahora Picasso.

—O Van Gogh, mami. Como los de La Oreja de Van Gogh que cantan tan bien. A mí me gusta la de *Vestido azul*.

Para lo pequeña que era, se notaba que la música también le tiraba mucho. Se trataba de una pequeña artista que pintaba, escuchaba música de varios estilos... Una cría muy especial y con mucha sensibilidad.

Poco a poco se fue haciendo la hora de comer y Noelia me ayudaba en todo.

—Eres la pinche de cocina más sexi que jamás me hubiera imaginado tener en la mía.

—¿Pinche? Tendré que convencerte para que me asciendas a chef. Ahora no puedo, porque las peques están por medio, pero todo se andará. —Enarcó una ceja y se mordisqueó el labio inferior. Cielos, cómo me ponía cuando hacía eso. Me puso hirviendo y me la imaginé abierta para mí sobre la encimera, Noelia me encendía muchísimo con solo un comentario o un gesto.

Para la comida freí las vieiras y pusimos el resto de comida, porque aún quedaba para un regimiento. Estrenábamos el segundo pijama de los que compré y nos hicimos un montón de fotos.

Las niñas disfrutaban mucho con ese tipo de cosas. Se daba la circunstancia de que Míriam se fijaba en Dakota por ser bastante mayor que ella, aunque a mi hija también le venía bien Míriam porque le daba ese toque de dulzura que los adolescentes van perdiendo con los años.

Dakota se entretenía muchísimo con la niña y es que ella de siempre los críos le gustaron

mucho y como Míriam le seguía el rollo en todo, estaba más que encantada.

Después de comer, las niñas se fueron a echar una siesta y yo me tumbé en el sofá con Noelia. Nos echamos una mantita y la abracé desde atrás mientras veíamos una película que habíamos elegido en una plataforma digital.

Iba a echarlas de menos cuando las llevase al día siguiente por la mañana a su casa, pero algo me decía que nos quedaban mil momentos por vivir.

La tarde transcurrió entre juegos de mesa y, en cuanto tuvimos la oportunidad, me marché con ella a la cama, ya después de cenar, ardiendo de pensar en poseerla de nuevo.

Esa noche comenzamos con una ducha. Nos quedaba mucho por experimentar en el sexo, si bien en el agua no lo habíamos hecho demasiado todavía.

Tomé una esponja, un poco de gel y fui masajeándola por cada uno de los centímetros de esa piel tan sedosa, prestando especial atención a sus pechos y a esa otra zona, al sur de su ombligo, que tan loco me volvía y que ella tenía totalmente depilada.

Con la esponja, la estimulé hasta que sus jadeos sonaron como un hilo musical en todo el cuarto de baño, el cual quedaba menos cercano al dormitorio de las niñas y en el que, por tanto, podía desatar un poco más su garganta sin riesgo de ser escuchada.

Le di la vuelta y la coloqué con las manos contra la mampara. Era un lujo tenerla así. Ya se la notaba muy excitada y el grosor, así como la dureza de mi pene indicaba que también me pasaba igual.

Entré en ella de una estocada mientras una de mis manos continuaba palpando su clítoris, estimulándolo, y la otra se iba hacia sus pechos.

—No quieres perderte nada, ¿eh? —me preguntó ladeando su cara para buscar mis labios.

—¿Contigo? Absolutamente nada, preciosa.

Terminamos allí y en esa postura, lo cual no significó para nada que cerrásemos el capítulo sexual de esa noche. Quedaban muchas horas por delante. No sabía cuál sería de nuevo esa siguiente noche que pudiera pasar con ella y todo me sabía a poco.

La recosté sobre la cama y se lo hice en todas las posturas imaginables. Ella también tenía mucha picardía y adoptaba ciertas poses que me llevaban al borde de la locura.

Cuando terminamos, nos quedamos haciendo la cucharita. El sexo con ella me encantaba, pero dormir a su lado no me gustaba menos. Todo lo que pudiera hacer con Noelia corría el

riesgo de convertirse en una adicción para mí.

Capítulo 28



Adrián

Estaba con Noelia en el jardín tomándonos el primer café de la mañana, cuando aparecieron mi hija y Míriam. Se sentaron junto a nosotros a tomarse sus respectivos vasos de leche con cacao.

—Noelia, va a venir mi amiga Ainoa para dar una vuelta por el mercado navideño y me preguntaba si te importaría que nos llevemos a Míriam con nosotras —le preguntó mi hija—. Vamos a estar casi todo el día fuera, porque aparte de ir al mercadillo, queremos también ir a pasear por el centro comercial. No te preocupes, que ella es tan responsable como yo —añadió.

—Hija, no sé si decir eso te conviene, igual no es la mejor carta de presentación para tu amiga —me burlé de ella.

—Qué gracioso estás desde que Cupido revolotea a sus anchas por este jardín, papá.

—Te lo has merecido. No me suelo meter en vuestras cosas, pero en esta ocasión te lo has merecido. —Me miró risueña Noelia, quien también derrochaba complicidad con mi hija.

Míriam estaba expectante a la contestación de su madre, mientras yo estaba tranquilo, porque en el fondo, y bromas aparte, sabía cómo eran mi hija y Ainoa, aunque a esta última le gustaba mucho el cachondeo, sabía que tampoco le quitaría el ojo a la pequeña.

—Di que sí, por favor, te prometo que no me voy a separar de ellas en ningún momento —le rogaba a su madre.

—Noelia, puedes quedarte tranquila, que tanto mi hija como Ainoa son muy responsables, ahora ya te estoy hablando en serio. No te lo diría si no lo fuesen —le dije para que la dejara ir.

—Papá, menos mal, porque nos ibas a dejar fatal y sin ningún motivo. Luego dices que si yo gasto bromas. Y tú, Noelia, mira la carita de tu niña, porfi —le pidió mientras que Míriam le

ponía ojitos y no hacía más que suplicar con las manitas juntas.

—Venga, vale, pero no te puedes alejar de ellas dos, ¿vale?

—Vale, no las soltaré de las manos, lo prometo.

—Ya la estás escuchando, aparte de que nosotras tampoco la soltaremos ni un segundo —le aseguró Dakota.

—Vale, lo que ocurre es que se suponía que nos íbamos ahora para casa. —Volteó los ojos.

—Hoy no trabajas, no tienes por qué irte —murmuré por no dar saltos de alegría al saber que se quedaría junto a mí más tiempo y a solas.

—Sííí, gracias, mami, ya verás que cuando volvamos te dicen lo bien que me he portado —dijo, y después se puso a levantar las manos loca de alegría.

—Eso espero, señorita.

—Que sí, que sí... Que te lo aseguro. Y hasta puede que te traiga un detallito del mercadillo. Abrí mi hucha el otro día, lo sabes.

—No es necesario, cariño. Con saber que no te separarás de ellas ya me doy por contenta.

Las chicas se fueron a preparase y nosotros nos quedamos en el jardín un poco más.

—De verdad que puedes estar tranquila, las chicas no le quitaran el ojo en ningún momento —le susurre mientras la abrazaba—. Además, así aprovechamos nosotros el día, que hoy vas a poder gritar a gusto. —Terminé de decirle para después darle un pequeño mordisco en el cuello.

—Uff, solo de pensarlo se me ponen los vellos de punta, no tienes más que verlo —me indicó enseñándome el brazo.

Era verdad. Cómo me gustaba notar esas reacciones por su parte.

Poco después escuchamos el timbre de casa y es que Ainoa acababa de llegar, porque iban a salir las tres desde aquí.

—Papitooo, ya está aquí tu hija adoptiva —venía gritando la muy loquita.

—No le hagas caso, es que le gusta mucho el cachondeo y muchas veces me dice papi o papito para pincharme —le murmuré mientras le guiñaba un ojo—. Anda, ven aquí que te voy a

presentar a Noelia.

Las chicas venían detrás de ella, ya que fueron las que le abrieron la puerta, por lo tanto, daba por hecho que Dakota le presentó a la pequeña.

—Ainoa, ella es Noelia, la madre de Miriam.

—Encantada Ainoa. —Se levantó para darle dos besos.

—Igualmente Noelia, en cuanto a tu hija te puedes quedar tranquila, que desde que perdí a tres niños, me he comprado un localizador que va puesto en el tobillo, así que, si tu hija se pierde, la localizaremos pronto —lo decía seria la muy puñetera—. Es como de esos que se les ponen a los presos cuando les dan la condicional y es que resulta que tengo un amigo que los consigue casi tirados de precio.

—Ainoa —la regañé— que Noelia no te conoce y se va a creer toda esa sarta de tonterías.

La niña y la madre me miraban como diciendo si era verdad lo que estaban escuchando, pero riéndose al mismo tiempo.

—Es broma mujer —sonrió—. Mejor le implantamos un chip, que es mucho más seguro.

—Para ya Ainoa, ¿no ves que por tu culpa al final no la va a dejar de venir? —protestó Dakota dándole un pequeño golpe con el codo.

—Ufff, qué corta rollos sois los dos —contestó aguantándose la risa—. ¿No veis que ella también se está riendo?

—Me tendrás que dar uno de esos a mí, así cuando yo también salga con mi hija se lo pongo y voy la mar de tranquila.

No, si al final a la otra también le iba la marcha, y yo pensando que se iba a llevar un susto al escucharla.

—Dakota, te he pasado dinero a la tarjeta, para que lo pagues todo, tienes el suficiente para que os compréis lo que queráis. —Le hice una señal con la cabeza que ella me entendió.

—Pero mira que es bueno mi papito adoptivo. No, si al final dejo a mis padres y me vengo a vivir contigo.

—Deja, deja, mejor sigues con tus padres y me haces una visita de vez en cuando. —Moví la cabeza negando mientras me reía.

—Tú te lo pierdes, porque una hija como yo no la vas a encontrar en ninguna parte —decía dando una vuelta sobre sí misma.

—Vale, papá, bueno, nosotras nos vamos ya. —Esta vez fue Dakota quien habló a la vez que se despedía de nosotros.

—Dakota, cualquier cosa nos llamas, ¿vale? —murmuro Noelia.

—Sí, no os preocupéis, nos lo pasaremos muy bien y vosotros divertiros también. —Nos hizo un guiño.

—Pues no sé con qué se van a divertir ellos aquí en la casa —iba diciendo la enana de camino a la puerta.

Oímos que Ainoa le contesto algo, pero no logramos escucharla claramente, cualquier disparate, de eso estaba completamente seguro.

Me apetecía quedarme a solas con Noelia y es que tenía unas ganas locas de volver a disfrutar de su cuerpo, mientras escuchaba cómo jadeaba por el placer que le proporcionaría.

—Y llegó el momento más esperado —le comenté en cuanto estuvimos a solas y comencé a abrazarla y a besarla por su cuerpo enterito. Es que no podía gustarme más.

—Eso parece, ¿vamos hacia dentro? —me preguntó tirando de mí.

—Ya estamos tardando —le contesté y de nuevo me quedé mirando sus caderas—. ¿Las tienes aseguradas? —le pregunté.

—¿Las caderas? Ni que fuera Jennifer López, que se aseguró el trasero.

—Ni que tus caderas valieran menos que su trasero. Y hablando de traseros, el tuyo es para perder el norte. Pero bueno, que lo decía porque tus caderas, y tu cuerpo en general, hipnotizan y lo normal será que causen más de un accidente.

—Ven aquí, que tú sí que vas a sufrir un accidente.

—O tú, preciosa, que cuando acabe contigo creerás que te ha arrollado el tren.

Era la primera vez que la tenía a solas por completo para mí en casa. Y me sentía con ganas de jugar. A ella también se la notaba traviesa.

Abrí una cajita que tenía en mi mesilla de noche y Noelia la miró fijamente.

—No me lo creo. ¿Son unas esposas?

—Exacto. Y no te preocupes por la frialdad del acero porque he pensado en todo a la hora de pedir las; estas son de suave terciopelo, como tu piel.

—¿Las has comprado pensando en mí?

—Que no te quepa ninguna duda.

—¿Y cuándo pensabas sacarlas?

—Pues cuando tuviera la oportunidad de atarte a cualquier lugar y de que gritases a pleno pulmón como estoy seguro de que vas a hacer ahora.

—Me estoy mojando, me estoy mojando mucho, te lo advierto.

—Y yo te advierto que nada me pone más que pensar en eso, absolutamente nada.

La dejé desnuda de inmediato. Saqué las esposas y la até al cabecero de la cama. Noelia temblaba de ganas. Y no se trata de una manera de hablar, sino de que percibía ese temblor suyo a las claras.

—No puedes dejarme así mucho tiempo, no puedes, es que no puedes —me susurraba.

—Y no quiero, no te preocupes.

Por supuesto que no la dejaría temblando de ganas. Muy al contrario, estaba loco por hacerla sentir, por escucharla gritar, por ver cómo su gesto se iba transformando en otro mucho más lujurioso.

Comencé a hurgar en su sexo, primero con mis dedos y luego con mi lengua. Mientras, sus pechos me miraban de frente, como pidiéndome que les prestara también atención. Y los lamí mientras comencé a estimular su clítoris.

El simple hecho de que no se pudiese mover, de que sintiera esa indefensión delante de mí hacía que chorreara muchísimo.

Sus manos estaban por encima de su cabeza y Noelia me ofrecía ese cuerpo tan sugerente. Comencé a acariciar cada una de sus zonas más erógenas mientras seguía empeñado en estimular su clítoris hasta hacerlo estallar. Cuando por fin lo hizo, gritó y gritó como nunca la había escuchado hasta ese día, pues estábamos en la más estricta intimidad, sin las niñas. Ni siquiera en los hoteles pudo despacharse así de a gusto por estar rodeados de otros huéspedes.

La escena era muy erótica, con ese gesto de total disfrute y esos labios entreabiertos que me suplicaban que la penetrase.

Me moría de ganas de hacerlo y no por ello la solté en ningún momento. Por el contrario, me producía mucho morbo y a ella también.

—Te las has apañado muy bien para poder hacerme lo que te dé la gana. —Se volteó un poco, ofreciéndome su trasero para que le diera unas palmadas. No dudé en hacerlo y fuerte, como a ella le gustaba, como me pedían sus ojos... Esos ojos de Noelia que tan vivos estaban, esos ojos en los que me perdía cada vez que hacía el amor con ella.

Al poco de hacérselo en esa postura, desde atrás, le di la vuelta porque deseaba disfrutar con cada uno de sus gestos, con cada uno de esos detalles que pueden pasar desapercibidos para quien no sabe mirar. No era mi caso.

Yo sabía mirarla, yo quería mirarla.

Cada uno de esos gestos me llevó a hacerle el amor de un modo desatado, entrando y saliendo de ella, subiendo de intensidad por momentos, llevándola a la cima del placer.

Su forma de gritar me ponía demasiado. Nunca disfruté tanto con una mujer en la cama. Noelia me estaba calando demasiado hondo. Había algo en todo aquello que me resultaba un verdadero misterio, ya que no podía entender cómo, en tan poco tiempo, me había enganchado tanto a ella. También parecía estar pasándole y eso era lo mejor.

Capítulo 29



Adrián

Los siguientes días los habíamos pasado prácticamente juntos, ya que cuando no eran las niñas, éramos nosotros los que andábamos haciendo planes.

Eran días alegres, días distintos que nos llevaban de unas fiestas a otras. Días en los que estábamos viviendo momentos inolvidables. Sentía que era muy pronto para hablar, si bien algo me decía que aquello que había comenzado de un modo tan fortuito podía convertirse en una relación.

En uno de los momentos que me quedé a solas con Dakota ella fue la que mencionó lo que yo tenía como ronroneo en la cabeza y es que me animó a organizar un fin de año con los abuelos y su familia en conjunto.

En ocasiones, me sorprendía esa sincronización con mi hija que nos llevaba a pensar en las mismas cosas.

Hablé con mis padres y les fui muy sincero. No les hizo falta que les explicara mucho para aceptar que nos reuniésemos todos en casa en esta noche de fin de año.

Ellos lo que deseaban era verme feliz. Nunca les dio buena espina Silvia y poco se equivocaron. Les tocó sufrir tela a consecuencia de mi matrimonio con ella y, si algo les quitaba el sueño eran sus ganas de verme al lado de alguien que valiese la pena.

No me fue fácil convencer a Noelia, que decía que no quería que fuesen una molestia y demás, pero rápidamente la chantajeé para que aceptara la maravillosa y loca idea de pasarlo todos juntos y así, esta noche quedarse en casa con su hija y celebrar la entrada del año los cuatro.

—Papá, me muero de hambre. —Apareció bostezando y acariciándose la barriga.

—Mi madrugadora favorita. —La abracé y zarandeé en mis brazos.

—¿Nos preparamos unos huevos revueltos con una tostada y le ponemos aguacate?

—Claro, mi vida. Ve pelando los aguacates que voy haciendo el revuelto.

—¿A qué hora comienzan a llegar los invitados? —preguntó carraspeando.

—Pues los abuelos van dentro de un rato al mercado para comprar todo el marisco, el pescado para hacer el paté de Cabracho y vamos a hacer chuletas de cordero para todos con una crema de patatas y salpicón de champiñones.

—En navidades también usamos los champiñones.

—¿Y?

—Nada, nada. —Se rio.

—Cortaré ahora la pata de jamón para luego preparar los platos un rato antes.

—¿Queso?

—Por supuesto, del curado que a ti te gusta.

—¿Uvas?

—También las traen los abuelos.

—Bueno, yo lo recuerdo por si acaso. —Se encogió de hombros—. Hay que tratar bien a la nueva familia que de esta te has quedado pillado, pero bien. Poco te duró la soltería, aunque reconozco y sin que sirva de precedente, que Noelia no es como la otra, ni de lejos y su hija me tiene ganada por completo.

»Quiero verte feliz. Reconozco que al principio me asusté, pero la sonrisa que llevas en la cara merece la pena que te dure una eternidad. Se ven buenas personas, no como la otra estirada que era una convenida.

—Día de paz y amor. —La abracé fuerte mientras ella cortaba el aguacate.

—Sé feliz papá, es lo único que desean los abuelos y yo. No tienes que quedarte solo ni pensar que tienes mala suerte en el amor, además, dicen que a la tercera va la vencida.

—Gracias, mi vida. Sabes que te quiero con locura.

—Lo sé.

Mis padres llegaron a media mañana cargados de bolsas y más bolsas que sacamos del coche y no tardaron en ponerse el delantal para preparar todo conmigo. Para el medio día íbamos a comer unos montaditos a lo rápido.

Se les veía inmensamente felices. No solo me habían recuperado como hijo, sino que ocurrió en esas fechas tan entrañables y familiares que nos permitieron celebrar juntos unos días que, de seguir distanciados, habrían resultado mucho más tristes.

Fue a las ocho de la tarde cuando apareció Noelia guapísima con su hija Míriam, su hermana Carolina, su cuñado Jesús y la hija de estos, Sofía que era simpatiquísima y que tenía doce años. Su mamá Carmen y su papá Manuel también eran adorables y todos nos saludaron con mucho cariño a mi familia y a mí.

Se notaba que formaban una piña y eso me alegró. Verla rodeada de los suyos me dio a entender que tenía mucha gente que la quería. No el desgraciado de su ex, que se la había jugado bien, pero sí el resto de su familia.

Traían un montón de dulces navideños para la sobremesa y botellas de vino. Les habíamos pedido que no trajeran nada, pero no quisieron venir con las manos vacías, incluso le trajeron un regalo a mi hija con la que tuvieron un detalle precioso.

Las presentaciones las tuvimos que hacer por partes porque había un montón de gente. Resultó muy divertido comprobar cómo mis padres hacían migas desde el principio con los suyos.

También Sofía era un encanto del estilo de Míriam, quien la llevó enseguida a ver el dormitorio de Dakota, ese que tanto le molaba.

Todos me cayeron sensacional. Carolina y Jesús eran muy agradables, lo mismo que Carmen y Manuel, y se mostraban muy agradecidos por la invitación.

—Por fin puedo decir alto y claro que se ha producido un milagro esta Navidad. —Brindó Carolina, su hermana, mientras servíamos una copita antes de la cena.

—No empieces, te lo pido por favor o me sonrojarás —le pidió Noelia.

—¿Sonrojarte tú? No lo creo —negué con la cabeza.

—Sí, no sabes lo que es capaz de soltar mi hermana por la boquita.

—Si solo iba a decir que por fin te ha cambiado el gusto para mejor, ¿es eso malo? ¿Lo es?

—Llevan así toda la vida, desde que nacieron, pero son las hermanas más unidas del mundo. Siempre se tienen la una a la otra para compartir lo bueno y lo malo —nos comentó Carmen, su madre.

—Yo apruebo lo que ha dicho Carolina —bromeé y todos se rieron.

Las niñas salieron del cuarto de Dakota, quien venía con las dos, muy cariñosa.

—Creía que me había salido una hermana postiza y resulta que van a ser dos —apuntó.

—Es que Sofía dice que también se quiere quedar alguna vez a dormir aquí, ¿podrá, tata Carolina? —le suplicó Míriam.

—Pero bueno, Míriam, qué morro tienes, que la casa no es nuestra, hija —le recordó su madre.

—Déjala. No hay problema. Donde caben dos, caben tres, yo les haré hueco en mi dormitorio cuando sea, tranquila —le respondió Dakota.

Se estaba mostrando como una especie de hermana mayor estupenda. Hasta se sentó al lado de las crías en la mesa, dejando que los mayores hablásemos entre nosotros.

Todos eran muy sencillos y agradables. Nuestras madres, cómo no, se pusieron a comentar cómo éramos de pequeños, súper orgullosas.

Yo la miraba y veía lo contenta que estaba. Menuda reunión que habíamos improvisado y todo estaba saliendo estupendamente. Noelia también me miraba de un modo que me inspiraba amor. Todo me resultaba muy sorprendente, pues acababa de divorciarme y no tenía en mente nada de lo que sucedió. Pero lo hizo y me estaba llegando muy adentro.

Para no variar, comida había para dar y regalar en la mesa y en la cocina. Una vez más, tiré la casa por la ventana en las que estaban resultándome unas Navidades inesperadamente emocionantes.

Tras la cena, todos nos situamos en torno a la gran pantalla de televisión. Las niñas fueron las encargadas de colocar las uvas en sus cuencos. Dakota miró al de las pequeñas y se le abrió mucho la boca.

—¡¡Si solo hay seis!! ¿Por qué? —preguntó mirando a Míriam y a Sofía.

—Es que siempre nos hacemos reír la una a la otra cuando suenan las campanadas y terminamos medio atragantadas con tanta uva. Por eso las hemos compartido, que somos muy solidarias.

—Lo que sois es dos tramposillas. Venga, seis más para cada una.

—Vale, pero no nos miraremos entre nosotras para no reírnos, que liamos una...

Menuda cosa le habían dicho a mi hija. Ella no era tan escandalosa como su amiga Ainoa, pero también le gustaba tela un cachondeo. Justo a la hora de las campanadas, se colocó delante de las peques y comenzó a poner caritas. Era única cuando hacía eso, muy cómica. Y las otras, que ya tenían unas uvas en la boca en previsión, las terminaron echando hasta por los ojos.

Dakota reía y todos los demás también.

—Nos la has jugado —le decían las peques.

—Un poco sí, qué malilla yo, ¿no? Ay, papá, qué hija tienes. Me lo digo yo antes de que me lo digas tú.

Las abrazó y tanto Noelia como Carolina se miraron complacidas. Dakota podría gastarles cualquier broma, pero que nadie tocara a sus niñas, como ya las llamaba. Les había salido una gran defensora.

Tras las uvas, hasta improvisó una coreografía con ellas, la de la canción *Flowers* de Miley Cyrus.

—Míralas, qué empoderadas están —se decían las madres entre sí.

—Quién tuviera su edad —añadían las abuelas.

Parecía que nos conocíamos de toda la vida, ser familia. El ambiente era estupendo y tuve la suerte de, una vez acababa la celebración, hacer que tanto Noelia como Míriam se quedasen con nosotros.

Como siempre, Dakota se llevó a la niña a dormir y nos tumbamos en el sofá. También habíamos bailado y Noelia, que llegó preciosa con un vestido de fiesta y unos altos zapatos de tacón, decía que le ardían los pies.

No dudé en descalzarla y comenzar a darle un masaje en ellos.

—Si sigues así, vas a tener que rematar la faena—me aseguró al comprobar cómo me empeñaba en darle placer a través de sus doloridos pies.

—Entonces me emplearé a fondo para que me pidas que lo haga.

—Y te lo pediré, tranquilo, pero antes sigue con ese masaje —gimoteó.

Capítulo 30



Noelia

Esas sin duda que habían sido unas Navidades perfectas, con el broche de oro de un día de Reyes comiendo en casa de mi hermana todos, al igual que hicimos en fin de año, y abriendo esos regalitos que habían dejado para todos repartidos por las tres casas.

Pero ahora tocaba volver a la rutina, al día a día yendo al cole y al trabajo, y pasando tiempo juntos Adrián y yo solos o con las niñas.

Y es que Dakota se llevaba tan bien no solo con mi hija, sino con mi sobrina, y hacía buenas migas con mi hermana, que esta le dijo que si una noche su padre y yo queríamos salir a cenar ella podría quedarse en su casa y tener una fiesta de pijamas con las niñas.

Decir que esa idea les entusiasmó a las tres no era faltar a la verdad, pues empezaron a dar saltitos de alegría y dar palmadas. Me encantaba ver a mi hija así de feliz, pues con los desplantes de su padre bastaba para que sintiera un poquito de tristeza.

Ni un regalo le había enviado por Navidad, ni siquiera se molestó en llamarla para felicitarle el año, pero como ya sabíamos todos, el padre del año no era, desde luego.

Estaba en la gestoría terminando de enviar unos correos cuando me llamó Julián, mi abogado, y al descolgar tenía la esperanza de que fuera a darme buenas noticias. Desgraciadamente no lo eran.

—Ya sabes que, con todo el tema de las fiestas, los juzgados paran —dijo—, pero ya hemos retomado lo del préstamo que el banco dio a tu nombre.

—Ya está pagada la primera cuota, y menudo dolor de bolsillo me dio —suspiré.

—Noelia, lo que te voy a decir es fuerte, ¿estás sentada?

—Sí, pero no me digas que tengo una gemela por ahí que se hizo con mi DNI, porque me da un yuyu y la espicho, como diría mi sobrina.

—Suplantarte la identidad para la firma sí que te la han suplantado, y la verdad que esta jugarreta no me la esperaba ni la vi venir.

—Julián, ¿quién fue? Mira que me estoy poniendo mala.

—Vicente.

—¿Qué? Pero ¿cómo...?

—Me comentaste que la antigua directora de la sucursal donde se concedió el préstamo se fue justo en esa semana, ¿verdad?

—Sí.

—Pues ella falsificó la firma en el contrato.

—Madre mía, ¿esa mujer es amiga de mi ex, y consintió hacer aquello?

—No es solo una amiga, es la amante que tenía.

—¿La que estuvo en el juicio?

—Esa misma.

—Pero ¿cómo me ha podido hacer esto? ¿Cómo? —Empecé a llorar y notaba que estaba hasta hiperventilando, no podía ser que mi marido, ahora mi ex, hubiera hecho aquello.

—Se ve que le jodió bastante lo de la manutención de la niña, y antes de irse del banco te la jugó, pero bien.

—No está pasando, de verdad que esto no está pasando.

Escuchaba a Julián hablar al otro lado de la línea, pero no me estaba quedando con una sola de sus palabras, de verdad que no. Sentía unos sudores fríos increíbles por todo el cuerpo, me estaba mareando y cuando quise darme cuenta, todo se volvió negro.

Para cuando desperté estaba en una de las camillas de la clínica de mi hermana, y era ella a quien tenía al lado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—¡Ay, Dios! ¡Qué susto me has dado! —Me abrazó—. Que te has desmayado. Bueno, te caíste redonda al suelo de la gestoría, que Rober escucho el porrazo que debiste darte, y allí te vio tirada. Llamó a la ambulancia enseguida para que te trajeran. ¿Qué te dijo Julián, que era con quien me ha dicho que hablabas por teléfono?

—El préstamo, el que dieron a mi nombre en el banco.

—Sí, ese con el que alguien ha debido comprarse un yate o vete a saber, ¿qué pasa?

—Fue Vicente quien lo sacó junto con su amante.

—¿Cómo? —gritó— Yo a ese hijo de la gran fruta lo mato. No, primero le paralizó, le hago cachitos mientras lo ve y sufre, y luego lo entierro.

—Carolina, no digas burradas.

—Me cago en su puñetera madre y en todos sus antepasados. ¿Cómo fue capaz de hacer eso? Es que hay que ser hijo de Satanás para jugársela así a la madre de su hija.

La puerta se abrió en ese momento y vi entrar a Adrián, el pobre venía descompuesto.

—Preciosa, ¿estás bien? —preguntó cogiéndome ambas mejillas— Cuando me ha llamado tu hermana he venido corriendo.

—Así traes esa cara —dijo ella—. ¿Quieres un Aquarius? Porque mira que, venir corriendo desde tu casa...

—Hija, que habrá venido en coche —resoplé.

—Ya, ya, si yo era para quitar hierro al asunto.

—¿Cómo es que te has desmayado? —preguntó acariciándome las mejillas— No estarás... embarazada.

—¿Qué? —esta vez chillé yo, mirando a mi hermana.

—Tranquilos, tortolitos, que en el horno todavía no hay bizcocho. Pero vamos, que, si vais en serio, yo sé de dos que estarían encantadas de tener un hermanito —sonrió—. Es broma, no me miréis así. Se ha desmayado porque le han dado una noticia que no es para menos.

—¿Qué noticia?

—¿No le comentaste a este abogado lo de...?

—No, no le dije nada de eso —la corté.

—¿Qué no me has contado, Noelia?

Suspiré y con la total confianza, que ahora sí tenía con Adrián, le conté lo del préstamo hipotecario que yo quería haber pedido pero que no pude porque me dieron la inesperada mala noticia de que había un préstamo ya a mi nombre.

En el momento en el que le dije que cuando me desmayé era porque estaba hablando con mi abogado por ese asunto y que habían descubierto que fue mi ex antes de firmar el divorcio con su amante quienes lo habían sacado, le vi apretar la mandíbula.

—¿Él hizo esa canallada? —preguntó, serio y enfadado como nunca antes le había visto.

—Sí, Y ahora entiendo que accediera tan fácilmente a la cantidad de la manutención —contesté.

—Nos ha jodido, como para no hacerlo, si ya tenía doscientos mil euros en el bolsillo el muy cabrito —protestó mi hermana.

—Dame el número de tu abogado, voy a reunirme con él para hablar de este asunto —me pidió sacando el móvil de su bolsillo.

Mi hermana cogió el mío del bolso y me lo dio, busqué el número de Julián y se lo fui dando mientras marcaba, salió de la habitación para hablar y nos dejó a las dos solas.

—Es curioso que lo primero que haya preguntado, es si estabas embarazada —comentó Carolina—, y en sus ojos he visto un brillo como de esperanza que se ha apagado cuando he dicho que no. Ahora, tu cara, nena, te has puesto verde —sonrió.

—A ver, es que no sería plan. Recién divorciados y encima embarazados.

—¿Y qué pasa? Ese hombre le da mil vueltas al gilipollas de Vicente, que más vale que no me lo heche yo en la cara, porque vamos, es que le saco los ojos y le ponemos en las vías del tren a vender cupones.

—Dirás en la puerta de la estación.

—No, no, en las vías del tren, a ver si tiene un descuido y...

—Hermana, en serio, empiezas a darme miedo, eres una sanguinaria.

—Solo con tu exmarido, que, si por mí fuera, le dejaba seco.

—Jamás pensé que se le pudiera pasar por la cabeza hacerme eso, de verdad que no. ¿Por qué lo habrá hecho sabiendo que jugaba con el pan de su hija? —suspiré.

—Porque la niña y tú le importáis poco, o nada. Es un cabrón, y desde luego que hiciste bien en divorciarte.

—Ahora que recuerdo, el nuevo director de esa sucursal me dijo que la antigua directora se dio de baja porque estaba embarazada y le habían recomendado reposo o algo así.

—Espera, que encima ese par van a traer otro Satanás al mundo, vamos, no me fastidies.

La puerta se abrió y Adrián se vino directo para mí.

—Espero que Míriam algún día me perdone por lo que voy a hacer, pero te aseguro que tu exmarido no se va a ir de rositas después de lo que te ha hecho. Y en cuanto a ti, preciosa, debiste decírmelo antes. Soy abogado, podría haberte ayudado incluso en las fiestas que estábamos.

—Y me ayudaste, Adrián, porque le diste a mi niña las mejores Navidades que podía haber tenido. —Se me cayeron algunas lagrimillas y él me abrazó.

—No, por favor, no llores. Y confía en mí, porque a tu ex le voy a sacar lo más grande, y se va a pasar mucho tiempo sin ver el sol junto con la novia.

—Adrián, no tienes que hacer nada, de verdad, no te arriesgues por mí.

—Y si no es por ti y por tu hija, además de por la mía, ¿me explicas por quién me arriesgo, si sois lo que más quiero ahora mismo en la vida?

Capítulo 31



Noelia

Dos semanas, ese era el tiempo que había pasado desde que Julián me dijera que fue mi ex junto con su amante quien sacó el préstamo a mi nombre.

Y claro, si lo pensaba, Vicente era el único que podía tener acceso a mi DNI, en cualquier momento podría haber hecho una foto con el móvil y listo, estafa a su futura exmujer en un periquete.

Adrián se había volcado en este asunto ayudando a Julián en todo, quería que mi ex pagara por lo que me había hecho y después de varios días pidiendo grabaciones y demás en la sucursal donde trabajaba ella como directora, sin que a mí se me viera ni una sola vez allí el día que se hizo efectiva la firma del préstamo, el juez dictó sentencia.

Primero hubo que ver dónde estaba el dinero porque esa mujer cobró el cheque en otra entidad y había ido tirando de él en ese tiempo. El famoso viaje al que mi ex se iba a pasar las Navidades, lo hicieron a Cancún con todo lujo de detalles, no escatimaron en gastos, vaya.

Incluso habían dado una buena inyección de liquidez a la empresa de él, que por lo que pudieron averiguar Julián y Adrián, no estaba pasando por su mejor momento.

Ella, quien solicitó la baja por maternidad supuestamente, ni siquiera estaba embarazada, solo que acabó confesando ante el juez que debía irse del banco sin levantar sospechas tras lo que había hecho.

Finalmente, el juez concluyó que ese par había obrado con soberana malicia solo porque mi exmarido no quería darme una manutención tan alta por su hija. Y no solo iban a estar un tiempo sin ver el sol como Adrián dijo que conseguiría, sino que el juez le quitó a Vicente todos sus bienes, pasándolos a nombre de mi hija y mío para que yo pudiera cubrir ese préstamo que ellos habían sacado a mi nombre, y mi hija tuviera algo para el día de mañana, ya que al estar en la cárcel poco dinero podría pasarle de manutención.

La empresa de compraventa de coches, la casa, su coche y el dinero que tenía en varias cuentas, para nosotras.

Al juicio fui con mi hermana, y es que ella decía que quería ver la cara que se le quedaba a Vicente al saber que se quedaba en la ruina por jugármela de esa manera antes del divorcio.

Y sí, la cara al conocer la decisión del juez en el que le quitaba todo menos los calzoncillos, fue un poema.

Eso sí, no paró de decirme que era una zorra aprovechada que como no había conseguido quedarme con la casa en el divorcio, iba a por él de ese modo, a lo que el juez, aparte de pedirle que se calmara o le echaría de la sala, le recordó que él me la había jugado a mí con ese préstamo que yo no sabía que sacó a mi nombre.

Fuera como fuese, Vicente estaría lejos de nuestras vidas un tiempo, igual que su nueva novia, y cuando saliera de allí tenía prohibido siquiera acercarse a Míriam, porque el juez dijo que un hombre así no merecía ser parte de la vida de una niña.

De la empresa no dudé en deshacerme, vendiéndola por el máximo que Adrián consiguió sacar por ella, de modo que con eso liquidé el préstamo y además sobró un pellizquito que metí en una cuenta para Míriam.

A la casa, y por consejo de mi sabia hermana, le hicimos una limpieza y un lavadito de cara, y con limpieza me refería a que se le ocurrió la idea de quemar varios manojos de palo santo para eliminar las malas vibras, estaba loca, pero nos reímos las cinco mientras lo hacíamos porque no solo estábamos ella y yo, sino que Míriam, Sofía y Dakota vinieron con nosotras.

Parecíamos un pequeño aquelarre de brujas en mitad de algún rito.

Tiramos todo lo que Vicente había dejado allí, pintamos la casa al completo y cambiamos los muebles de la habitación principal, y hacía solo dos días que Míriam y yo nos habíamos mudado de nuevo a nuestra casa, cosa que tanto a mi hermana como a Sofía les dio penita porque decían que se iban a sentir solas sin nosotras allí con ellas.

Era viernes y me había pedido esa tarde libre para ir al centro comercial con mis niñas, pues a Dakota, y aunque ya fuera casi una mujer, también la consideraba así. Se había ganado no solo mi corazón sino también el de mi hija, que había forjado una relación de hermanas con ella como la que yo tenía con Carolina, y con Sofía también, pues adoraba a su prima postiza, al igual que Ainoa, esa chiquilla alocada amiga de Dakota que parecía hija de mi hermana por las cosas que se le podían ocurrir, y lo decía con tal seriedad que hasta te lo podías creer.

Habíamos pasado a unas rutinas que, aunque mi padre seguía recogiendo a Míriam en el colegio igual que a Sofía y se quedaban a comer con ellas en casa, algunas tardes era Adrián

quien iba a buscarla para que yo me fuera directa a su casa donde cenábamos y ya nos quedábamos a dormir.

Tanto la niña como yo, teníamos algo de ropa en la casa, al igual que Dakota tenía en la nuestra.

Mi niña no era tonta, y veía las cosas, pero no le habíamos confirmado nada de nuestra relación todavía, así que le pedí a Dakota que esta tarde me ayudara a hablar con ella.

Las recogí en la casa de Adrián y me comieron a besos dándome un fuerte abrazo, nos despedimos de él y fuimos al coche para tener nuestra tarde de chicas.

—Ya te aviso, papá, que vamos a dejar la tarjeta temblando —le dijo Dakota.

—Y me lo creo, hija, y me lo creo —contestó con resignación.

—¿Las tarjetas tiemblan, mamá? —me preguntó Míriam sentándose atrás.

—La de Dakota, sí —dijo él—. Voy a tener que ponerle más límite. ¿Unas compras de cincuenta euros, tal vez?

—Ah —gritó ella mientras se llevaba la mano al pecho—, pero si eso es lo que vamos a gastar en merendar.

—¿Dónde vamos a merendar, Dakota? Que por ese dinero meriendo yo un mes con los menús de niño del Burger King —contestó mi hija, y nos tuvimos que reír.

—Calla, que nos limita la tarjeta y no voy a poder comprarte pinceles nuevos —le dijo Dakota entre dientes.

—Adrián no le limites la tarjeta que yo vigilo que no gaste mucho —le pidió Míriam.

—Entonces me quedo más tranquilo. —Rio—. Divertíos, sobre todo, eso, ¿vale, chicas?

Una vez en el coche Dakota puso la radio y empezó a sonar *Tacones rojos* de Sebastián Yatra. Subió el volumen y miró hacia atrás para cantarle a mi niña.

—«*Hay un rayo de luz que entró por mi ventana y me ha devuelto las ganas, me quita el dolor*».

Míriam sonrió y cuando una parte del estribillo, las escuché a las dos cantarlo a gritos sin perder sus sonrisas.

—«*Mi pedazo de sol, la niña de mis ojos*».

Me encantaba ver lo bien que se llevaban, esa química que había entre ellas como si se conocieran de toda la vida.

Cuando llegamos al centro comercial fuimos primero a la tienda de manualidades donde Dakota y Míriam empezaron a coger cosas que meter en la cesta para que mi niña tuviera sus pinceles nuevos y varios cuadernos de dibujo.

Fuimos de tienda en tienda y Dakota llevaba el brazo por los hombros de mi pequeña, que iba sonriendo todo el tiempo. Tenía una amiga mayor con quien podría hablar de todo y eso me hacía feliz a mí.

Tras varias compras más, en las que, obviamente, entraron algunas chuches porque era inevitable no comprarlas dado que éramos todos un poquito golosos, nos sentamos en la cafetería a merendar unas crepes.

—Míriam, ¿a ti te gusta mi padre? —preguntó Dakota, pues quedamos en que ella rompería el hielo en esa conversación.

—Sí, es muy divertido. Y cariñoso también —sonrió.

—Mi vida, y qué dirías si, en vez de ser solo mi amigo —comencé a hablar y ella me miró atenta mientras se llevaba un pedazo de crepe a la boca— fuera algo más.

—¿Adrián es tu novio?

—Mira qué lista nos ha salido la chiquitina. —Rio Dakota.

—¿Lo es? —volvió a preguntar con los ojos muy abiertos y sonriendo.

—Si lo fuera, ¿qué te parecería?

—Bien, no, superbién, porque es muy bueno con nosotras —sonrió—. No como papá, él no nos quiere y Adrián, sí.

—Bueno, pues una cosa menos —dijo Dakota—. Ahora ya sí somos casi medio hermanas —sonrió.

—¿De verdad? ¿Puedo llamarte hermana de verdad? Es que me daba miedo hacerlo, porque como no lo somos.

—Chiquitina, tú me puedes llamar hermana, prima, mamita, o lo que te dé la gana, porque, aunque no llegases a serlo nunca, para mí siempre serás como mi hermana pequeña. Además, siempre quise tener una, es que soportar a mi padre sola a veces es agotador. —Hizo la que se desvanecía con la mano en la frente y nos echamos a reír.

Necesitaba saber que mi hija aceptaría que yo estuviera con Adrián pues, cuando me pidió él que formalizáramos lo nuestro de manera definitiva, que pudiéramos decir que éramos pareja y no solo amigos delante de mi pequeña, le dije que quería estar segura de que esto sería bueno para ella.

Y sí, sí que lo era, pues incluso ella misma veía la diferencia entre su padre y Adrián, quien la trataba con un cariño inmenso como si fuera su propia hija.

Después de merendar y cargadas de bolsas, regresamos a la casa de Adrián donde íbamos a pasar el fin de semana. En cuanto entramos me miró queriendo saber cómo había ido, él sabía para qué necesitaba esa tarde solo de chicas, y cuando sonreí acercándome a él, le vi soltar el aire antes de inclinarse mientras yo me ponía de puntillas para darle un beso en los labios.

—Hacen buena pareja, ¿a que sí, hermanita? —Escuchamos decir a Dakota y al mirar a mi hija vi su preciosa sonrisa por haberla llamado así.

Ella estaba feliz, y yo también, porque ante todo y por encima de todo y todos, estaba la felicidad de mi preciosa hija.

Capítulo 32



Noelia

Las semanas iban pasando y cuando nos quisimos dar cuenta, la rutina entre los cuatro era la de una familia en toda regla.

Miriam y yo nos quedábamos a dormir en casa de Adrián desde el viernes al domingo, pasábamos todo el fin de semana juntos viendo películas, comienzo *pizza*, hamburguesas, chuches y jugando a todo aquello que a ella y Dakota se les ocurría. Y, por supuesto, había algún que otro día en el que Dakota y Ainoa se la llevaban al centro comercial, al cine y merendar, y contaban también con Sofía.

Era en esos momentos cuando Adrián y yo aprovechábamos para dar rienda suelta a nuestra pasión y que yo pudiera gritar a todo pulmón tal como a él le gustaba.

La vida con él estaba llena de momentos divertidos con las niñas, pues esas dos habían conseguido hacer de él su hombre favorito, y sobraba decir que, con una de las caritas de cachorrillo con puchero incluido de Miriam, Adrián se derretía y acababa cediendo a las peticiones de las dos, que eran las perfectas compinches y a la que él no las veía, chocaban los cinco en plan victoria.

Era sábado y Adrián me había dicho que iban a preparar ellos tres la cena, así que yo me había quedado relegada a estar en la habitación porque no querían que viera nada de lo que iban a cocinar, por lo que aproveché para darme un baño tranquila y a la hora convenida por esos tres que, a saber, lo que me iban a preparar, empecé a vestirme para después bajar a cenar.

Las niñas me pidieron que me pusiera un vestido y tacones, que me arreglara como si fuéramos a salir a cenar fuera porque esa era una noche especial, les pregunté si era el cumpleaños de Adrián, no me lo habían querido decir, y Dakota se echó a reír.

No, no era su cumpleaños, pero decían que por una vez querían mimarme ellos tres a mí sin que me preocupara de hacer cena ni nada.

Me recogí el cabello en una coleta y cuando comprobé que estaba lista, al ver que era la hora en la que debía y podía bajar al fin, salí de la habitación para ir hacia la cocina donde se escuchaba la risa de mi niña.

Al verlos, me quedé parada con los ojos abiertos. Dakota y Míriam llevaban pantalones negros, camisa blanca y un chaleco, iban vestidas que parecían camareras.

Carraspeé para llamar su atención y se giraron los tres. Adrián se había puesto un traje oscuro y llevaba una camisa blanca con algunos botones abiertos y sin corbata.

—Mamá, qué guapa estás —me dijo con una sonrisilla.

—Gracias, cariño. ¿Y vosotras por qué vais vestidas de camareras? —Arqueé la ceja.

—Porque esta noche serviremos vuestra mesa —contestó Dakota.

—Ah, vaya, pues eso sí que no me lo esperaba.

—Esto ya está, ¿tenéis todo claro, niñas? —les preguntó Adrián.

—Sí, tú lleva a mamá a la mesa.

—Eso, que ahora vamos nosotras llevando cosas, papá.

Adrián asintió con una sonrisa de medio lado, las dos estaban de lo más serias y yo no sabía lo que me iba a encontrar, ni dónde, porque en el salón no estaba puesta la mesa.

—Estás preciosa —me dijo inclinándose para darme un beso en los labios.

—Y tú muy guapo. Me he excitado al verte —susurré.

—No me digas eso, que antes de llevarte a la cama quiero que cenemos.

—Vale, vale —sonreí.

Adrián me ofreció el brazo y me agarré a él. Me llevó hasta el porche y sinceramente no sabía qué me habrían preparado, pero lo que vi sí que no me lo esperaba en absoluto.

Había una preciosa mesa preparada con unas velas en el centro, además de que colocaron algunas pequeñas bombillas colgando del techo que daban ese toque delicado.

También había varias macetas con flores de todo tipo, haciendo que se viera un rincón de lo

más bonito y romántico.

Nos sentamos a la mesa y no tardaron en aparecer las niñas con una botella de vino y una bandeja con canapés.

Dakota sirvió nuestras copas y Míriam dejó la bandeja a un lado de la mesa para que fuéramos comiendo.

—¿Por qué habéis preparado todo esto, Adrián? —pregunté cuando nos quedamos solos de nuevo.

—Solo queríamos que supieras que eres nuestra heroína y que, de vez en cuando, te mereces que seamos nosotros quienes te mimemos y cuidemos de ti —contestó cogiendo su copa y acercándola al centro para que yo hiciera lo mismo con la mía—. Por una noche que espero sea perfecta, e inolvidable.

—Estoy segura de ello —sonreí antes de dar un sorbo—, pero no hacía falta que preparaseis nada, ya sé que los tres me cuidáis mucho.

—No basta con saberlo, hay que demostrarlo. Y ahora, cenemos.

Cogí un canapé con queso crema y salmón que estaba buenísimo, al igual que los demás que habían preparado.

Las niñas regresaron minutos después con un plato cada una en el que había unas brochetas de tomate y mozzarella con pan tostado, albahaca y un chorrito de aceite de oliva que estaban de lo más bonitas presentadas.

Mientras cenábamos, Adrián y yo, hablábamos de ellas, de nuestras niñas, que esa noche estaban más formales que de costumbre.

De segundo nos trajeron un riquísimo filete de salmón a la plancha con salsa de limón acompañado de un cremoso puré de patatas, se me hizo la boca agua con todo.

—¿De verdad habéis estado cocinando esto durante toda la tarde? —pregunté tras dar el último bocado.

—Sí, he descubierto que esas dos son unas pinches de cocina perfectas —sonrió.

—El postre —dijo Dakota mientras cada una dejó el plato en la mesa.

—Tarta de queso con mermelada de frutos rojos por encima y nata para acompañar —anunció

Miriam, y sonreí.

—Por favor, esto tiene una pinta buenísima —dije al verla, y cogí la cuchara para tomar un primer y pequeño bocado que saboreé y me hizo gemir—. Dios, está buenísima.

—¿Verdad que sí, mamá? Yo he ayudado a hacerla.

—Cariño, está muy, muy rica. Toda la cena lo ha estado, de verdad. Pero una cosa os digo a los tres, no os extrañe si os pido que me cocinéis algún día otra cena así de rica.

—Pues igual te sorprendemos con más de una —contestó Dakota mientras cogían los platos vacíos para volver a la cocina.

—Son las dos tal para cual —me dijo cuando nos quedamos solos—. El complemento perfecto la una para la otra.

—Ya lo veo, ya —sonreí.

Tras tomarnos la tarta, Dakota apareció con una botella de champán y dos copas que ella misma sirvió. Por la mirada que le dedicó a su padre y esa sonrisilla de pícara que a veces tenía, me daba en la nariz que había algo que tramaban todos.

Después de tomarnos la copa de champán, Adrián se levantó de la mesa y vino hacia mí, cogió mi mano y me llevó a un lado del porche donde me pegó a él para bailar.

No tardé en escuchar los acordes de una guitarra y, al mirar, vi que las niñas estaban en el salón observándonos con el móvil de Dakota en la mesa mientras sonaba la canción. Y fue la voz de Carlos Baute la que se escuchó a continuación, seguida de la de Marta Sánchez.

«Quizá no fue coincidencia encontrarme contigo. Tal vez esto lo hizo el destino...»

Sonreí mientras miraba de nuevo a Adrián, quien me fue guiando en ese baile que comenzó siendo lento para después convertirse en uno del tipo bachata que me sacó más de una sonrisa.

«Sabes que estoy colgando en tus manos. Así que no me dejes caer...»

Tras un último giro, cuando volví a quedarme frente a él, vi que tenía una pequeña cajita abierta en la mano, en la que había un precioso anillo de oro con cuatro diamantes pequeños incrustados.

—Adrián —murmuré.

—Desde que te conocí, mi vida ha sido más brillante, llena de colores y amor, y no, no puedo ni quiero imaginar un futuro sin ti a mi lado, Noelia. Y por eso tengo un par de preguntas importantes que te hacerle. ¿Te gustaría ser mi compañera de vida para siempre? ¿Te casarías conmigo?

Llorando, así estaba en ese momento, llorando como nunca antes había llorado en mi vida, bueno sí que lo había hecho, el día que nació mi hija y la vi por primera vez.

—Mamá, dile que sí, que a mí me gusta como papá.

—Nos ha salido lista la peque, papá —dijo Dakota, y me eché a reír.

—¿Qué me dices, preciosa? ¿Hacemos otra locura juntos?

—Sí, sí, y mil veces sí, Adrián. —Le cogí ambas mejillas entre mis manos—. Quiero ser tu compañera de vida para siempre, y me caso contigo.

Le di un beso en los labios y escuché a las niñas gritar de alegría, esas mismas que no tardaron en rodearnos a los dos con todas sus fuerzas.

Adrián me puso el anillo en el dedo y me quedé mirando aquel símbolo de nuestro compromiso, ese que Dakota fotografió para enviar la foto a nuestra familia en el grupo de chat que había creado ella con todos.

Dakota: *Me complace anunciar con esta foto que, don Adrián y doña Noelia, están comprometidos.*

Capítulo 33



Adrián

Ya llevábamos un par de días en Hawái porque, ¡¡nos casábamos allí!!

Le habíamos dado muchas vueltas a en qué lugar hacerlo, ¿cómo no se las íbamos a dar? Se trataba de nuestra boda, de ese evento que no celebraríamos a lo grande, con cientos de invitados y demás... Nos decantamos por una íntima en la que solo estuvieran aquellos que de verdad nos importaban: nuestros padres, nuestras hijas, así como la hermana, el cuñado y la sobrina de Noelia.

Nos llevábamos a la perfección desde aquella Nochevieja en la que nos conocimos en mi casa, que ya era también la de todas mis chicas.

Desde el mismo momento en el que nos comprometimos, comenzamos a pensar en ese lugar idílico en el que unir formalmente nuestras vidas, porque de otro modo ya estaban unidas desde el principio, casi desde que nos conocimos.

Por las noches, comenzaba el debate entre los cuatro. Implicamos a las niñas a tope en la decisión y, como cada uno proponía un sitio y no nos pusimos de acuerdo, Dakota sugirió un juego.

—¿Y si cogemos cuatro papeles y cada uno escribe el nombre de un lugar sin que los demás lo vean? El primero que salga repetido, que al menos lo escojamos dos, ¡¡ese será el elegido!!

Nos pareció la mejor de las ideas y no fue esa primera noche, sino a la cuarta, cuando dos papeles revelaron el nombre del lugar. Tanto Dakota como Míriam escogieron Hawái. Ambas se miraron ilusionadas y supimos que ese era el mejor lugar del mundo en el que casarnos; aquel que tanto ilusionaba a nuestras niñas.

—Sabes que han hecho trampa, ¿verdad? —le comenté aquella noche cuando nos fuimos a la cama.

—No, ¿tú no has visto sus caritas de sorpresa cuando han visto los papeles?

—Estaban ensayadas. Soy abogado y de eso sé lo más grande. Te lo digo yo —le aseguré.

Nos daba exactamente igual. Si les hacía ilusión, con trampa o no, ¡¡nuestro destino era Hawái!!

A la peque se le escapó justo el día que íbamos a coger el avión. Cada una empujaba su maletón hacia la entrada cuando la escuchamos hablar por lo bajo.

—Qué suerte que se te ocurriera lo del papelito para irnos a Hawái. Cómo mola. Pero ¿por qué a la cuarta vez?

—Porque hubiera dado el cante hacerlo a la primera. Y ahora calla, que es nuestro...

—¿Secreto? —les pregunté desde atrás. Ambas se volvieron y, mientras Míriam se puso roja como un tomate, Dakota se partió de la risa porque le resbalaba todo.

—¿Y tú qué hubieras hecho? Conozco muchos de tus trucos como abogado. La abuela, que es tu madre y te quiere tanto por razones obvias, dice que eres un mago en lo tuyo. Pero son trucos, así que toma de tu propia medicina.

Cada vez era más descarada, sacaba mi risa siempre. Verlas juntas, además, era una delicia. Llamaba a Míriam hermanita y la defendía con uñas y dientes. La adoraba.

En Hawái, alquilé una preciosa mansión a pie de playa para todos. Tras un vuelo largo, llegamos y nos instalamos en ella.

Corrí con todos los gastos de esa boda porque quise que fuera un regalo para los míos. No tenía problema por hacerlo y sentí la máxima de las satisfacciones.

Todos se quedaron boquiabiertos porque pensaban que nos alojaríamos en algún complejo turístico de lujo, si bien cuando vieron lo que tenía preparado para ellos alucinaron.

—¡¡Menuda choza!! ¡¡Papá, esta vez te has superado!! —exclamó mi hija.

—¡¡Eres el mejor!! —Se volvió Míriam y me abrazó.

—Eres... ¡¡eres la bomba!! —Dio un salto de alegría mi preciosa prometida y la tomé en brazos mientras nos besábamos.

—Papá, por favor, que nos va a salpicar —nos soltó Dakota.

—Si te salpica, es amor, hija —le anuncié y ella volteó los ojos.

Aquella especie de mansión con salida directa a la playa fue lo mejor que pude encontrar en ese paraíso terrenal.

En concreto, estábamos en una de las islas más bonitas con playas de doradas arenas y aguas cristalinas. Un auténtico espectáculo para los sentidos al que se accedía y que se contemplaba desde la increíble terraza de la mansión que también contaba con una piscina infinita.

Por lo demás, una enorme cocina, un salón en el que se podían celebrar carreras, un buen puñado de dormitorios con vistas imperdibles al mar, varios cuartos de baño... Y todo rodeado de enormes cristaleras de suelo a techo para que no nos perdiésemos nada.

Contábamos incluso con servicio en los que serían unos días en familia maravillosos, aunque mi padre se empeñó en que él cocinaría, que no quería a nadie en la cocina, y así fue.

Realmente, aunque estuviésemos en ese increíble lugar tan alejado de nuestras casas, nos comportábamos como si estuviésemos en ellas. Solo que todos juntos y unidos por la ilusión de una boda que prepararé hasta el último detalle para ella. Eso fue lo único que le pedí a Noelia que, a excepción de su vestido y del de las niñas, me encargaba de todo.

Lo hice así porque no pensaba reparar en gastos. Quería una boda íntima, sí, aunque tan preciosa que cada uno de los detalles quedase grabado en su retina para siempre.

Ya estábamos en la noche antes de esa boda que se celebraría por la mañana para tener todo un día que celebrar, aunque celebrando llevábamos desde que aterrizamos en la isla.

Tras la cena, que consistió en una barbacoa preparada por mi padre y en la que tanto Jesús como yo le echamos una buena mano, nos reunimos como todas las noches en torno a la piscina infinita.

Las chicas bromeaban con que estaban de despedida de soltera y con que la celebrarían allí mismo, delante de nuestras narices.

—A mí, con tal de que no me pongáis una diadema de esas en la cabeza, ya sabéis de esas tan horrosas y ordinarias que llevan un...

—Un pene, mamá —la interrumpió Míriam y todos estallamos en carcajadas—. ¿Qué he dicho? Si lo he dicho bien. Y no, que Dakota dice que somos mucho más glamurosas que eso y que nos vamos a poner un *outfit* de Barbie, todas de rosa.

—No me mires así porque podía ser mucho peor —le comentó Carolina.

—Venga, ¡¡el rosa al poder!! —exclamó Dakota mientras sacaba *outfits* en rosa para todas, no iguales, sino diferentes entre sí.

—¿Esto es para mí? Pero si con él voy a parecer la Barbie Pilingui —les decía Noelia sosteniendo aquel vestido tan sexi y cortito de lentejuelas rosa.

—Tú póntelo, amor, que estoy deseando vértelo —susurré en su oído.

—Tú, más bien lo que estás deseando es quitármelo —me contestó en el mío.

—Menos cuchicheos de lo que vais a hacer luego en la cama —nos soltó también Carolina con el mismo descaro que su sobrina postiza— y vamos a vestirnos, ¡¡que comience la fiesta!!

Decían que era solo para ellas, pero ya sabía que no podían ser tan crueles. Al poco, salieron vestidas y con bermudas rosas y camisas hawaianas para todos nosotros.

—¿Dónde está escrito que yo me vaya a poner esto? —se preguntaba Manuel, el padre de Noelia y Carolina con las coloridas bermudas en la mano—. Yo no he firmado ningún contrato.

—¿Cómo qué no? Firmaste uno de por vida conmigo, soy tu mujer, y te digo que te lo pongas ahora mismo —le contestó Carmen, mi divertida suegra.

Los demás no dijimos ni pío a la vista del poderío de la respuesta. Y para colmo, las chicas tenían también preparados collares en rosa para todos, de pétalos de flores, que para eso estábamos en Hawái.

A partir de ahí, ¡¡comenzó la fiesta!! A Noelia me la comía con ese minivestido de lentejuelas con el que parecía una verdadera muñequita. Enfundada en él, sus curvas eran de vértigo y, entre eso y los cócteles que prepararon... ¡¡a mí se me iba la cabeza!!

La fiesta se prolongó durante unas cuantas horas. Las niñas habían previsto de todo, desde bailes hasta juegos pasando por un karaoke. Menuda diversión.

Dakota, cómo no, llevaba la dirección y actuó hasta de DJ, siempre con Míriam y con Sofía pegadas a sus talones, porque no solo la adoraban, sino que la admiraban y le copiaban cada uno de sus gestos y pasos.

Me pasé toda la noche observando a Noelia. El brillo de sus ojos, el blanco de sus dientes... La fiesta estaba alumbrada por farolillos, aunque no hubiera hecho falta porque ella daba luz a todo.

Suspiraba pensando en el momento en el que le quitaría ese sexi vestido a la chica de mis sueños, me perdía en cada una de sus curvas, me derretía con cada uno de sus bailes...

La química era cada vez mayor entre quien me conquistó unas Navidades y me dejó colgado de ella para siempre, porque en esa ocasión tenía la certeza de que estarían *in love* con Noelia, como dirían las niñas, 24/7 y *for ever*.

Capítulo 34



Adrián

...Y amaneció el gran día, el día en el que aquella preciosa mujer a la que amaba con todo mi corazón y de la que me declaraba enamorado, se convertiría en mi esposa. Solo de pensarlo me emocionaba muchísimo.

—Un poco más —murmuró entre sueños, sin acordarse de en qué día estábamos, cuando le susurré que debía despertarse.

—Es que alguien se tiene que vestir hoy de novia, mi amor —le recordé entre susurros y caricias.

—¡¡Quita de ahí!! —exclamó casi empujándome y salió corriendo del dormitorio como si no hubiera un mañana.

No volvería a verla hasta la hora de la ceremonia. Desayuné en el jardín con mi padre, con el suyo y con Jesús. Y luego fui a vestirme de novio.

Nos casábamos en la playa y allí ya estaba todo dispuesto, decorado con flores, en el ambiente más romántico del mundo. Un reguero de pétalos bajaba hacia ella junto con otros elementos de decoración que lo convertían en el mejor escenario del mundo para unir nuestras vidas por siempre.

Juro que, cuando la vi avanzar hacia mí, creí que me desmayaba. Cada noche de aquellos meses, al cerrar los ojos, me la imaginé vestida de novia. Y, sin embargo, nada de lo que hubiese imaginado se correspondía con la realidad porque lucía mucho más bella.

Era lógico que viniese original porque lo era, pero mi corazón se puso a bombear sangre a toda velocidad al contemplarla con ese vestido corto de escote palabra de honor, rabiosamente sexi, y que dejaba sus brazos y sus piernas al aire. En sus pies y en su ramo de novia un guiño al rosa, dando color al estilismo, lo mismo que en sus labios. Imposible venir más sugerente y

bonita.

Caminaba del brazo de su padre, mientras que yo tenía al lado a mi madre, y con la compañía de sus tres deliciosas damas de honor, que eran las niñas.

No pude sino dejar que corriera una lágrima de mis ojos porque era demasiado. Tenía ante mí a todo lo que más quería, en el mejor de los escenarios y con el más bonito de los envoltorios.

Ella se contagió de esa lagrimita mía. Corría una cierta brisa que se agradecía mucho y que le daba movimiento a su melena, la cual dejó suelta, tan natural como era.

Todos murmuraban por la buena pareja que hacíamos. Hay cosas que saltan a la vista. Fue Dakota quien carraspeó en un momento dado.

—Esto es muy romántico, de verdad, pero hay que arrancar, ¡¡que tenemos muchas sorpresas para hoy!!

Dio el pistoletazo de salida a un día en el que sí que las teníamos. Yo las preparé y ella conocía algunas. Noelia no estaba al tanto de nada, a ella quería pillarla de improviso en todo.

Lo más emotivo de la ceremonia fue que, al darnos el «sí, quiero» la pequeña Míriam se echó a llorar también de la emoción y Dakota le dio un gran abrazo.

—Ay, hermanita, ¿qué harías tú sin mí? —La consolaba risueña.

—¿Y tú sin mí? —le preguntó ella con vocecilla entrecortada.

—Pues seguir siendo la preferida de mi padre, que ya no lo tengo tan claro —le soltó y todos nos reímos sin poder parar.

Había mucha fiesta por delante. Lo primero con lo que quise sorprender a Noelia estaba de camino, ¡¡y venía por el aire!!

Llevaba ya un rato a la vista, pero como lo teníamos detrás y ella solo me miraba a mí, no vio venir aquel colorido globo aerostático en rosa que alquilé para la ocasión y que terminó por aterrizar cerquita de nosotros.

—¡¡Toma ya!! ¡¡Esto sí que es glamur!! —soltó Dakota en ese momento porque no lo esperaba.

—¡¡Un globo!! ¡¡Un globo!! —chillaron las niñas con las manos puestas en la boca.

—Pero si es un globo, mi amor —me decía ella, a quien tras el intenso beso que le di llevaba cogida por la cintura.

—No me digas, si no lo veo bien, ¿lo es? —le pregunté y me llevé un codazo.

Lo era y en él subimos con las niñas y con quien lo manejaba, claro, puesto que de otro modo hubiéramos podido fácilmente volver a casa en él, ¡¡a casa o a saber dónde hubiésemos llegado!!

Dakota fue la encargada de hacer el reportaje de boda en él con la cámara de ese móvil que le había regalado para la boda y que estrenó, de última generación. Le gustaba la fotografía y se le daba sensacional.

Nos sacó unas fotos maravillosas y también una serie de selfis para salir ella misma. Igualmente grabó vídeos y dejó para la posteridad un montón de increíbles recuerdos.

Nada más bajar del globo, comenzó a sonar música elegida por ella, que no fue otra que esa tan alegre de «*Pepa y agua pa' la seca, to' el mundo en pastilla en la discoteca...*»

Todos la bailamos camino de ese fantástico rincón de la playa que nos habían organizado para la celebración y en el que no faltó la típica cinta que cortar y las copas de champán.

A partir de ahí, entrantes y una deliciosa comida local a base de mucho marisco que degustamos alrededor de una única mesa redonda en la que estuvieron garantizadas las muchas risas.

Como postre, una exquisita tarta a partir de varios chocolates, una receta que era la preferida de Noelia y de las niñas, que le encargué a un pastelero local y que bordó. Además, su decoración fue de dulce, y nunca mejor dicho. Noelia abrió los ojos como platos al verla y eso que al día le quedaba mucho.

Un grupo de música comenzó a amenizar la fiesta. Abrimos el baile con *Por debajo de la mesa* de Luis Miguel y ella se derretía en mis brazos en el momento en el que le canté al oído lo de «*Y es que no sabes lo que tú me haces sentir...*»

Con esa maravilla comenzamos un baile que daría para mucho, aunque en cierto momento de la tarde, las niñas cogieron el micrófono e interrumpieron para hablar.

—Mamá, papá, perdón por colarnos, pero también nosotras tenemos algo que decir hoy, aunque no seamos Leonor y Sofía —comentó Dakota, guiñándonos un ojo porque utilizó para comenzar la misma frase que ellas cuando se dirigieron a sus padres en público, en la fiesta por su décimo año de reinado.

—Eso, eso, que tenemos algo que decir —añadió la peque.

—Es un lorito, ya lo veis —soltó Dakota y los demás nos reímos un montón, emocionados—. Pues eso, que, al principio, la verdad, todo esto nos cogió de sorpresa a Míriam y a mí. Daba igual, también lo digo, la sangre no lo es todo ni mucho menos. Uno puede encontrar una familia donde menos lo espere...

»Me estoy poniendo un poco tonta y no es mi estilo. A ver si me explico, que yo estaba muy bien teniendo a mi padre en exclusividad —rio emocionada—, pero que luego llegaste tú, Noelia, y supe que le querías como nadie. Qué buen rollo había entre los dos...

»También a mí me tratase como una madre desde el principio y encima me trajiste una hermana. Oye, con sus muchas ventajas porque encima ya estaba crecida y me ahorraste tener que cambiar pañales y todas esas mierdas... Vaya, lo de mierdas se me ha escapado.

»En fin, que no me voy a enrollar como una persiana, paso de ponerme melodramática, como diría mi padre —me miró y emocionado le envié un beso— y, sobre todo, de que se me corra el rímel. Mamá, papá, ¡¡os queremos!

—Eso, pero mucho, como la trucha al trucho —añadió la pequeña.

Nos fuimos hacia ellas y las besamos.

—Yo os tengo un regalito, os lo voy a dar ahora —nos comentó Míriam.

—Es así, la enana tiene que destacar. —Se encogió de hombros Dakota.

—Pero, por favor, si es una maravilla. —Los ojos se nos llenaron de lágrimas.

La niña había pintado un retrato con nosotros cuatro en Nochebuena, con los primeros pijamas que nos pusimos a juego. Estábamos perfectos, tenía una mano genial con el carboncillo, igual que su madre.

No fue esa la única sorpresa que nos tenían, no... Como eran unas artistas y les encantaba la música y el baile, ¡¡menudo espectáculo de danza hawaiana que se marcaron!

Salieron con sus *outfits* compuestos por falditas, tops, coronas de flores en el pelo, collares... Cada una de un color. Tenían la coreografía muy ensayada y todos terminamos bailando al son que nos marcaron.

Se supone que los novios son los protagonistas de una boda. Sin embargo, en la nuestra también ellas lo fueron porque nuestras hijas vivieron nuestra historia desde el comienzo siendo parte de ella.

Nada hubiera sido lo mismo sin ellas, absolutamente nada, de modo que no solo participarían en ese día, sino que teníamos en mente darles una gran sorpresa que las dejaría con los ojos muy, muy abiertos, ¡¡ambas se vendrían con nosotros de luna de miel!! ¿A qué destino? Pronto lo

sabrían.

Capítulo 35



Adrián

Después de nuestra gran boda hawaiana, volvimos a casa. Unos días más tarde nos íbamos de luna de miel. Lo haríamos en un gran crucero por las islas griegas, en uno de los más lujosos del mundo.

Le había escuchado muchas veces decir a Noelia lo mucho que le gustaría visitar Mykonos, Santorini y otros de esos destinos que la hacían soñar despierta. Y si a ella eso la hacía feliz, poco más tenía que añadir.

Las niñas no tuvieron ni idea hasta el día antes. Les dimos la gran sorpresa a lo justo en el desayuno.

—Pues nada, que parece que mañana nos vamos de luna de miel. —Le acaricié la mano por encima de la mesa a mi mujer. Cómo me gustaba saber que lo era.

—Es que los hay con suerte, los hay con suerte. —Nos guiñaba el ojo Dakota mientras mordisqueaba su tostada con mermelada.

—Eso es porque se han casado. El día que tú te cases, irás también —añadió Míriam.

—Ya, ya veremos...

—Aunque, igual tenéis suerte y venís antes —les comentó Noelia y las dos abrieron los ojos como un búho.

—¿Qué dices? —La taza de café que tenía Dakota entre las manos estuvo a punto de terminar volcada sobre el mantel por los nervios.

—¡¡Que nos vamos todos de crucero!! —les chilló ella y las dos se levantaron, comenzaron a bailar, a abrazarnos...

A partir de ese momento estalló la locura en la casa.

—¿Me hará falta esto? —Le enseñaba Dakota algo a Noelia.

—¿Y a mí esto otro, mami? ¿Llevaré bastantes bañadores?

Las dos estaban entusiasmadas al máximo y nosotros más de verlas.

El día que zarpábamos, ambas iban atacaditas. Y Míriam se cogía a Dakota sin soltarla ni un solo momento.

Habíamos reservado un par de *suites*. Lo mejor de lo mejor para pasar nuestra luna de miel en familia.

Solo llegar al puerto y ver el crucero, ¡¡a Míriam le faltaba el aire!! Dakota había hecho en el pasado alguno que otro conmigo, aunque ese era mucho más glamuroso, el más grande de Europa y que contaba con tal cantidad de actividades que nos faltaría tiempo para disfrutar de todas.

—¡Ay, madre! —dijo Míriam— Si es como una ciudad, ¿eso va a flotar de verdad?

—Más nos vale, hermanita. No mientes ruina que no quiero tener que marcarme un Titanic —le contestó Dakota mientras tiraba de ella con paso firme.

Era uno de los detalles que más nos gustaba cuando andaban juntas; que jamás la dejaba atrás. Dakota vivía muy pendiente de Míriam, era una hermana mayor de diez, la mejor.

Nuestras *suites* eran contiguas y, desde la nuestra, pudimos escuchar sus gritos cuando entraron en la suya. No era para menos, aquellas maravillosas *suites* contaban con todo lujo de comodidades. entre las que se contaban un cuarto de estar con comedor, vestidor, tocador y bañera hidromasaje. Todo un derroche de confort y lujo que las dejó trastocadas.

—Te has dejado caer, papá, te has dejado caer. Ya sabía yo, en el fondo, que no te olvidarías de nosotras —me decía un rato después.

—Vamos, Dakota, que no tenías ni idea de que vendrías.

—Eso mismo —afirmó, causando mi risa.

Era hora de recorrer el barco y todo lo que tenía por ofrecernos las dejó más que alucinadas.

—Esto es para quedarse con las patas colgando —decía ella.

Noelia me miraba y me besaba. Todo lo que hacíamos con las niñas era para ella una muestra de amor por la familia que me agradecía muchísimo. No nos restaría nada de privacidad llevarlas en esa luna de miel porque estaríamos a solas en nuestra *suite* y porque, además, confiábamos en que Dakota entretendría a Míriam en cantidad de momentos.

—¿Sabéis que tenemos servicio de mayordomo durante toda la estancia? —nos iba preguntando conforme avanzábamos recorriendo el barco— Pienso pedir todo lo que se me antoje, que para eso estamos de luna de miel. —Me guiñó el ojo.

—Ten cuidado, no sea que dejes de disfrutar de tantas mieles.

—Papá, sabes que nos has traído para consentirnos, no lo puedes evitar. Se siente.

El barco contaba con todos los servicios que a uno se le puedan ocurrir y todos pensados para que sus pasajeros lo pasasen de vicio en él.

Aparte de la amplia oferta de teatros, de espectáculos al aire libre, de actividades acuáticas y de un sinfín de otras, a Dakota le llamó muchísimo el *Skypad*, hacia el que se fue flechada.

—¡¡Eso lo quiero hacer yo!!

—¡¡Y yo!!

—Ya está mi hermanita lorito —soltó con guasa causando nuestra risa una vez más.

Se trataba de una cama elástica donde te colocabas unas gafas de realidad virtual. No tardaría en hacerlo unas horas después y de allí salió totalmente alucinada.

—No os podéis ir sin probarlo... Y ahora vamos allí.

No se quería perder nada y Míriam detrás de ella, acompañándola en todo.

—¿Es que no vais a dejar nada para mañana? —les preguntaba Noelia.

—Sí, sí, para mañana el simulador de paracaidismo. Estoy loca por probarlo también.

—Dirás que estás loca y punto. —La picó un poco Míriam, quien de vez en cuando lo hacía y nos resultaba muy cómico.

—Soy tu hermana mayor y te recuerdo que tengo derecho a darte una colleja correctiva al día.

—Y yo te recuerdo que, en ese caso, te llevarás otra de mi parte.

—Ya saltó el abogado de mi padre, cómo no, siempre impartiendo justicia —resopló.

Les encantaba todo lo que iban viendo y también que el barco contara con el observatorio más alto de cualquier crucero del mundo, una experiencia que prometieron no perderse tampoco.

Durante los primeros días fueron disfrutando muchísimo de todas las novedades mientras lo hacían también del sol en cubierta.

—Vamos a volver del color de los Conguitos —decía Míriam.

—Tú siempre pensando en chuches, pequeñaja...

—¿Y me lo dices tú? Abre la mochila y enséñales el arsenal que llevas.

—Cierra el pico, que es para las dos —le pedía mientras la peque se abrazaba a ella.

Por las noches, veíamos espectáculos y terminábamos en las discotecas, una vez que Dakota se terminaba llevando a Míriam cuando ya no podía más. Nos echaba una mano increíble con ella, como era de suponer.

Lo estábamos pasando de maravilla. Cuando nos quedábamos a solas, entre Noelia y yo se desataba un derroche de pasión. Ningún día nos acostábamos temprano, bailando, bebiendo y sacándole el máximo jugo a ese viaje que nos estaba dejando en los labios el sabor que debía; el de la miel.

Luego amanecía y todo lo que nos ofrecía Grecia era atractivo a rabiar. Cada día de visita, cada rincón explorado, cada compra hecha.... Todo lo disfrutaban muchísimo las tres y no digamos yo de verlas.

Y luego llegábamos a nuestra *suite* y allí... Allí me la comía a bocaditos pequeñitos. Estaba enamorado de ella, tanto que a veces no me podía ni creer que se pudiera amar tanto.

Había apostado por la mujer a la que adoraba y no solo la gané a ella, sino a una familia al completo. Y estar con esa familia de luna de miel constituía para mí el mejor de los regalos.

—De aquí vamos a salir redondos —solía comentar Dakota porque nos poníamos ciegos en cada uno de los restaurantes de especialidad que teníamos incluidos, que eran muchos y ellas disfrutaban cantidad cambiando de unos a otros—. Es que no paramos de comer desde que nos levantamos.

—Porque tenemos que coger energía para todas las actividades del día —le recordaba Noelia.

—Y de la noche. —Le daba ella un codazo y le guiñaba el ojo, picante.

Bien se podía imaginar con su edad que no dormíamos demasiado en una luna de miel tan intensa y fantástica como aquella.

Las niñas revoloteaban por todo el barco en total libertad y nos hacía mucha gracia contemplar cómo tenían amistades por todas partes. Dakota era un chorrillo de alegría y contagiaba a Míriam, quien llegó a nuestras vidas siendo más tímida.

—Le viene muy bien, le viene bien —me decía Noelia al ver cómo charlaban con todos y la niña se abría al mundo.

—Dakota le viene tan bien como tú me vienes a mí, ¿sabes que van a participar en un espectáculo esta noche?

—¿Qué me estás contando?

—Sí, parece ser que han pedido extras y que ese par de descaradas se han apuntado del tirón.

—Pues allí estaremos para aplaudirlas en primera fila.

Lo hicimos en aquella noche en la que todo fue sobre ruedas, por mucho que estuviésemos en un barco, y en la que ambas derrocharon arte sobre el escenario.

De todos los extras fueron las más aplaudidas y hasta les dieron un premio por su *outfit*, el cual se compraron en el barco porque Dakota quemó tarjeta una vez más. Se le daba genial y Míriam miraba con ojos chispeantes cómo lo hacía. Estaba aprendiendo mucho.

El siguiente día visitaríamos Mykonos, uno de los destinos preferidos por Noelia y estaba feliz... Y yo no digamos nada de verla. Aquel crucero había sido la mejor de las ideas, un sueño hecho realidad.

Capítulo 36



Adrián

Desayunábamos antes de abandonar el barco cuando se dio la circunstancia de que Dakota se quedó mirando a un hombre que hacía lo mismo solo en una mesa cercana.

—¿Qué es lo que pasa, hija? —le pregunté— Te noto inquieta.

—Papá, se trata de ese tipo, que mira mucho a Míriam.

—¿La mira mucho? —le preguntó también inquieta en ese momento Noelia, que no se percató hasta entonces.

—Sí, sí. Ahora se acaba de hacer el tonto porque se ha dado cuenta de que lo estamos observando, pero os aseguro que la mira demasiado. No me gusta nada.

La cría estaba de pie y no nos escuchaba. Había ido a servirse más zumo de naranja y también le traía otro a Dakota.

Miré al tipo y en ningún momento me devolvió la mirada. Lo cierto es que estaba escamado por lo que me dijo Dakota, que no solía ser fantástica para ese tipo de cosas. No obstante, he de reconocer que no me dio mala impresión.

La cosa quedó así hasta que fuimos a desembarcar. En ese momento, hubo un poco de revuelo entre todos los pasajeros, porque uno de ellos cayó desmayado, y la gente se amontonó. A Dakota la empujaron y también estuvo a punto de caer al suelo.

—La niña, ¿dónde está la niña? —nos preguntó en ese momento porque se había soltado de su mano.

—¿Míriam? ¿Dónde está Míriam? —nos preguntó muy asustada su madre.

—Cariño, no puede andar lejos. Hace justo un momento que estaba aquí —le contesté más que preocupado también, aunque tratando de calmarla.

—¡¡Mi hija, mi hija!! —chilló.

El resto de los pasajeros comenzaron a preguntarnos. Noelia les enseñaba la foto de la pequeña en el móvil, aunque muchos de ellos ya la conocían y todos se movilizaron.

—¡¡El tipo del restaurante!! —chilló en ese momento Dakota.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —La cogí por los hombros.

—Papá, que iba unos pasos detrás de nosotros para desembarcar, ¡¡y ahora no está!!

—¿Ese tipo se la ha llevado? —nos preguntó Noelia absolutamente aterrorizada.

—Cariño, no lo podemos saber —le comenté retrocediendo de nuevo hacia el barco a grandes zancadas por la pasarela para ir a buscarlo.

—Todo esto es culpa mía, culpa mía. —Lloraba Dakota.

—No, cariño, no digas eso. —Corría tras de mí.

—Papá sí lo es porque la he soltado de la mano. Nunca la suelto y no debería haberlo hecho. Siento ansiedad, mucha ansiedad.

—Hija, tranquila, fue porque te empujaron. Además, que Míriam no es tu responsabilidad, es la mía. Quédate aquí.

—Ni loca, yo voy contigo y ese va a probar ensalada de puño. Te lo prometo. —No lo sabía ella muy bien, pero no de su parte, sino de la mía. A mis chicas nos las tocaba nadie.

Noelia corría detrás de nosotros también, destrozada y llorosa.

Comenzamos a preguntar al personal y nadie había visto a una niña con un hombre. Quisimos describirlo, no era fácil entre tantísimo pasajero.

—¡¡Papá, la tiene allí!! —Dakota me lo señaló y sí, le vi con ella de la mano.

Juro que no he sentido más ira en mi vida. Sentí que mi sexto sentido me había fallado y que ese hombre estaba poniendo en peligro a la segunda de mis hijas, pues ya la consideraba así.

Salí a la carrera cuando él me vio, levantando el puño. No hizo por correr ni por defenderse y cuando iba a impactar con él sobre su cara, Míriam me habló.

—¡¡No, por favor!! ¡¡Jaime no ha hecho nada malo!!

—Lo siento, lo siento. Me la he encontrado en el pasillo, me estaba siguiendo —se defendió él—. Iba a buscarlos para devolvérsela.

—¡¡Y una mierda para devolvérsela!! —Llegó en ese momento la impulsiva de Dakota y no me dio tiempo a decir ni mu; ya le había soltado un buen trompazo en toda la nariz.

—¡¡Mi niña, mi niña!! —Noelia la cogió en brazos—. ¿Te ha hecho algo malo este hombre?

—Que no, mamá, que se llama Jaime y es mi amigo, de verdad.

Le hice un gesto para que se la llevara y hablé con él.

—¿Es verdad lo que dice la niña?

—¿Y vas a creer a este mentiroso, papá?

—Dakota, por favor. Calla y baja ese puño.

Me obedeció sin ganas, no sin antes hacerle el gestito también de que le cortaría el cuello.

El hombre no parecía mostrarse ofendido ni mucho menos, y eso que la nariz le sangraba gracias al ímpetu de Dakota. Le di un pañuelo de papel.

—Papá, al enemigo ni agua.

—Calla, hija, creo que nos hemos equivocado con él.

—No me he presentado. Soy Jaime Oliva. —Me extendió la mano—. Su hija se perdió en el tumulto y me vio avanzar de vuelta a mi camarote. Me siguió para pedirme ayuda y encontrarles.

—Qué casualidad. Con la gente que hay aquí y siguió justo al tipo que no para de mirarla —le soltó ella.

—¿Lo han notado? Lo siento. La niña también debió notarlo y me dijo que le inspiré confianza.

—Pobre inocente. —Se rio ella irónica.

—El motivo de que la mirase tanto es que me recuerda mucho a mi hija Valentina. Su madre se la llevó de mi lado hace unos meses, al no aceptar que me divorciase de ella. Me juró que me saldría caro. Les enseñaré una foto, es muy parecida a Míriam.

—Papá, que está metiendo las manos en los bolsillos, a ver si lleva una pistola.

—No, miren una foto de ella. —Sacó su móvil y sí que se parecían—. Me he movido por medio mundo para buscarla y me subí a este crucero porque me estaba volviendo loco.

—Lo siento muchísimo —le comenté.

—Vaya y yo también, más que nada por lo de la nariz. Se la he dejado guapa —le comentó Dakota.

—Eres una buena hermana mayor, se nota.

—Ojalá tenga suerte, Jaime. —Le deseé.

—La he tenido, ayer recibí una llamada de teléfono. Las han localizado en Praga, donde mi ex tiene familia. Ya está en manos de las autoridades y yo hoy voy a desembarcar con la intención de consultar la manera más rápida de regresar a España. Me había olvidado cierta documentación y por eso volvía a mi camarote.

Nos demostró que todo era cierto y dejamos atrás ese episodio que nos llevó a demostrarnos una vez más lo mucho que nos queríamos entre nosotros y lo que estaríamos dispuestos a hacer los unos por los otros.

De Mykonos nos gustó todo. Ni mucho menos nos defraudó y de allí nos trajimos un montón de momentos imborrables en compañía de nuestras hijas.

Por supuesto, visitamos Chora, su capital, con la Pequeña Venecia y los Molinos de Viento. Paseamos por sus callecitas estrechas y por sus blancos edificios.

En la Pequeña Venecia los ojos se nos iban, con sus casas coloridas, que se elevan sobre el mar creando la más romántica de las vistas, unas impresionantes.

Obvio que también recorrimos sus playas, con sus aguas cristalinas. Nos perdimos en una que nos pareció especialmente cautivadora, Playa Agios Sostis, ya que se trataba de un paraíso poco transitado, sin aglomeraciones de turistas.

A todos nos gustó también el Faro de Amenistis, que nos regaló unas vistas del mar Egeo que eran de postal. Allí aproveché para sacarles otra serie de fotos, más las que hizo Dakota, que se mostraba encantada con su móvil nuevo.

Para comer, no dudamos en detenernos en un restaurante local de esos tan típicos en el que nos sirvieron unos deliciosos platos de *mousakka* y de *souvlaki*.

Por la tarde, vimos un espectáculo de danza tradicional griega, con el que Míriam disfrutó muchísimo porque esa peque también comenzaba a destacar como bailarina y nos quedamos enamorados de la puesta de sol que contemplamos desde los molinos de Alefkandra.

Cuando volvimos al barco, llevaba a Míriam cogida en brazos porque se había quedado dormida.

—Que ya pesa lo suyo —me comentaba Noelia.

—A mí no me pesa nada mi familia, ¿me oyes?

Las abrazaba a las tres al mismo tiempo. Eran mi tesoro, lo más bonito que me dio la vida.

Esa noche, Dakota se quedó con ella en la *suite*, pidiéndose algo al servicio de habitaciones, mientras que nosotros cenamos tranquilamente.

Al salir de la *suite*, donde las dejamos, mi hija acariciaba el pelo de Míriam y le daba un beso de buenas noches en la frente. Había pasado un susto tremendo que nunca olvidaría y que le dio la ocasión de comprobar cuánto quería ya a esa chiquitina.

Por fortuna, fue el único susto de una luna de miel de la que solo puedo hablar maravillas. Todos los lugares que visitamos fueron mágicos, aunque la verdadera magia consistió en la compañía.

Noelia y yo desembarcamos de nuevo en España con la sensación de haber encontrado a nuestra alma gemela. No es fácil y a nosotros nos había ocurrido. Dábamos gracias al universo por ello y por tener unas hijas tan maravillosas que ya eran hermanas, porque las unían unos lazos muy fuertes y duraderos.

Epílogo



Noelia

Seis años después...

La vida era maravillosa, así, sin más.

Maravillosa porque estaba rodeada de todas esas personas que siempre me habían apoyado y que me querían bonito, tal como decía Dakota que merecía que me quisieran.

Hacía tiempo que dejé el trabajo en la gestoría y me centré en la casa y mi familia, porque no quería volver a perderme ni un solo momento con mis niñas, esas que ya no eran tal cosa.

Dakota ya era toda una mujer, una que se había convertido en una prestigiosa abogada como su padre, pues dijo que tras mucho pensarlo quería poder ayudar a la gente como lo hacía su padre, como me había ayudado a mí con ese asunto del préstamo.

Días después de la boda fue ella quien me preguntó si quería darle mi apellido, pues decía que no quería el de otra madre que no fuera el mío, aunque lo mío con su padre pudiera acabar alguna vez. Lloré tanto aquel día al igual que ella, que pensé que nos deshidrataríamos.

En el momento en el que le dije que sí, Adrián quiso hablar con mi ex para que renunciara a Míriam, al fin y al cabo, ese hombre no había querido a su hija como debería pues cuando me la jugó de aquella manera no pensó en que eso era perjudicial para la niña.

En el momento en el que se presentó con la renuncia de Vicente como padre en casa, le preguntó a Míriam si quería que fuera su papá de manera oficial, y ella dijo que sí, que quería tener los mismos apellidos que su hermana Dakota.

Mis padres y mi hermana se alegraron por nosotras, de que al fin fuéramos a tener esa familia que siempre habíamos merecido.

Y la ampliamos, sí, ahora éramos cinco en casa pues ese amor que un día empezó entre Adrián y yo sin que apenas nos diésemos cuenta, dio sus frutos en la luna de miel y nuestro hijo Alex ya tenía cinco años.

Era igual que su padre, un verdadero clon como decía Dakota quien, al igual que Míriam, sentía auténtica pasión por él.

Incluso mi sobrina Sofía y Ainoa, la amiga de Dakota, tenían a nuestro niño en palmitas, y no era para menos, porque se había convertido en el rey de la casa.

Dakota era muy loca a veces, y aún podía recordar el día que nació su hermano, cómo le cogió en brazos y lo presentó como el heredero de toda la llanura, como si mi hijo fuera Simba, el futuro Rey León.

Era una loca adorable, y la quería muchísimo, el día que me llamó mamá por primera vez me quedé en *shock*, pues no lo esperaba, pero desde ese momento no había dejado de llamarme así, y yo me sentía feliz, infinitamente feliz.

Fue a mí a la primera que le confesó que tenía novio cuando cumplió los veintiún años, él era un poco mayor pues tenía veinticinco y le daba un poquito de miedo que su padre no se lo tomara bien pues ella estaba muy centrada en los estudios, por eso yo fui tanteando el terreno con su padre, hasta que se decidió a decírselo y Adrián, como era previsible, quiso conocerle.

Invitamos a cenar a Oliver, que así se llamaba, y resultó que ese joven abogado se ganó a mi marido tras solo una hora conociéndole. Ya era uno más de la familia y contábamos con él en todas las reuniones, comidas y cenas que organizaran mis padres, mis suegros, mi hermana o nosotros mismos.

Quien estaba mucho más encantado aún con Oliver era Alex, mi hijo, quien miraba a ese abogado como quien admira a un hermano mayor, igual que le pasó a Míriam con Dakota.

Incluso ellos organizaban algunos fines de semana para llevar a Míriam, Alex y Sofía al cine y a merendar, incluso a la bolera o algún otro sitio donde ellos propusieran.

Jamás pensé que tendría tanta ayuda con mis hijos como la tenía con Dakota y Oliver, quienes algún día estaba segura de que serían unos buenos padres.

Solo que no pensé que sería tan pronto...

—Mamá, ¿podemos hablar? —me preguntó Dakota entrando en la cocina.

—Claro cariño, ¿qué ocurre? —Fruncí el ceño al verla, estaba nerviosa pues se mordía el interior de la mejilla y no dejaba de mover las manos.

—Ni siquiera sé cómo ha pasado, o sea, que sí lo sé porque no soy tonta, pero que no sé cómo ha sido posible porque nosotros siempre ponemos medios, que fue lo que siempre me dijisteis y ahora...

—Dakota, para —le pedí apoyando las manos en sus hombros—. A ver, cierra los ojos, coge el aire con fuerza y ve soltándolo poco a poco y después, me dices qué te pasa.

Lo hizo, cerró los ojos, cogió aire, lo soltó, y entonces, me dio la noticia.

—Estoy embarazada.

—Toma ya, eso sí que es un premio gordo, hermana. —Escuchamos decir a Míriam, que no habíamos visto ninguna entrar.

—¿Qué has dicho, hija?

—Que está embarazada, mamá —sonrió Míriam.

—Lo siento, yo no sé cómo...

—Pues porque se os olvidaría lo importante por las prisas, eso seguro.

—Míriam, por Dios —resopló la pobre Dakota, pero es que mi hija con el paso de los años había adquirido ese sentido del humor de su hermana mayor.

—Mamá, que vas a ser abuela. ¿Qué se siente?

—Hija, calla que lo estoy asimilando —dije mientras me sentaba en el taburete.

—¿Qué dirá papá? Porque eso me tiene cagada viva, llevo desde que me enteré con unas diarreas que no sé cómo no me he quedado seca —suspiró Dakota.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace tres días.

—Hermana, por Dios, bebe Aquarius a ver si te vas a quedar sin sales de esas —dijo Míriam cogiendo una botella de la nevera.

—¿Lo sabe Oliver? —Curioseé.

—No, no le he dicho nada.

—Así que somos las primeras en saberlo, ¡qué guay! —gritó Míriam dando palmadas.

—¿Cómo se lo digo a ellos?

—Pues hija, muy fácil. Ahora después de comer, para que no se desmayen.

—Madre mía, que no sé si a papá le va a hacer ilusión.

—Hermana, ¿tú te acuerdas de lo que lloró cuando mamá le dijo que estaba embarazada de Alex? Pues así, así va a llorar al saber que va a ser abuelo. Pero porque le haces viejo ya. —Rio.

—Qué hija de fruta eres, hermanita. —Dakota soltó una carcajada y Míriam me hizo un guiño, porque sí, así era mi niña, que hacía cualquier chiste o decía una tontería para quitar hierro al asunto.

—¿Qué hacéis aquí las tres? —preguntó Adrián entrando en la cocina.

—Aquí, de cotilleo, papá —respondió Míriam.

—Miedo me dais las tres juntas, de verdad os lo digo.

—Miedo dice, pues verás cuando sepas...

—Míriam, cariño, llévate el pan a la mesa —la corté, porque capaz era de meter la pata.

Adrián me miró con la ceja arqueada, momento en el que comencé a disimular y evitar que me viera nerviosa.

Habíamos preparado una paella para comer los seis ese domingo, nos sentamos a la mesa y disfrutamos como siempre en familia.

Dakota estaba atacada de los nervios, y no era para menos, porque no solo tenía que contarle a su padre que iba a ser abuelo, sino también a su novio que iba a ser padre.

Después de comer y tomar el café con los pasteles que Oliver había traído, fue Míriam quien rompió el hielo, pero lo hizo de una manera que no le dio un infarto a su padre de casualidad.

—¿Qué diríais si fuera a haber otro bebé en la familia?

—Míriam, dime que no sería tuyo —le pidió Adrián.

—No, hombre, que soy una adolescente responsable.

—¿Noelia? —Me miró a mí, y negué.

—Por mi parte he cumplido, que parí dos, y tengo tres. —Me encogí de hombros.

—Dakota, mi vida, ¿estás...? —comenzó a preguntar Oliver, cogiéndole la mano, y ella le miró mientras se mordía el interior de la mejilla.

—No sé cómo ha pasado, amor, que siempre hemos tenido cuidado.

—Mi vida, eso no importa, lo que sí me importa es saber si estás bien. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace tres días. Y sí, estoy bien de momento.

—¿Voy a ser abuelo?

—Sí, papá.

—Ahora sí que mi preciosa bebé, esa que tuve hace tanto tiempo en brazos por primera vez, se ha convertido en toda una mujer —dijo Adrián poniéndose en pie para abrazarla—. No te preocupes cariño, porque no os faltará de nada.

—¿No estás enfadado? Mira que, como aún soy joven...

—Tu madre y yo éramos jóvenes cuando llegaste a nuestras vidas, y si hay algo que he aprendido desde aquel momento y en estos últimos años, es que cada persona llega a nuestra vida justo cuando debe hacerlo. —Me miró y sonreí.

—Hermana, vas a ser una buena madre porque ya lo eres para Alex y para mí, ¿verdad que sí, enano? —dijo Míriam mirando a mi hijo.

—Sí, hermana, eres muy buena.

—¿De verdad os hace ilusión que venga otro futuro abogado a la familia?

—Por supuesto que sí, hija —sonreí.

Sí, la vida era maravillosa, no podía estar más feliz de la familia que habíamos construido en estos años y, tal como acababa de decir mi apuesto y estupendo marido, cada persona que llegaba a nuestra vida lo hacía en el momento justo en el que debía hacerlo, y así era también en el caso de los hijos, pues ellos llegaban para llenar aún más de amor, felicidad, cariño y sonrisas nuestras vidas.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

Amazon: relinks.me/AitorFerrer